

Arrastrado por el mar

Nora Roberts

Serie La bahía de Chesapeake I

PRÓLOGO

Cameron Quinn no estaba del todo ebrio. Podría llegar a estarlo si se concentraba en ello, pero por el momento prefirió la agradable euforia del umbral de la borrachera. Le gustaba pensar que se hallaba en ese punto en que su suerte todavía seguía en racha.

Creía firmemente en los altibajos de la suerte, y en ese preciso instante la suya le era propicia. Justo el día anterior había ganado el campeonato del mundo con su aerodeslizador y batido el récord de tiempo y velocidad.

Ya tenía la gloria, y el bolsillo repleto, así que se dirigió con ambas cosas a Montecarlo a probar fortuna. Se sentía como un auténtico dandi.

Unas manos de bacarrá, un par de tiradas de dados, una vuelta de cartas y su cartera pesaba aún más. Rodeado de paparazzi y de un reportero del Sports Illustrated, no parecía tampoco que la gloria diera señales de apagarse.

La fortuna continuaba sonriéndole, bueno, más bien le miraba de reojo, pensó Cameron. Esta le había dirigido hacia esa pequeña joya del Mediterráneo a la vez que la popular revista cubría el lanzamiento de su edición de trajes de baño.

Además, la chica con las piernas más largas del mundo había vuelto sus ojos azules como el mar hacia él, tornando la mueca de sus labios carnosos en una sonrisa invitadora que hasta un ciego habría reconocido, lo que hizo que él optara por quedarse unos días más.

Y ella había dejado claro que con un poco más de esfuerzo él podría tener mucha más suerte.

Champán, generosos casinos, sexo sin preocupaciones ni ataduras. Efectivamente, la suerte estaba de su parte, pensó Cameron.

Cuando abandonaron el casino hacia la suave noche de marzo, uno de los paparazzi se les echó encima, disparando su cámara frenéticamente. La mujer hizo un gesto —que después de todo era su seña de identidad— y meneó la interminable melena de cabello rubio platino, moviendo su cuerpo escultural de manera experta. Ataviada con un vestido rojo como el pecado, casi tan fino como una capa de pintura, se detuvo en el lado sur de Las Puertas del Paraíso.

Cameron se limitó a sonreír.

—Son como la peste —dijo ella con una sombra de ceceo o un acento francés. Cameron no sabía distinguirlos. Ella dio un suspiro y dejó que Cameron la guiara calle abajo, a través de las sombras que hacía la luna—. Cada lugar al que miro es una cámara. Estoy cansada de que me vean como un objeto de placer para los hombres.

Sí, claro, reflexionó él. Y como pensó que ambos eran bastante superficiales soltó una carcajada y la estrechó entre sus brazos.

—¿Por qué no le damos algo para que aparezca en

primera plana, encanto?

Unió sus labios con los de ella. El sabor le alborotaba las hormonas y disparaba su imaginación, agradeciendo que el hotel estuviera sólo a dos manzanas de allí.

Ella hundió las manos en su cabello. Le gustaban los hombres con mucho pelo, y el de él era abundante y espeso, y tan oscuro como la noche que les rodeaba. Su cuerpo era fuerte, musculoso y con líneas bien dibujadas. Ella era muy exigente con los cuerpos de sus amantes, y el de él había satisfecho con creces sus estrictas exigencias.

Sus manos eran un poco más bastas de lo que a ella le gustaban. No en lo relativo a su presión o movimiento, que le encantaban, sino en cuanto a su textura. Eran las manos de un hombre trabajador, pero ella estaba deseando pasar por alto su falta de clase en favor de su experiencia.

Tenía una cara interesante, pero no era guapo. Ella nunca se emparejaría y menos aún dejaría que la fotografiasen con un hombre que la superase en belleza. La severa y dura expresión de su rostro tenía que ver con algo más que con sus rasgos afilados. Había algo en sus ojos, pensó mientras se reía suavemente y se contoneaba con libertad. Eran grises, del color de la piedra más que del humo, y ocultaban secretos.

Le gustaban los hombres con secretos, ya que ninguno era capaz de ocultárselos durante mucho tiempo.

—Eres un chico malo, Cameron —dijo poniendo el acento en la última sílaba. Ella acercó un dedo a sus labios, unos labios que ya no eran blandos.

—Eso me han dicho siempre... —El tuvo que pararse a pensar un momento, ya que no recordaba su nombre—. Martine.

—Puede que esta noche te deje ser malo.

—Cuento con ello, cielito. —El se volvió hacia el hotel, lanzando una mirada sesgada. Con un metro ochenta de estatura, Martine era casi tan alta como él—. ¿En tu habitación o en la mía?

—En la tuya. —Ella casi ronroneaba—. Puede que si pides que nos suban otra botella de champán te deje que intentes seducirme.

Cameron levantó una ceja y pidió su llave en recepción.

—Necesitaré una botella de champán, dos copas y una roja rosa —le dijo al empleado mientras mantenía los ojos fijos en Martine—. Enseguida.

—Sí, monsieur Quinn, me ocuparé de ello.

—Una rosa. —Ella se enroscó en él mientras caminaban hacia el ascensor—. Qué romántico.

—Oh, ¿querías una tú también? —La desconcertada sonrisa de ella le alertó de que el sentido del humor no iba a ser su punto fuerte. Así que decidió omitir las risas

y la conversación y se precipitó rápidamente sobre su trasero.

En cuanto se cerraron las puertas del ascensor, la atrajo hacia sí y besó su enfurruñada boca. Estaba hambriento. Había estado demasiado ocupado, demasiado centrado en su barco, demasiado involucrado en la carrera como para tomarse algún tiempo de recreo. Sentía el deseo de una piel suave, fragante, de unas curvas generosas. Una mujer, cualquier mujer, siempre que ésta lo deseara, tuviera experiencia y conociera los límites.

Martine era perfecta.

Ella dejó escapar un gemido, no del todo fingido, y luego arqueó el cuello para que él lo mordisquease.

—Vas muy deprisa.

Él deslizó su mano dentro del vestido de seda.

—Así es como me gano la vida. Yendo deprisa en cualquier momento y en cualquier lugar.

Mientras la seguía abrazando, se precipitó fuera del ascensor a lo largo del pasillo que conducía a sus habitaciones. El corazón de ella latía con fuerza contra el suyo, la respiración era contagiosa y sus manos... bueno, él imaginaba que Martine sabía justamente lo que hacer con ellas.

Todo era seducción.

El introdujo la llave, dejó la puerta abierta y luego la cerró abrazando a Martine. Dejó caer los dos finos tirantes de sus hombros y, mirándola fijamente, se apropió de aquellos magníficos pechos.

Pensó que su cirujano plástico se merecía una medalla.

—¿Quieres que vaya más despacio?

Sí, la textura de sus manos era áspera pero excitante a la vez. Ella elevó una pierna kilométrica y la enroscó en su cintura. El tuvo que poner el máximo empeño en mantener el equilibrio.

—Lo quiero ahora.

—Perfecto. Yo también. —Él introdujo la mano bajo su falda y le arrancó la suave lencería que ocultaba. Los ojos de Martine se quedaron en blanco y la respiración se aceleró.

—Animal, bestia. —Y ella apretó los dientes contra su cuello.

En el momento en que Cameron puso la mano en su bragueta oyó que llamaban con discreción a la puerta. Cada gota de sangre había descendido de la cabeza hacia la parte baja de su cintura.

—¡Dios mío!, el servicio no puede ser tan bueno aquí. Déjelo fuera —solicitó él mientras se preparaba para poseer a la magnífica Martine contra la puerta.

—Monsieur Quinn, disculpe. Acaba de llegar un fax para usted. Es urgente.

—Dile que se vaya. —Martine enroscó una mano alrededor de él como si fuera una garra—. Dile que se

vaya al infierno y fóllame.

—Espera un momento, a ver —prosiguió él desenroscando sus dedos para poder cruzar sus miradas—. Espera un minuto. —La colocó detrás la puerta, se tomó un momento para comprobar su cremallera y luego abrió.

—Siento molestar...

—No se preocupe. Gracias. —Cameron buscó un billete en su bolsillo, sin molestarse en mirar el importe, y lo cambió por el sobre. Antes de que el empleado pudiera balbucir la cantidad de la propina, Cameron le cerró la puerta en la cara.

Martine volvió a hacer su típico gesto con la cabeza.

—Estás más interesado en ese estúpido fax que en mí. ¡Que en esto! —Con una mano experta, tiró del vestido hacia abajo desembarazándose de él como si fuera la piel de una serpiente.

Cameron pensó que cualquiera que fuese el precio que había pagado por ese cuerpo, el dinero no había podido estar mejor invertido.

—No, créeme, cielo, no lo estoy. Sólo tardaré un segundo. —Rasgó el sobre, lo abrió y luego hizo una bola con él antes de tirarlo por encima del hombro, sumergiéndose inmediatamente en aquella maravilla femenina.

Más tarde leyó el mensaje, y su mundo, su vida y su corazón se detuvieron.

—¡Oh, maldita sea! —Todo el vino que había consumido a lo largo de la noche le dio vueltas en la cabeza, le revolvió el estómago y le reblandeció las rodillas. Tuvo que apoyarse en la puerta para mantenerse en pie antes de volver a leer de nuevo el mensaje.

—Cam, maldita sea, ¿por qué no me has devuelto la llamada? Llevamos horas intentando localizarte. Papá está en el hospital. Está mal, peor de lo que parece. No hay tiempo para detalles. Se nos está muriendo. Date prisa. Phillip.

Cameron levantó una mano: la que había sostenido el volante de las docenas de barcos, aviones y coches que había pilotado; la que podía hacer ver el cielo a una mujer. Pero aquella mano se estremeció a medida que se mesaba el cabello.

—Tengo que ir a casa.

—Estás en casa. —Martine decidió darle otra oportunidad y se echó hacia atrás pegando su cuerpo al de él.

—No, tengo que irme. —La apartó y se dirigió al teléfono—. Y tú tienes que marcharte. Necesito hacer varias llamadas.

—¿Crees que puedes decirme que me vaya?

—Lo siento. La función ha terminado. —No podía entretenerse. De manera ausente extrajo billetes de su bolsillo con una mano y cogió el teléfono con la otra—.

Toma, para el taxi —dijo, olvidando que ella se alojaba en el mismo hotel.

—¡Cerdo! —Desnuda y furiosa se lanzó sobre Cameron. Si él se hubiera podido sostener habría esquivado el golpe. Pero la bofetada le dio de lleno. Le pitaban los oídos, la mejilla le escocía y se le agotó la paciencia.

Cameron se limitó a rodearla con sus brazos, ella se revolvió como si se tratara de una proposición sexual, y él la llevó hacia la puerta. Cogió su vestido y luego arrojó a ambos a la vez al vestíbulo.

El chillido le retumbó en la cabeza al echar el cerrojo.

—Te mataré. ¡Cerdo! ¡Bastardo! ¡No eres nadie! ¡Nadie!

Dejó a Martine gritando y aporreando la puerta, y se dirigió al dormitorio para meter algunas cosas en una bolsa.

Parecía como si la suerte hubiera dado un vuelco de la peor manera posible.

UNO

Cam hizo uso de sus contactos, movió hilos, pidió favores y arrojó dinero en una docena de direcciones. Conseguir transporte de Mónaco a la costa oriental de Maryland a la una de la mañana no era una tarea fácil.

Condujo hasta Niza como una bala, a pesar del viento, por la autopista de la costa hacia una pequeña pista de aterrizaje donde un amigo accedió a llevarle a París por la cantidad de mil dólares americanos. En París alquiló un avión por la mitad del precio habitual y pasó las horas sobre el Atlántico con una mezcla de fatiga y miedo atroz.

Llegó al aeropuerto de Dulles de Washington, Virginia, cuando acababan de dar las seis de la mañana, hora de la costa oriental. El coche de alquiler estaba esperándole, así que se puso a conducir hacia la bahía de Cheseapeake bajo el frío oscuro del amanecer.

Cuando alcanzó el puente que cruzaba la bahía, el sol brillaba en lo alto, centelleando sobre el agua y haciendo resplandecer los barcos que estaban preparados para la pesca diaria. Cam había pasado buena parte de su vida navegando en la bahía y en los ríos y calas de esta parte del mundo. El hombre por el que iba volando le había enseñado mucho más que los conceptos de babor y estribor.

Todo lo que tenía, todo lo que había hecho para sentirse orgulloso en la vida, se lo debía a Raymond Quinn.

Con trece años, y a las puertas del infierno, Ray y Stella Quinn le habían alejado del mal camino. Su historial juvenil era ya un clásico sobre los inicios en la delincuencia.

Robos, allanamientos de morada, borracheras juveniles, novillos, ultrajes, vandalismo, gamberradas. Había hecho lo que había querido, y a menudo había disfrutado de los golpes de suerte que suponían que no le cogieran. Pero el mejor momento de su vida fue cuando le pillaron.

Tenía trece años, estaba delgado como un palillo y aún conservaba las magulladuras de la última paliza que le había dado su padre. Se habían quedado sin cerveza. ¿Qué iba a hacer un padre?

En aquella calurosa noche de verano, con la sangre seca

en el rostro, Cam se había prometido a sí mismo que nunca iba a regresar a ese remolque destartado, a esa vida, a ese hombre al que el sistema le arrojaba una y otra vez. Se iría a algún lugar, a cualquier lugar. Quizá a California, o a México.

Tenía grandes sueños a pesar de que su visión era borrosa gracias a un ojo morado. Todo lo que poseía eran sesenta y seis dólares y algunas monedas, su ropa a la espalda y el ánimo por los suelos. Lo que necesitaba era un transporte, pensó.

Viajó en el vagón de carga de coches de un tren que se dirigía a Baltimore. No sabía adónde iba y tampoco le importaba, siempre que fuera lejos. Oculto en la oscuridad su cuerpo acusaba cada sacudida del tren, pero se había prometido a sí mismo que mataría o moriría antes que regresar.

Cuando salió deslizándose del tren, sintió el olor a agua y pescado, y pidió a Dios que encontrara algo de comida en alguna parte. Su estómago aullaba de hambre. Mareado y desorientado, comenzó a caminar.

No había mucho que ver. Un pueblecito cuyas calles se quedaban desiertas por la noche. Barcos que golpeaban unos muelles hundidos. Si su mente hubiera estado despejada, habría considerado el irrumpir en una de las tiendas que se alineaban frente al agua, pero no se le ocurrió hasta que hubo salido del pueblo y se encontró al borde de un pantano.

Las sombras y sonidos del pantano le asustaban. El sol estaba comenzando a salir por el este, convirtiendo en oro las tierras fangosas y la hierba mojada. Un gran pájaro rosa elevó el vuelo, haciendo que el corazón de Cam diera un brinco. Nunca había visto una garza anteriormente, y pensó que parecía algo como salido de un libro, como inventado.

Pero las alas centellearon y el pájaro se elevó. Por motivos que él no habría sabido decir, lo siguió a lo largo del pantano hasta que desapareció en la espesura de los árboles.

Perdió el sentido de la distancia y la dirección, pero el instinto le dictaba que siguiera un camino rural estrecho donde pudiera ocultarse entre las hierbas altas o detrás de un árbol por si pasaba un policía.

Quería buscar refugio, algún lugar donde pudiera acurrucarse y dormir, escapar de las punzadas del hambre y la pegajosa angustia. A medida que el sol se elevaba, el aire se hizo más denso con el calor. La camisa se le pegaba a la espalda y le sudaban los pies.

Primero vio el coche, un lustroso Corvette blanco lleno de potencia y elegancia, colocado como un gran premio en la brumosa luz del amanecer. Había una camioneta a su lado, oxidada, basta y ridículamente rural al lado de la sofisticación arrogante del coche.

Cam se agachó tras una exuberante hortensia en flor y lo examinó con codicia.

Eso era, aquel hijo de puta le llevaría a México y a cualquier otro lugar al que quisiera ir. Mierda, cómo se debería mover aquella máquina, él ya estaría a medio camino antes de que nadie se diera cuenta de que se había ido.

Cambió de posición y pestañeó con fuerza para aclarar su visión temblorosa y observó la casa. Siempre le había asombrado que la gente viviera de una manera tan pulcra. En casas arregladas con contraventanas pintadas, flores y macizos cuidados en el patio. Mecedoras en el porche y cortinas en las ventanas. La casa le parecía enorme, un moderno palacio blanco con suaves adornos azules.

Pensó que debían de ser ricos a la vez que el resentimiento le rugía en el estómago junto con el hambre. Podían permitirse casas elegantes, coches elegantes y vidas elegantes. Y una parte de él, que se alimentaba de odio y Budweiser, quería destruir, aplastar todos los macizos, romper todas las brillantes ventanas y reducir las maderas a astillas.

Quería herirles de alguna manera por tener todo mientras que él no tenía nada. Pero cuando se puso de pie, la furia amarga se le convirtió en mareo. Se contuvo, apretando los dientes hasta que le dolieron, pero su cabeza se despejó.

Así que los ricos hijos de puta dormían, pensó. Les libraría de aquel estúpido coche. Ni siquiera estaba cerrado, advirtió, y resopló mientras abría la puerta. Una de las técnicas más útiles que le había enseñado su padre era cómo arrancar un coche de manera rápida y silenciosa. Dicha habilidad resultaba muy práctica cuando un hombre se había pasado la mayor parte de su vida vendiendo coches robados a las casas de cambio.

Cam se reclinó en el asiento, osciló el volante y se puso a trabajar.

—Hay que tener huevos para robar el coche de un tío a la puerta de su casa.

Antes de que Cam pudiera reaccionar, o de que soltara un taco, una mano le agarró la parte trasera de los vaqueros y le levantó haciéndole salir del coche. Le balanceó con el puño apretado, que parecía hecho de roca.

Lanzó su primera mirada al imponente Quinn. El tipo era enorme, mediría por lo menos uno noventa y ocho, y

su complexión era como la de la línea ofensiva de los Baltimore Colts. Su rostro era curtido y ancho, con mechones de pelo rubio bordeados de brillantes cabellos de plata. Los ojos eran profundamente azules, y la ira se reflejaba en ellos.

De pronto se acercaron el uno al otro.

No era difícil mantener al chico en su sitio. No pesaría más de treinta y siete kilos, pensó Quinn como si hubiera pescado al chico en la bahía. Tenía la cara sucia y magullada. Uno de los ojos estaba casi cerrado por la hinchazón y el otro, de color gris oscuro, reflejaba una amargura impropia de un chiquillo.

Había sangre seca en su boca pero, a pesar de ello, consiguió sonreír de manera burlona.

Sentía compasión y enfado al mismo tiempo, pero mantuvo su mano firme. Sabía que esa liebre podía escaparse.

—Parece que has perdido la pelea, hijo.

—Quítame las jodidas manos de encima. No estaba haciendo nada.

Ray levantó levemente una ceja.

—Estabas en el coche nuevo de mi mujer a las siete y media de un domingo por la mañana.

—Estaba buscando monedas sueltas. ¿Qué jodida importancia tiene eso?

—No querrás caer en el hábito de utilizar en exceso la palabra «jodida» como adjetivo. Te perderás su gran variedad de usos.

El suave tono doctrinal permaneció en la mente de Cam.

—Mira, Jack, esperaba encontrar un par de dólares en monedas. No los habrías echado en falta.

—No, pero Stella habría echado terriblemente en falta su coche si tú hubieras conseguido arrancarlo. Y no me llamo Jack sino Ray. Bien, a mi modo de ver tienes un par de opciones. Consideremos la primera: arrastro tu arrepentido trasero a la casa y llamo a la policía. ¿Qué tal te sentaría pasar los próximos años en un establecimiento juvenil para balas perdidas?

El poco color que le quedaba a Cam en la cara desapareció de golpe. Sintió náuseas y las palmas de la mano le empezaron a sudar de repente. No podría soportar el encierro. Estaba seguro de que moriría enjaulado.

—He dicho que no estaba robando el maldito coche. Tiene cuatro velocidades. ¿Cómo demonios iba yo a poder conducir un coche de cuatro velocidades?

—Pues me da la impresión de que lo harías muy bien.
—Ray aspiró, pensó un momento y soltó aire—. Bien, la opción número dos...

—¡Ray! ¿Qué estás haciendo ahí con ese chico?

Ray dirigió su mirada hacia el porche, donde una mujer con el cabello rojo intenso y un vestido azul chillón

estaba de pie con las manos en las caderas.

—Hablando de un par de opciones en la vida. Estaba robando tu coche.

—Hombre, ¡por el amor de Dios!

—Alguien le ha dado una paliza. Hace poco, quiero decir.

—Bien. —El suspiro de Stella pudo oírse claramente a través del húmedo césped—. Tráele dentro y le echaré un vistazo. Maldita forma de empezar la mañana. No, tú te quedas ahí dentro, perro estúpido. Eres tan bueno que ni has ladrado cuando estaban robándome el coche.

—Mi esposa, Stella —dijo Ray mientras se le encendía e iluminaba la sonrisa— te acaba de dar la opción número dos. ¿Tienes hambre?

Un perro ladraba a kilómetros de distancia. El estridente canto de los pájaros le sonaba mucho más cerca. Tan pronto estaba ardiendo como se moría de frío.

—Tranquilo, hijo. Yo te sujeto.

Se sumergió en la oscuridad y dejó de oír a Ray.

Cuando se despertó, estaba tumbado sobre un colchón firme en una habitación donde la brisa hacía ondular las cortinas, llevando hasta él el aroma de las flores y el agua. La humillación y el pánico le asaltaron. En cuanto intentó sentarse unas manos le hicieron volver a tumbarse.

—Sigue tumbado un minuto más.

Pudo ver el largo y delgado rostro de la mujer que se alzaba sobre él curioseando, examinándole. Tenía miles de pecas doradas que, por alguna razón, encontró que eran fascinantes. Sus ojos eran de color verde oscuro y su mirada severa. En su boca se dibujaba una línea delgada, seria. Había estirado su cabello hacia atrás y olía débilmente a polvos de talco.

Cam se dio cuenta de repente de que le habían quitado sus harapiientos pantalones Jockeys. La humillación y el pánico estallaron.

—Vete al infierno y apártate de mí. —Su voz sonó con un deje de terror que le enfurecía.

—Relájate ahora. Relájate. Soy médico. Mírame. —Stella acercó su cara un poco más—. Mírame ahora. Dime cómo te llamas.

El corazón le brincaba en el pecho.

—John.

—Smith, supongo —dijo ella secamente—. Bien, si tienes la suficiente presencia de ánimo como para mentir, no estás tan mal. —Ella le miró a los ojos y carraspeó—. Diría que tienes una conmoción leve. ¿Cuántas veces te has desmayado desde que te golpearon?

—Esta es la primera. —Sintió que se ponía colorado bajo la atenta mirada y luchó para no violentarse—. Eso creo. No estoy seguro. Me tengo que ir.

—En efecto. Al hospital.

—No. —El terror le proporcionó la fuerza de agarrarle el brazo antes de que ella pudiera levantarse. Si acababa en el hospital habría preguntas. Con las preguntas vendrían los policías. Con los policías vendrían los trabajadores sociales. Y de alguna forma, antes de que eso acabara, él volvería de regreso a aquel remolque queapestaba a cerveza rancia y orines con un hombre cuyo mayor alivio era golpear a un chico al que doblaba en tamaño.

—No voy a ir a ningún hospital. No. Sólo deme mi ropa. Tengo algo de dinero. Le pagaré por las molestias. He de irme.

Ella le volvió a mirar.

—Dime tu nombre. El verdadero.

—Cam. Cameron.

—Cam, ¿quién ha hecho eso?

—No me...

—No me mientas —dijo ella con brusquedad. Y él no pudo hacerlo. Su miedo era enorme y la cabeza comenzaba a latirle con tal fuerza que a duras penas podía dejar de gimotear.

—Mi padre.

—¿Por qué?

—Porque le gusta.

Stella se apretó los ojos con los dedos y luego bajó las manos y se puso a mirar por la ventana. Podía ver el agua, azul como el cielo, los árboles espesos y llenos de hojas, y el cielo sin nubes y hermoso. Y pensó que en un mundo tan bello había padres que pegaban a sus hijos porque les gustaba hacerlo. Porque podían. Porque estaban ahí.

—Bien. Iremos paso a paso. Te has mareado, se te ha nublado la vista.

Con cautela, Cameron asintió.

—Sí, un poco. Es que no he comido desde hace mucho.

—Ray está abajo ocupándose de eso. Es mejor que yo en la cocina. Te has dado un golpe en las costillas, pero no las tienes rotas. El ojo es lo que peor está —murmuró ella pasando un dedo suavemente por la hinchazón—. Podemos curártelo aquí. Te lavaremos, te cuidaremos y veremos cómo evolucionas. Soy médico —volvió a decir mientras su mano serena le alisaba el pelo hacia atrás—. Pediatra.

—Eso es un médico para niños.

—Has estudiado, chico duro. Si no me gusta cómo evolucionas iremos a que te hagan unas radiografías. —Buscó un antiséptico en su bolso—. Esto va a escocer un poco.

El hizo una mueca de dolor y contuvo el aliento cuando ella empezó a curarle la cara.

—¿Por qué hace esto?

Ella no podía evitarlo. Con la mano libre que le quedaba, le cepilló un mechón de pelo oscuro.

—Porque me gusta.

Se habían quedado con él. Había sido tan simple como eso, pensó Cam en aquel momento. O eso le pareció entonces. Hasta muchos años más tarde no se dio cuenta de cuánto trabajo, esfuerzo y dinero habían invertido en criarle primero y adoptarle después. Le habían dado su casa, su nombre y todo lo que había de valor en esta vida.

Stella había muerto hacía casi ocho años a causa de un cáncer que penetró en su cuerpo y lo devoró. Aquella casa a las afueras del pequeño pueblo costero de St. Christopher había perdido parte de su luz; y también Ray, y Cam, y los otros dos niños que habían adoptado.

Cam se había dedicado a pilotar: lo que fuera, a donde fuera. Y ahora pilotaba su coche hacia casa, al encuentro del único hombre al que había considerado su padre.

Había estado en aquel hospital innumerables veces. Cuando su madre trabajaba en él y cuando luego la trataron de aquello que la mató.

Ahora entraba en él, dolido y asustado, y preguntó por Raymond Quinn en el mostrador de recepción.

—Está en Cuidados Intensivos. Sólo parientes.

—Soy su hijo. —Cameron se dio la vuelta y se dirigió al ascensor. No le tenían que indicar qué piso era. Lo conocía muy bien.

Vio a Phillip en el momento en que las puertas se abrieron hacia la UCI.

—¿Cómo está?

Phillip le entregó una de las dos tazas de café que sostenía. Estaba pálido por el cansancio y su pelo rojizo normalmente bien peinado lo tenía todo revuelto; sus ojos, de color marrón claro, estaban ensombrecidos por el agotamiento.

—No estaba seguro de que lo consiguieras. Está mal, Cam. Jesús, tengo que sentarme un rato.

Se dirigió hacia una pequeña zona de espera y se dejó caer en una silla. La lata de Coca Cola que estaba en el bolsillo de su traje a medida hizo un ruido metálico. Durante un momento, miró absorto el programa matutino que ponían por la televisión.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Cam—. ¿Dónde está? ¿Qué dicen los médicos?

—Se dirigía a casa desde Baltimore. Al menos Ethan piensa que había ido a Baltimore por alguna razón. Se dio un golpe contra un poste telefónico. Se lo cargó. —Se llevó la mano al corazón porque le dolía cada vez que lo recordaba—. Dicen que puede que fuera un infarto, o un ataque, y que perdió el control, pero no están seguros aún. Iba conduciendo rápido. Muy rápido. —Tuvo que cerrar los ojos porque tenía un nudo en el estómago—.

Demasiado rápido —repitió—. Les llevó casi una hora sacarle del coche. Casi una hora. Los médicos dijeron que a ratos perdía la consciencia. Ocurrió a un par de millas de aquí.

Se acordó de la Coca Cola que tenía en el bolsillo, abrió la lata y bebió. Trató de no pensar más en ello, concentrarse en el presente y en lo que ocurriría después.

—Localizaron a Ethan enseguida —continuó Phillip—. Cuando llegó aquí estaban operando a papá. Ahora está en coma. —Miró hacia arriba y se encontró con los ojos de su hermano—. No esperan que salga de ésta.

—Eso es una gilipollez. Es fuerte como un toro.

—Dijeron... —Phillip cerró de nuevo los ojos. Su cabeza parecía vacía y tenía que buscar cada pensamiento—. Traumatismo general. Daño cerebral. Lesiones internas. Le están manteniendo con vida. El cirujano... Papá está inscrito en el censo de donante de órganos.

—Que se jodan con eso. —La voz de Cam era elevada y furiosa.

—¿Crees que a mí me gusta pensar en ello? —Phillip se puso ahora en pie, era un hombre alto y ágil vestido con un traje arrugado de mil dólares—. Han dicho que era una cuestión de horas como mucho. Las máquinas le mantienen la respiración. Maldita sea, Cam, sabes cómo hablaban papá y mamá acerca de esto cuando ella estuvo enferma. Nada de medidas extremas. Hicieron testamento en vida y nosotros ignoramos el de él porque... porque no soportamos no hacerlo.

—¿Quieres que lo desconecten? —Cam alargó la mano y agarró a Phillip por las solapas—. ¿Quieres que desconecten la maldita máquina?

Cansado y abatido, Phillip sacudió la cabeza.

—Preferiría cortarme la mano. Yo tampoco quiero perderle. Será mejor que lo veas por ti mismo.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el pasillo, donde los antisépticos no podían ocultar el olor de la desesperación. Atravesaron una puerta doble, luego un puesto de enfermeras, y a continuación unas pequeñas habitaciones con cristaleras donde sonaban las máquinas, y la esperanza se mantenía con obstinación.

Ethan estaba sentado en una silla al lado de la cama cuando entraron. Su mano grande y callosa cubría la mano de Ray. Su cuerpo enjuto y fuerte estaba inclinado, como si hablase con el hombre inconsciente que estaba junto a él. Se levantó lentamente y, con ojos enrojecidos por la falta de sueño, miró a Cam.

—Así que has decidido aparecer. Ya estamos todos.

—He venido lo antes posible. —No quería admitirlo, no podía creerlo. El hombre viejo y terriblemente frágil que yacía en la estrecha cama era su padre. Ray Quinn era grande, fuerte, invencible. Pero aquel hombre que tenía el rostro de su padre estaba encogido, pálido y tranquilo como la muerte.

—Papá. —Se dirigió al lado de la cama y se inclinó para acercarse—. Soy Cam. Estoy aquí. —Esperó, convencido de que eso haría que su padre abriera los ojos y guiñase uno con malicia.

Pero no hubo movimiento alguno, ni ningún sonido distinto al monótono ruido de las máquinas.

—Quiero hablar con su médico.

—El doctor García. —Ethan se restregó la cara con las manos y echó hacia atrás su cabello aclarado por el sol. —El cirujano cerebral al que mamá solía llamar Manos Mágicas. La enfermera le llamará.

Cam se enderezó y, por primera vez, se dio cuenta de la presencia de un niño acurrucado y dormido en la silla de la esquina.

—¿Quién es ese niño?

—Es el último de los niños perdidos de Ray Quinn. —Ethan esbozó una ligera sonrisa. Normalmente ésta habría suavizado su cara seria y dulcificado sus pacientes ojos azules—. Ya te habló de él. Se llama Seth. Papá le acogió hace unos tres meses. —Quiso decir algo más pero captó la mirada de advertencia de Phillip y se calló—. Hablaremos de ello más tarde.

Phillip permanecía a los pies de la cama, balanceándose sobre sus talones.

—Y, ¿qué tal por Montecarlo? —Ante la mirada vacía de Cam, se encogió de hombros. Era un gesto que los tres utilizaban en lugar de palabras—. La enfermera dijo que deberíamos hablar con él y hablar entre nosotros. Que quizá pueda... No están seguros.

—Bien. —Cam se sentó y miró a Ethan cogiendo la mano de Ray a través de la barra de protección. Como la mano estaba flácida y sin vida, la sostuvo con suavidad deseando que pudiera apretar la suya—. Gané un montón en los casinos y estaba con una modelo francesa muy caliente en mi suite cuando llegó tu fax. —Cambió la mirada y se dirigió directamente a Ray—. Deberías haberla visto. Era increíble. Con unas piernas hasta las orejas y unos pechos magníficos hechos a medida.

—¿Tenía rostro? —le preguntó Ethan secamente.

—Uno que le iba perfectamente al cuerpo. Te digo que era una devora-hombres. Y cuando le dije que me tenía que marchar se puso como una loba. —Se golpeó la cara en el lugar donde los arañazos marcaban sus mejillas—. Tuve que echarla de la habitación al recibidor antes de que me hiciera trizas. Pero no me olvidé de tirar su vestido tras ella.

—¿Estaba desnuda? —quiso saber Phillip.

—Totalmente.

Phillip sonrió, y luego soltó su primera carcajada en casi veinte horas.

—¡Dios, es tan propio de ti! —Puso su mano en el pie de Ray, buscando una conexión—. Le gustará esa historia.

En la esquina, Seth fingía estar dormido. Había oído entrar a Cam. Sabía quién era. Ray le había hablado mucho de Cameron. Tenía dos álbumes grandes que estaban llenos hasta reventar de recortes y artículos sobre sus carreras y proezas.

No parecía tan duro e importante ahora, pensó Seth, sino enfermo, pálido y ojeroso. Seth ya había sacado sus propias conclusiones sobre lo que pensaba de Cameron Quinn.

Le gustaba mucho Ethan. A pesar de que te hiciera mover bien el culo al salir a pescar almejas u ostras con él. No solía dar sermones y no le dio nunca un golpe o un revés a Seth, ni siquiera cuando había cometido errores. Y cumplía con creces la idea que Seth tenía de un marinero a sus diez años de edad.

Era robusto, bronceado y tenía el pelo rizado y moreno con vetas rubias; los músculos eran fuertes y la conversación, divertida. Sí, Seth le apreciaba mucho.

Phillip le daba igual. Siempre iba planchado e impecable. Seth se imaginaba que debía de tener unos seis millones de corbatas, aunque no entendía que a nadie le pudiese gustar ni siquiera una. Pero Phillip tenía una especie de trabajo elegante en una oficina elegante de Baltimore. Publicidad. Siempre pensando en vender cosas astutamente a gente que probablemente no las necesitaría nunca.

Seth pensaba que era una forma guay de engañar a alguien.

Y ahora Cam. El era quien más había destacado, el que vivía al límite y asumía riesgos. No, no parecía tan duro, no parecía tanto un bala perdida.

En ese momento Cam volvió la cabeza y sus ojos se fijaron en los de Seth. Los mantuvo así, directos, sin parpadear, hasta que Seth sintió que su estómago se estremecía. Para escapar se limitó a cerrar los ojos e imaginarse a sí mismo de regreso en la casa que estaba cerca del agua, arrojando palos al torpe cachorro de Ray, que se llamaba Tonto.

Sabiendo que el muchacho se hallaba despierto y que era consciente de su mirada, Cam continuó observándole. Pensó que tenía buena presencia, con el pelo enmarañado de color rubio rojizo y un cuerpo que acababa de empezar a espigarse. Si seguía creciendo sería muy alto. Cam observó que tenía una barbilla insolente y la boca triste. Cuando fingía estar dormido tenía la apariencia inofensiva y astuta de un cachorro.

Pero sus ojos... Cam reconoció aquella línea en su mirada, aquella precaución animal. La había visto muchas veces en el espejo. No había podido distinguir su color, pero seguramente eran oscuros. Azules o marrones, imaginó.

—¿No podríamos llevar al niño a algún otro lugar?

Ethan miró por encima.

—Está bien aquí. De todas formas no hay nadie con quien dejarle. Se metería en problemas si se quedara

solo.

Cam se encogió de hombros, miró hacia otro lado y se olvidó de él.

—Quiero hablar con García. Tienen que tener los resultados de las pruebas, o algo así. Ray conduce como un profesional, así que si ha sufrido un infarto o un ataque... —Su voz se quebró: había mucho que considerar—. Necesitamos saberlo. Estar aquí parados no servirá de mucha ayuda.

—Si tú necesitas hacer algo —dijo Ethan con una voz suave que denotaba su contención—, ve y hazlo. Estar aquí sí cuenta. —Miró a su hermano por encima de la figura inconsciente de Ray y añadió—: Siempre ha contado.

—Alguno de nosotros no ha querido escarbar en busca de ostras o pasar la vida removiendo montones de cangrejos —soltó Cam por lo bajo—. Ellos nos dieron una vida y esperaron que hiciéramos con ella lo que quisiéramos.

—Y tú hiciste lo que quisiste.

—Todos nosotros lo hemos hecho —apostilló Phillip—. Si hubo algo en la vida de papá que no fue bien en los últimos meses, Ethan, nos lo tenías que haber contado.

—¿Cómo demonios se suponía que yo lo iba a saber? —Pero Ethan sentía que debía haber sabido algo y que simplemente no pudo dar en el clavo. Y lo dejó escapar. Aquello le reconcomía ahora, mientras estaba sentado escuchando las máquinas que mantenían a su padre con vida.

—Porque tú estabas allí —le dijo Cam.

—Sí, yo estaba allí. Y tú no. Durante muchos años.

—¿Y si yo hubiera estado en St. Chris no se habría estrellado contra un maldito poste telefónico? ¡Jesús! —Cam se estiró el cabello con las manos—. Eso tiene sentido.

—Si hubieras estado cerca. Si cualquiera de los dos hubierais estado cerca, él no habría tratado de hacer tanto por sí mismo. Cada vez que me daba la vuelta estaba en lo alto de una maldita escalera, o empujando una carretilla, o pintando su barco. Y seguía impartiendo clases en la escuela tres veces por semana, y haciendo tutorías, y calificando exámenes. Tiene casi setenta años, por Dios bendito.

—Sólo tiene sesenta y siete. —Phillip sintió como si una garra heladora se clavara en él—. Y siempre ha tenido muy buena salud.

—Últimamente no. Había perdido peso, tenía aspecto cansado y estropeado. Lo habéis visto vosotros mismos.

—Muy bien, muy bien. —Phillip se frotó la cara con las manos y sintió la aspereza de la barba de un día—. Quizás tendría que haber bajado el ritmo un poco. Lo de quedarse con el niño ha debido ser demasiado, pero no había nada que discutir sobre eso.

—Siempre peleando.

La voz, débil e incomprensible, hizo que los tres hombres fijaran bruscamente la atención.

—Papá. —Ethan se acercó el primero, el corazón le latía agitadamente en el pecho. —Iré a buscar al médico.

—No, quédate —murmuró Ray antes de que Phillip pudiera salir precipitadamente en busca del médico. Este regreso, aunque fuera por poco tiempo, era un esfuerzo enorme. Y Ray comprendía que le quedaba muy poco. Su cuerpo y su mente parecían ya cosas separadas, aunque todavía podía sentir la presión de otras manos en las suyas, escuchar el sonido de las voces de sus hijos y el miedo y la angustia que había en ellas. Estaba cansado, ¡Dios mío, qué cansado estaba! Y quería a Stella. Pero antes de partir, tenía que cumplir un último deber.

—Venid. —Los párpados parecían pesarle varios kilos, pero forzó sus ojos para que se abrieran, luchando para poder enfocar. Pensó que sus hijos eran tres maravillosos regalos del destino. Había hecho todo lo mejor para ellos, tratando de enseñarles cómo convertirse en hombres. Ahora les necesitaba para una cosa más. Necesitaba que se mantuvieran unidos sin él y que se ocuparan del chico—. El chico. —Incluso las palabras pesaban. Le dolía arrastrarlas de la mente hacia los labios—. El chico es mío. Es vuestro ahora. Quedaos con él y cuidadle, pase lo que pase. Cam. Tú le entenderás mejor que nadie. —Aquella mano grande, antes tan fuerte y vital, hacía esfuerzos desesperados para poder apretar—. Dadme vuestra palabra.

—Nosotros cuidaremos de él. —Y en aquel momento, Cam habría prometido la luna y las estrellas—. Cuidaremos de él hasta que vuelvas a estar bien.

—Ethan. —Ray dio otro suspiro que retumbó en el respirador—. Necesitaré de tu paciencia y de tu corazón. Eres un buen hombre de mar gracias a ello.

—No te preocupes por Seth. Nosotros le cuidaremos.

—Phillip.

—Aquí estoy. —Se acercó y se inclinó hacia él—. Todos estamos aquí.

—Qué buenos sois. Ya sabréis cómo hacer para que todo vaya bien. No dejéis escapar al chico. Sois todos hermanos. Recordad que sois hermanos. Estoy orgulloso de vosotros. De todos vosotros, hermanos Quinn. —Sonrió un poco y paró de luchar—. Ahora debéis dejar que me vaya.

—Voy a buscar al médico. —Muerto de miedo, Phillip salió corriendo de la habitación mientras que Cam y Ethan trataban de que su padre recobrara la conciencia.

Nadie se percató del chico que estaba hecho un ovillo en la silla apretando los ojos para intentar contener las lágrimas.

DOS

Recibieron ellos solos a la gente que vino a velar y enterrar a Ray Quinn. El había sido algo más que un residente en aquel lugar del mapa llamado St. Christopher's. Había sido maestro, amigo y confidente. Durante años, cuando flaqueaba la recolección de ostras, había contribuido a organizar la búsqueda de fondos de ayuda, o encontrado de repente docenas de trabajos raros que había que hacer para sacar de apuros a los marineros durante el invierno.

Si un estudiante se esforzaba, Ray encontraba el modo de sacar de donde fuera una hora extra para darle clases particulares. Sus clases de literatura en la universidad siempre se habían llenado, y era raro que alguien pudiera olvidar al profesor Quinn.

Había creído en la comunidad, y esa creencia había sido fuerte y flexible a la vez. Había sacado lo mejor de la condición humana. Había influido en las vidas de la gente.

Y había convertido en hombres a tres muchachos que nadie quería.

Su tumba estaba cubierta de flores y lágrimas. Así que cuando comenzaron las murmuraciones y preguntas, la mayoría prefirió callarse rápidamente. Pocos querían oír los cotilleos sobre lo que había sido Ray Quinn. O eso decían aun cuando aguzaban sus oídos para captar los murmullos.

Escándalos sexuales, adulterio, hijos ilegítimos. Suicidio.

Ridículo. Imposible. La mayoría lo decía y lo creía. Pero otros se acercaban un poco más para captar cada susurro, fruncían el entrecejo y pasaban el rumor de boca a oídos.

Cam no oyó ningún murmullo. Su pena era tan grande, tan monstruosa, que apenas podía oír sus propios pensamientos oscuros. Cuando su madre murió, pudo asumirlo. Estaba preparado para ello, la había visto sufrir y había rezado por que llegara su fin. Pero esta pérdida había sido demasiado rápida, demasiado arbitraria, y no había cáncer alguno al que echar la culpa.

Había demasiada gente en la casa: gente que quería ofrecer su simpatía o compartir recuerdos. El no quería sus recuerdos, no podía enfrentarse a ellos antes de haber podido asumir los suyos.

Se sentó solo en el muelle que había ayudado a Ray a reparar más de una docena de veces durante años. A su lado se hallaba el bonito balandro de veinticuatro pies en el que habían navegado juntos innumerables veces. Cam se acordó del aparejo que Ray tuvo el primer verano: un pequeño Sunfish, un barco de aluminio que le había resultado a Cam tan grande como un corcho.

Y con qué paciencia le había enseñado Ray a navegar, a manejar la jarcia, a virar. Y Cam pensó ahora en el

escalofrío que le había recorrido la primera vez que Ray le dejó manejar el timón.

Había sido una experiencia que le cambió la vida a un muchacho que había crecido en las duras calles: el aire salado en la cara, el viento golpeando la pintura blanca del casco, la velocidad y la libertad de deslizarse sobre el agua. Pero por encima de todo se hallaba la confianza. «A ver, mira lo que puedes hacer con ella», le había dicho Ray.

Puede que fuera entonces, en aquella tarde nebulosa en la que las hojas ya estaban verdes y el sol era un balón rojizo detrás de la niebla, cuando aquel muchacho se convirtió en el hombre que era hoy.

Y Ray lo había conseguido todo con una sonrisa.

Oyó las pisadas en el muelle, pero no se dio la vuelta. Siguió mirando por encima del agua mientras Phillip permanecía de pie a su lado.

—La mayoría se ha ido ya.

—Bien.

Phillip dejó que sus manos resbalaran en sus bolsillos.

—Han venido por papá. A él le habría gustado.

—Sí. —Cansado, Cam presionó sus ojos con los dedos, dejándolos caer—. Sí que le habría gustado. Se me han agotado las cosas que decir y el modo de hacerlo.

—Ya. —Aunque se ganaba la vida con frases inteligentes, Phillip comprendió exactamente. Se tomó un momento para disfrutar del silencio. La brisa que venía del agua era como un pequeño mordisco, lo que era un alivio después de haber estado en la atiborrada casa, recalentada por la presencia humana—. Grace está limpiando la cocina. Seth le está echando una mano. Creo que se interesa por ella.

—Parece buena persona. —Cam luchó por dirigir su mente hacia otra persona o hacia cualquier otra cosa—. Es difícil creer que tiene una hija. Está divorciada, ¿no?

—Desde hace un año o dos. El se fue justo antes de que la pequeña Aubrey naciera. —Phillip resopló entre dientes—. Hay algo de lo que tenemos que hablar, Cam.

Cam reconoció el tono, que significaba que había que ponerse manos a la obra. El resentimiento empezó a aflorar al instante.

—Estaba pensando en irme a navegar. Hay buen viento hoy.

—Puedes navegar más tarde.

Cam volvió la cabeza con rostro templado.

—Puedo navegar ahora.

—Circula el rumor de que papá se suicidó.

El rostro de Cam se quedó perplejo, y luego se tiñó de color rojo de rabia.

—¿De qué coño hablas? —preguntó mientras se ponía rápidamente en pie.

Ahora haces caso, pensó Phillip con profunda satisfacción.

—Se especula que se estrelló aposta contra el poste.

—Eso es una gilipollez. ¿Quién demonios va diciendo eso?

—Circula por ahí, hay gente que lo cree. Tiene que ver con Seth.

—¿Qué es lo que tiene que ver con Seth? —Cam comenzó a andar, dando largas y furiosas zancadas a lo largo del estrecho muelle—. ¿Qué pasa, que piensan que estaba loco por haberse quedado con el chico? Diablos, él estaba loco por haberse quedado con cualquiera de nosotros pero ¿qué tiene que ver eso con un accidente?

—Hay habladurías acerca de que Seth es su hijo. De sangre. —Aquello hizo que Cam se parara en seco—. Mamá no podía tener hijos.

—Ya lo sé. —La furia llenó su pecho como un martillo de acero—. ¿Estás diciendo que él la engañó? ¿Que salió con otra mujer y tuvo un hijo? Dios mío, Phil.

—Yo no lo digo.

Cam se acercó más, hasta que estuvieron cara a cara.

—¿Qué demonios dices tú?

—Te estoy contando lo que he oído —dijo Phillip de forma imparcial— para que hablemos de ello.

—Si tuvieras huevos habrías callado la boca a todo aquel que hubiera mentido.

—Igual que quieres hacer tú conmigo. ¿Es ése tu modo de afrontarlo? ¿Darle golpes hasta que desaparezca? —Con el temperamento a flor de piel, Phillip se alejó un palmo de Cam—. El era también mi padre, maldita sea. Tú fuiste el primero, pero no eras el único.

—Entonces, ¿por qué demonios no le has defendido en vez de escuchar esa basura? ¿Tenías miedo de ensuciarte las manos? ¿De estropearle la manicura? Si no te hubieras comportado como una maldita chiquilla habrías...

El puño de Phillip se disparó y golpeó a Cam directamente en la mandíbula. El puñetazo había sido lanzado con tal fuerza que desplazó la cabeza de Cam hacia atrás, haciéndole tambalearse uno o dos pasos. Pero recobró el equilibrio bastante rápido. Con los ojos llenos de rabia, asintió.

—Muy bien, venga.

La sangre se agolpaba en su cabeza y Phillip comenzó a quitarse la chaqueta. El ataque llegó de forma rápida, silenciosa y desde atrás. Casi no tuvo tiempo de renegar cuando se encontró cayendo al agua desde el muelle.

Phillip salió a la superficie, escupió y se apartó el cabello húmedo de los ojos.

—Hijo de puta. Eres un hijo de puta.

Ethan tenía los pulgares metidos en los bolsillos delanteros y observó a su hermano a medida que Phillip daba patadas en el agua.

—Tranquilizaos —sugirió con voz suave.

—El traje es de Hugo Boss —alcanzó a decir Phillip mientras se dirigía hacia el muelle.

—A mí eso no me dice nada. —Ethan miró a Cam desde arriba—. ¿Te dice algo a ti?

—Significa que va a pagar una maldita factura de tintorería.

—Tú también —dijo Ethan y empujó a Cam fuera del muelle—. Este no es ni el momento ni el lugar para andar liándose a puñetazos. Así que cuando vosotros dos mováis el culo y os sequéis hablaremos de esto. Le he mandado a Seth que se vaya un momento con Grace.

Con los ojos entrecerrados, Cam se echó el cabello hacia atrás con los dedos.

—Así que de repente tú te has hecho cargo de todo.

—Me parece que soy el único que ha mantenido la cabeza a flote. —Dicho esto, Ethan se dio la vuelta y se dirigió lentamente hacia la casa.

Juntos, Cam y Phillip se agarraron al borde del muelle. Intercambiaron una mirada larga y dura antes de que Cam sonriera.

—Luego le tiraremos —dijo.

Aceptando aquello como una disculpa, Phillip asintió. Se sentó en el muelle dándose impulso hacia arriba y luego se echó hacia atrás la estropeada corbata de seda.

—Yo también le quería. Tanto como tú. Tanto como cualquiera.

—Sí. —Cam se quitó los zapatos de un tirón—. No puedo soportarlo. —Era difícil de admitir para un hombre que había elegido vivir al límite—. No quería estar allí. No quería estar allí y ver cómo le enterraban.

—Estabas allí. Eso es lo único que le habría importado a él.

Cam se quitó los calcetines, la corbata y la chaqueta, sintiendo el frescor de la incipiente primavera.

—¿Quién te contó... quién te dijo esas cosas sobre papá?

—Grace. Había escuchado conversaciones y pensó que sería mejor que supiéramos lo que se hablaba. Nos lo contó a Ethan y a mí esta mañana, y se puso a llorar. —Phillip enarcó una ceja—. ¿Todavía piensas que debería haberle callado la boca?

Cam arrojó los estropeados zapatos al césped.

—Quiero saber quién comenzó esto y por qué.

—¿Has mirado a Seth, Cam?

El viento comenzó a introducirse en sus huesos. Eso es lo que hizo que sintiera un escalofrío repentino.

—Por supuesto que le he mirado. —Cam se volvió y se

dirigió hacia la casa.

—Échale un vistazo de cerca —murmuró Phillip.

Cuando Cam entró en la cocina veinte minutos más tarde, reconfortado y seco con un jersey y unos vaqueros, Ethan había preparado café caliente y tenía listo el whisky.

Se trataba de una gran cocina familiar con una mesa grande de madera en el centro. Las encimeras blancas reflejaban el paso del tiempo, desgastadas por el uso. Unos años antes habían hablado de sustituir la vieja cocina. Luego, Stella se puso enferma y ahí había terminado todo.

Encima de la mesa había un cuenco grande y llano que había hecho Ethan durante su penúltimo año en el taller de madera de la facultad. Había estado ahí desde el día en que lo llevó a casa, y a menudo se llenaba con cartas, notas y fruslerías caseras en vez de la fruta para la que se había diseñado. En la pared trasera había tres ventanas grandes y sin cortinas que daban a un patio con agua.

Las puertas de los armarios tenían la parte delantera de cristal, y en su interior se alineaban los platos lisos de cerámica blanca, meticulosamente dispuestos, como debía estar el contenido de todos los cajones, pensó Cam. Stella había insistido en ello. Cuando necesitaba una cuchara, por Dios bendito, no quería tener que buscarla.

Y la nevera estaba cubierta de fotos y recortes de periódico, notas, postales y dibujos infantiles fijados de manera fortuita con imanes de colores.

El corazón le dio un brinco al entrar en aquella habitación y saber que sus padres no volverían a estar allí.

—El café está cargado —comentó Ethan—. Y también el whisky. Vosotros elegís.

—Tomaré las dos cosas. —Cam llenó la jarra, añadió un trago de Johnnie Walker al café, y se sentó—. ¿Quieres golpearme a mí también?

—Sí, tenía ganas y puede que las vuelva a tener. —Ethan decidió que quería el whisky solo, y se sirvió uno doble—. No pienso en ello ahora. —Se quedó junto a la ventana, mirando hacia afuera y sosteniendo el whisky que no había probado en la mano—. Quizá todavía piense que deberías haber estado aquí más a menudo en los últimos años. Quizá no pudiste. No parece que importe mucho eso ahora.

—No soy un marino, Ethan. Me dedico a aquello en lo que destaco. Y eso es lo que ellos habrían esperado.

—Sí. —No podía imaginarse la sensación de tener que huir de aquel lugar que para él era su hogar y un refugio. Pero no tenía sentido cuestionarlo ahora o dar lugar a resentimientos. O culpar a nadie—. La casa necesita algunos arreglos.

—Ya me he dado cuenta.

—Debería haber dedicado más tiempo a estar por aquí y ocuparme de las cosas. Uno siempre piensa que hay mucho tiempo para hacer las cosas y luego no lo hay. Los escalones de atrás están carcomidos, habría que cambiarlos. Quise hacerlo. —Se dio la vuelta cuando Phillip entró en la habitación—. Grace tiene que trabajar esta noche, así que no se puede ocupar de Seth más de un par de horas. Suéltalo tú, Phil. Yo me extendería demasiado.

—Bien. —Phillip se sirvió café sin whisky. En vez de sentarse, se apoyó hacia atrás, sobre la encimera—. Parece que una mujer vino a ver a papá hace unos meses. Fue a la facultad y causó cierto alboroto al que nadie prestó mucha atención en aquel momento.

—¿Qué clase de alboroto?

—Montó una escena en su oficina con muchos gritos y llanto. Luego fue a ver al decano y trató de presentar cargos de acoso sexual contra papá.

—Eso es muy viejo.

—Aparentemente el decano pensó lo mismo. —Phillip se sirvió una segunda taza de café y entonces lo llevó a la mesa—. Alegó que papá le había acosado y hostigado cuando ella era estudiante. Pero no había pruebas de que hubiera estudiado alguna vez en la facultad. Luego dijo que ella solamente había asistido a su clase de oyente porque no podía permitirse pagar la matrícula. Pero nadie pudo comprobar eso tampoco. La reputación de papá resistió, y parecía que ella había desaparecido.

—Papá estaba bastante tocado —añadió Ethan—. No quería hablarme de ello. No quería hablarlo con nadie. Luego se fue de viaje durante una semana. Me dijo que se iba a Florida a pescar y regresó con Seth.

—¿Estás tratando de decirme que la gente piensa que el chico es suyo? Por el amor de Dios, ¿piensan que tuvo algo con esa niña y que ella esperó durante diez o doce años para quejarse?

—Nadie pensó mucho en ello entonces —dijo Phillip—. Papá tenía un historial de acoger niños desvalidos en casa. Pero luego vino lo del dinero.

—¿Qué dinero?

—Extendió cheques, uno por diez mil dólares, otro por cinco mil y otro por diez mil en los últimos tres meses. Todos a nombre de Gloria DeLauter. Alguien en el banco se dio cuenta y se lo contó a alguien más, porque Gloria DeLauter era el nombre de la mujer que había tratado de cargarle el tema del acoso sexual.

—¿Por qué diablos nadie me dijo lo que estaba ocurriendo aquí?

—Yo no averigüé lo del dinero hasta hace unas semanas. —Ethan dirigió la mirada hacia su whisky y luego decidió que sería mejor beberse. Se lo tomó de un trago—. Cuando le pregunté sobre ello me dijo solamente que el chico era lo importante. Que no me preocupara. Que en cuanto todo se arreglara me lo explicaría. Me pidió tiempo y parecía tan... indefenso.

No sabéis lo que ha sido verle herido, viejo y frágil. No le habéis visto, no habéis estado aquí para verle. Así que esperé. —El whisky y la culpa se mezclaban con el resentimiento, y la pena parecía haberse hecho hueco en él—. Pero me equivoqué.

Conmovido, Cam se apartó de la mesa.

—¿Piensas que le estaban haciendo chantaje, que timó a una estudiante hace una docena de años y que de repente ella apareció? ¿Y que ahora él estaba pagando por su silencio? ¿Y que ella le entregó al niño para que lo cuidara?

—Te estoy contando lo que ocurrió y lo que sé. —La voz de Ethan era tranquila y sus ojos permanecían fijos—. No lo que creo.

—No sé lo que creo —dijo Phillip tranquilamente—. Pero sé que Seth tiene sus ojos. Sólo tienes que mirarle, Cam.

—El jamás habría follado con una estudiante, ni habría engañado a mamá.

—Yo no quiero creerlo. —Phillip posó su taza—. Pero era humano. Pudo haber cometido un error. —Uno de ellos tenía que ser realista, y él decidió que era el elegido—. Si lo hizo, no seré yo quien le condene por ello. Lo que tenemos que pensar es resolver cómo haremos lo que él nos pidió. Tenemos que encontrar un modo de quedarnos con Seth. Yo puedo averiguar si había iniciado el procedimiento de adopción. No podía estar concluido. Vamos a necesitar un abogado.

—Quiero averiguar algo más sobre Gloria DeLauter. —Deliberadamente, Cam aflojó sus puños antes de utilizarlos contra algo o contra alguien—. Quiero saber quién demonios es. Dónde diablos está.

—Tú mismo. —Phillip se encogió de hombros—. Personalmente yo no quiero ni verla.

—¿Y qué es ese disparate del suicidio?

Phillip y Ethan intercambiaron una mirada y luego Ethan se puso en pie y se dirigió a uno de los cajones de la cocina. Lo abrió y extrajo una gran bolsa sellada. Le dolía sostenerla y por el modo en que los ojos de Cam se habían ensombrecido, vio que éste se había dado cuenta de que llevaba el llavero con un trébol verde esmaltado de su padre.

—Esto es lo que estaba dentro del coche tras el accidente. —Lo abrió y extrajo un sobre. El papel blanco estaba manchado de sangre seca—. Me imagino que alguien, alguno de los policías, el operario de la grúa, o puede que alguno de los paramédicos, miró dentro y leyó la carta, y no se preocuparon de callárselo. Es de ella. —Ethan sacó la carta y se la entregó a Cam— DeLauter. El matasellos es de Baltimore. Volvía de allí.

Con temor, Cam sacó la carta del sobre. La letra era grande y con garabatos.

Quinn, estoy cansada de andar jugando. Si quieres tanto al chico, es hora de que pagues por él. Nos encontraremos donde le recogiste. Lo haremos el lunes por la

mañana. El edificio estará bastante tranquilo. A las once. Trae ciento cincuenta al contado. En efectivo, Quinn, y sin descuentos. Si no vienes con cada centavo me volveré a llevar al chico. Recuerda, puedo tirar del hilo de la adopción en el momento en que yo quiera. Ciento cincuenta de los grandes es una buena ganga para un chico tan aparente como Seth. Trae el dinero y me voy. Tienes mi palabra.

Gloria.

—Ella le estaba vendiendo —murmuró Cam—. Como si fuera un... —De pronto se paró y miró repentinamente a Ethan mientras recordaba. A Ethan también le había vendido una vez su propia madre a hombres que preferían chicos jóvenes—. Lo siento, Ethan.

—Vivo con ello —dijo simplemente—. Mamá y papá se aseguraron de que pudiera hacerlo. Ella no va a conseguir que vuelva Seth. Cueste lo que cueste, no le volverá a poner la mano encima.

—¿No sabemos si papá la pagó?

—Vacío su cuenta bancaria de aquí —dijo Phillip—. Por lo que os puedo decir, y todavía no me he metido detalladamente con sus papeles, canceló sus ahorros regulares y vendió sus CD. Sólo tuvo un día para conseguir el dinero. Esto ascendería a unos cien mil. No sé si tenía cincuenta mil más... si tuvo tiempo de liquidar lo que fuera.

—Ella no se habría marchado. Él debería haber sabido eso. —Cam bajó la carta y se pasó las manos por los pantalones como si quisiera limpiarlas—. ¿Así que la gente murmura que él se suicidó por... vergüenza, pánico, desesperación? El no habría dejado solo al chico.

—No lo hizo. —Ethan se dirigió hacia la cafetera—. Nos lo dejó a nosotros.

—¿Cómo diablos se supone que nos lo vamos a quedar? —Cam se volvió a sentar—. ¿Quién nos va a dejar adoptar a nadie?

—Encontraremos el modo. —Ethan sirvió café y añadió el azúcar suficiente para que Phillip reaccionara—. Nosotros somos responsables de él.

—¿Qué demonios vamos a hacer con él ahora?

—Llevarle al colegio, procurarle un techo, alimentarle y tratar de darle algo de lo que nos han dado a nosotros. —Volvió a llevar la cafetera y rellenó la taza de Cam—. ¿Se te ocurre algo?

—Una docena de cosas, pero ninguna tan importante como el hecho de que hemos dado nuestra palabra.

—En eso estamos de acuerdo, por lo menos. —Frunciendo el ceño, Phillip tamborileó con los dedos en la mesa—. Pero hemos omitido un punto esencial. Ninguno de nosotros sabe lo que Seth tiene que decir sobre esto. Puede que no quiera estar aquí. Puede que no quiera quedarse con nosotros.

—Siempre complicando las cosas, como de costumbre

—se quejó Cam—. ¿Por qué no iba a querer?

—Porque no te conoce, y apenas me conoce a mí. —Phillip elevó su taza y gesticuló—. Con el único con el que ha pasado algún tiempo es con Ethan.

—Tampoco ha pasado mucho tiempo conmigo —admitió Ethan—. Salimos en barco algunas veces. Tiene una mente rápida y buenas manos. No es muy hablador pero, cuando lo hace, larga bastante. Ha pasado algún tiempo con Grace. No parece que a ella le importe.

—Papá quería que él se quedara —dijo Cam encogiéndose de hombros—. Y se queda. —Miró hacia fuera al oír una bocina que sonó tres veces.

—Ésa debe de ser Grace, que le trae a casa de camino al pub de Shiney.

—¿El pub de Shiney? —Cam arqueó las cejas—. ¿Qué hace ella allí?

—Ganarse la vida, supongo —le contestó Ethan.

—Oh, sí. —Una sonrisa se le dibujó en la cara—. ¿Sigue teniendo a sus camareras vestidas con esas falditas con lazos en el culo y medias negras de malla?

—Sí —dijo Phillip con un largo suspiro de deseo—. Así las tiene.

—Me imagino que Grace debe rellenar esos uniformes bastante bien.

—Efectivamente —sonrió Phillip—. Efectivamente.

—Puede que luego dé una vuelta por el pub de Shiney.

—Grace no es una de tus modelos francesas. —Ethan se levantó de la mesa y llevó su taza y su enfado al fregadero—. Aléjate de ella.

—Guau. —A espaldas de Ethan, Cam hizo un gesto con las cejas a Phillip—. Me alejaré, hermanito. No sabía que tenías puesto el ojo en esa dirección.

—No lo tengo. Ella es madre, por Dios bendito.

—Pasé un rato realmente bueno con la madre de dos chiquillos en Cancún el pasado verano —recordó Cam—. Su ex nadaba en aceite, aceite de oliva, y todo lo que ella obtuvo en la sentencia de divorcio fue una villa en México, un par de coches, algunas baratijas, obras de arte y dos millones. Pasé una semana memorable consolándola. Y los niños eran guapos... a una distancia prudencial. Mejor con la niñera.

—Eres muy humanitario, Cam —le dijo Phillip.

—No lo sabía.

Oyeron cerrarse la puerta principal y se miraron entre ellos.

—Bien, ¿quién habla con él? —preguntó Phillip.

—A mí no se me dan bien esas cosas. —Ethan se dirigía ya hacia la puerta trasera—. Además tengo que dar de comer a mi perro.

—Cobarde —murmuró Cam una vez que se cerró la puerta tras Ethan.

—Tú ganas. Yo paso. —Phillip se había levantado y se disponía a marcharse—. Haz tú el primer intento. Yo tengo que echar un vistazo a esos papeles.

—Espera un maldito minuto solamente...

Pero Phillip ya se había ido y le decía amablemente a Seth que Cameron quería hablar con él. Cuando Seth entró en la cocina, con el cachorro jugueteando a su alrededor, vio a Cam con el ceño fruncido sirviéndose más whisky en el café.

Seth metió las manos en los bolsillos y elevó el mentón. No quería estar allí, no quería hablar con nadie. En casa de Grace podía sentarse en su pequeño porche y estar a solas con sus pensamientos. Ni siquiera le molestó cuando ella salió un momento y se sentó junto a él con Aubrey en las rodillas.

Porque ella sabía que quería estar tranquilo.

Ahora tenía que hablar con aquel hombre. No le daban miedo sus grandes manos ni su dura mirada. No debía, no podía permitirse tenerle miedo. No le importaba que ellos fueran a echarle a patadas, que le devolvieran como a uno de esos pececillos que Ethan pescaba en la bahía.

Podía cuidar de sí mismo. No le preocupaba.

El corazón se le removía en el pecho como un ratón en una jaula.

—¿Qué? —La palabra en sí era un puro desafío y un reto. Seth permaneció de pie, con las piernas cerradas, y esperó la reacción.

Cain seguía con el ceño fruncido, dando sorbos a su café enriquecido. Con una mano, golpeó de forma distraída al cachorro, que trataba de subir a su regazo con valentía. Vio a un muchacho flacucho que vestía unos vaqueros rígidos y obviamente nuevos, con una sonrisa burlona que te taladraba, y los ojos de Ray Quinn.

—Siéntate.

—Puedo estar de pie.

—No te he preguntado lo que puedes hacer, te he dicho que te sientes.

Haciéndole un gesto, Tonto dejó caer obedientemente su gordo trasero en el suelo y gruñó. Y el hombre y el chico se miraron el uno al otro. El chico fue el primero en bajar la mirada. Fue el rápido movimiento de hombros lo que hizo que Cam posara su taza en la mesa con un sonido. Aquél era un gesto de Quinn sin lugar a dudas. Cam se tomó un momento para reponerse y ordenar sus pensamientos. Pero éstos estaban dispersos y revueltos. ¿Qué demonios se suponía que debía decirle al chico?

—¿Has comido algo?

Seth le observó con cautela desde sus espesas pestañas femeninas.

—Sí, alguna porquería.

—Ah. ¿Te contó Ray alguna... cosa? ¿Tenía planes para ti?

Volvió a mover los hombros con rapidez.

—No lo sé.

—Se estaba ocupando de adoptarte, de legalizar la situación. Tú sabías algo de eso.

—El está muerto.

—Sí. —Cam volvió a coger su café y dejó que la pena le invadiera—. Está muerto.

—Me voy a Florida —soltó Seth sin pensarlo dos veces.

Cam dio un sorbo al café y ladeó la cabeza mostrando un ligero interés.

—¿Ah, sí?

—Tengo algún dinero. Me imagino que me iré por la mañana y cogeré un autobús rumbo al sur. No puedes impedírmelo.

—Por supuesto que puedo. —Sintiéndose ahora más cómodo, Cam se recostó en la silla—. Soy mayor que tú. ¿Qué has planeado hacer en Florida?

—Puedo conseguir trabajo. Puedo hacer un montón de cosas.

—Como robar alguna cartera o dormir en la playa.

—Puede.

Cam asintió. Ése había sido su plan cuando su destino era México. Por primera vez pensó que podría conectar con el chico después de todo.

—Me imagino que no podrás conducir aún.

—Podría si tuviera que hacerlo.

—Ahora es más difícil arrancar un coche, a menos que tengas experiencia. Y necesitas ser bastante ágil para ir por delante de la poli. Florida no es una buena idea.

—Pues ahí es adonde voy a ir. —Seth alzó la barbilla.

—No, no lo harás.

—No me vas a enviar de vuelta. —Seth se levantó tambaleando de la silla y su delgado cuerpo vibraba de miedo y rabia. Su rápido movimiento y sus gritos hicieron que el cachorro saliera temeroso de la habitación—. No tienes ningún control sobre mí, no puedes obligarme a regresar.

—¿Regresar adónde?

—Con ella. Me iré ahora mismo. Cogeré mis cosas y me iré. Y si piensas que puedes impedírmelo, vete a la mierda.

Cam reconoció la actitud: preparado para encajar el golpe pero dispuesto a luchar.

—¿Ella te golpeaba?

—Eso a ti no te importa.

—Ray se ocupó de que sí me importara. Tú acércate a la puerta —añadió mientras Seth se daba la vuelta— y te haré regresar a rastras.

Cam sonrió cuando Seth salió corriendo.

Al agarrar a Seth a un metro de la puerta, tuvo que reconocer que el chico era rápido, y luego, cuando le cogió por la cintura y le amenazó con darle un puñetazo, tuvo que admitir que, además, era fuerte.

—Aparta tus malditas manos de mí, hijo de puta. Te mataré si me tocas.

De forma inflexible, Cam arrastró a Seth hacia el salón, le empujó hacia una silla y le retuvo allí mirándole de cerca. Si hubiera sido rabia lo que vio en los ojos del chico, o simplemente desafío, no le habría importado. Pero lo que vio era puro miedo.

—Tienes huevos, hijo. Ahora procura tener cerebro. Si quiero sexo, busco a una mujer. ¿Me entiendes?

No podía hablar. Lo único que sabía cuando aquel rudo y musculoso brazo le rodeó era que en aquel momento no podría escapar, no podría ni luchar ni escapar.

—Aquí no te va a pegar nadie. Nunca. —Sin darse cuenta, Cam había suavizado la voz. Sus ojos permanecían sombríos, pero la dureza había desaparecido—. Si te pongo las manos encima, lo peor que puede significar es que trato de inculcarte cierta sensatez. ¿Lo coges?

—No quiero que me toques —dijo Seth. Casi no respiraba. El sudor de pánico hacía brillar su piel como el aceite—. No quiero que nadie me toque.

—Muy bien, de acuerdo. Quédate sentado ahí. —Cam se relajó y luego alcanzó un taburete y se sentó. Como Tonto estaba temblando de miedo, Cam lo levantó bruscamente y lo colocó en el regazo de Seth—. Tenemos un problema —comenzó a decir Cam, rogando para que le acudiera la inspiración—. No puedo vigilarte las veinticuatro horas del día. Y si pudiera no lo haría, maldita sea. Si te vas a Florida tendré que ir a buscarte y arrastrarte de vuelta. Y eso me enfurecería realmente.

Como el perro estaba allí, Seth le apretó contra sí y eso le hizo sentirse más cómodo.

—¿Por qué te importa que me vaya?

—No puedo decir que me importe. Pero a Ray sí. Así que te tendrás que quedar.

—¿Quedarme? —Aquella era una opción que Seth no había considerado nunca. Seguramente no se había permitido ni pensarlo—. ¿Aquí? Cuando vendáis la casa...

—¿Quién va a vender la casa?

—Yo... —Seth se calló, pensando que estaba hablando demasiado—. La gente dice que vais a hacerlo.

—La gente está equivocada. Nadie va a vender la casa.

Cam se sorprendió al ver lo firmes que eran sus sentimientos al respecto.

—Aún no sé cómo vamos a arreglarnos. Estoy trabajando en ello. Pero hasta que lo resuelva será mejor que te metas esto en la cabeza. Te vas a quedar aquí.

Lo que significaba, cayó en la cuenta Cam, que él también.

Parecía que su suerte seguía sin acompañarle.

—Hijo, permaneceremos juntos un tiempo.

TRES

Cam pensó que ésta había sido la semana más extraña de su vida. Debería haber estado en Italia preparando el motocross con el que había planeado obsequiarse. La mayor parte de la ropa y su barco estaban en Montecarlo, el coche se hallaba en Niza y la motocicleta en Roma.

Y en cambio estaba en St. Chris haciendo de niñera de un chico rebelde de diez años. Pedía a Dios que el niño estuviera en la escuela..., donde debía estar. Habían tenido una batalla campal sobre ese asunto aquella misma mañana. Y es que discutían por casi todo.

Por las tareas de la casa, el toque de queda, la colada, la televisión. Cam agitó la cabeza mientras apalancaba los peldaños podridos de la escalera trasera. Estaba seguro de que el muchacho se pondría en guardia para el combate por el mero hecho de decirle buenos días.

Y puede que él no estuviera haciendo un trabajo fabuloso como tutor, pero estaba esforzándose al máximo, maldita sea. Tenía un dolor de cabeza terrible que lo demostraba. Y, además, estaba solo. Phillip había prometido ir los fines de semana. Algo era. Pero también había cinco horribles días entre medias. Ethan se creía en la obligación de acudir y permanecer unas horas cada tarde después de la pesca diaria.

Pero eso era sólo por las tardes.

Cam habría vendido su alma al diablo por una semana en Martinica. Arena caliente y mujeres más calientes aún. Cerveza fría y sin preocupaciones. En lugar de eso lavaba la ropa, aprendía los misterios de la cocina con microondas e intentaba no perder de vista a un muchacho que parecía completamente decidido a hacerle la vida imposible.

—Tú eras igual.

—¡Y una mierda! No habría llegado a los doce si hubiera sido tan idiota.

—La mayor parte del primer año Stella y yo solíamos irnos a la cama por la noche preguntándonos si estarías aquí al día siguiente.

—Pero por lo menos erais dos. Y...

La mano de Cam aflojó el martillo. Sus dedos lo fueron soltando hasta que cayó haciendo un ruido sordo sobre el suelo. Allí estaba sentado Ray Quinn, sobre la vieja mecedora chirriante que había en el porche trasero. En su cara se dibujaba una sonrisa, y su pelo era una melena blanca desgreñada, larga y suelta. Llevaba puestos sus pantalones grises de pesca favoritos y una camiseta descolorida de color gris con un cangrejo rojo en el pecho. Estaba descalzo.

—¿Papá? —Cam giró la cabeza de forma forzada, y

luego su corazón saltó de alegría. Se puso rápidamente en pie.

—¿No creerías que os iba a dejar que manejarais esto solos, verdad?

—Pero... —Cam cerró los ojos. Estaba alucinando, pensó. Eran el estrés y el cansancio, la pena que le embargaba.

—Siempre he tratado de enseñaros que la vida está llena de sorpresas y milagros. Quise que abrierais la mente no sólo a lo posible, Cam, sino también a lo imposible.

—¿Fantasmas? ¡Dios mío!

—¿Por qué no? —La idea pareció divertir a Ray inmensamente, ya que soltó una de sus carcajadas profundas y estrepitosas—. Consulta los libros, hijo. Están llenos de ellos.

—No puede ser —murmuró Cam para sí mismo.

—Estoy aquí sentado, así que parece que sí lo es. He dejado demasiadas cosas sin terminar. Ahora dependen de ti y de tus hermanos, pero ¿quién dice que no puedo ayudarlos ahora y en el futuro?

—Realmente voy a necesitar ayuda. Empezando por la de un psiquiatra. —Antes de que sus piernas le vencieran, Cam pisó con cuidado los peldaños rotos y se sentó en el borde del porche.

—No estás loco, Cam, sólo un poco confuso.

Cam dio un suspiro de alivio y volvió la cabeza para observar al hombre que se balanceaba perezosamente en la vieja silla de madera. El imponente Quinn, pensó mientras liberaba el aire de los pulmones.

—Si estás realmente aquí, háblame del chico. ¿Es tuyo?

—Es vuestro ahora. Tuyo y de Ethan y de Phillip.

—Eso no basta.

—Por supuesto que sí. Cuento con todos vosotros. Ethan se toma las cosas según vienen y saca lo mejor de ellas. Phillip se líe la cabeza con datos y luego los reúne. Tú fuerzas las cosas hasta que salen a tu manera. El chico os necesita a los tres. Seth es lo que importa. Todos vosotros sois los que importáis de verdad.

—No sé qué hacer con él —dijo Cam con impaciencia—. No sé qué hacer conmigo mismo.

—Comprende lo primero y después comprenderás lo segundo.

—Maldita sea, cuéntame qué ocurrió. Cuéntame lo que está pasando.

—Eso no es por lo que estoy aquí. Tampoco puedo

contarte si ya he visto a Elvis. —Ray sonrió maliciosamente cuando Cam soltó una risotada de impotencia—. Creo en ti, Cam. No abandones a Seth. No te abandones a ti mismo.

—No sé cómo hacer esto.

—Fija los peldaños —respondió Ray con un guiño—. Es un comienzo.

—Al infierno los peldaños —comenzó a decir Cam, pero ahora estaba solo de nuevo con el sonido de los pájaros y el manso chapoteo del agua—. Estoy perdiendo la cabeza —murmuró frotándose la cara de forma insegura—. Estoy perdiendo la maldita cabeza.

Y, levantándose, se dispuso a arreglar los peldaños.

Anna Spinelli tenía la radio a todo volumen. Aretha Franklin, con aquel tesoro de voz, exigía un poco de respeto. Anna lloraba junto con ella, estremeciéndose de placer con su imponente coche nuevo.

Se había dejado hasta la última gota de sangre en él, haciendo presupuestos y juegos malabares para poder desembolsar mensualmente el primer pago y los siguientes. Y ciertamente, valía la pena cada tarro de yogur consumido en vez de una comida en toda regla.

A pesar del fresco aire primaveral, Anna habría preferido llevar la capota bajada mientras conducía rápidamente por las carreteras rurales. Pero llegar con el pelo revuelto no habría dado una buena imagen. Por encima de todo era esencial aparecer y comportarse de manera profesional.

Para esta visita había elegido un traje azul marino sencillo junto con una camisa blanca. Lo que llevaba debajo no le importaba a nadie más que a ella. Su adoración por la seda dejaba maltrecho su ya de por sí reducido presupuesto, pero, después de todo, la vida era para vivirla.

Se había recogido su larga y ondulada melena negra en un moño. Pensaba que le hacía parecer más madura y elegante. A menudo, cuando llevaba el pelo suelto la rechazaban porque la tomaban por una tía sexy sin más en lugar de por una trabajadora social seria.

Su piel tenía un tono dorado claro gracias a la herencia italiana. Los ojos eran grandes y oscuros y con forma almendrada. Tenía la boca grande y el labio inferior bien perfilado. Los huesos de la cara eran fuertes y prominentes, y la nariz larga y recta. Llevaba poco maquillaje durante las horas de trabajo para no llamar la atención.

Tenía veintiocho años, se dedicaba por completo a su trabajo y estaba satisfecha con su vida sencilla, y encantada de haberse podido establecer en la bonita localidad de Princess Anne.

Se había hartado de la gran ciudad.

Mientras conducía entre los grandes y llanos campos, con las cosechas dispuestas en hileras y el aroma del agua que la brisa introducía por la ventanilla, soñó con que un día se trasladaría a un lugar como ese; caminos

rurales y tractores, vista de la bahía y de los barcos.

Necesitaría ahorrar, hacer planes, pero un día esperaba poder comprar una casita en el campo. Los desplazamientos no serían tan duros; además, conducir era uno de sus mayores placeres.

El reproductor de CD cambió de la reina del soul a Beethoven. Anna comenzó a tararear el Himno a la Alegría.

Estaba contenta de que le hubieran asignado el caso Quinn. Era muy interesante. Le habría gustado conocer a Raymond y Stella Quinn. Tenían que haber sido gente muy especial para haber adoptado a tres chicos pequeños y problemáticos, y hacer que aquello funcionara.

Pero ellos ya no estaban y ahora Seth DeLauter era el problema. Por supuesto los trámites de adopción no podrían prosperar demasiado. Tres hombres solteros: uno que vivía en Baltimore, el otro en St. Chris y el tercero allá donde eligiera en cada momento. Bueno, no parecía ser el mejor ambiente para el chico, pensó Anna. En cualquier caso, dudaba de que ellos quisieran la tutoría.

Así que Seth DeLauter sería absorbido por el sistema. Anna pretendía hacer lo mejor para él.

Cuando vislumbró la casa a través de las incipientes hojas de los árboles, paró el coche. Deliberadamente, bajó la radio hasta un volumen razonable, y luego se miró la cara y el pelo en el espejo retrovisor. Metiendo primera, recorrió despacio los últimos metros y luego giró lentamente hasta alcanzar el camino hacia la casa.

Su primer pensamiento fue que se trataba de una casa bonita en un emplazamiento encantador. Tan tranquilo y silencioso, pensó. Necesitaba una capa de pintura, y el patio algunos cuidados, pero la ligera falta de reparaciones añadía un toque hogareño.

Pensó que un chico podría ser feliz allí. Cualquiera lo sería. Era una pena que el chico tuviera que verse alejado de aquello. Anna suspiró levemente, sabedora de que el destino tenía sus caprichos. Después cogió el maletín y salió del coche.

Se estiró la chaqueta para asegurarse de que la tenía bien puesta. La llevaba ligeramente holgada para no distraer la atención con sus curvas. Se dirigió a la puerta principal mientras comprobaba que los macizos de hoja perenne que flanqueaban la escalera habían comenzado a florecer.

Realmente necesitaba aprender algo más sobre flores, así que se dijo que debía hojear algunos libros de jardinería en la biblioteca.

Cuando oyó los martillazos dudó un momento, pero luego se dirigió a la parte trasera de la casa andando sobre el césped con sus zapatos casi planos.

El estaba arrodillado en el suelo le vio. Llevaba una camiseta negra bastante ajustada encima del pantalón vaquero. Desde una perspectiva femenina, era imposible

permanecer impasible y no darle la aprobación. Sus músculos, grandes y esbeltos, se ondularon cuando martilleó un clavo en la madera con la suficiente rabia y fuerza como para enviar fuertes vibraciones al aire, según pensó Anna.

¿Phillip Quinn?, se preguntó. ¿El ejecutivo publicitario? Era bastante dudoso.

¿Cameron Quinn, el trotamundos arriesgado? Más dudoso aún.

Así que debía tratarse de Ethan, el marinero. Fijó una sonrisa educada en su rostro y dio un paso al frente.

—Señor Quinn.

El levantó la cabeza. Con el martillo aún en la mano, se dio la vuelta hasta que ella pudo contemplar su cara. Sí, la rabia estaba allí, una rabia letal y a punto de estallar. Y su rostro era aún más irresistible y fuerte de lo que ella esperaba.

Pensó que aquella era sangre americana auténtica, la responsable de aquellos angulosos huesos y esa piel bronceada. Su pelo era profundamente negro, descuidado y lo suficientemente largo como para ocultar su cuello. Sus ojos eran de todo menos amigables, y tenían el color de las peores tormentas.

Aun así pensó que el conjunto era escandalosamente sexy. Pero desde el punto de vista profesional, Anna sabía reconocer el aspecto de un pendenciero al verlo, y pensó sobre la marcha que era un hombre con el que había que tener cuidado, cualquiera de los tres Quinn que fuera.

El se tomó su tiempo para estudiarla. Su primer pensamiento fue que unas piernas como aquellas se merecían un escaparate mejor que aquella sosa falda azul marino y aquellos zapatos negros tan feos. Su segundo pensamiento fue que cuando una mujer tenía unos ojos tan grandes, tan oscuros y tan bonitos, probablemente podía conseguir lo que quisiera sin necesidad de decir una sola palabra.

Dejó el martillo en tierra y se puso de pie.

—Soy Quinn.

—Yo soy Anna Spinelli. —Mantuvo la sonrisa a medida que avanzaba, con la mano extendida—. ¿Cuál de los Quinn es usted?

—Cameron. —Pensó encontrar una mano blanda de acuerdo con los ojos y el suave ronroneo de su voz, pero era firme. —¿Qué puedo hacer por usted?

—Soy la trabajadora social del caso de Seth DeLauter.

El interés de Cam se evaporó y su espalda se puso rígida.

—Seth está en el colegio.

—Eso espero. Me gustaría hablar con usted de la situación, señor Quinn.

—Mi hermano Phillip se ocupa de los detalles legales.

Anna enarcó una ceja dispuesta a mantener la educada sonrisa.

—¿Está él aquí?

—No.

—Bien, pues, si pudiera dedicarme unos minutos de su tiempo. Supongo que usted vive aquí, al menos de forma temporal.

—¿Y qué?

Ella se limitó a suspirar. Mucha gente consideraba a los trabajadores sociales como enemigos. Ella misma lo había hecho una vez.

—Se trata de Seth, señor Quinn. Podemos hablar de ello ahora o simplemente puedo llevar adelante la tramitación de su salida de esta casa y su ingreso en un hogar de acogida autorizado.

—Sería un error que lo intentara, señorita Spinelli. Seth no va a ir a ningún sitio.

Su espalda se enderezó debido al modo en que él pronunció su nombre.

—Seth DeLauter es un menor. La adopción privada que estaba tramitando su padre no se completó y existe alguna duda acerca de su validez. Llegados a ese punto, señor Quinn, no tienen ustedes relación legal alguna con él.

—No querrá usted que le diga lo que puede hacer con su relación legal, ¿verdad, señorita Spinelli? —Con cierta satisfacción, Cam observó el brillo de aquellos ojos grandes y oscuros—. Lo siento, no he podido resistirme. Seth es mi hermano. —Solamente decirlo le hizo estremecerse y, alzando los hombros, se dio la vuelta y añadió—: Necesito una cerveza.

Ella se quedó quieta un momento mientras la puerta de tela metálica se cerraba.

En lo que se refería al trabajo, no podía permitirse perder los nervios. Cogió aire y lo expulsó tres veces antes de ascender por los peldaños a medio reparar y entrar en la casa.

—Señor Quinn...

—¿Sigue aquí? —respondió desenroscando el tapón de una Harp—. ¿Quiere una cerveza?

—No. Señor Quinn...

—No me gustan los trabajadores sociales.

—No me diga. —La joven se permitió hacer un aleteo con sus pestañas cuando le miró—. Nunca lo habría adivinado.

Cam apretó los labios antes de llevarse la botella hacia ellos.

—No es nada personal.

—Supongo que no. No me gustan los hombres groseros y arrogantes. Tampoco es algo personal. Bien, ¿está usted dispuesto a que hablemos sobre el bienestar de

Seth, o simplemente vuelvo con los documentos adecuados y la policía?

Es capaz de hacerlo, pensó Cam después de estudiarla de nuevo. Puede que ella tuviera un rostro muy adecuado para retratar pero no era una persona fácil de convencer.

—Inténtelo y el chico se largará. Le cogerían más tarde o más temprano y acabaría en el tribunal de menores... y luego en una celda. Su sistema no le va a ayudar señorita Spinelli.

—¿Y usted puede?

—Tal vez —respondió frunciendo el ceño mientras bebía—. Mi padre lo habría hecho. —Cuando volvió a alzar la vista, vio en ella emociones que afloraban a sus ojos mientras la miraba—. ¿Cree usted en lo sagrado de una promesa en un lecho de muerte?

—Sí —dijo Anna antes de haberse parado a pensar.

—El día en que mi padre murió le prometí, le prometimos, que nos quedaríamos con Seth. Nada ni nadie va a hacer que falte a mi palabra; ni usted ni su sistema ni una docena de policías.

La situación no era la que ella había esperado encontrar. Tendría que volver a planteársela.

—Me gustaría sentarme —dijo la joven al cabo de un momento.

—Hágalo.

Separó una silla de la mesa. Advirtió que había platos en el fregadero y el ligero aroma de algo que se había quemado en la cena del día anterior. Pero para ella eso solamente significaba que alguien trataba de dar de comer a un chiquillo.

—¿Va a tratar de solicitar la custodia legal?

—Nosotros...

—Usted, señor Quinn —le interrumpió ella—. Le estoy preguntando a usted si ésa es su intención. —Esperó, observando las dudas y la resistencia que se dibujaban en su cara.

—Supongo que así es, sí. —Que Dios nos ayude, pensó—. Si eso es de lo que se trata.

—¿Tiene usted intención de vivir en esta casa con Seth de forma permanente?

—¿Permanente? —Quizás fuera la única palabra aterradora en su vida—. Ahora soy yo el que tiene que sentarse. —Así lo hizo y luego presionó el puente de su nariz con el pulgar y el índice para aliviar parte de la tensión—. ¿Qué tal si utilizamos la expresión «durante un futuro previsible» en lugar de «permanente»?

Anna juntó las manos en el borde de la mesa. No dudaba de su sinceridad y habría aplaudido sus intenciones. Pero...

—No tiene usted idea de lo que piensa asumir.

—Se equivoca. Lo sé y estoy absolutamente

aterrorizado.

La joven asintió, considerando la respuesta como un punto a su favor.

—¿Qué le hace pensar que sería usted mejor tutor para un niño de diez años, un chico al que ha conocido hace menos de dos semanas, que un hogar de acogida autorizado y controlado?

—Porque le entiendo. He sido como él. Y porque éste es el lugar al que pertenece.

—Déjeme explicarle algunos de los grandes obstáculos a los que se enfrenta. Usted es un hombre soltero sin un hogar permanente y sin unos ingresos estables.

—Tengo una casa aquí. Tengo dinero.

—¿A nombre de quién está la casa, señor Quinn? —Anna se limitó a asentir cuando las cejas de él se elevaron—. Imagino que no lo sabe.

—Phillip lo sabrá.

—Bien por Phillip. Y estoy segura de que tendrá usted algún dinero, señor Quinn, pero estoy hablando de empleo estable. Ir por el mundo pilotando diversos medios de transporte no es un empleo estable.

—Pagan bastante bien.

—¿Ha considerado el riesgo que supone para usted y para el chiquillo el estilo de vida que ha elegido a la hora de proponerse asumir una responsabilidad como ésta? Créame, el tribunal lo hará. ¿Qué pasaría si algo le ocurriera cuando trate de batir algún récord de tierra y velocidad?

—Sé lo que hago. Además, somos tres.

—Sólo uno de ustedes vive en la casa donde vive Seth.

—¿Y?

—Y el que lo hace no es un respetable profesor de universidad con la experiencia de educar a tres hijos.

—Eso no significa que yo no pueda controlar el tema.

—No, señor Quinn —respondió Anna con paciencia— pero es un gran obstáculo para la custodia legal.

—¿Qué pasaría si todos lo hiciéramos?

—¿Cómo dice?

—¿Qué pasaría si todos viviéramos aquí? ¿Qué pasaría si mis hermanos se trasladaran? —¡Vaya mierda!, pensó Cam, pero siguió adelante—. ¿Qué pasaría si yo tuviera... —dijo mientras daba un gran trago de cerveza porque la palabra se le atascaba en la garganta— un trabajo?

Ella se le quedó mirando.

—¿Está usted dispuesto a cambiar su vida de forma tan drástica?

—Ray y Stella Quinn cambiaron mi vida.

El rostro de Anna se suavizó, haciendo que Cam se sorprendiera a medida que veía cómo la boca se curvaba

en una sonrisa y sus ojos se volvían más profundos y oscuros. Cuando la mano de ella se acercó ligeramente a la suya, él se la quedó mirando, sorprendido por lo que debía ser simplemente lujuria.

—Cuando venía conduciendo hacia aquí deseaba haber podido conocerles. Pensaba que debieron de ser unas personas muy especiales. Ahora estoy segura de ello. — Luego se echó hacia atrás y dijo —Necesitaré hablar con Seth y con sus hermanos. ¿A qué hora llega Seth de la escuela?

—¿A qué hora? —Cam echó un vistazo al reloj de la cocina sin tener ni idea—. Hacia las... depende.

—Tendrá usted que hacerlo mejor si esto va más allá de un mero estudio formal del hogar. Iré a la escuela a verle. Y a su hermano Ethan —añadió levantándose— ¿le encontrará en casa?

—No a esta hora. Traerá la pesca antes de las cinco.

Anna miró su reloj, calculando el tiempo.

—Muy bien. También me pondré en contacto con su otro hermano en Baltimore. —Extrajo un cuaderno de notas de cuero del maletín y añadió—: Necesito que me dé los nombres y direcciones de algunos vecinos; personas que le conozcan a usted y a Seth y que puedan hablarme de su carácter. Del lado bueno de su carácter, quiero decir.

—Seguramente podré proporcionarle algunos.

—Es un buen comienzo. Haré algunas averiguaciones por aquí, señor Quinn. Si lo mejor para Seth es que se quede en su casa, bajo su cuidado, haré todo lo que pueda por ayudarle. —Anna ladeó la cabeza y añadió—: Si llego a la conclusión de que lo mejor para Seth es sacarle de su casa, y de su cuidado, lucharé con uñas y dientes para que eso ocurra.

Cam se levantó también.

—Entonces creo que nos entenderemos.

—Lo dudo mucho. Pero por algo se empieza.

No había transcurrido ni un minuto desde que ella salió de la casa cuando Cam ya estaba al teléfono. Para cuando le pasaron a una secretaria, y luego a una ayudante, y luego a Phillip, su humor se había disparado.

—Ha venido una maldita trabajadora social.

—Te dije que estuvieras preparado.

—No, no lo hiciste.

—Sí lo hice. Tú no escuchas. Tengo un amigo, un abogado que trabaja en el departamento de custodias. La madre de Seth se ha largado; por lo que se sabe, ya no está en Baltimore.

—Me importa una mierda dónde esté la madre. La trabajadora social se ha puesto a armar bulla sobre la cuestión de llevarse a Seth.

—El abogado está presentando la custodia temporal. Eso

lleva tiempo, Cam.

—Puede que no tengamos tiempo. —Cerró los ojos e intentó que se le pasara la rabia—. O puede que haya conseguido ganar un poco. ¿De quién es la casa ahora?

—De todos. Papá la dejó, bueno, nos dejó todo a los tres.

—Vale, estupendo. Porque te trasladas. Vas a tener que empaquetar algunos de tus trajes de diseño, tío, y mover el culo hacia aquí. Vamos a volver a vivir juntos de nuevo.

—Ni lo sueñes.

—Y yo tengo que buscar un maldito trabajo. Te espero hacia las siete de la tarde. Trae la cena. Estoy hasta las narices de cocinar.

Le produjo cierta satisfacción colgar mientras Phillip lanzaba una maldición.

Anna encontró a Seth huraño, impertinente y malhumorado. El director le había dado permiso para sacarle de clase y utilizar una esquina de la vacía cafetería como oficina improvisada.

—Sería más fácil si me dijeras lo que piensas y sientes, y lo que quieres.

—¿Por qué maldita razón?

—Me pagan por ello.

Seth se encogió de hombros y siguió haciendo dibujos en la mesa con el dedo.

—Creo que deberías ocuparte de lo tuyo, estoy aburrido y quiero que te vayas —declaró.

—Bien, basta de hablar de mí —respondió Anna con el placer de ver a Seth luchando por reprimir una sonrisa— Hablemos de ti. ¿Estás contento de vivir con el señor Quinn?

—Es una casa guay.

—Sí, me ha gustado. ¿Qué tal el señor Quinn?

—Se cree un sabelotodo porque ha estado en todo el mundo. Pero no tiene ni idea de cocinar.

Anna posó el bolígrafo sobre la mesa y plegó las manos sobre el cuaderno. Pensó que estaba demasiado delgado.

—¿Pasas hambre?

—Siempre termina yendo a buscar pizza o hamburguesas. Patético. ¿Tan difícil es utilizar el microondas?

—Quizás deberías cocinar tú.

—Me gustaría que me lo pidiera. La otra noche reventó las patatas. No se acordó de hacerles agujeros, ¿sabes?, y ¡bam! —Seth se olvidó de su sonrisa burlona y soltó una fuerte carcajada—. ¡Vaya desastre! Menudos tacos soltaba.

—Así que no domina la cocina. —Anna pensó que al menos lo estaba intentando.

—¡A mí me lo vas a contar! Está mejor fuera de ella, cuando se dedica a arreglar cosas con el martillo o juega con ese cochazo. ¿Has visto ese Corvette? Cam dijo que era de su madre y que a ella siempre le gustó. Va como una bala. Ray lo guardaba en el garaje. Yo creo que no quería sacarlo.

—¿Le echas de menos? ¿A Ray?

Se volvió a encoger de hombros y bajó la vista.

—Era guay. Pero era viejo y cuando te haces viejo te mueres. Así es la cosa.

—¿Qué tal con Ethan y Phillip?

—Son majetes. Me gusta salir en los barcos. Si no tuviera escuela podría trabajar con Ethan. Dice que pongo mucho de mi parte.

—¿Quieres quedarte con ellos, Seth?

—No tengo adónde ir, ¿no?

—Siempre hay una oportunidad y yo estoy aquí para ayudarte a encontrar la mejor para ti. Si sabes dónde está tu madre...

—No lo sé —respondió Seth subiendo el tono de voz y elevando la cabeza. Sus ojos se oscurecieron resaltando sobre su pálida cara—. Y no quiero saberlo. Si intentas

mandarme allí otra vez no me volverás a encontrar.

—¿Te hizo daño? —preguntó Anna esperando que estallara, pero sonrió al comprobar que Seth se limitaba a mirarla—. Bien, dejaremos eso de lado por ahora. Hay parejas y familias que desean y pueden acoger a chicos en sus casas, cuidar de ellos y proporcionarles una buena vida.

—Ellos no me quieren, ¿verdad? —Estaba al borde de las lágrimas. Maldita sea, no lo permitiría. En vez de ello, sus ojos se acalaron y permanecieron candentes y secos—. El dijo que me podía quedar, pero era una mentira. Otra jodida mentira.

—No. —Anna agarró la mano de Seth antes de que pudiera apartarla—. No, ellos te quieren. De hecho, el señor Quinn, Cameron, se enfadó mucho conmigo por sugerir que deberías ir a otra casa. Sólo trato de averiguar lo que quieres tú. Y creo que me lo acabas de decir. Si vivir con los Quinn es lo que quieres, y es lo mejor para ti, quiero ayudarte a conseguirlo.

—Ray dijo que me podía quedar. Dijo que nunca tendría que volver. Lo prometió.

—Si puedo, intentaré ayudarle a que cumpla su promesa.

CUATRO

Como parecía que no había nada frío para beber en la casa más que cerveza, refrescos y leche de aspecto dudoso, Ethan puso el cazo a hervir. Prepararía té, lo enfriaría y disfrutaría de un vaso grande en el porche mientras caía la tarde.

Había llegado a las dos de la tarde dispuesto a relajarse.

Pero no iba a ser fácil de conseguir, pensó mientras buscaba bolsitas de té y oía de pasada a Cam y Seth mientras mantenían otra estúpida discusión en el salón. Debían disfrutar lanzándose impertinencias el uno al otro, porque de otro modo no emplearían tanto tiempo en ello.

En cuanto a él, deseaba pasar un rato tranquilo, disfrutar de una comida decente y luego de uno de los dos habanos que se permitía al día. Por el modo en que se iban desarrollando las cosas pensó que el rato tranquilo no iba a formar parte del orden del día.

Mientras sumergía las bolsas de té en el agua hirviendo, escuchó el sonido de fuertes pisadas en las escaleras, seguido del ruido sordo de una puerta al cerrarse.

—El chico me va a volver majara —se quejó Cam mientras entraba con paso airado en la cocina—. Sólo con decirle «mu» se cuadra para empezar a pelear.

—Mmmmm.

—Discutidor, descarado, levantisco. —Sintiéndose enormemente molesto, Cam cogió una cerveza de la nevera.

—Debe de ser como mirarse en un espejo.

—De eso nada.

—No sé en qué estaba pensando. Tú eres un alma pacífica. —Moviéndose relajadamente, Ethan se agachó para buscar una jarra vieja de cristal—. Vamos a ver, tú acababas de cumplir catorce años cuando yo aparecí. La primera cosa que hiciste fue empezar una pelea con la que tener una excusa para ensangrentarme la nariz.

Por primera vez en muchas horas, Cam sintió que se le iluminaba la sonrisa.

—Eso fue sólo para darte la bienvenida a la familia. Además, me pusiste el ojo morado como agradecimiento.

—Eso es, ¿no? El chico es demasiado listo como para darte un puñetazo —continuó Ethan mientras comenzaba a echar generosas cucharadas de azúcar en la jarra—. Así que en vez de eso te toma el pelo. Seguro que atrae tu atención, ¿verdad?

Era irritante porque era cierto.

—Si le tienes tan calado, ¿por qué no te lo llevas contigo? —preguntó Cam.

—Porque estoy en el mar cada mañana al amanecer. Un chico como ése necesita supervisión. —Aquella era su historia, pensó Ethan, y se pegaría a ella aunque le torturaran en el infierno—. De nosotros tres eres el único que no trabajas.

—Voy a tener que arreglarlo —refunfuñó Cam.

—¿Ah, sí? —Con un suave resoplido, Ethan terminó de preparar el té—. ¡Cuándo llegará el día!

—El día está al caer. La trabajadora social estuvo hoy aquí.

Ethan gruñó, pensando en lo que eso suponía.

—¿Qué quería?

—Estudiarnos. También quiere hablar contigo. Y con Phillip. Ya ha hablado con Seth y eso era lo que yo estaba tratando de preguntarle diplomáticamente cuando comenzó a echar espumarajos de ira.

Cam frunció el ceño en ese momento, pensando más en Anna Spinelli, en sus grandes piernas y su cuidado maletín que en Seth.

—Si no aceptamos, se pondrá a trabajar para quitárnoslo.

—Seth no irá a ningún sitio.

—Eso es lo que yo dije. —Volvió a pasarse la mano por el pelo, lo que por algún motivo le recordó que había hecho intención de cortárselo... en Roma. Parecía que Seth no era el único que no iba a ir a ningún sitio—. Pero hermano, para eso vamos a tener que hacer serios ajustes aquí.

—Las cosas están bien como están. —Ethan llenó un vaso con hielo y luego echó té hasta que aquél crujió.

—Qué fácil te resulta decirlo. —Cam salió al porche y dejó que la puerta mosquitera se cerrara tras él. Se dirigió hacia la barandilla y observó al retriever de Ethan, Simon, que jugaba al pillapilla con el grueso cachorro. Escaleras arriba, Seth había decidido vengarse subiendo el volumen de la radio hasta un nivel ensordecedor. Un estridente y atronador rock hacía retumbar las ventanas.

Las mandíbulas de Cam se crisparon. Ni por asomo se le ocurriría la maldita idea de decirle al chico que lo bajara. La respuesta sería terriblemente tónica y adulta. Dio un sorbo a su cerveza y trató de relajar los hombros, concentrándose en el recorrido que trazaba el sol al descender, que dibujaba blancos diamantes en el agua.

El viento iba en aumento y la hierba de la marisma se agitaba como un campo de trigo en Kansas City. Un par de patos se elevaron graznando de camino a casa, donde el agua se combaba hacia el borde de los árboles.

Lucy, estoy en casa, es todo en lo que Cam pudo pensar, y casi le hizo volver a sonreír.

Por debajo del rugido de la música pudo oír el suave y rítmico crujido de la mecedora. La cerveza se derramó por el borde de la botella cuando se giró bruscamente. Ethan paró de mecarse y le miró.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Dios mío, Cam, parece como si hubieras visto un fantasma.

—No es nada. —Cam se dio una palmada en la cara y luego descendió lentamente al porche para poder

recostarse contra el poste—. No es nada —repitió dejando la cerveza de lado—. Estoy un poco nervioso.

—Es lo normal cuando estás en un lugar más de una semana.

—No te me subas a la chepa, Ethan.

—Es sólo un comentario. —Como Cam tenía aspecto demacrado y pálido, Ethan metió la mano en el bolsillo del pecho de su camisa y extrajo dos puros. Aquello no iba a alterar su costumbre de fumar después de cenar—. ¿Te apetece un puro?

Cam suspiró.

—Sí, ¿por qué no? —En vez de moverse, dejó que Ethan encendiera el primer puro y se lo pasara. Volvió a echarse hacia atrás, soltando perezosos aros de humo. Cuando la música se interrumpió bruscamente, sintió que había logrado una pequeña victoria personal.

Durante los siguientes diez minutos no hubo más sonido que el chapoteo del agua, el canto de los pájaros y el susurro de la brisa. El sol siguió bajando convirtiendo el oeste en un cielo rosa suave que tiñó el agua y difuminó el horizonte. Las sombras se intensificaron.

Así era Ethan, pensó Cam: sin preguntas. Sentarse en silencio y esperar. Comprender la necesidad del silencio. Casi había olvidado las características admirables de su hermano. Y reconoció que era posible que casi hubiera olvidado cuánto quería al hermano que Ray y Stella le habían dado.

Pero, incluso al pensar en ello, no estaba seguro de lo que había que hacer.

—Veo que has clavado los peldaños —comentó Ethan cuando creyó que Cam se había vuelto a relajar.

—Sí. A este sitio tampoco le vendría mal una mano de pintura.

—Deberíamos ponernos a ello.

Deberían ponerse a hacer un montón de cosas, pensó Cam. Pero el tranquilo crujido de la mecedora hacía que su mente regresara a aquella tarde.

—¿Has tenido alguna vez un sueño mientras estabas bien despierto? —Podía preguntarlo porque se trataba de Ethan, y éste pensaría y lo analizaría.

Tras colocar el vaso casi vacío en el porche, cerca de la mecedora, Ethan observó su puro.

—Esto... Creo que sí. A la mente le gusta vagar cuando la dejas.

Pudo haber sido eso, pensó Cam. Su mente había vagado, puede que incluso se hubiera perdido durante un rato. Esa podría ser la razón por la que pensó que había visto a su padre mecarse en el porche. Ilusiones, pensó. Eso era todo.

—¿Recuerdas que papá solía traer aquí fuera su violín? En las noches cálidas de verano se sentaba donde tú estabas y tocaba durante horas. Tenía unas manos enormes.

—Tú aprendiste a tocarlo bastante bien. Ethan se encogió de hombros y aspiró perezosamente su cigarro.

—Algo.

—Deberías llevártelo. A él le habría gustado que lo tuvieras tú.

Ethan movió sus ojos tranquilos y los fijó en los de Cam. Ninguno de ellos habló durante un momento; no hacía falta.

—Creo que lo haré, pero todavía no. No estoy preparado.

—Ya. —respondió Cam mientras aspiraba de nuevo el cigarro.

—¿Sigues teniendo la guitarra que te regalaron en Navidad?

—La dejé aquí. No quería que anduviera dando tumbos conmigo.

Cam se miró los dedos doblándolos como si se dispusiera a colocarlos en las cuerdas.

—Creo que no la he tocado desde hace más de un año.

—Quizás deberíamos hacer que Seth tocara algún instrumento. Mamá solía decir que tararear una melodía suavizaba los enfados. —Volvió la cabeza cuando los perros comenzaron a ladrar y a correr por el lateral de la casa—. ¿Esperas a alguien?

—A Phillip.

Ethan movió las cejas.

—Pensé que no iba a venir hasta el viernes.

—Digamos que esto es una emergencia familiar. —Cam dio unos golpecitos a la colilla de su habano antes de levantarse—. Espero que haya traído comida decente en vez de esa porquería elegante de vainas de guisantes que le gusta comer.

Phillip entró a zancadas en la cocina balanceando una bolsa grande de la que sobresalía una caja de pollo gigante, y emanando oleadas de ira.

Soltó la comida encima de la mesa, se pasó una mano por el pelo y se dirigió airadamente a sus hermanos.

—Ya estoy aquí —soltó mientras ellos entraban por la puerta trasera—. ¿Qué problema hay?

—Tenemos hambre —dijo Cam con suavidad mientras quitaba la tapa de la caja y arrancaba un muslo—. Phil, te has manchado los pantalones de «soy un ejecutivo».

—Maldita sea. —Furioso, Phillip se cepilló con impaciencia las huellas de patas de sus pantalones—. ¿Cuándo vas a enseñar a ese perro idiota a no saltar sobre la gente?

—Te vas paseando con pollo frito y el perro trata de conseguir un trozo. Es bastante inteligente por su parte, si te interesa mi opinión.

Sin ofenderse, Ethan se dirigió a un armario a buscar platos.

—¿Hay patatas fritas? —Cam metió la mano en la bolsa y sacó una—. Está fría. Será mejor que alguien las caliente. Si lo hago yo estallarán o se desintegrarán.

—Yo lo haré. Coge algo para servir esa ensalada de col.

Phillip dio un suspiro y luego otro más. El viaje desde Baltimore era largo y el tráfico había sido horrible.

—Cuando dejéis de jugar a las casitas como dos mujeres puede que me contéis por qué tuve que romper una cita con una contable muy maciza; nuestra tercera cita, por cierto, que consistía en una cena en su casa con la más que segura probabilidad de que echáramos un polvo después, y en lugar de eso he tenido que pasar un par de horas metido en un tráfico horrible para entregar una maldita caja de pollo a un par de bobos.

—Para empezar, estoy cansado de cocinar. —Cam se echó un montón de ensalada de col en el plato y cogió una galleta—. Y estoy más cansado aún de tirar lo que he cocinado porque incluso el cachorro, que suele beber del retrete, no se lo come. Pero eso es sólo el principio.

Cogió otro buen trozo de pollo mientras se dirigía a la puerta y llamó a gritos a Seth.

—El chico debería estar aquí. Todos estamos metidos en esto.

—Bien. Estupendo. —Phillip se dejó caer en una silla y estiró su corbata.

—No hace falta enfadarse porque tu contable no va a hacer cuentas contigo esta noche, amigo —le dijo Ethan ofreciéndole una amistosa sonrisa y un plato.

—El periodo fiscal está al caer —comentó con una sonrisa Phillip mientras escarbaba en la ensalada—. Tendré suerte si consigo una mirada cálida antes del quince de abril. Y lo tenía al alcance de la mano.

—No parece que ninguno de nosotros vaya a tener mucho movimiento en un futuro próximo. —Cam sacudió la cabeza al oír los pies de Seth aporreando la escalera al bajar—. Esos pasitos ligeros van a arruinarnos la vida sexual.

Cam ocultó su deseo de tomar otra cerveza y se decidió por el té helado cuando Seth entró en la cocina. El chico inspeccionó la habitación e hizo un gesto con la nariz ante el aroma a pollo especiado, pero no se abalanzó sobre la bandeja como le hubiera gustado.

—¿De qué habláis? —preguntó metiéndose las manos en el bolsillo mientras su estómago rugía.

—Reunión familiar —anunció Cam—. Con comida. Siéntate.

Seth cogió una silla mientras Ethan colocaba las patatas recién calentadas sobre la mesa.

—Siéntate —repitió Cam al ver que Seth permanecía donde estaba—. Si no tienes hambre puedes limitarte a escuchar.

—Podría comer —contestó Seth mientras paseaba alrededor de la mesa y se deslizaba en una silla—. Tiene

que ser mejor que las cosas crudas que has intentado hacer pasar por comida.

—¿Sabes? —dijo Ethan con su deje cansino antes de que Cam pudiera gruñir— creo que yo estaría agradecido a alguien que hubiera tratado de cocinar comida caliente para mí de vez en cuando. Incluso aunque estuviera cruda. —Con la vista puesta en Seth, Ethan se inclinó sobre la bandeja, contemplando sus opciones—. Especialmente si ese alguien estuviera haciéndolo lo mejor que pudiera.

Como se trataba de Ethan, Seth se ruborizó, se removió y se encogió de hombros mientras arrancaba una gruesa pechuga.

—Nadie le pidió que cocinara —arguyó—. Con más motivo. Las cosas irían mejor si hicierais turnos.

—Él no cree que yo pueda hacer nada. —Seth miró a Cam de forma sarcástica—. Así que no lo hago.

—Sabéis, me tienta volver a tirar a este pececillo al estanque —dijo Cam echando sal a sus patatas y luchando por contener la rabia—. Podría estar en Aruba mañana a estas horas.

—Pues vete —exclamó Seth con los ojos brillando de furia y desafío—. Vete a donde demonios quieras siempre que te pierda de vista. No te necesito.

—Mocoso descarado. Ya he tenido bastante. —Cam tenía un brazo largo y lo utilizó para lanzar su mano por encima de la mesa y tirar a Seth de la silla. Incluso Phillip abrió la boca para protestar y Ethan sacudió la cabeza. —¿Crees que me he divertido pasando las dos últimas semanas cuidando de un monstruo mocoso con una actitud de mierda? He puesto la vida en ocuparme de ti.

—Buen intento —comentó Seth, que se había quedado blanco como el papel y estaba preparado para el estallido que estaba seguro que se produciría. Pero no dio marcha atrás—. Todo lo que haces es ir por ahí recogiendo trofeos y tirándote a mujeres. Vuelve al lugar de donde viniste y sigue haciéndolo. Me importa una mierda.

Cam notó cómo los bordes de sus propios ojos se enrojecían. La ira y la frustración fluían por su sangre como una serpiente preparada para la lucha.

Vio las manos de su padre en el extremo de sus brazos. No las de Ray, sino las del hombre que había usado esas manos sobre él con tanta violencia gratuita durante su infancia. Antes de hacer algo que no podría olvidar, volvió a colocar a Seth en su silla. Su voz se había calmado y en la habitación vibraba el control.

—Si crees que estoy aquí por ti estás equivocado. Estoy aquí por Ray. ¿Tienes alguna idea de dónde te arrojaría el sistema si uno de nosotros decide que no mereces que nos preocupemos por ti?

Hogares de acogida, pensó Seth. Extraños. O peor, ella. Como sus piernas comenzaban a temblar, enroscó los pies alrededor de las patas de su silla.

—No os importa lo que harían conmigo —comentó.

—Esa es otra cosa sobre la que estás equivocado —respondió Cam sosegadamente—. Si no quieres ser agradecido, de acuerdo. Pero vas a empezar por mostrar algún respeto, y vas a empezar a hacerlo ahora. No soy sólo yo el que va a estar detrás de tu culo, amigo. Vamos a ser los tres.

Cam se volvió a sentar y esperó a recobrar su compostura.

—La trabajadora social que estuvo aquí hoy, Spinelli, Anna Spinelli, está algo preocupada por el entorno.

—¿Qué hay de malo con el entorno? —preguntó Ethan. Pensó que el desagradable altercado había despejado el ambiente. Ahora podrían hablar en detalle—. Es una casa buena y sólida en una buena zona. Y la escuela está bien, hay poca criminalidad.

—Tengo la impresión de que yo soy el entorno. Por el momento soy el único que está aquí supervisando las cosas.

—Los tres nos presentaremos como tutores —puntualizó Phillip. Apuró un vaso de té helado y lo dejó por casualidad al lado de la mano que Seth había apretado sobre la mesa. Se imaginó que la garganta del chico debía de estar completamente seca en ese momento—. He hablado con el abogado después de que llamaras. El papeleo preliminar debería examinarse a finales de semana. Habrá un periodo de prueba con estudios regulares de la casa, reuniones y evaluaciones. Pero a menos que exista una objeción seria, no parece que haya ningún problema.

—Spinelli es un problema —declaró Cam, que se negó a que el altercado le estropeará el apetito y cogió más pollo—. Es la clásica buenecita. Largas piernas y mente seria. Sé que habló con el chico, pero él no está dispuesto a compartir su conversación, así que yo compartiré la mía. Tiene dudas acerca de mis aptitudes como tutor. Hombre soltero, sin un empleo estable y sin un hogar permanente.

—Somos tres —comentó Phillip arrugando la frente y concentrándose en su ensalada. Se intuía una cierta sensación de culpabilidad, pero no le importó.

—Ya se lo dije. La señorita Spinelli, de maravillosos ojos italianos, contestó con el triste argumento de que parecía que yo era el único de los tres que vivía actualmente aquí con el chico. Y con mucho tacto sugirió que yo era el candidato menos probable a ser un tutor. Así que lancé la idea de que los tres viviéramos aquí.

—¿Qué quieres decir con que los tres vivamos aquí? —preguntó Phillip dejando caer el tenedor—. Yo trabajo en Baltimore, comparto una casa. ¿Cómo diablos se supone que voy a vivir aquí y trabajar allí?

—Eso va a ser un problema —asintió Cam—. Pero el mayor problema es cómo vas a meter toda tu ropa en el armario de tu antigua habitación.

Mientras Phillip trataba de contener una respuesta, Ethan comenzó a dar golpecitos con un dedo en el borde de la mesa. Pensó en su pequeña y, para él, perfecta casa. Su tranquilidad y soledad. Y vio el modo en que Seth bajaba la vista hacia el plato con una mirada oscura y desconcertada.

—¿Cuánto tiempo crees que va a durar eso? —preguntó.

—No lo sé —respondió Cam, mientras se pasaba ambas manos por el pelo—. Seis meses, puede que un año.

—Un año —comentó Phillip, quien se limitó a cerrar los ojos—. Dios mío.

—Habla con el abogado —sugirió Cam—. Considera todas las posibilidades. Pero, o presentamos un frente común a los Servicios Sociales o se lo llevarán. Y yo tengo que buscar trabajo.

—Trabajo —La mueca de desgracia de Phillip se convirtió en una sonrisa burlona—. ¿Tú? ¿Haciendo qué? No hay pistas de carreras en St. Chris. Y la de Chesapeake, Dios mío, seguro que ni siquiera es reglamentaria.

—Encontraré algo. Estabilidad no significa elegancia. No estoy buscando algo para lo que necesite un traje de Armani.

Está equivocado, pensó Cam. Aquel maldito asunto le iba a estropear el apetito.

—Según creo, Spinelli va a volver mañana o pasado mañana como muy tarde. Tenemos que llegar a un acuerdo y tiene que parecer como si supiéramos lo que estamos haciendo, maldita sea —concluyó.

—Yo me tomaré vacaciones anticipadas —declaró Phillip diciendo adiós a las dos semanas que había proyectado pasar en el Caribe—. Eso nos proporciona un par de semanas. Puedo trabajar con el abogado y ocuparme de la trabajadora social.

—Yo me ocuparé de ella —dijo Cam sonriendo ligeramente—. Me gustó su aspecto, por lo que debería obtener alguna ventaja de ello. Claro que todo depende de lo que le haya dicho el chico.

—Le dije que me quería quedar —murmuró Seth. Las lágrimas le afectaban al estómago. La comida seguía en el plato sin tocar—. Ray dijo que podría. Dijo que me podría quedar aquí. Dijo que lo arreglaría para que así fuera.

—Y nosotros somos lo que queda de él —dijo Cam esperando a que Seth levantara la mirada—. Así que nosotros lo arreglaremos.

Más tarde, cuando la luna estaba en lo alto y cortaba el agua oscura con sus blancos destellos, Phillip permanecía de pie en el muelle. El aire era frío y el viento húmedo transportaba el lado más crudo del invierno, que luchaba por no dar paso a la primavera.

Esto le calmó el ánimo.

Había una lucha en su interior que se debatía entre la conciencia y la ambición. En el corto plazo de dos

semanas la vida que había planeado, que había puesto en marcha con meticulosidad, deliberación y con mucho esfuerzo se había hecho añicos.

Ahora, cuando todavía se sentía sacudido por la pena de haber perdido a su padre, se le pedía que se trasladara, que comprometiera aquellos planes que había trazado con tanto esmero.

Tenía trece años cuando Ray y Stella le acogieron. La mayoría de esos años los había pasado en la calle burlando al sistema. Era un ladrón consumado, un pendenciero entusiasta que consumía drogas y alcohol para aliviar su lado oscuro. Los arrabales de Baltimore fueron su pista de carreras, y cuando una noche una bala perdida le dejó sangrando en aquellas calles, él estaba preparado para morir. Para terminar con todo.

Sin embargo, la vida que había llevado hasta el extremo terminó esa noche, herido en aquella calle abarrotada de basura. Sobrevivió y, por razones que él nunca comprendió, los Quinn le querían. Abrieron mil y una puertas fascinantes ante él. Y, sin importarles las veces que él trató de cerrarlas de manera desafiante, ellos nunca se lo permitieron.

Le procuraron opciones, esperanzas y una familia. Le ofrecieron la posibilidad de estudiar, lo que salvó su alma. Phillip utilizó lo que ellos le proporcionaron para convertirse en el hombre que ahora era. Estudió y trabajó, enterrando profundamente a aquel muchacho miserable que había sido.

Su puesto en Innovations, la puntera empresa publicitaria del área metropolitana, era sólido. Nadie dudaba de que Phillip Quinn se hallaba en la recta final hacia la cima. Y nadie que conociera al hombre que llevaba aquellos elegantes trajes a medida, que podía pedir una comida en un perfecto francés y siempre conocía el vino adecuado, podría pensar que una vez cambió su cuerpo por una bolsa de monedas de diez centavos.

Estaba orgulloso de ello, quizás demasiado orgulloso, pero lo consideraba como el legado de los Quinn.

Había en él todavía mucho de aquel chico egoísta y autosuficiente que le hacía rebelarse ante la idea de tener que ceder un ápice de todo aquello. Pero también había mucho del hombre que Ray y Stella habían moldeado, lo que le inducía a considerar que había que hacer las cosas de otra manera.

De alguna manera tenía que hallar cómo comprometerse.

Se dio la vuelta y miró hacia la casa. La parte de arriba estaba a oscuras. Seth debía de estar ahora en la cama, pensó Phillip. No tenía ni idea de lo que sentía por el chico. Le reconocía, le comprendía y pensaba que odiaba un poco ciertas partes de sí mismo que había visto en el joven Seth DeLauter.

¿Era el hijo de Ray Quinn?

Sobre esa cuestión, pensó Phillip mientras mantenía apretados los dientes, sentía cierto resentimiento ante la

sola idea de que fuera posible. ¿Era posible que aquel hombre al que había idolatrado durante más de la mitad de su vida se hubiera caído realmente de su pedestal, sucumbiendo a la tentación y traicionando a su mujer y a su familia?

Y si lo había hecho, ¿cómo podía haber dado la espalda a su propia sangre? ¿Y cómo ese hombre que había acogido a extraños podía haber ignorado durante más de diez años a un hijo salido de sus entrañas?

Ya tenemos suficientes problemas, se recordó Phillip a sí mismo. Lo primero era comprometerse. Quedarse con el chico.

Dio la vuelta, utilizando la luz del porche trasero como guía. Cam estaba sentado en las escaleras y Ethan en la mecedora.

—Volveré a Baltimore por la mañana —anunció Phillip—. Veré lo que el abogado puede garantizar. ¿Dijiste que la trabajadora social se llamaba Spinelli?

—Sí. —respondió Cam acariciando una taza de café solo—. Anna Spinelli.

—Pertenece al condado. Probablemente a Princess Anne. Se lo diré. —Sólo son detalles, pensó. Se concentraría en los hechos—. Según lo veo yo vamos a tener que aparentar ser tres ciudadanos modélicos. Yo ya paso por ello. —Phillip sonrió débilmente—. Pero vosotros vais a tener que trabajaros vuestro papel.

—Le dije a Spinelli que conseguiría un trabajo— comentó Cam a quien sólo pensarlo le enfadaba.

—Yo dejaría eso por el momento —dijo Ethan, que se balanceaba tranquilamente en las sombras—.

Tengo una idea. Quiero seguir pensando en ella un poco más. Me parece —prosiguió— que si Phil y yo estamos por aquí, y los dos trabajamos, tú podrías llevar la casa.

—¡Oh, Dios! —fue todo lo que Cam pudo exclamar.

—Sería de este modo. —Ethan se detuvo, se balanceó y siguió—: Tú serías lo que ellos llaman un cuidador primario. Estás disponible cuando la escuela llama en caso de problemas, o si Seth se pone enfermo o algo así.

—Tiene sentido —asintió Phillip y, encontrándose ya mejor, le hizo una mueca a Cam—. Tú serás la mamá.

—Que te jodan.

—Esa no es forma de hablar en una madre.

—Si creéis que me voy a pasar el día lavándoos los calcetines sucios y fregando los baños, estáis malgastando la buena educación de la que os sentís tan orgullosos.

—Será algo temporal —dijo Ethan, aunque se divertía con la idea de ver a su hermano con un delantal y quitando telas de araña con un plumero—. Haremos turnos. Seth debería tener también algunas obligaciones regulares. Siempre lo hemos hecho así. Pero te tendrás que ocupar tú durante los próximos días, mientras Phillip piensa en cómo vamos a manejar los temas

legales y yo veo cómo puedo hacer juegos malabares con mi tiempo.

—Tengo temas propios de los que ocuparme. —El café le estaba haciendo un agujero en las tripas, pero aun así Cam se lo bebió—. Tengo cosas repartidas por toda Europa.

—Bien. Seth está en la escuela todo el día, ¿no? —Distraídamente, Ethan alargó una mano para dar palmaditas al perro que daba una cabezada a su lado.

—Bien. Estupendo —accedió Cam—. Tú —dijo señalando a Phillip— trae algo de compra. Se nos ha acabado casi todo. Y Ethan convertirá lo que traigas en algo de comer. Cada uno se hará la cama, maldita sea. Yo no soy una criada.

—¿Qué pasa con el desayuno? —dijo secamente Phillip—. No irás a enviar a tus hombres a trabajar por la mañana sin una comida caliente, ¿verdad?

Cam le lanzó una mirada furiosa.

—Te está divirtiendo todo esto, ¿verdad?

—Puede que sí —respondió Phillip. Se sentó en las escaleras al lado de Cam apoyado en los codos—. Alguien debería hablar con Seth para que mejore su lenguaje.

—Oh, sí —contestó Cam resoplando—. Seguro que funciona.

—Se dedica a soltar tacos delante de los vecinos, la trabajadora social, sus profesores; y eso produce una mala impresión. ¿Cómo van sus estudios?

—¿Cómo diablos lo voy a saber yo?

—Venga, mamá... —gruñó Phillip y luego se rió cuando el codo de Cam se clavó en sus costillas. —Sigue así y terminarás con otro traje arruinado, figura.

—Deja que me cambie y hacemos un par de asaltos. O mejor aún... —Phillip arqueó las cejas y deslizó la mirada sobre Ethan y luego sobre Cam.

Aprobando la propuesta, Cam se rascó la barbilla y depositó su taza vacía. Se precipitaron escaleras abajo al unísono con tal rapidez que a Ethan no le dio tiempo a pestañear.

El lanzó primero el puño, que fue bloqueado, y luego se vio arrastrado de la silla por los sobacos y los tobillos, maldiciendo sin parar. Simon dio un salto, ladrando de contento y corriendo en círculo alrededor de aquellos hombres que arrastraban a su dueño fuera del porche a pesar de su resistencia.

Dentro de la cocina el cachorro se movía alocado ladrando. Para mantenerle cerca, Seth arrancó un muslo al pollo que él había cogido a hurtadillas y lo tiró al suelo. Mientras Tonto lo engullía, Seth observaba entre el asombro y el desconcierto las sombras que se dirigían al muelle.

Había bajado a llenar su vacía barriga. Estaba acostumbrado a moverse silenciosamente. Tenía la boca

llena de pollo y escuchaba a los hombres mientras hablaban.

Actuaban como si fueran a permitirle quedarse. Aun cuando no sabían que él estaba allí escuchando, hablaban como si fuera una cosa normal. Al menos por ahora, pensó, hasta que se les olvidara que habían hecho una promesa, o dejara de importarles.

El sabía que las promesas no significaban ponerse de rodillas.

Excepto las de Ray. Había creído a Ray. Pero luego se había muerto, estropeándolo todo. Sin embargo, cada noche que había pasado en esa casa, entre sábanas limpias y con el cachorro enroscado, había sido una evasión. Cuando decidieran abandonarle, estaría preparado para irse.

Porque se moriría antes de volver a donde había estado antes de vivir con Ray Quinn.

El cachorro olisqueaba la puerta, atraído por el sonido

de risas, ladridos y gritos. Seth le dio más pollo para distraerle.

El quería salir también, correr por el césped y unirse a ellos en sus risas, su alegría... su familia. Pero sabía que no sería bien recibido. Ellos pararían y le mirarían como si se preguntaran de dónde diablos había salido y qué demonios iban a hacer con él.

Y luego le dirían que volviera a la cama.

Quería quedarse. Sólo quería estar allí. Seth presionó su rostro contra la puerta mosquitera deseando quedarse de corazón.

Cuando oyó el taco que Ethan soltó entre risas, el gran chapoteo que siguió y los rugidos de satisfacción masculina que vinieron después, sonrió.

Y permaneció allí, sonriendo a pesar de que una lágrima se le escapó y descendió por su mejilla sin que se diera cuenta.

CINCO

Anna fue pronto a trabajar. Era raro que su supervisora no estuviera allí. Siempre podía uno contar con que Marilou Johnston estuviera en su mesa o a una distancia desde la que te pudiera oír.

Marilou era una mujer a la que Anna admiraba y respetaba a la vez. Cuando necesitaba consejos, eran sus opiniones las que ella valoraba más.

Cuando metió la cabeza en la puerta abierta de la oficina, Anna sonrió un poco. Como esperaba, Marilou estaba allí, enterrada tras los expedientes y documentos que se apilaban en su abarrotada mesa. Era una mujer bajita, cuya estatura no superaba el metro y medio. Llevaba el pelo muy corto, por comodidad, pero con estilo. Su rostro era suave, como el ébano pulido, y su expresión podía aguantar la compostura incluso ante las peores crisis.

Marilou era para Ana como un centro de relajación. Se preguntaba cómo podría ser tan tranquila cuando su vida se componía de una carrera absorbente, dos chicos adolescentes y una casa que siempre estaba repleta de gente.

Anna había pensado muchas veces que quería ser como Marilou Johnston cuando fuera mayor.

—¿Tienes un minuto?

—Por supuesto. —La voz de Marilou era rápida y viva, madurada por ese acento de la costa sur que atrapaba las palabras con un deje cansino y gangoso. Señaló una silla a Anna con una mano y jugueteó con la bolita de oro que colgaba de su oreja izquierda—. ¿El caso Quinn—DeLauter?

—Has acertado a la primera. Había un par de faxes esperándome ayer del abogado de los Quinn. Un bufete de Baltimore.

—¿Qué tiene que decir nuestro abogado de Baltimore?

—En esencia, ellos tratan de obtener la custodia. Va a presentar una petición al tribunal. Van en serio en cuanto a lo de quedarse con Seth DeLauter en su casa y bajo sus cuidados.

—¿Y?

—Se trata de una situación inusual, Marilou. Hasta ahora he hablado sólo con uno de los hermanos. El que vivía en Europa hasta hace poco.

—¿Cameron? ¿Y qué te pareció?

—La verdad es que impresiona. —Y como Marilou era también amiga de Anna, se permitió lanzar una sonrisa—. Una delicia para la vista. Me lo encontré cuando estaba reparando las escaleras del porche trasero. No puedo decir que pareciera un hombre feliz, aunque ciertamente es un hombre resuelto. Tiene un montón de furia y de tristeza en su interior. Lo que más me impresionó...

—¿Aparte de su aspecto?

—Aparte de su aspecto —asintió Anna con una risa ahogada—, fue el hecho de que nunca se cuestionó el quedarse con Seth. Era un hecho. Llamó hermano a Seth. Así lo creía. No estoy segura de que sepa exactamente cuáles son sus sentimientos al respecto, pero lo cree.

Mientras Marilou escuchaba sin hacer comentarios, prosiguió dando detalles de su conversación: el deseo que tenía Cam de cambiar de vida, y su preocupación por que Seth se largara si le sacaban de la casa.

—Y —continuó diciendo— después de hablar con Seth, estoy de acuerdo con él.

—¿Tú crees que el chico huiría?

—Cuando le hablé del hogar de acogida se enfadó, se ofendió y se asustó. Si se siente amenazado, huirá.

Entonces, pensó en todos los chicos que acababan en las calles más pobres de las ciudades sin un techo y desesperados. Pensó en lo que hacían para sobrevivir y en cuántos no sobrevivían.

Su trabajo ahora consistía en hacer que ese muchacho, estuviera seguro.

—El chico quiere quedarse allí, Marilou. Puede que lo necesite. Los sentimientos hacia su madre son muy fuertes y negativos. Sospecho que ha habido abusos, pero no está preparado para hablar de ello. Al menos no conmigo.

—¿Se sabe algo del paradero de la madre?

—No. No tenemos ni idea de dónde está o de lo que hará. Firmó los papeles autorizando a Ray Quinn a que iniciara el procedimiento de adopción, pero él murió antes de que estuvieran finalizados. Si regresa y quiere a su hijo... —Anna sacudió la cabeza—. Los Quinn tendrían una batalla en las manos.

—Parece como si estuvieras de su lado.

—Estoy con Seth —respondió Anna con firmeza—. Y ahí voy a permanecer. He hablado con sus profesores. —Sacó un expediente mientras hablaba—. Tengo aquí el informe. Voy a volver hoy a hablar con algunos vecinos, y puede que a entrevistarme con los tres Quinn. Es posible que paremos la custodia temporal hasta que yo complete el estudio inicial, pero yo me inclino en contra. Ese chico necesita estabilidad. Necesita sentirse querido. E incluso si los Quinn sólo le quieren por una promesa, sigue siendo mejor que lo que tuvo anteriormente, creo yo.

Marilou cogió el expediente y lo mantuvo aparte.

—Te asigné este caso porque no eres de las que se queda sólo con la fachada. Y te envié en frío porque quería tu opinión. Ahora te contaré lo que sé de los Quinn.

—¿Les conoces?

—Anna, yo nací y crecí en la costa —dijo sonriendo con dulzura. Era algo muy simple, pero de lo que se sentía muy orgullosa—. Ray Quinn fue uno de mis profesores en la universidad. Le admiraba tremendamente. Cuando tuve a mis dos hijos, Stella Quinn fue su pediatra hasta que nos trasladamos a Princess Anne. La adorábamos.

—Cuando iba conduciendo ayer hacía allí deseé haber tenido la oportunidad de conocerles.

—Eran gente excepcional —declaró Marilou con sencillez—. Normales, a veces simples en algún aspecto, y excepcionales. He ahí el caso en cuestión —añadió reclinándose en la silla—. Me gradué en la universidad hace dieciséis años. Los tres Quinn eran adolescentes. Se contaban toda clase de historias. Puede que fueran un poco salvajes, y la gente se preguntaba por qué Ray y Stella Quinn habían acogido a aquellos hombrecitos con

malas tendencias. Yo estaba embarazada de Johnny, mi hijo mayor, y me dejaba el trasero por conseguir el título, además de ayudar a mi marido Ben a pagar el alquiler. El tenía dos trabajos. Queríamos una vida mejor para nosotros y, por supuesto, una vida mejor para el hijo que esperaba.

Hizo una pausa y giró el marco de fotos doble que había encima de su mesa para tener un mejor ángulo desde el que observar a sus dos hombrecitos sonrientes.

—Yo también me lo pregunté. Pensé que estaban locos, o que jugaban al buen samaritano. El profesor Quinn me llamó a su despacho un día. Yo había perdido un par de clases. Había tenido el peor episodio de náuseas matutinas que una mujer pueda recordar.

Aquello todavía le seguía dando asco.

—Te juro que no comprendo cómo algunas mujeres evocan ese tipo de cosas. En cualquier caso, pensé que me iba a recomendar que dejara su clase, lo que significaba perder los créditos para mi licenciatura. Yo estaba a un paso de conseguirla, a un paso, y me convertiría en la primera de la familia con un título universitario. Estaba dispuesta a luchar. En vez de ello, él quería saber qué podía hacer para ayudarme. Me dejó sin habla.

Marilou sonrió, recordando, y luego proyectó su sonrisa sobre Anna.

—Tú sabes lo impersonal que puede ser la universidad; las grandes conferencias en las que el estudiante es solamente un rostro entre la multitud. Pero él se había fijado en mí y se había tomado el tiempo necesario para averiguar algo sobre mi situación. Rompí a llorar. Las hormonas —comentó con una sonrisa irónica—. Bueno, me dio palmaditas en la mano, algunos pañuelos de papel y me dejó que llorara todo lo que quisiera. Yo tenía una beca y si mis calificaciones bajaban o me echaban de una clase, podría perderla. Sólo me quedaba un semestre. Me dijo que no me preocupara, que trabajaríamos juntos y que iba a obtener mi título. Siguió hablando de esto y lo otro para calmarme. Me estaba contando alguna historia sobre enseñar a su hijo a conducir y me hizo reír. Hasta después no me di cuenta de que no estaba hablando de uno de esos chicos que había acogido porque no eran eso lo que representaban para él. Los consideraba sus hijos.

Algo dulce para un final feliz. Anna suspiró.

—Y obtuviste tu título.

—Se aseguró de que lo hiciera. Se lo debo a él. Por eso es por lo que no te hablé de esto hasta que te hubieras formado tus propias opiniones. En cuanto a los tres Quinn, realmente no les conozco. Les he visto en dos funerales. Vi a Seth DeLauter con ellos en el del profesor Quinn. Por razones personales me gustaría que tuvieran una oportunidad de ser una familia. Pero... —hizo una pausa colocando sus manos palma sobre palma— los intereses del chico están por encima de eso... y de la estructura del sistema. Tú eres concienzuda, Anna, y crees en la estructura y en el

sistema. Al profesor Quinn le habría gustado lo mejor para Seth, y también pagar una antigua deuda. Lo dejó en tus manos.

Anna dio un largo suspiro.

—Sin presiones, ¿eh?

—Presiones es lo que tenemos siempre por aquí. —Y como si estuviera preparado, su teléfono comenzó a sonar—. Y el reloj sigue su curso.

Anna se levantó.

—Será mejor que me ponga a trabajar, entonces. Parece que pasaré la mayor parte del día sobre el terreno.

Era casi la una del mediodía cuando Anna ascendió el camino hacia la casa de los Quinn. Se las había arreglado para entrevistarse con tres de los cinco nombres que Cam le había dado el día anterior, y esperaba acabar con ello antes de que pasara mucho más tiempo.

Al llamar a la oficina de Phillip Quinn en Baltimore, le habían informado de que estaría ausente durante las dos semanas siguientes. Anna esperaba encontrarle allí para poder hacerse una opinión sobre otro de los Quinn.

Pero fue el cachorro el que la recibió. Ladraba con furia a pesar de que había retrocedido rápidamente al verla. Anna observaba divertida cómo se hacía pis de miedo. Riendo, se agachó y le tendió una mano.

—Vamos, bonito, no te voy a hacer daño. Eres un encanto, eres muy bonito. —Siguió susurrándole cosas hasta que se acercó a olisquearle la mano, y luego rodó extasiado mientras ella le acariciaba.

—Por lo que sé, tiene pulgas y rabia.

Anna miró hacia arriba y vio a Cam en la puerta de entrada.

—Y por lo que yo sé, usted también —respondió.

Con un gruñido a modo de sonrisa y las manos dentro de los bolsillos, salió del porche. Advirtió que ella llevaba hoy un traje marrón. No podía entender cómo había podido escoger un color tan triste.

—Supongo que le gusta el riesgo y por eso ha vuelto. No la esperaba tan pronto.

—El bienestar de un chico está en juego, señor Quinn. No soy partidaria de tomármelo con tranquilidad, dadas las circunstancias.

Obviamente encantado con su voz el cachorro se irguió y le lamió la cara. Antes de poder reprimirla se le escapó una carcajada (un sonido que hizo que Cam arqueara las cejas) y defendiéndose de aquella joven lengua del cachorro se levantó. Se alisó la chaqueta... y su dignidad.

—¿Puedo entrar?

—¿Por qué no? —Esta vez él la esperó, e incluso abrió la puerta y dejó que entrara antes que él.

Anna contempló un salón grande y bastante cuidado.

Los muebles reflejaban el uso, pero tenían un aspecto cómodo y colorista. La espineta de la esquina atrajo su mirada.

—¿Toca usted?

—Realmente no. —Sin darse cuenta, Cam pasó una mano por la madera. No vio el rastro que sus dedos marcaban sobre el polvo—. Mi madre tocaba y Phillip tiene bastante oído.

—Traté de localizar a su hermano Phillip esta mañana en la oficina.

—Ha salido a hacer la compra —respondió. Como estaba contento de haber ganado aquella batalla, Cam sonrió un poco—. Va a vivir aquí... en el futuro próximo. Ethan también.

—Trabaja usted rápido.

—El bienestar de un chico está en juego —contestó él haciéndose eco de sus palabras.

Anna asintió. Ante el sonido distante de un trueno miró hacia fuera y frunció el ceño. La luz se oscureció y el viento empezó a agitarse.

—Me gustaría hablar de Seth con usted. —Giró el maletín y dirigió la mirada hacia una silla.

—¿Nos llevará mucho tiempo?

—No sabría decirle.

—Entonces hablemos en la cocina. Quiero tomar café.

—Bien.

La joven le siguió, estudiando la casa. Estaba tan limpia que parecía como si Cam hubiera sabido de antemano que ella iba a venir. Pasaron por un estudio en el que las mesas estaban llenas de polvo, el sofá lleno de periódicos y unos zapatos que ensuciaban el suelo.

«Se te olvidó esto, ¿verdad?», pensó ella con una sonrisa maliciosa. Pero lo encontró enternecedor.

Luego escuchó un taco salido de tono y casi se cae de los zapatos.

—Maldita sea, joder! ¿Qué demonios es esto? ¿Qué más puede pasar? ¡Dios! —exclamó Cam mientras chapoteaba a través del agua y el jabón que inundaban el suelo de la cocina, y le daba un golpetazo al lavavajillas.

Anna retrocedió para evitar la inundación.

—En su lugar yo lo apagaría.

—Sí, sí, sí. Ahora tendré que desmontar este trasto. —Tiró de la puerta para abrirla y un mar de blancas pompas de jabón se precipitó fuera.

Anna se mordió el interior de la mejilla y se aclaró la voz.

—¿Y qué tipo de jabón utiliza usted?

—Jabón para platos —respondió vibrando de impotencia y sacando de un tirón un cubo que había debajo del fregadero.

—¿Jabón para el lavavajillas o jabón lavavajillas?

—¿Y qué diferencia hay? —Furioso, comenzó a achicar agua. Fuera, la lluvia empezó a caer con fuerza azotando los cristales.

—Ésta —señaló Anna quien, manteniendo un gesto de sobriedad admirable en su rostro, señaló el río que corría por el suelo—. Ésta es la diferencia. Si se utiliza el líquido para lavar platos a mano en el lavavajillas, éste es el resultado inevitable.

El se enderezó, con el cubo en la mano, e hizo un gesto tan espantoso de irritación que ella no pudo reprimir la risa.

—Lo siento, lo siento. Escuche, dese la vuelta.

—¿Por qué?

—Porque no quiero estropear mis zapatos o mis medias. Así que dese usted la vuelta mientras me las quito y le echaré una mano.

—Sí. —Patéticamente agradecido, Cam se puso de espaldas, e incluso hizo un gran esfuerzo por no pensar en cómo se quitaba las medias. Dicho esfuerzo no fue lo suficientemente bueno, pero la intención era lo que contaba—. Ethan se ocupaba de casi todas las tareas de la cocina cuando éramos pequeños. Yo hacía mi parte, pero no parece que haya aprendido mucho.

—Está claro que esto no es lo suyo. —Introdujo las medias con cuidado dentro de sus zapatos y los dejó a un lado—. Deme una fregona. Yo limpiaré y usted hace el café.

Cam abrió un armario largo y estrecho y le entregó una fregona de cuerda.

—Se lo agradezco.

Mientras chapoteaba en busca de unas tazas, pensó que sus piernas no necesitaban medias. Eran de un color dorado claro fascinante y suaves como la seda. Cuando ella se inclinó, él se pasó la lengua por los dientes. No tenía ni idea de que una mujer con una fregona pudiera ser tan sumamente... atractiva.

A Cam le resultaba increíblemente agradable estar allí; con la lluvia azotando, el viento ululando y una mujer descalza y guapa haciéndole compañía en la cocina.

—Usted sí parece estar como pez en el agua —comentó él sonriendo burlonamente cuando ella volvió la cabeza y le miró de manera funesta—. No quiero decir que sea un trabajo femenino. Mi madre me habría despellejado por haberlo pensado. Sólo digo que parece que sabe lo que hace.

Anna lo sabía muy bien, ya que se había costeadado su acceso a la universidad limpiando casas.

—Puedo manejar una fregona, señor Quinn.

—Ya que está usted pasando la fregona por el suelo de mi cocina, debería llamarme Cam.

—Sí, hablemos de Seth. ¿Le importa que me siente?

—Adelante.

La joven hizo un esfuerzo por contenerse antes de empezar a vacilar. La despreocupación, la lluvia y el aislamiento eran cosas muy relajantes. —Seguro que usted ya sabe que hablé con él ayer. —Sí, y sé que le dijo que quería quedarse aquí. —Lo hizo, y está en mi informe. También hablé con sus profesores. ¿Sabe cómo le va en el colegio?

Cam cambió el tono.

—No he tenido aún mucho tiempo de ocuparme de eso.

—Mmmmm. Cuando estaba recién llegado tuvo algún problema con los otros estudiantes. Peleas y esas cosas. Le rompió la nariz a un chico.

Bien por él, pensó Cam con una sorprendente sensación de orgullo, aunque hizo un esfuerzo por aparentar que lo desaprobaba.

—¿Quién empezó la pelea?

—Esa no es la cuestión. Sin embargo, su padre manejó la situación. A este respecto me han dicho que Seth se lo guarda todo para él. No participa en clase, lo cual es otro problema. Rara vez entrega sus deberes, y cuando los hace suelen ser una chapuza.

Cam sintió que le empezaba a doler la cabeza.

—Así que el chico no es un estudiante...

—Al contrario. —Anna se enderezó y se apoyó en la fregona—. Si participara en clase, aunque fuera de forma marginal, e hiciera sus deberes y los entregara a tiempo, sería un estudiante de sobresaliente. Con lo que hace ahora saca notables.

—¿Y cuál es el problema entonces?

Anna cerró un momento los ojos.

—El problema es que el grado de inteligencia de Seth y las pruebas de evaluación son increíblemente altos. El chico es brillante.

Aunque tenía sus dudas acerca de ello, Cam asintió.

—Eso está bien. Y además obtiene buenas notas y no se mete en jaleos.

—Bien. —Intentaría enfocarlo de otra manera—. Suponga que está usted en una carrera de Fórmula Uno...

—He estado —comentó con cierta nostalgia.

—Bien. Y tiene el mejor coche y el más rápido del mercado.

—Sí —dijo sonriendo—. Lo he tenido.

—Pero usted nunca ha probado todas sus posibilidades, nunca ha ido al límite, nunca le ha picado en las curvas o ha metido quinta y ha volado en las rectas.

El elevó una ceja.

—¿Es aficionada a las carreras?

—No, pero conduzco un coche.

—Bonito coche, es verdad. ¿A cuánto lo ha puesto?

A ciento cuarenta, pensó con secreto regocijo, pero nunca lo admitiría.

—Considero el coche como un medio de transporte —dijo mintiendo de forma recatada—, no un juguete.

—No sé por qué no puede ser las dos cosas. ¿Por qué no salimos a dar una vuelta en el Corvette? Es un medio de transporte entretenido.

Aunque le habría encantado permitirse la fantasía de deslizarse tras el volante de aquella elegante bala blanca, tenía alguna puntualización que hacer.

—Trate de ajustarse a esta analogía. Usted conduce una máquina superior. Si no condujera esa máquina del modo en que se supone que hay que conducirla, estaría desperdiciando su potencial y puede que lograra el dinero del premio, pero no sería el ganador.

El captó el argumento, pero no pudo dejar de hacer una mueca burlona.

—Normalmente gano.

Anna movió la cabeza.

—Seth —recalcó con paciencia admirable—, estamos hablando de Seth. Está socialmente atrofiado y desafía a la autoridad constantemente. Le expulsan a menudo de la escuela. Necesita supervisión aquí en casa al llegar a esta etapa de su vida. Va a tener que jugar usted un papel activo en su trabajo escolar y en su comportamiento.

—Me parece a mí que a un chico que tiene notables debería dejársele en paz. —Pero levantó una mano antes de que ella pudiera hablar—. Potencial. Yo tuve al mejor machacándome la cabeza con el potencial. Trabajaremos en ello.

—Bien. —Anna volvió a pasar la fregona—. Su abogado me envió una comunicación acerca de la custodia. Parece que se la van a conceder, al menos de forma temporal. Pero los Servicios Sociales deberán realizar inspecciones esporádicas.

—O sea, que las realizará usted.

—Las realizaré yo.

Cam hizo una pausa.

—¿No sabrás también limpiar cristales, no?

Anna no pudo resistir y se echó a reír mientras vertía agua con jabón en el fregadero.

—También he hablado con algunos de sus vecinos, y hablaré con algunos más. —Se dio la vuelta y añadió—: De ahora en adelante su vida será un libro abierto para mí.

Cam se puso en pie, cogió la fregona y para darse el gusto se situó un palmo más cerca de lo correcto.

—Hágame saber cuándo llega a un capítulo que le interese en el plano personal.

El corazón dio un par de latidos que le sacudieron las costillas. Un hombre peligroso, pensó, en el plano personal.

—No tengo mucho tiempo para la ficción. Anna comenzó a retroceder, pero él le agarró la mano.

—Me gusta usted, señorita Spinelli. Todavía no me he detenido a pensar por qué, pero me gusta.

—Eso hará que nuestra asociación sea más fácil.

—Se equivoca —respondió Cam acariciándole el dorso de la mano con el pulgar—. Eso la va a complicar. Pero no me importan las complicaciones. Y ya era hora de que mi suerte diera un giro. ¿Le gusta la comida italiana?

—¿Con un apellido como Spinelli? —Cam sonrió con sorna.

—Bien. Podría compartir una cena tranquila en un buen restaurante con una mujer hermosa. ¿Qué tal esta noche?

—No veo ninguna razón por la que no pueda compartir una cena tranquila en un buen restaurante con una mujer hermosa esta noche. —Deliberadamente, ella soltó su mano—. Pero si me está pidiendo una cita, la respuesta es no. En primer lugar, no sería adecuado; y en segundo, estoy ocupada.

—Maldita sea, Cam ¿no me has oído dar bocinazos?

Anna se dio la vuelta y vio a un hombre empapado y profundamente enfadado que llevaba dos bolsas repletas de comestibles a la habitación. Era alto, de piel morena y muy guapo. Y venía echando chispas.

Phillip se quitó el pelo de los ojos y fijó la vista en Anna. Su cambio de expresión fue rápido y suave: de enfurecido a encantador en un abrir y cerrar de ojos.

—Hola. Lo siento. —Arrojó las bolsas encima de la mesa y la sonrió—. No sabía que Cam tuviera compañía. —Echó un vistazo al cubo y la fregona que había entre ellos, y llegó a una conclusión errónea—. No sabía que iba a contratar ayuda doméstica. Pero gracias a Dios. —Phillip le cogió la mano y la besó—. Ya siento adoración por usted.

—Mi hermano Phillip —dijo Cam secamente—. Anna Spinelli, de los Servicios Sociales. Puedes dejar de aparentar elegancia, Phil.

Su encanto ni desapareció ni disminuyó.

—Señorita Spinelli. Encantado de conocerla. Creo que nuestro abogado se ha puesto en contacto con usted.

—Sí lo ha hecho. El señor Quinn me ha dicho que va usted a vivir aquí ahora.

—Le dije que me llamara Cam —comentó mientras se encaminaba hacia el hornillo a llenar su taza de café—. Va a resultar muy confuso si nos llama a todos señor Quinn. —Cam oyó ruido en la puerta trasera y sacó otra taza—. Especialmente ahora —dijo en el momento en que se abrió la puerta y entraron un hombre y un perro chorreando.

—Dios mío, cómo sopla esta dichosa tormenta. —No le había dado tiempo a quitarse el impermeable cuando el perro fijó sus patas en el suelo y comenzó a sacudirse con furia. Anna se limitó a hacer un gesto cuando el agua le salpicó el traje—. No me ha dado tiempo ni a olerla cuando ya...

Vislumbró a Anna y automáticamente se quitó la empapada gorra y luego se pasó una mano por el pelo rizado y mojado. Al ver a la mujer con el cubo y la fregona le entró un sentimiento de culpabilidad pensando en sus botas embarradas.

—Señora.

—Mi otro hermano, Ethan. —Cam entregó a Ethan una taza de café humeante—. Esta es la trabajadora social a la que tu perro acaba de llenar de agua y de pelos.

—Lo siento. Simon, siéntate.

—No pasa nada —prosiguió Cam—. Tonto ya la ha baboseado entera y Phillip acaba de intentar ligar con ella.

Anna sonrió suavemente.

—Pensé que era usted el que había querido ligar conmigo.

—Le pedí que fuéramos a cenar juntos —corrigió Cam. Si hubiera querido ligar con ella, no hubiera sido tan sutil. —Cam dio un sorbo a su café—. Bien, ahora ya conoce a todos los actores.

Se sintió en inferioridad de condiciones y con la profesionalidad disminuida mientras permanecía ahí en aquella cocina poco iluminada, descalza y enfrente de tres hombres enormes e increíblemente guapos. Como defensa, sacó de dentro toda la dignidad que pudo y cogió una silla.

—Caballeros, ¿nos sentamos? Esta parece una ocasión ideal para hablar de sus planes para cuidar a Seth —dijo girando su cabeza hacia Cam— en un futuro próximo.

—Bien —dijo Phillip una hora más tarde—. Creo que ya le hemos dado vuelta a todo.

Cam permanecía en la puerta de entrada observando cómo se alejaba el pequeño coche deportivo bajo la fina lluvia.

—Nos tiene calados —murmuró Cam—. No se le pasa una.

—Me ha gustado —comentó Ethan desperezándose en el gran sillón orejero y dejando que el cachorro trepara a su regazo—. No seas mal pensado, Cam —sugirió cuando éste rió disimuladamente—. He querido decir que me gusta; es inteligente, profesional, pero no fría. Parece una mujer que se involucra.

—Y tiene las piernas largas —añadió Phillip—. Pero independientemente de eso, va a tomar nota de cada vez que la caguemos. Ahora mismo, creo que estamos en el mejor momento: tenemos al chico y él quiere quedarse, su madre se ha largado a Dios sabe dónde y no está haciendo ruido... de momento. Pero si la bella Anna

Spinelli habla con mucha gente en St. Chris, va a empezar a oír rumores.

Metió las manos en los bolsillos y comenzó a caminar.

—No sé si eso no irá en nuestra contra.

—Son sólo rumores —dijo Ethan.

—Sí, pero son muy feos. Hemos tenido la suerte de quedarnos con Seth gracias a la buena fama de papá. Si esa reputación se ensucia, tendremos que luchar en diferentes frentes.

—Si alguien trata de ensuciar la reputación de papá, se van a encontrar con algo más que una batalla —declaró Cam.

Phillip se volvió hacia Cam.

—Eso es justo lo que tenemos que evitar. Si nos dedicamos a ir por ahí montando bronca sólo conseguiremos empeorar las cosas.

—Dedícate tú a la diplomacia. —Cam se encogió de hombros y se fue a sentar al brazo del sofá—. Y yo me dedicaré a lo demás.

—Yo digo que es mejor que afrontemos lo que hay antes de lo que pueda llegar a haber. —Ethan dio unas palmadas al cachorro—. He estado pensando sobre esta situación. Para Phillip va a ser duro vivir aquí y estar yendo y viniendo a Baltimore. Y más tarde o más temprano, Cam se va a hartar de jugar a las casitas.

—Eso está empezando a ocurrir ya.

—He pensado que podríamos pagar a Grace para que hiciera parte del trabajo de casa. Quizás un par de días por semana.

—Ésa es una idea que suscribo al cien por cien —respondió Cam y se dejó caer en el sofá.

—El problema es que te deja sin mucho que hacer. La idea es que los tres estemos aquí, compartiendo la responsabilidad que tenemos con Seth. Eso es lo que dice el abogado y lo que también dice la trabajadora social.

—Dije que buscaría trabajo.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —preguntó Phillip—. ¿Poner gasolina? ¿Abrir ostras? Lo dejarías en un par de días.

Cam se echó hacia adelante.

—Puedo aguantar. ¿Podrás tú? Raro sería que después de la primera semana de ir y venir no llamas desde Baltimore poniendo excusas para no volver. ¿Por qué no te quedas aquí y tratas de dispensar gasolina o de abrir ostras durante un tiempo?

La discusión era inevitable. En unos minutos estaban los dos de pie, frente a frente. Ethan tuvo que intentarlo varias veces antes de poder imponer su voz. Cam retrocedió y se volvió con expresión desconcertada.

—¿Qué?

—He dicho que creo que deberíamos construir barcos.

—¿Construir barcos? —preguntó Cam moviendo la cabeza—. ¿Para qué?

—Como negocio. —Ethan extrajo un puro, pero jugueteó con él entre los dedos en vez de encenderlo. Su madre no le habría dejado fumar dentro de casa—. Hay muchos turistas que vienen por aquí todos los años. Y más gente que viene huyendo de la ciudad. Les gusta alquilar barcos. Les gusta tener barcos. El año pasado construí uno en mis ratos libres para un tipo de la capital. Un pequeño esquife de cuatro metros y medio. Me llamó hace un par de meses para ver si me interesaría construirle otro. Quiere un barco mayor, con camarote y galera.

Ethan metió el cigarro de nuevo en su bolsillo.

—He estado pensando en ello. Lo he construido en unos meses dedicándole sólo mis ratos libres.

—¿Quieres que te ayudemos a construir un barco? —Phillip se oprimió los ojos con los dedos.

—No sólo un barco. Estoy hablando de montar un negocio.

—Yo ya tengo un negocio —murmuró Phillip—. Trabajo en publicidad.

—Y necesitaríamos a alguien que supiera de ese tipo de cosas si montáramos un negocio. La construcción de barcos tiene su propia historia en esta zona, pero nadie se dedica a ello en St. Chris.

Phillip se sentó.

—¿No se te ha ocurrido que puede que exista un motivo para ello?

—Sí, se me ha ocurrido. Lo he pensado mucho, y me imagino que es porque nadie quiere arriesgarse. Estoy hablando de barcos de madera. De veleros. Una especialidad. Y ya tenemos un cliente.

Cam se frotó la barbilla.

—Demonios, Ethan, no he hecho ese tipo de trabajo seriamente desde que construimos tu Skipjack. Y de eso hace..., ¡Jesús!..., casi diez años.

—Y sigue en pie, ¿verdad? Así que hicimos un buen trabajo. Es una apuesta —añadió sabiendo que aquella simple palabra iría directa al corazón de Cam.

—Tenemos el dinero para los gastos iniciales —murmuró Cam, madurando la idea.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Phillip—. No tienes idea del dinero que necesitáis para los gastos iniciales.

—Tú pensarás en ello. —Aquello era como una jugada de dados, pensó Cam. No había nada que le gustara más—. Quién sabe, no me disgusta manejar un martillo en vez de una bomba neumática. Me apunto.

—¿Así de simple? —dijo Phillip subiendo los brazos—. Sin pensar en los gastos generales, pérdidas y ganancias, licencias, impuestos, seguros. ¿Dónde demonios vais a establecer la empresa? ¿Cómo vais a llevar al negocio?

—Ese no es mi problema —comentó Cam con una mueca—. Será el tuyo.

—Yo ya tengo trabajo. En Baltimore.

—Yo tenía una vida —dijo simplemente Cam— en Europa.

Phillip se alejó un poco, regresó y volvió a alejarse. «Me han atrapado» pensó.

—Haré lo que pueda para iniciar el asunto. Si es un error nos va a costar un montón de dinero. Y los dos deberíais considerar que la trabajadora social podría tener otra visión de nosotros si empezamos un negocio arriesgado en este momento. Yo no voy a dejar mi trabajo. Al menos tenemos unos ingresos estables.

—Hablaré con ella —decidió Cam en un impulso—. Veré cómo reacciona. ¿Hablarás tú con Grace para que bregue con la casa? —le preguntó a Ethan.

—Sí, bajaré al pub y se lo soltaré.

—Bien. Sólo queda que tú te ocupes de Seth esta noche —dijo Cam sonriendo a Phillip de forma burlona—. Asegúrate de que hace los deberes.

—Oh, Dios mío.

—Ahora que está todo arreglado —comentó Cam echándose hacia atrás—. ¿Quién va a hacer la cena?

SEIS

Localizar a Anna Spinelli era la excusa perfecta para huir del caos que se producía en casa tras la cena. Significaba que los platos eran problema de otro, y que no le iban a arrastrar a la discusión casera que acababa de cocerse entre Phillip y Seth.

De hecho, en lo que se refería a Cam, un viaje en coche a Princess Anne en una tarde lluviosa era un gran entretenimiento. Aunque era un poco triste para un hombre que había crecido acostumbrado a ir a reacción desde París a Roma.

Trató de no pensar en ello.

Había conseguido que le guardaran el aerodeslizador y que le empaquetaran sus ropas y las enviaran. Sin embargo, todavía faltaba que le mandaran el coche. Cam tenía sus obligaciones en la casa, pero durante el tiempo que le quedaba entre el arreglo de las escaleras y el de hacer la colada, se entretenía poniendo a punto y reparando el preciado Corvette de su madre.

Conducirlo le producía un gran placer; tanto, que aceptaba sin quejarse la multa por exceso de velocidad

que le esperaba justo a la salida de Princess Anne.

La ciudad no era el hervidero de actividad que había sido durante los siglos dieciocho y diecinueve cuando el tabaco era el rey, y la prosperidad llovía en toda la zona. Pero Cam pensaba que era suficiente que las viejas casas hubieran sido restauradas y las calles estuvieran limpias y tranquilas. Ahora que el turismo era el nuevo dios de la costa, el encanto y la elegancia de las ciudades históricas eran un gran atractivo económico.

El apartamento de Anna estaba a menos de una milla de las oficinas de los Servicios Sociales. Una distancia cómoda para ir andando a los tribunales. Las tiendas estaban al alcance de la mano. Cam pensó que habría elegido aquella vieja casa victoriana por ambos motivos, además de por su encanto.

El edificio quedaba oculto tras unos grandes árboles, cuyas ramas estaban ahora cubiertas de hojas nuevas. La pasarela de acceso estaba agrietada y flanqueada por hortensias, a punto de brotar con el sol de primavera. Las escaleras conducían a una galería cubierta. La placa que había junto a la puerta indicaba que la casa se hallaba inscrita en el registro histórico. La puerta no estaba cerrada y condujo a Cam a un vestíbulo. El suelo de madera estaba algo gastado, pero alguien se había preocupado de pulirlo hasta conseguir un brillo pálido. Los buzones de la pared eran de cobre, también pulido, e indicaban que el edificio había sido convertido en cuatro apartamentos. A. Spinelli ocupaba el 2B.

Cam ascendió los escalones que crujían hasta el segundo piso. El pasillo se estrechaba más ahí, y las luces eran más tenues. El único sonido que oyó era el eco apagado de algo que sonaba como una comedia alocada en el televisor del 2A.

Llamó a la puerta de Anna y esperó. Luego volvió a llamar, metió las manos en los bolsillos y frunció el ceño. Esperaba que estuviera en casa, no había considerado otra posibilidad. Eran casi las nueve en punto de un día laborable y ella era una funcionaria.

Debería estar tranquilamente en casa, leyendo un libro o rellenando formularios e informes. Así era como las mujeres prácticas de carrera pasaban las tardes, aunque realmente él esperaba poder mostrarle un modo más entretenido de pasar el tiempo.

Probablemente estaría en alguna reunión de un club femenino, pensó enfadado con ella. Rebuscó en los bolsillos de su cazadora Bómbier de cuero negro en busca de un pedazo de papel, y estaba a punto de molestar a los del 2A con la esperanza de pedir prestado algo sobre lo que escribir, cuando oyó el rápido repiqueteo de lo que un hombre con experiencia reconocería como el sonido de unos altos tacones femeninos sobre la madera.

Echó una mirada al vestíbulo y se alegró de que su suerte hubiera cambiado.

Casi no se dio cuenta de que se había quedado con la boca abierta.

La mujer que caminaba hacia él era como la más oscura fantasía de un hombre. Mostraba generosamente aquel cuerpazo dentro de un vestido ceñido azul eléctrico, de corte bajo en el pecho y alto en los muslos. No dejaba nada, y a la vez lo dejaba todo, a la imaginación masculina.

El repiqueteo de los zapatos en la madera se debía a unos tacones de aguja del mismo color estridente, lo que convertía a sus piernas en una fascinación sin fin.

Su pelo mojado por la lluvia se curvaba increíblemente sobre los hombros, formando una melena espesa del color del ébano, que le traía a la mente imágenes evocadoras de mujeres gitanas y sexo alrededor de la hoguera. La boca era encarnada y húmeda, y los ojos grandes y oscuros. Pudo percibir su aroma con diez segundos de antelación a su llegada, clavándosele en la piel.

Ella no dijo nada, sólo estrechó la mirada de aquellos ojos increíbles,ladeó una de sus gloriosas caderas, y esperó.

—¡Vaya! —Cam pugnó por recuperar el aliento—. No eres muy partidaria de ocultar tus encantos.

—Puede. —Anna estaba furiosa por haberle encontrado en la puerta de su casa, furiosa de no llevar su armadura profesional. Y estaba aún más furiosa de que él hubiera estado mucho más presente en su cabeza que la persona con la que se había citado.

—¿Qué quiere señor Quinn?

Ahora fue él el que sonrió burlonamente, rápido y listo como un lobo enseñando los colmillos.

—Esa es una pregunta que se presta a muchas respuestas, señorita Spinelli.

—No sea vulgar, señor Quinn. Hasta ahora no lo había sido.

—Le prometo que no tengo ni un solo pensamiento vulgar en la cabeza. —Incapaz de resistirse, alargó una mano para jugar con las puntas de su pelo—. ¿Dónde has estado, Anna?

—Mire, hace mucho que terminé de trabajar y mi vida personal no es... —Anna se detuvo, intentando no soltar ninguna queja, pues la puerta del otro lado del pasillo se abrió en aquel momento.

—Has llegado tarde de tu cita, Anna.

—Sí, señora Hardelman.

La mujer de unos setenta años estaba envuelta en una bata rosa de chenilla y miraba por encima de las gafas que coronaban su nariz. Unas risas altas y enlatadas inundaron el vestíbulo. Dirigió una sonrisa a Cam, que iluminó su agradable rostro.

—Oh, éste es mucho más guapo que el último.

—Gracias —respondió Cam dando un paso adelante y devolviéndole la sonrisa—. ¿Tiene muchos?

—Oh, vienen y van. —La señora Hardelman soltó una

risa entre dientes y se ahuecó el blanco cabello—. No le duran mucho.

Cam permaneció apoyado en la puerta disfrutando de los sonidos de frustración que Anna soltaba detrás de él.

—Yo creo que aún no ha encontrado uno que valga la pena que dure. Es muy guapa.

—Y una chica muy buena. Nos hace la compra en el mercado cuando mi hermana y yo no tenemos ganas de salir. Siempre se ofrece a llevarnos a misa el domingo. Y cuando mi Petie murió, Anna se hizo cargo del entierro.

La señora Hardelman la miró con tal afecto y ternura que Anna se limitó a sonreír.

—Se está perdiendo su programa, señora Hardelman.

—Oh, sí. —Echó una mirada a su apartamento donde el televisor atronaba—. Me encantan mis comedias. Vuelva otra vez —le dijo a Cam, y cerró suavemente la puerta.

Y como Anna sabía perfectamente que su vecina no podría resistir el mirar a través de la mirilla para ver si captaba un beso romántico de despedida, sacó las llaves del bolso.

—Debería entrar, ya que ha venido hasta aquí.

—Gracias. —Cam atravesó el vestíbulo, esperando a que ella abriera la puerta—. Enterró usted al marido de su vecina.

—A su periquito —corrigió Anna—. Petie era un pájaro. Ella y su hermana llevan viudas desde hace unos veinte años. Y todo lo que yo hice fue darles una caja de zapatos y cavar un hoyo en la parte trasera, cerca de un rosál.

Cam volvió a acariciar su cabello mientras que ella empujaba la puerta para abrirla.

—Significaba mucho para ella —comentó. —Cuidado con las manos, Quinn —advirtió ella mientras encendía las luces.

Como muestra de complacencia, él apartó las manos metiéndolas en los bolsillos mientras estudiaba la habitación.

Cojines grandes y blandos de colores alegres y atrevidos. Pensó que aquella elección mostraba su más profunda sensualidad.

Le gustó pensar en ello.

La habitación era espaciosa y estaba amueblada con moderación. El sofá era grande y lo suficientemente mullido como para dormir en él, y su única compañía eran una silla grande tapizada y dos mesas.

Las paredes estaban cubiertas de obras de arte. Grabados, pósters y dibujos a plumilla. Los motivos eran lugares en vez de personas, y podía reconocer la mayoría de los lugares. Las estrechas calles de Roma, los acantilados salvajes del oeste de Irlanda y los pequeños y elegantes cafés de París.

—Yo he estado aquí —dijo dando un golpecito al marco del café de París.

—Me alegro por usted —respondió secamente, tratando de que no aflorara el hecho de que sus pinturas eran el único modo en que se podía permitir viajar. Por el momento—. Y bien, ¿qué está haciendo aquí?

—Quería hablar contigo sobre... —Cometió el error de darse la vuelta y volverla a mirar. La joven estaba realmente enfadada, pero eso sólo era un añadido a su atractivo. Sus ojos y su boca mostraban el enfado y su cuerpo estaba desafiante—. Dios mío, eres un bombón, Anna. Antes me sentía atraído por ti, me imagino que lo captaste, pero... ¿quién se hubiera imaginado...?

Anna trató de no sentirse adulada. Ciertamente no quería que se le acelerase el corazón. Pero era difícil controlar cualquier reacción cuando un hombre como Cameron Quinn estaba allí de pie mirándola como si quisiera empezar a mordisquear cada parte de su cuerpo, y continuara haciéndolo hasta haberlo devorado todo.

Anna dio un suspiro lento.

—¿Quería hablarme sobre...? —soltó de repente.

—Sobre el chico, tonterías. ¿Qué tal si tomamos un café? Eso es algo civilizado, ¿no? —Cam pensó que debían probarse, y lo hizo caminando hacia ella—. Me imagino que esperas que me porte de manera civilizada. Estoy deseando intentarlo.

Ella se cohibió por un momento, y luego se giró sobre los tacones azules tan sexys. Cam apreció la vista trasera, giró los ojos hacia el cielo y luego la siguió hasta el inmaculado mostrador que separaba el salón de la cocina. Se apoyó sobre él, encantado de que aquel lugar le proporcionara una visión tan perfecta de sus piernas.

Luego escuchó el zumbido eléctrico y captó el increíble aroma del café recién hecho.

—¿Mueles tú misma el café?

—Cuando se prepara café se debe procurar que sea bueno.

—Sí. —Cam cerró los ojos para poder apreciar mejor el aroma—. Oh, sí. ¿Debo casarme contigo para que me hagas el café todos los días, o basta con que vivamos juntos?

Anna le miró por encima del hombro, elevó las cejas a la vista de su sonrisa amplia y de deseo, y luego siguió con lo que estaba haciendo.

—Apuesto a que utilizas ese gesto para acabar con los hombres con indudable éxito. En cuanto a mí, me gusta. ¿Dónde andabas esta noche?

—Tenía una cita.

Cam rodeó el mostrador. La cocina era pequeña, no más grande que un pasillo estrecho. Le gustaba estar tan cerca de ella que su aroma se mezclaba con el olor a café.

—Hasta muy tarde —comentó él.

—Así tenía que ser. —Anna sintió su pelo en la parte posterior de la nuca. El estaba demasiado cerca. Instintivamente, empleó el método que solía utilizar con los hombres que agobiaban su espacio. Le incrustó el codo en los intestinos.

—Has practicado este movimiento —murmuró él frotándose el estómago y retrocediendo un palmo—. ¿Tienes que utilizarlo normalmente en tu condición de trabajadora social?

—Raras veces. ¿Cómo le apetece el café?

—Fuerte y solo.

Comenzó a prepararlo, se dio la vuelta y chocó contra él con fuerza. Entonces pensó que su radar estaba apagado cuando él agarró sus brazos con las manos. O quizás lo había ignorado voluntariamente para así poder comprobar cómo se ajustaban el uno al otro.

Pues bien, ahora ya lo sabía.

Cam mantuvo la vista sobre ella de forma deliberada, no dejando que sus ojos se hundieran en la pequeña cruz de oro que se alojaba entre sus pechos. El no era particularmente devoto, pero tenía miedo de ir al infierno por haber tenido pensamientos lascivos con el marco que alojaba un símbolo religioso.

Además, le gustaba su cara.

—Quinn —dijo ella con una mirada larga e irritada—. Aléjate.

—Has dejado ya el tratamiento de «señor» Quinn. ¿Significa eso que somos amigos?

Como sonreía al decirlo y además dio un paso atrás, ella soltó una carcajada.

—El jurado sigue afuera.

—Me encanta cómo hueles, Anna. Fuerte, provocativa, retadora. Por supuesto, también me encanta cómo huele la señorita Spinelli: tranquila, práctica y sutil.

—Muy bien..., Cam —Anna se dio la vuelta y sacó dos tazas pequeñas muy bonitas del armario—. Dejemos de bailar y reconozcamos que nos atraemos el uno al otro.

—Esperaba que una vez que lo reconociéramos empezaríamos a bailar.

—Falso. —Echó el pelo hacia atrás y se bebió el café—. Yo llevo el caso de Seth. Tú te has ofrecido a ser su tutor. Sería una imprudencia increíble por nuestra parte que nos dejáramos llevar por una atracción física.

Él cogió la taza y se recostó contra la encimera.

—No sé nada de ti, pero me encanta hacer tonterías imprudentes. Especialmente si a uno le sientan bien. —Se llevó la taza a los labios y sonrió lentamente—. Y apuesto a que dejarnos llevar por la atracción física tiene que sentar bastante bien.

—Menos mal que suelo ser muy prudente —respondió ella con una sonrisa reflectante y se recostó contra la

encimera de enfrente—. Bien, querías hablar de Seth... y de tonterías según creo que dijiste.

Seth, el resto de sus hermanos y la situación en sí se le habían ido completamente de la cabeza. Suponía que lo había utilizado como una excusa para verla. Eso era algo que consideraría después.

—Tengo que admitir que venir a Princess Anne a hablar contigo era una buena razón para huir. Estaba a punto de volverme loco con el lavado de platos, y Phil y el chico estaban a punto de empezar el primer asalto sobre el tema de los deberes.

—Me alegro de que alguien se ocupe de su trabajo escolar. ¿Y por qué nunca llamas a Seth por su nombre?

—Lo hago. Seguro que lo hago.

—No, en general, no. —Ellaladeó la cabeza—. Cameron, ¿evitas siempre decir el nombre de la gente con la que no tienes intención de mantener una relación importante o permanente?

Era su punto débil, se vio forzado a reconocer, pero enarcó una ceja.

—Yo uso tu nombre.

Cam vio su parpadeo, oyó un suspiro y vio cómo ella dejaba el tema de lado.

—¿Qué pasa con Seth?

—No se trata de él, directamente. Excepto que pienso que estamos empezando a repartir las cosas de manera equitativa. Phil es el que mejor puede hacer un seguimiento de él..., de Seth —se corrigió con énfasis— y de la escuela, porque, realmente, a Phil le gustaba la escuela. Y hemos decidido que alguien venga a ocuparse de la mayor parte de las tareas domésticas un par de días a la semana.

Anna tenía todavía la imagen de él de pie sobre un charco de jabón, con aspecto de furia y desconcierto en el rostro. Sus labios trataban seriamente de esbozar una sonrisa.

—Estaréis más contentos.

—Espero no tener que volver a ver una bolsa de aspirador. ¿Alguna vez se te ha roto una? —Cam se estremeció deliberadamente, provocando la risa de ella—. En cualquier caso, a Ethan le ha dado un ataque de locura. Yo estoy atando cabos, Phillip necesita ocuparse de algo si va a quedarse aquí..., aunque piensa ir y venir de Baltimore por el momento. Así que vamos a emprender ese negocio.

—¿Negocio? ¿Qué clase de negocio?

—Construcción de barcos.

Ella bajó la taza.

—¿Vais a construir barcos?

—Yo he construido muchos... igual que Ethan. Y además, aunque Phillip se ha dedicado a la vida de traje y corbata, también ha construido algunos. Los tres

trabajamos en el Skipjack con el que Ethan sigue navegando.

—Eso está bien como diversión o hobby. Pero pensar en iniciar un negocio, un negocio arriesgado, a la vez que intentáis adoptar a un chico menor...

—No pasará hambre. Por Dios bendito, Ethan se gana la vida en la bahía, y Phil tiene su oficina en Baltimore. Yo podría tener una ocupación, así que ¿cuál es el problema?

—Lo único que digo es que en una aventura de esta naturaleza se emplea mucho dinero y tiempo, particularmente durante los primeros meses. La estabilidad...

—No es el único maldito tema. —Enfadado, posó su café y comenzó a pasearse—. ¿No podría aprender el chico que en la vida hay algo más que trabajar de nueve a cinco? ¿Que hay otras posibilidades, que uno puede arriesgarse? ¿Qué hay de bueno en que él me vea cosido a aquella casa quitando el polvo a los muebles y odiando cada minuto que empleo en ello? Ethan ya tiene un cliente, y si Ethan lo ha sacado a relucir es porque lo ha sopesado desde todos los ángulos. Nadie piensa las cosas tanto como él.

—Y como tú pensaste que querías tratar esto conmigo, yo simplemente estoy haciendo lo mismo. Sopesarlo desde todos los ángulos.

—Pero piensas que sería mejor que yo encontrara un trabajo bueno, estable, con un horario fijo y que aportara un buen cheque, estable y fijo cada semana. —Se paró frente a ella—. ¿Es ése el tipo de hombre que te atrae? ¿El que ficha a las nueve los cinco días de la semana, el que te saca a cenar una noche lluviosa y deja que te largues a una hora razonable sin intentar convencerte siquiera de que te quites esa especie de vestido?

Anna se tomó un minuto, recordándose a sí misma que no se resolvería nada si los dos perdían la batalla por el temperamento.

—Lo que me atraiga, lo que lleve puesto y cómo me guste pasar las noches no es la cuestión en este momento. Trabajo en el caso de Seth, y mi preocupación es que su vida familiar sea lo más estable y feliz posible.

—¿Por qué el que yo construya barcos le puede hacer infeliz?

—Mi pregunta respecto a esta idea vuestra es si dejaréis de prestarle atención a él para prestársela al nuevo negocio. Un negocio que me imagino que encontraréis excitante, retador e interesante, al menos durante un tiempo.

Sus ojos se entrecerraron.

—Tú no crees que yo me vaya a adaptar a esta situación, ¿verdad?

—Eso hay que verlo. Pero creo que lo intentarás. Lo que me preocupa es que pienso que no lo haces tanto por Seth como por tu padre. Por tus padres. No es un reproche hacia ti, Cam —dijo ella con suavidad—. Pero

no es un punto a favor de Seth.

¿Cómo diablos se puede discutir con una mujer que insiste en poner los puntos sobre las íes?

—¿Así que tú piensas que él estaría mejor con extraños?

—No, yo creo que él estaría mejor contigo y tus hermanos. —Sonrió, satisfecha de haberle callado de momento—. Y eso es lo que contiene mi informe. Esa idea de emprender un negocio de construcción de barcos es algo nuevo en lo que pensar, y espero que ninguno de vosotros trate de hacer las cosas deprisa.

—¿Tú navegas?

—No. Nunca lo he probado. ¿Por qué?

—Yo no había estado nunca en mi vida en un barco hasta que Ray Quinn me llevó a navegar.

Como recordaba el modo en que aquellos ojos se enternecían de compasión, decidió contarle lo que había sido para él.

—Yo estaba asustado de muerte, pero era demasiado duro para admitirlo. Sólo había estado con ellos unos días, y nunca pensé que me quedaría. Me sacó en el pequeño Sunfish que tenía en aquel momento. Me dijo que el aire me sentaría bien.

Todo lo que tenía que hacer era pensar, y la imagen de aquella mañana le vino a la mente clara como la luz del día.

—Mi padre era un gran hombre: el imponente Quinn, fuerte como un toro. Yo sabía que el barquito iba a volcar, y que probablemente me ahogaría, pero él tenía su modo de conseguir que uno hiciera las cosas.

«Eso es amor» —pensó Anna. Había simple y puro amor en su voz. Admitió que le atraía cada pedazo de aquel rostro tan hermoso.

—¿Sabías nadar?

—No, pero sin embargo odiaba que me hiciera llevar un DFP: un dispositivo de flotación personal —explicó él—. Un salvavidas. Yo pensaba que aquello era para niñas.

—¿Preferirías haberte ahogado?

—Diablos, no, pero tenía que hacer que él lo creyera. En cualquier caso, me senté en la popa con el estómago atenazado. Llevaba aquellas gafas que mi madre... Stella —corrigió, pues ella era Stella entonces—, había sacado algún sitio porque tenía un ojo mal y la luz del sol me hacía daño.

Anna recordó que a él le habían pegado, maltratado y abandonado cuando los Quinn le recogieron. Se le salía su corazón pensando en aquel niño pequeño.

—Debías de estar aterrorizado.

—Hasta los huesos, pero me habría tragado la lengua antes que reconocerlo. Él debía de saberlo —dijo Cam suavemente—. Siempre sabía lo que pasaba por mi mente. Hacía calor y la humedad era alta, así que cada vez que respirabas era como si tragaras agua. Dijo que

estaría más fresco cuando saliéramos del estrecho hacia el río, pero yo no le creí. Me imaginé que simplemente nos quedaríamos allí sentados y nos freiríamos. El barco ni siquiera tenía motor. Dios mío, cómo se rió cuando yo dije aquello. Me contestó que teníamos algo mejor que un motor. —Cam se había olvidado del café, dejándose llevar por los recuerdos—. Empezamos a deslizarnos por el agua, lenta y suavemente al principio, y el barco se balanceaba en los giros, por lo que yo pensé que ya estaba, que el juego había terminado. Una garza salió de entre los árboles. Yo ya la había visto una vez. Al menos me gusta pensar que era la misma. Volaba justo encima del barco, con las alas desplegadas para atrapar el aire. Comenzamos a volar. El se dio la vuelta y me lanzó una sonrisa. No me di ni cuenta de que le estaba devolviendo la sonrisa hasta que volví a abrir la boca. Nunca me había sentido antes así en mi vida. Nunca. —Cam alzó una mano y distraídamente le puso a ella el pelo detrás de la oreja—. Nunca en mi vida.

—Eso te cambió. —Anna sabía que hay momentos, simples y dramáticos a la vez, que pueden cambiar el curso de las cosas para siempre.

—Ahí empezó todo. Un barco en el agua y personas que me daban una oportunidad. Tan sencillo como eso. No tiene por qué ser mucho más complicado ahora. Haremos que el chico empuñe el martillo y ponga algo de sudor y esfuerzo en construir un barco. Si va a ser una operación de los Quinn, eso le incluye a él.

La sonrisa de Ana llegó rápida y plena y, para su sorpresa, la joven le dio unos golpecitos en la mejilla.

—Esa última parte lo dice todo. Es una apuesta. No estoy segura sobre si es momento y lugar para una apuesta pero... será interesante de ver.

—¿Eso es todo lo que vas a hacer? —Cam se echó hacia adelante, apoyando la espalda de ella contra la encimera—. ¿Observarme?

—Yo no pienso quitarte la vista de encima, profesionalmente hablando, hasta asegurarme de que tú y tus hermanos le proporcionáis a Seth el hogar y la custodia adecuados.

—Me parece justo. —Cam se acercó un poco más, justo hasta que aquellos dos cuerpos bien contruidos se rozaron—. ¿Y personalmente hablando?

Anna flaqueó y tuvo que bajar la mirada. Su boca era absolutamente tentadora: peligrosa y muy cercana.

—Mirarte no cuesta nada. Puede que sea un error, pero no me cuesta nada.

—Siempre pienso que si uno va a cometer un error... —dijo colocando sus manos sobre la encimera, aprisionándola— que sea uno grande. ¿Qué dices tú, Anna? —Bajó la cabeza un poco más, y la rozo.

La joven trató de pensar, de considerar las consecuencias. Pero había veces en que la necesidad, el deseo y la fuerza simplemente sobrepasaban la lógica.

—¿Qué demonios! —murmuró ella y, ahuecando su

mano por detrás de su cuello, arrastró la boca de él hacia la suya.

Era exactamente lo que deseaba. Aquella hambre, aquella fiereza y aquel dejarse llevar. Su boca era cálida y dura, su manera de besar, como si fuera a devorarla, era casi una herejía. Ella se abandonó y lo dio todo en un momento de locura en el que el cuerpo dominaba a la mente y la sangre podía a la razón.

Y se vio embargada por la emoción, cual quemazón rápida, aguda, dolorosa, rápida y sorprendente.

—Dios mío —Cam se había quedado sin respiración y la cabeza le daba vueltas. Apoyó las manos en la encimera y luego la atrajo bruscamente hacia sí.

Todo lo que pudo haber esperado, todo lo que pudo haber imaginado no era nada comparado con aquel volcán que había entrado en erupción entre sus brazos. Hundió una mano en su pelo, aquella mata salvaje y rizada, y se aferró a él como si su vida dependiera de ello.

—No puedo —dijo ella, pero sus brazos le rodeaban, le envolvían y parecía como si su corazón no latiera contra el suyo sino dentro de él. Su gemido era un murmullo de placer desesperado y delirante que sonó en la garganta en el lugar exacto en que él mordió, arañó y clavó sus dientes salvajemente.

Anna sintió la encimera en la espalda y le clavó los dedos en las caderas mientras le arrastraba hacia ella. Dios mío, quería contacto, fricción, algo más. Se volvió a encontrar con su boca y se sumergió una vez más en el siguiente beso.

Sólo uno más, se prometió a sí misma, mientras satisfacía y respondía a la salvaje demanda de él.

El aroma de Anna disminuyó sus sentidos. Su nombre era un murmullo en los labios, un susurro en la mente. Su cuerpo era un glorioso banquete preparado para él. Ninguna mujer le había llenado tan rápida, tan completa y tan íntimamente.

—Déjame. —Era una petición, y él nunca le había rogado a ninguna mujer en su vida— Por Dios bendito, Anna, déjame hacerte mía —dijo mientras recorría las manos por sus piernas, por aquellos muslos interminables— ahora.

Ella lo deseaba. Habría sido tan fácil darse y recibir. Pero sabía que lo fácil no era siempre lo adecuado.

—No. Ahora, no. —La pena le ahogaba mientras alzaba las manos rodeando su cara. Durante un momento más, sus bocas permanecieron juntas—. Todavía no. No de este modo.

Los ojos de ella estaban cerrados, nublados. Cam sabía lo suficiente y tenía suficiente experiencia sobre cómo volver a una mujer loca de placer.

—Es perfecto así.

—No es el momento, ni las circunstancias. Espera. —Anna pensó que alguno de los dos tenía que moverse.

Romper ese contacto. Se apartó y soltó un suspiro débil. Cerró los ojos y elevó una mano para mantenerle apartado—. Bueno —consiguió decir después de un momento— esto ha sido una locura.

Cam tomó la mano que ella había alzado, la llevó a sus labios y clavó sus dientes en su dedo índice.

—¿Quién necesita cordura?

—Yo. —Anna casi consiguió esbozar una sonrisa sincera mientras tiraba de su mano para liberarla—. No es que no lo lamente profundamente, pero necesito estar cuerda en este momento. ¡Madre mía! —Volvió a dar un largo suspiro y se pasó la mano por el pelo—. Cameron, eres mucho más poderoso de lo que imaginaba.

—No he hecho más que empezar.

Ella amplió la sonrisa.

—Estoy segura de ello. —Se echó hacia atrás un poco más y cogió el café que se estaba enfriando rápidamente—. No sé si este episodio nos va a dejar dormir bien esta noche, pero el problema es que ha ocurrido. —Ladeó la cabeza cuando los ojos de él se entrecerraron—. ¿Qué pasa?

—Muchas mujeres, especialmente las de tu posición, habrían puesto excusas.

—¿Por qué? —Ella alzó un hombro y se prometió que tenía que recuperarse poco a poco—. Ha sido una cosa tanto tuya como mía. Me he estado preguntando lo que se sentiría al rodearte con los brazos desde la primera vez que te vi.

Cam pensó que no iba a volver a ser el mismo.

—Creo que estoy loco por ti.

—No, no lo estás. —Anna se rió y le pasó el café—. Estás intrigado, atraído y has tenido un sano arrebatado de lujuria, pero esos son temas totalmente diferentes. Y ni siquiera me conoces.

—Quiero estarlo —dijo dejando escapar una risa breve—. Y eso es una gran sorpresa para mí. Normalmente es algo que no me importa nada.

—Me siento halagada. Ignoro si se trata de un tributo a tus encantos o mi propia estupidez, pero me siento halagada. Sin embargo...

—Maldita sea, sabía que esto iba a llegar.

—Sin embargo —repitió ella colocando su taza en el

fregadero—. Seth es mi prioridad. Tiene que serlo. —La ternura, mezcla de compasión y comprensión, se reflejó en sus ojos y despertó algo en él que estaba enterrado bajo esa capa de sana lujuria—. Y debería ser la tuya. Espero estar cerca cuando eso ocurra, si es que ocurre.

—Estoy haciendo todo lo que puedo.

—Sé que es así. Y estás haciendo más de lo que haría la mayoría. —Ella rozó ligeramente su brazo y luego se alejó—. Tengo la sensación de que todavía tienes mucho dentro. Pero...

—Ahí está otra vez.

—Será mejor que te vayas.

Cam quería quedarse, aunque sólo fuera para permanecer allí hablando con ella, estando con ella.

—No me he terminado el café.

—Está frío. Y se está haciendo tarde. —Echó una mirada por la ventana, donde las gotas de lluvia corrían como lágrimas—. Y la lluvia hace que me cuestione cosas que no debería cuestionarme.

El hizo una mueca.

—Supongo que no habrás dicho eso para hacerme sufrir.

—Seguro que sí. —Anna volvió a reír, se dirigió a la puerta y la abrió completamente—. Si yo voy a sufrir, ¿por qué tú no?

—Me gustas, Anna Spinelli. Has conquistado mi corazón.

—Tú no estás interesado en una mujer que te conquiste el corazón —respondió mientras él cruzaba la habitación—. Quieres una que te conquiste el cuerpo.

—Así que ya nos vamos conociendo mejor el uno al otro.

—Buenas noches. —Anna no opuso resistencia cuando él tiró de ella para darle otro beso mientras caminaba hacia la puerta. La resistencia habría sido un pretexto y ella no quería engañarse a sí misma.

Así que aceptó el beso con el corazón palpitante y verdadero entusiasmo. Luego le cerró la puerta y se recostó contra ella sin fuerzas.

¿Poderoso? Eso era poco. Su pulso iba a seguir latiendo a toda máquina durante horas. Puede que días. Deseó no haberse sentido tan feliz por ello.

SIETE

Cam miraba con el ceño fruncido un cesto lleno de calcetines y calzoncillos rosas de jockey cuando el teléfono sonó. Sabía de sobra que aquellos calcetines y aquella ropa interior habían sido blancos, o casi, cuando los había metido en la lavadora. Ahora tenían el color rosa de los huevos de pascua.

Puede que tuvieran ese aspecto porque estaban mojados.

Los sacó para meterlos en la secadora y entonces vio el calcetín rojo escondido entre la ropa. Y apretó los dientes.

Phillip, juró, era hombre muerto.

—Joder. —Los metió dentro, dio un golpe a la secadora, la puso a una temperatura achicharrante y se dirigió a

contestar el teléfono.

Se acordó justo a tiempo de bajar el volumen del pequeño televisor portátil que estaba metido en la esquina de la encimera. No es que estuviera viendo la televisión, ni tampoco prestando atención a las pasiones y traiciones de la telenovela de la tarde. Simplemente la había encendido para oír ruido.

—Quinn.

—¿Qué?

—Hola, Cam. Me ha costado mucho encontrarte, tío. Soy Tod Bardette.

Cam agarró un paquete abierto de galletas de la encimera y cogió un puñado.

—¿Qué tal te va, Tod?

—Bueno, pues la verdad es que bastante bien. He pasado algún tiempo anclado en el Gran Arrecife.

—Bonito sitio —murmuró Cam comiéndose una galleta. Luego, se le dispararon las cejas al ver a una mujer absolutamente espléndida retozando en la cama con un hombre ridículamente guapo en la pequeña pantalla que estaba al otro lado de la cocina.

Puede que, después de todo, tuviera algo la televisión matinal.

—No está mal. Me han dicho que estuviste jodiendo al personal en el Mediterráneo hace unas semanas.

¿Unas semanas?, pensó Cam mientras masticaba una segunda galleta. Seguro que había sido hace años cuando atravesó volando la meta con su aerodeslizador. Agua azul, velocidad, gente encantadora y dinero para fundir.

Ahora se conformaba con encontrar algo de leche en la nevera con la que tragar aquella galleta rancia.

—Sí, eso me han dicho a mí también.

Tod soltó la típica carcajada de hombre rico.

—Bien, mantengo la oferta de compra de aquel juguete tuyo. Pero tengo otra propuesta que hacerte.

Tod Bardette siempre tenía otra propuesta que hacer. Era el hijo rico de un padre rico del este de Texas, que solía utilizar el mundo como un patio de recreo. Y era aficionado a los barcos. Los pilotaba, patrocinaba carreras y los compraba y vendía. Además, coleccionaba esposas y trofeos, compartiendo la cartera con bastante regularidad.

Cam había pensado siempre que la suerte de Tod había estado de su parte desde que lo concibieron. Como escuchar no hacía daño, y la escena de cama había quedado desplazada por un anuncio de un cepillo gigante, apagó el aparato.

—Siempre estoy dispuesto a escuchar propuestas.

—Estoy reclutando tripulación para La Coupe Internationale.

—¿La One—Ton Cup? —Cam notó un hormiguillo en el estómago y perdió todo interés por las galletas y la leche. La carrera internacional era un gigante en el mundo de la navegación. Cinco mangas, y la última consistía en una carrera en el océano de trescientas millas agotadoras.

—Eso es. Sabes que los australianos ganaron la copa el año pasado, así que la tienen aquí en Australia. Quiero patearles el culo, y tengo el barco perfecto. Es rápido, tío. Con la tripulación adecuada conseguiremos volver a traer la copa a Estados Unidos. Necesito un patrón. Quiero el mejor. Te quiero a ti. ¿Cuándo puedes llegar aquí?

«Dame cinco minutos.» Eso es lo que le habría gustado decir. Podía preparar una bolsa en un minuto, coger un avión rápidamente y ponerse de camino. Para la gente que competía, ésta era una de las oportunidades de oro en la vida. Pero cuando fue a abrir la boca, su mirada aterrizó sobre la mecedora que estaba fuera de la ventana de la cocina.

Así que cerró los ojos y escuchó con enfado el sonido de los calcetines rosas que se secaban en el cuarto de máquinas que estaba a su espalda.

—No puedo, Tod. No me puedo largar ahora.

—Mira, quiero darte algún tiempo para que pongas todo —dio un resoplido— en orden. Tómate un par de semanas. Y si tienes alguna otra oferta, la machacaré.

—No puedo hacerlo. Tengo que... —¿Hacer la colada? ¿Educar a un chico? Maldita sea, sería humillante soltar esa información—. Mis hermanos y yo hemos iniciado un negocio —dijo impulsivamente—. Tengo obligaciones que cumplir.

—¿Un negocio? —Esta vez la risa fue muy larga—. ¿Tú? No me hagas reír tanto que duele.

Los ojos de Cam se entrecerraron. No dudaba de que Tod Bardette, del este de Texas, se uniría a algunos de sus amigos y conocidos para reírse ante la idea de ver a Cameron Quinn como empresario.

—Vamos a construir barcos —dijo entre dientes—, aquí en la costa este. Barcos de madera. Trabajos de encargo —añadió dispuesto a llegar hasta el final—. únicos. En seis meses pagarás un montón de dólares para que los Quinn te diseñen y construyan un barco. Como somos viejos amigos, no me aprovecharé de ti.

—Barcos. —La voz de Tod reflejaba un interés en aumento—. Bien, sabes cómo pilotarlos, así que puede que sepas cómo construirlos.

—Estoy seguro de ello.

—Esa es una empresa interesante pero, vamos, Cam, tú no eres un empresario. No te vas a quedar pegado a una pequeña bahía de Maryland comiendo cangrejos y clavando planchas de madera. Sabes que haré que esta carrera te compense económicamente; dinero, fama y fortuna. —Y soltó una risa sofocada—. Una vez que ganemos puedes volver y juntar un par de blandras.

Podía controlarlo, pensó Cam. Podía controlar los insultos y la frustración de no poder hacer el equipaje e irse a donde quisiera. Lo que no podía hacer era proporcionarle a Bardette la satisfacción de saber que estaba alterado.

—Vas a tener que buscarte otro patrón. Pero si quisieras comprar un barco, llámame.

—Si puedes terminar realmente uno, llámame. —Se oyó un suspiro a través del receptor telefónico—. Estás perdiendo una oportunidad única en la vida. Si cambias de opinión en las próximas dos horas, házmelo saber. Pero necesito completar mi tripulación esta semana. Hablamos.

Y Cam pudo escuchar el tono de llamada.

No arrojó el receptor por la ventana. Lo había deseado y considerado, pero luego se imaginó recogiendo los cristales. ¿Merecía la pena?

Así que colgó el teléfono con lentitud. Incluso dio un largo suspiro. Y si lo que había metido en la lavadora no hubiera elegido aquel momento para centrifugar y hacer que la máquina saltara, él no habría dado un puñetazo contra la pared.

—Por un minuto pensé que lo aceptarías.

Se dio la vuelta y vio a su padre sentado en la mesa de la cocina, riéndose.

—Dios mío, esto es el colmo.

—¿Por qué no coges hielo para los nudillos?

—Están bien. —Cam bajó la mirada para verlos. Un par de arañazos. Aquel dolor agudo era bueno para aceptar la realidad—. He pensado en esto, papá. Realmente he pensado en ello. Simplemente no me creo que estés aquí.

Ray siguió sonriendo.

—Tú estás aquí, Cam. Eso es lo que importa. Ha sido duro rechazar una carrera como ésta. Te lo agradezco. Estoy orgulloso de ti.

—Bardette dijo que tenía el barco perfecto. Y con todo ese dinero detrás... —Cam apretó sus manos contra la encimera y miró las tranquilas aguas a través de la ventana— Podría ganar a ese bastardo. Dirigí una tripulación y obtuve el segundo puesto en la Pequeña Copa América hace cinco años, y gané la Chicago—Mackinac el año pasado.

—Eres un buen marino, Cam.

—Sí. —Dobló los puños—. ¿Qué diablos estoy haciendo aquí? Si esto continúa así me voy a hacer un experto en telenovelas. Empezaré a pensar que Lilac y Lance no son sólo personas reales sino además mis amigos personales. Me empezaré a obsesionar con el hecho de que la blancura de mi ropa de deporte no es suficiente. Recortaré cupones y coleccionaré recetas, y empezaré a perder la cabeza.

—Me sorprendes cuando piensas en ocuparte de una casa en esos términos. —La voz de Ray era ahora seria,

con tintes de desilusión—. Crear un hogar y cuidar de una familia es un trabajo importante. El trabajo más importante que hay.

—Ese no es mi trabajo.

—Parece que lo es ahora. Lo siento.

Cam se dio la vuelta. Cuando se va a mantener una conversación con una alucinación es mejor mirarla.

—¿Por qué? ¿Por habernos fastidiado muriéndote?

—Sí, la verdad es que ha sido una faena para todo el mundo.

Cam se habría reído, pues el comentario y el tono irónico eran típicos de Ray Quinn. Pero tenía que soltar lo que le reconcomía el pensamiento.

—Algunas personas dicen que te abalanzaste sobre el poste.

La sonrisa de Ray desapareció y sus ojos se volvieron tristes y serios.

—¿Tú lo crees?

—No. —Cam soltó un suspiro—. No, no lo creo.

—La vida es un regalo. No siempre es confortable, pero es un tesoro. Yo no os habría hecho daño a ti y a tus hermanos acabando con la mía.

—Lo sé —murmuró Cam—. Es un alivio oírtelo decir, pero lo sé.

—Podría haber parado algunas cosas. Podría haber hecho las cosas de forma diferente. —Suspiró e hizo girar su anillo de boda de oro—. Pero no lo hice. Ahora depende de vosotros: de ti, de Ethan y de Phillip. Había una razón para que los tres os quedarais conmigo y con Stella. Una razón para que estuvisteis juntos. Siempre lo he creído, y ahora lo sé.

—¿Y qué pasa con el chico?

—El sitio de Seth está aquí. Os necesita. Ahora tiene problemas y necesita que le recordéis lo que era este sitio antes.

—¿Qué quieres decir con eso de que tiene problemas?

Ray sonrió un poco.

—Contesta el teléfono —sugirió unos segundos antes de que sonara, y luego se marchó.

—Tengo que empezar a dormir más —decidió Cam, y luego arrancó de un tirón el teléfono de su soporte— Sí, sí.

—¿Hola?, ¿señor Quinn?

—Soy yo. Cameron Quinn.

—Señor Quinn, soy Abigail Moorefield, subdirectora de la Escuela Secundaria de St. Christopher.

Cam sintió que se le caía el alma a los pies.

—Uy, uy...

—Siento decirle que tenemos un problema. Tengo a

Seth DeLauter en mi despacho.

—¿Qué clase de problema?

—Seth se ha peleado con otro estudiante. Ha sido expulsado, señor Quinn, le agradecería que viniera a mi despacho para explicarle el asunto y que se llevara a Seth a casa.

—Bien, estupendo. —Sin saber qué hacer, Cam se pasó una mano por el pelo—. Voy para allá.

Cam comprobó que la escuela no había cambiado mucho desde que él estuvo allí. La primera mañana que atravesó sus pesadas puertas, Stella Quinn tuvo que tirar de él.

Ahora tenía casi dieciocho años más, y tampoco le atraía mucho.

Los suelos eran de linóleo claro, la luz entraba por los grandes ventanales y olía a caramelos de contrabando y a sudor infantil.

Cam introdujo las manos en los bolsillos y se dirigió a las oficinas de administración. Conocía el camino. Después de todo, lo había recorrido innumerables veces en dirección hacia esos despachos durante su estancia en el St. Chris.

No era la misma secretaria con ojos de águila la que dominaba el escritorio de la habitación exterior. Ésta era más joven y alegre, y le obsequiaba con sus mejores sonrisas.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó con una voz enérgica.

—Estoy aquí para entregar la fianza de Seth DeLauter.

Ella parpadeó al oír aquello, y su sonrisa se volvió confusa.

—¿Disculpe?

—Quiero ver a la subdirectora.

—Oh, quiere usted decir la señora Moorefield. Sí, le está esperando. Segunda puerta de este pasillo a la derecha.

—El teléfono sonó y ella lo descolgó de un tirón—. Buenos días —dijo con voz cantarina—, Escuela Secundaria St. Christopher. Habla con Kathy.

Cam pensó que prefería a la arpía que custodiaba las oficinas en sus días antes que a esta coqueta intrusa. Cuando comenzó a andar hacia la puerta irguió la espalda, apretó la mandíbula y las palmas de sus manos se le humedecieron.

Algunas cosas nunca cambiaban.

La señora Moorefield estaba sentada tras la mesa, metiendo datos en el ordenador con calma. Sus manos se movían con eficacia y el movimiento iba acorde con ella. Su aspecto era pulcro y aseado, y rondaría los cincuenta. El cabello era corto y lustroso, de color castaño claro, y el rostro sereno y suavemente atractivo.

Su alianza de oro de casada captaba la luz a medida que los dedos se movían en el teclado. Las únicas joyas que

llevaba eran unas sencillas conchas de oro en las orejas.

Al otro lado de la habitación, Seth se hallaba hundido en una silla, mirando al techo. Cam pensó que parecía aburrido, aunque tenía un aspecto malhumorado. Se dio cuenta de que el chico necesitaba un corte de pelo, y se preguntó quién tendría que ocuparse de aquello. Llevaba unos vaqueros con los bajos hechos jirones, un jersey dos tallas más grande y unas zapatillas increíblemente sucias.

A Cam le pareció que su aspecto era absolutamente normal.

Llamó suavemente a la puerta. Tanto la subdirectora como Seth le miraron, pero con dos expresiones absolutamente diferentes. La sonrisa de la señora Moorefield le daba la bienvenida de manera educada. Seth le miró con desprecio.

—Señor Quinn.

—Sí. —Luego recordó que se suponía que estaba allí como un tutor responsable—. Espero que podamos resolver esto, señora Moorefield. —Compuso su mejor sonrisa y se dirigió a la mesa tendiendo la mano.

—Le agradezco que haya venido tan rápido. Cuando tenemos que emprender una acción disciplinaria desagradable como ésta contra un estudiante, queremos que los padres o responsables tengan la oportunidad de comprender la situación. Siéntese por favor, señor Quinn.

—¿Cuál es la situación? —Cam tomó asiento y se dio cuenta de que aquello le gustaba tan poco como antes.

—Me temo que Seth ha atacado a otro estudiante esta mañana, entre clases. El otro chico está siendo atendido por la enfermera de la escuela, y sus padres ya han sido informados.

Cam elevó una ceja.

—¿Y dónde están?

—Los padres de Robert están trabajando en este momento. Pero en cualquier caso...

—¿Por qué?

Ella recobró su sonrisa de forma atenta e inquisidora.

—¿Por qué, señor Quinn?

—¿Por qué Seth le dio un puñetazo a Robert? —La señora Moorefield suspiró.

—Creo que acaba usted de asumir la custodia de Seth, así que puede que no esté enterado de que ésta no es la primera vez que se ha peleado con otros estudiantes.

—Lo sé. Estoy preguntando por el incidente.

—Muy bien —respondió ella juntando las manos—. Según Robert, Seth le pidió que le diera un dólar, y cuando Robert se negó a dárselo, Seth le golpeó. A este respecto —añadió, volviendo su vista hacia el chico— Seth ni confirma ni niega nada. La política escolar requiere que los estudiantes sean expulsados durante tres

días como acción disciplinaria, en caso de que se metan en peleas en las instalaciones de la escuela.

—Está bien. —Cam se puso de pie pero, cuando Seth comenzó a levantarse, le apuntó con un dedo—. Quédate ahí —le ordenó, y luego se puso de cuclillas hasta que estuvieron cara a cara—. ¿Trataste de sacudir a ese chico?

Seth alzó un hombro.

—Eso es lo que él dice.

—Le diste un puñetazo.

—Sí, le aporreé. En la nariz —añadió con una débil sonrisa, y se apartó el pelo color pajizo que tenía sobre los ojos—. Duele más.

—¿Por qué lo hiciste?

—Puede que no me gustara su cara gorda.

Con la paciencia tan rota como los vaqueros de Seth, Cam le agarró por los hombros. Cuando Seth se estremeció y soltó un suspiro, las campanas de alarma se apagaron. Antes de que Seth pudiera librarse de él, Cam tiró de la manga de aquel jersey tan grande. Unas feas heridas, huellas de nudillos, pensó Cam, recorrían el brazo desde el hombro hasta el codo.

—Suéltame —dijo Seth con aspecto avergonzado y retorciéndose, pero Cam no le soltó. Tenía arañazos en lo alto de la espalda, colorados y en carne viva.

—Estáte quieto —ordenó Cam. Le soltó y colocó sus manos en los brazos de la silla. Los ojos se fijaron en Seth—. Me vas a decir lo que pasó. Y ni se te ocurra mentirme.

—No quiero hablar de ello.

—No te he preguntado lo que quieres. Te estoy diciendo que lo sueltes. O —añadió bajando la voz para que sólo le pudiera oír Seth— ¿vas a dejar que ese matón se vaya sin más?

Seth abrió la boca y la volvió a cerrar. Tuvo que fijar la mandíbula para que no le temblara.

—Robert estaba cabreado. Tuvimos una prueba de historia el otro día y yo saqué un diez. Cualquier idiota lo habría sacado, pero él es más que idiota y suspendió. Así que empezó a molestarme, persiguiéndome por el vestíbulo, pinchándome. Me largué porque me pone enfermo la EDE.

—¿El qué?

Seth giró los ojos.

—La Expulsión De la Escuela. Me aburre. No quería que me expulsaran, así que seguí andando. Pero él siguió pinchándome e insultándome: cara de huevo, mascota de los profesores y toda esa mierda. No dejaba de molestarme. Pero luego me empujó hacia los casilleros y me dijo que yo no era más que un hijo de puta y que todo el mundo lo sabía, así que le pegué.

Avergonzado y asqueado, alzó los hombros con desafío.

—Así que tengo unas vacaciones de tres días. Estupendo.

Cam asintió y se levantó. Cuando se dio la vuelta sus ojos estaban llenos de furia.

—Usted no va a expulsar a este chico por defenderse de un matón ignorante. Y si lo intenta, pondré su cabeza ante el Consejo de Educación.

Absolutamente asombrado, Seth miró a Cam desde abajo. Nadie le había defendido nunca. Jamás hubiera esperado que nadie le defendiera.

—Señor Quinn...

—Nadie llama a mi hermano hijo de puta, señora Moorefield. Y si no tiene usted una política escolar contra los insultos maliciosos y el hostigamiento, debería tenerla, maldita sea. Así que se lo estoy diciendo, más vale que vuelva a echar un vistazo a esta situación y que se vuelva a pensar mejor quién tiene que ser expulsado. Además, puede decirles a los padres del pequeño Robert que si no quieren que su hijo llore porque le han roto la nariz, más vale que le enseñen buenos modales.

Ella se tomó un tiempo antes de hablar. Había enseñado y asesorado a niños desde hacía treinta años. Lo que vio en el rostro de Seth era esperanza, con asombro y cautela, pero esperanza al fin. Era una mirada que ella no quería que se apagara.

—Señor Quinn, puede estar seguro de que investigaré este asunto en profundidad. No sabía que Seth había sido insultado. Si quisiera llevarle a la enfermería mientras hablo con Robert y... los demás...

—Puedo cuidarle yo mismo.

—Como quiera. Dejo anulada la expulsión hasta que me convenzan los hechos.

—Haga eso, señora Moorefield, pero a mí me convencer los hechos. Ahora me voy a llevar a casa a Seth durante el resto del día. Ya ha tenido bastante por hoy.

—Estoy de acuerdo con usted.

El chico no parecía confundido cuando llegó a su despacho, pensó ella. Parecía un gallito. Tampoco parecía confundido cuando le dijo que se sentara y llamó a su casa. Tenía un aspecto beligerante.

Pero, finalmente, ahora parecía confundido. Tenía la mirada vacía y asombrada, y las manos agarraban los brazos de la silla. El fino y duro escudo que él se había colocado alrededor, un escudo que ni ella ni ninguno de sus profesores habían conseguido más que arañar, se había roto.

Pensó que ahora tendrían que averiguar qué se podía hacer por él.

—Si trae a Seth por la mañana al colegio y se encuentra conmigo aquí, resolveremos el asunto.

—Estaremos aquí. Vámonos —le dijo a Seth y se dirigió

hacia fuera.

Cuando caminaban por el vestíbulo hacia las puertas de entrada, los pasos retumbaban con sonido hueco. Cam miró hacia abajo y percibió que Seth se miraba los zapatos.

—Todavía me pone la carne de gallina —comentó.

Seth dio un empujón a la puerta.

—¿El qué?

—El sonido que se produce al recorrer el largo camino hacia el despacho de la subdirectora.

Seth resopló, elevó los hombros y siguió caminando. Tenía la sensación de que miles de mariposas se estaban peleando dentro del estómago.

La bandera americana en lo alto del poste cercano al aparcamiento ondeaba al viento. A través de una ventana abierta a sus espaldas llegaba el sonido patético y desafinado de una clase de música a mitad de mañana. La escuela elemental estaba separada de la secundaria por una estrecha franja de hierba y unos tristes arbustos de hoja perenne.

Al otro lado del pequeño sendero exterior se alzaba el edificio de ladrillos marrones de secundaria. Parecía más pequeño ahora, casi peculiar, según comprobó Cam, y no se asemejaba a la prisión que él se imaginó un día que era.

Se recordaba a sí mismo recostándose con pereza sobre la capota de su coche de segunda mano en aquel aparcamiento mirando a las chicas. Atravesando aquellos ruidosos pasillos para ir de una clase a otra, y mirando a las chicas. Sentado en aquellas sillas que te entumecían el trasero durante las clases que te entumecían el cerebro, y mirando a las chicas.

El hecho de que su experiencia en secundaria llegara hasta él como un desfile de las más variadas formas femeninas le hizo ponerse casi sentimental.

Luego, el timbre sonó de manera estridente y el ruido a través de las ventanas abiertas que se hallaban tras él se elevó. El sentimentalismo se evaporó rápidamente. Gracias a Dios, aquel capítulo de su vida había terminado: eso es todo en lo que pudo pensar.

Pero recordó que aquello no había terminado para el chico. Y como él estaba allí podría tratar de ayudarlo. Abrieron las dos puertas del Corvette y Cam se detuvo, esperando a que sus ojos se encontraran.

—¿Así que crees que le rompiste la nariz a ese gilipollas?

Un asomo de sonrisa se dibujó en la boca de Seth.

—Puede.

—Bien. —Cam se introdujo en el coche y cerró la puerta—. Pegar en la nariz está bien, pero si no quieres que la sangre estropee las cosas, pégale en las tripas. Un buen puñetazo, fuerte y directo en las tripas, no dejará ninguna señal.

Seth consideró el consejo.

—Quería verle sangrar.

—Bien, cada uno elige en la vida. Hace buen día para navegar —dijo mientras arrancaba el motor—. Podríamos intentarlo.

—Eso creo. —Seth se toqueteó las rodilleras de sus vaqueros. Alguien le había defendido, era todo en lo que su confusa mente podía pensar. Le había creído, le había defendido y se había puesto de su parte. Le dolía el brazo, le dolían los hombros, pero alguien se había puesto de su parte—. Gracias —dijo en un susurro.

—No hay problema. Si te metes con un Quinn te metes con todos ellos. —Miró por encima mientras salía del aparcamiento y vio que Seth le observaba—. Así es como funciona la cosa. En cualquier caso, compremos unas hamburguesas o algo para tomar en el barco.

—Sí, me apetecería comer algo —dijo Seth pasándose una mano por debajo de la nariz—. ¿Tienes un dólar?

Cuando Cam se echó a reír y pisó el acelerador, Seth pensó que era uno de los mejores momentos de su vida.

El viento del sudoeste soplabla de forma constante y las hierbas del pantano se agitaban perezosamente. El cielo estaba despejado y su azul resplandecía; un marco perfecto para la garza que alzaba el vuelo desde la hierba azotada por el viento, desde el agua brillante, y luego descendía como una cometa blanca y centelleante para pescar el almuerzo.

Por impulso, Cam había introducido algunos aparejos de pesca en el barco. Con un poco de suerte, cenarían pescado frito.

Seth sabía ya algo más de navegación de lo que Cam esperaba. Quizá no debería haberse sorprendido por ello. Anna dijo que el chico tenía una mente rápida y Ethan le había enseñado bien y con paciencia. Cuando vio con qué facilidad manejaba Seth los sedales, le confió el equilibrado del foque. Las velas cazaron el viento y Cam disfrutó de la velocidad.

¡Dios!, lo echaba de menos. La velocidad, la potencia, el control. Aquello le calaba dentro, limpiándole la mente de preocupaciones, obligaciones, desilusiones e incluso del dolor. El agua por debajo y el cielo encima, y sus manos puestas en el timón mimando el viento, desafiándolo, retándolo para obtener más.

Detrás de él Seth hacía gestos, sorprendiéndose a sí mismo cuando soltó un grito de placer. Nunca había ido tan rápido. Con Ray habían ido lentos y constantes, y con Ethan trabajando y haciendo preguntas. Pero esto era una carrera salvaje y libre, subiendo y bajando las olas, y lanzados como una gran bala blanca hacia ninguna parte.

El viento casi le arrancó la gorra, así que giró la visera hacia atrás para que la brisa no pudiera cazarla y arrebatársela.

Volaron a lo largo de la línea de costa y pasaron por delante de los muelles, que habían sido el eje de St.

Chris antes de su declive. Un viejo Skipjack fuera de uso, símbolo del modo de vida de los marineros, estaba anclado allí.

Los hombres y mujeres que faenaban en la bahía dejaban allí su captura diaria. En esta época del año pescaban platijas, reos, peces de roca y...

—¿Qué día es hoy? —preguntó Cam mientras miraba por encima del hombro.

—Creo que treinta y uno —contestó Seth subiéndose las gafas de sol envolventes y mirando hacia el muelle—. Esperaba ver a Grace. Quería saludar a alguien conocido.

—La temporada del cangrejo empieza mañana. Maldita sea. Te aseguro que Ethan traerá mañana un cubo lleno de esas bellezas. Podremos comer como reyes. Te gustan los cangrejos, ¿no?

—No sé.

—¿Qué significa eso de que no sabes? —Cam abrió la anilla de una lata de Coca-Cola y tragó el líquido—. ¿No has probado nunca los cangrejos?

—No.

—Será mejor que prepares la boca para un manjar, chico, porque lo comerás mañana. Observando el movimiento de Cam, Seth cogió una bebida.

—Nada de lo que tú cocinas es un manjar.

Lo dijo con una sonrisa, y recibió otra de vuelta.

—Puedo cocinar cangrejos bastante bien. No es difícil. Cueces el agua, echas montones de especias y luego metes a esos bastardos ruidosos en la cazuela...

—¿Vivos?

—Es la única manera.

—Eso es un asco.

Cam no cambió casi de postura.

—No viven mucho tiempo. Y luego se convierten en cena. Le añades un paquete de seis cervezas y tienes un festín. Y dentro de unas semanas hablaremos de los cangrejos tiernos. Los introduces dentro de un par de rebanadas de pan y te los comes.

Esta vez Seth sintió que el estómago le daba vueltas.

—Yo no.

—¿Eres aprensivo?

—Soy civilizado.

—Joder. A veces, los sábados de verano, papá y mamá nos llevaban a los muelles. Nos procurábamos algunos bocadillos de cangrejos tiernos, un bote de patatas fritas en aceite de cacahuete y observábamos a los turistas que trataban de imaginarse lo que comíamos. Nos partíamos el culo de risa.

El recuerdo le hizo ponerse triste por un momento y trató de sacudirse la pena de encima.

—A veces navegábamos como hoy. O cruzábamos hacia el río y pescábamos. A mamá no le gustaba mucho pescar, así que nadaba, luego se dirigía a la costa, se sentaba en la orilla y leía.

—¿Y por qué no se quedaba simplemente en casa?

—Le gustaba navegar —dijo Cam con suavidad—. Y le gustaba estar aquí.

—Ray dijo que se puso enferma.

—Sí, se puso enferma. —Cam soltó un suspiro. Había sido la única mujer a la que había amado, y la única mujer a la que había perdido. Su pérdida le seguía estremeciendo y era como si le hubieran amputado las piernas.

—Vámonos —dijo—, vayamos hacia el Annemessex y veamos si pica algo.

A ninguno de los dos se le ocurrió pensar que las tres horas que pasaron en el agua habían sido las más pacíficas que habían disfrutado desde hacía semanas.

Y cuando regresaron a casa con seis róbalos rayados, estaban en total armonía por primera vez.

—¿Sabes cómo limpiarlos? —preguntó Cam.

—Quizás. —Ray le había enseñado, pero Seth no era tonto y añadió: Yo cogí cuatro de los seis, así que eso significa que te toca limpiarlos a ti.

—Eso es lo mejor de ser el jefe —comenzó a decir Cam, y luego se interrumpió cuando vio sábanas colgando del antiguo tendedero. No había visto nada colgando de allí desde que su madre se puso enferma. Por un momento tuvo miedo de sufrir otra alucinación, y se le secó la boca.

Luego la puerta trasera se abrió y Grace Monroe entró en el porche.

—Hola, Grace.

Era la primera vez que Cam oía la voz de Seth con tal felicidad y alegría infantil. Le sorprendió tanto que alzó la vista de forma brusca, y luego casi se le cae la nevera portátil a los pies cuando Seth dejó caer su extremo y se precipitó hacia adelante.

—¿Qué tal? —Grace tenía una voz agradable que contrastaba con su aspecto distante. Era alta y delgada, con piernas largas que le habían hecho soñar antaño con ser bailarina.

Pero Grace había aprendido a dejar de lado la mayoría de sus sueños.

Tenía el pelo cortado a lo chico por comodidad. No tenía tiempo ni ganas de preocuparse por su estilo. Su color era rubio oscuro, y a veces estaba veteado de un color más claro durante el verano. Los ojos eran verde claro, y muy a menudo tenían sombras a su alrededor.

Pero su sonrisa era pura y clara, y nunca dejaba de asomar a su cara, o de marcar el hoyuelo que sobresalía justo debajo de la boca.

Una mujer bonita, pensó Cam, con cara de duende y voz de sirena. Le sorprendía que los hombres no se rindieran a sus pies.

El chico casi lo hizo, pensó Cam sorprendido al ver a Seth corriendo hacia sus brazos abiertos. El la abrazó y ella le devolvió el abrazo: aquel muchacho picajoso al que no le gustaba que le tocaran. Luego se ruborizó, dio un paso atrás y comenzó a jugar con el cachorro, que seguía a Grace por toda la casa.

—Buenas tardes, Cam —saludó Grace mientras se protegía los ojos del sol con la palma de la mano—. Ethan vino al pub anoche y me dijo que podría echar una mano por aquí.

—¿Vas a ocuparte del trabajo de casa?

—Bueno, puedo ayudaros tres horas durante dos días a la semana hasta...

Grace no pudo continuar, pues Cam dejó caer la nevera, subió tres peldaños a la vez y la agarró para darle un beso sonoro y entusiasta. Aquello hizo que a Seth casi se le pusieran los pelos de punta, aun cuando Grace estuviera tartamudeando y riendo.

—Eso ha estado bien —alcanzó a decir ella—, pero aun así me tendréis que pagar.

—Dime el precio. Te adoro. —Cogió sus manos y le fue plantando besos en ellas—. Daría mi vida por ti.

—Veo que aquí se me va a apreciar... y a necesitar. Tengo esos calcetines rosas metidos en agua con lejía. Voy a ver si ha funcionado.

—El calcetín rojo era de Phil. Él tiene la culpa. ¿Qué hombre razonable posee un par de calcetines rojos?

—Ya hablaremos más sobre la organización de la colada... y la de los bolsillos. Un librito negro de alguien estaba metido en el último lavado.

—Joder. —Cam vio cómo ella mantenía la mirada con las cejas arqueadas sobre el chico y se aclaró la voz—. Lo siento, creo que es mío.

—He hecho limonada e iba a hacer algún guiso, pero parece que vosotros ya habéis traído la cena.

—La de esta noche, pero también se podría hacer algún guiso.

—Bien. Ethan no tenía muy claro lo que podrías querer o necesitar. Quizás deberíamos repasar algunas cosas.

—Querida, haz lo que pienses que vamos a necesitar, y siempre será más de lo que te podamos pagar.

Grace ya había echado un vistazo: ropa interior rosa, polvo de una cuarta de espesor sobre una mesa y sustancias sin identificar adheridas a la otra. ¿Y la cocina? Sólo Dios sabía cuándo fue la última vez que se limpió.

Era agradable que la necesitaran. Estaba bien saber qué era lo que había que hacer.

—Iremos improvisando, pues. Puede que algunas veces necesite traer a la niña. Julie la cuida por la noche cuando yo trabajo en el pub, pero no siempre puedo encontrar a alguien que se ocupe de ella. Es una buena niña.

—Te puedo ayudar yo —se ofreció Seth—. Vuelvo de la escuela a las tres y media.

—¿Desde cuándo? —quiso saber Cam y Seth se encogió de hombros.

—Cuando no tengo EDE.

—A Aubrey le encanta jugar contigo. Todavía me queda una hora aquí —comentó, ya que era una mujer que estaba constantemente forzada a programarse el tiempo—. Así que haré ese guiso y lo pondré en la nevera. Sólo tendréis que calentarlo cuando lo necesitéis. Os dejaré la lista de productos de limpieza que os faltan, o puedo comprarlos yo si queréis.

—¿Comprarlos? —preguntó Cam, que se habría puesto de rodillas a sus pies en aquel momento—. ¿Quieres un aumento?

Ella se rió y se dirigió hacia adentro.

—Seth, vigila que ese cachorro se aleje de las tripas de pescado. Si no, estará oliendo durante una semana.

—Bien. De acuerdo. Acabo en un minuto y me pongo a ello. —Se levantó y salió del porche para que Grace no pudiera oírles a través de la puerta. Con valentía, miró a Cam—. ¿No vas a empezar a ligar con ella, verdad?

—¿Ligar con ella? —repitió. Por un momento se quedó en blanco y luego agitó la cabeza—. Por amor de Dios. —Alzando con esfuerzo la nevera portátil, dio un rodeo al lateral de la casa hasta llegar a la mesa de limpiar el pescado—. Conozco a Grace desde hace media vida y no me dedico a ligar con cada mujer que veo.

—Vale.

Fue el tono del chico lo que hizo que Cam se pasara la lengua por los dientes mientras depositaba la nevera en el suelo. Un tono posesivo, propietario y satisfecho.

—Así que... ¿la has echado el ojo, no?

Seth se puso un poco colorado y abrió el cajón para buscar la balanza del pescado.

—Simplemente me preocupo por ella, eso es todo.

—Está claro que es guapa —dijo Cam suavemente con el placer de ver cómo se encendían los ojos de Seth de envidia—. Pero lo que pasa es que ahora estoy ligando con otra mujer, y es un poco delicado si lo intentas con más de una mujer a la vez. Además, esta hembra en particular va a ser muy difícil de convencer.

Decidió que debía comenzar a ligarse a Anna. Como estaba pensando en ella Cam dejó a Seth ocupándose de los dos últimos peces que le tocaban, y se dedicó a deambular por la casa. Hizo unos halagos a lo que Grace estaba guisando en la cocina, y luego se fue arriba.

Tendría un poco más de privacidad en el teléfono de su habitación. Y la tarjeta de visita de Anna estaba en su bolsillo. Se paró en la puerta de su cuarto y casi llora de alegría. La cama estaba recién hecha, el cubrecama verde liso alisado de forma profesional y las almohadas ahuecadas; además, supo que algunas de las sábanas que colgaban en el tendedero eran suyas.

Esa noche dormiría sobre sábanas frescas y limpias que no había tenido que lavar él. Eso hizo que la perspectiva de dormir solo fuera un poco más tolerable.

La superficie del viejo aparador de roble no sólo estaba limpia de polvo, sino que relucía. Las estanterías, que normalmente contenían la mayor parte de sus trofeos y novelas favoritas, estaban ordenadas, y la silla tapizada que había cogido para llenarla de cosas estaba ahora vacía. No tenía ni idea de dónde habría puesto ella aquellas cosas, pero pensó que las encontraría en el lugar adecuado.

Quizá se había estropeado viviendo en hoteles durante los últimos años, pero su corazón se sentía bien al entrar en su habitación y no ver una docena de cosas por hacer que le saltaran inmediatamente a la vista.

Las cosas iban mejorando, así que se tiró en la cama, se estiró y cogió el teléfono.

—¿Dígame? —dijo en tono bajo y profesionalmente neutral.

Cerró los ojos para poder fantasear mejor sobre su aspecto. Le gustaba la idea de imaginarla tras una mesa burocrática pero llevando el ajustado vestido azul de la noche anterior.

—Señorita Spinelli. ¿Qué te parecen los cangrejos?

—Eh...

—Déjame volver a empezar. —Se estiró hasta quedar casi plano y se dio cuenta de que podría dormirse en cinco minutos sin casi intentarlo—. ¿Qué te parece tomar cangrejos cocidos?

—Me parece bien.

—Bien. ¿Qué tal mañana por la noche?

—Cameron...

—Aquí —especificó—. En casa. Es una casa que nunca está vacía. Mañana es el primer día de temporada del cangrejo. Ethan traerá a casa un cubo. Los cocinaremos. Así podrás ver cómo los Quinn..., ¿cómo lo dirías tú?..., se relacionan, interaccionan. Ver cómo progresa Seth, aclimatándose a su particular entorno casero.

—Eso está muy bien.

—Oye, he tratado antes con trabajadores sociales. Por supuesto, nadie que llevara tacones altos azules, pero...

—Estaba fuera de mi horario de trabajo —le recordó ella—. Sin embargo, pienso que la cena puede ser una idea factible. ¿A qué hora?

—A las seis y media o así. —Cam escuchó el revoloteo de papeles y se dio cuenta de que le molestaba que ella estuviera comprobando su agenda.

—Muy bien, sí puedo. A las seis y media.

Sonaba totalmente como una trabajadora social dándole una cita que le cuadrara.

—¿Estás sola ahí?

—¿En mi despacho? Sí, de momento. ¿Por qué?

—Sólo me lo preguntaba. He estado pensando en ti hoy todo el tiempo. ¿Por qué no dejas que vaya a la ciudad a buscarte mañana, y luego te vuelvo a llevar a casa? Podríamos parar y... se me había ocurrido saltar al asiento trasero, pero el Corvette no tiene. Aun así creo que nos las podríamos arreglar.

—Estoy segura de ello. Así que llevaré mi propio coche.

—Tengo que volver a ponerte las manos encima.

—No dudo de que eso vaya a ocurrir. Sin embargo, hasta entonces...

—Te deseo.

—Lo sé.

Al ver que su voz se había suavizado, y no parecía tan formal, él sonrió.

—¿Por qué no te cuento lo que me gustaría hacerte? Puedo ir paso a paso. Incluso puedes tomar notas en tu cuadernillo, como referencia futura.

—Creo... creo que será mejor que pospongamos eso, aunque podría interesarme discutirlo en otro momento. Lo siento, pero tengo una cita en unos minutos. Os veré a ti y a tu familia mañana por la noche.

—Déjame estar diez minutos a solas contigo, Anna —susurró él—. Diez minutos para acariciarte.

—Yo... podemos tratar ese horario mañana. Tengo que irme. Adiós.

—Adiós —dijo encantado de haberla desconcertado, colgó el teléfono y se dejó caer en un sueño bien merecido.

Se despertó una hora más tarde a causa del portazo de la puerta delantera y de la voz airada y elevada de Phillip.

—Hogar, dulce hogar —murmuró Cam girándose para salir de la cama. Fue tambaleándose hacia la puerta y atravesó el vestíbulo para dirigirse a las escaleras. No conseguía dormirse fácilmente y, cuando lo hacía, se levantaba adormilado, irritable y con unas ganas desesperadas de tomar un café.

Cuando llegó abajo, Phillip ya estaba en la cocina descorchando una botella de vino.

—¿Dónde diablos está todo el mundo? —preguntó Phillip.

—No sé. Quítate de mi vista —respondió Cam. Frotándose la cara con la mano volcó los posos de la jarra en una taza, metió ésta en el microondas y pulsó las teclas al azar.

—La compañía de seguros me ha informado de que van a retener la reclamación hasta el momento en que la investigación haya terminado.

Cam fijó la vista en el microondas, deseando que finalizaran aquellos dos minutos interminables para poder tragar la cafeína. Su agotado cerebro recogió las palabras seguro, reclamación e investigación, y no pudo relacionar los términos.

—¿Umm?

—Coordina, maldita sea. —Phillip le dio un empujón de impaciencia—. No van a procesar la póliza de papá porque sospechan que ha sido suicidio.

—Eso es una gilipollez. El me dijo que no se había suicidado.

—¿Ah, sí? —Aun estando turbado y furioso, Phillip consiguió elevar una ceja de manera irónica—. ¿Tuviste esa conversación con él antes o después de que muriera?

Cam se contuvo, pero casi se pone colorado. En vez de ello volvió a maldecir y abrió la puerta del microondas.

—Quiero decir que no hay ninguna razón para que lo hiciera, ponen excusas simplemente porque no quieren pagar.

—El tema es que no van a pagar en este momento. Su investigador ha estado hablando con la gente y algunas de estas personas estaban encantadas de contarle los detalles más sórdidos de la situación. Y conocen la carta de la madre de Seth... y los pagos que papá le hizo.

—Pues. —Sorbió café, se escaldó el velo del paladar y soltó—: Que se vayan al infierno. Déjales que se queden con su maldito y sucio dinero.

—No es tan sencillo como eso. En primer lugar, si no pagan se deduce que papá cometió suicidio. ¿Es eso lo que quieres?

—No. —Cam se oprimió el puente de la nariz, tratando de aliviar parte de la presión que se estaba produciendo. Había vivido la mayor parte de su vida sin jaquecas, y ahora parecía que estaba plagado de ellas.

—Lo que significa que tenemos que aceptar sus conclusiones, o llevarles a los tribunales para probar que papá no lo hizo, lo cual sería de dominio público. —Luchando consigo mismo por calmarse, Phillip le dio un sorbo a su vino—. De cualquier modo ensuciarán su nombre. Creo que vamos a tener que encontrar a esa mujer... Gloria DeLauter... Tenemos que aclarar todo esto.

—¿Qué te hace pensar que encontrarla y hablar con ella nos va a aclarar todo esto?

—Tenemos que sacarle la verdad.

—¿Cómo? ¿Torturándola? —No es que aquello no

tuviera su parte de atractivo—. Además, el chico está aterrorizado por ella —añadió Cam—. Si aparece por aquí, nos va a joder la custodia.

—Y si no aparece, puede que no sepamos nunca la verdad, toda la verdad.

Phillip pensó que necesitaba saber la verdad para poder empezar a aceptarla.

—La verdad es ésta, según lo veo yo. —Cam depositó la taza con un golpe—. Esta mujer buscaba una presa fácil y pensó que la había encontrado. Papá se quedó encantado con el chico y quiso ayudarlo. Así que salió en su ayuda, lo mismo que hizo por nosotros, y ella siguió exigiéndole más. Me imagino que él estaba enfadado, preocupado y distraído cuando volvió a casa aquel día. Conducía demasiado rápido, se confió y perdió el control o algo así. Eso es lo que pasó.

—La vida no es tan simple como tú la ves, Cam. No se empieza en un punto y se acaba en otro lo antes posible. Hay curvas, desviaciones y retenciones. Es mejor que empieces a pensar en ello.

—¿Por qué? Eso es en lo que has pensado siempre, y me parece que hemos acabado exactamente en el mismo lugar.

Phillip dejó escapar un suspiro. Era duro discutir de aquello, así que pensó que un segundo vaso de vino era la mejor idea.

—Pienses lo que pienses tenemos un lío entre manos, y vamos a tener que ocuparnos de ello. ¿Dónde está Seth?

—No sé dónde está. Por ahí.

—Dios mío, Cam. ¿Por ahí? Se suponía que tenías que vigilarle.

—He estado vigilándole todo el maldito día. Está por ahí. —Se dirigió a la puerta trasera, inspeccionó el patio y frunció el ceño cuando no encontró a Seth—. Probablemente estará frente a la casa, o dando un paseo, o en cualquier lugar. Yo no le tengo atado con cuerda.

—A esta hora del día debería estar haciendo los deberes. Tú sólo tienes que vigilarle durante un par de horas al día después de clase.

—Eso no ha sido así hoy. Le han dado un pequeño permiso en la escuela.

—¿Ha hecho novillos? ¿Le has dejado hacer novillos cuando los Servicios Sociales están metiendo la nariz?

—No, no ha hecho novillos. —Disgustado, Cam se dio la vuelta—. Un gilipollas de la escuela se dedicó a meterse con él, le arañó por todas partes y le llamó hijo de puta.

La mirada de Phillip cambió de inmediato, pasando del ligero asombro a la furia más iracunda.

—¿Qué gilipollas? ¿Quién diablos es?

—Un chico de cara gorda llamado Robert. Seth le atacó y dijeron que le iban a expulsar.

—Al infierno con ellos. ¿Quién es el maldito director ahora, algún nazi?

Cam tuvo que sonreír. Cuando se trataba de peleas, siempre se podía contar con Phillip.

—Ella no tenía ese aspecto. Cuando fui para allá y conseguimos que Seth nos contara toda la historia, cambió de postura. Mañana le tengo que volver a llevar para escuchar otra pequeña charla.

Ahora fue Phillip el que hizo un gesto, entre asombrado y malvado.

—¿Tú? ¿Cameron Quinn va a asistir a una tutoría de padres en la escuela secundaria? Quién pudiera estar allí para verlo.

—No tendrás que esperar mucho, porque tú vas a venir también.

Phillip se tragó el vino a toda prisa antes de decir entrecortadamente:

—¿Qué quieres decir con que iré también?

—Y también Ethan —decidió Cam sobre la marcha—. Vamos a ir todos. El frente unido. Sí, así va a ser.

—Tengo una cita...

—La anulas. Lo primero es el chico. —Vislumbró a Seth que salía del bosque con Tonto a su lado—. Ha estado jugueteando por ahí con el perro. Ethan debería llegar en cualquier minuto, así que voy a citarle para este cometido.

Phillip frunció el entrecejo al beber vino.

—Odio que tengas razón. Iremos todos.

—Podría ser una mañana divertida. —Satisfecho, Cam le dio a Phillip un puñetazo cariñoso en el brazo—. Esta vez somos los mayores. Y cuando ganemos esta batallita con autoridad podremos celebrarlo mañana por la noche... con un cubo de cangrejos.

El gesto de Phillip se suavizó.

—El uno de abril. Comienza la temporada del cangrejo.

—Esta noche tenemos pescado fresco... yo lo pesqué así que tú lo cocinas. Necesito una ducha. —Cam se volvió—. La señorita Spinelli viene a cenar mañana.

—Uy, uy. Bien. Tú... ¿qué? —Phillip se giró rápidamente cuando Cam salió de la habitación—. ¿Le has pedido a la trabajadora social que venga a cenar? ¿Aquí?

—Eso es. Te dije que me gustaba. Phillip no se limitó a cerrar los ojos.

—Por Dios bendito, te estás ligando a la trabajadora social.

—Ella también está ligando conmigo. —Cam hizo una mueca—. Eso me gusta.

—Cam, no es que cuestione tu perversa idea de un romance, pero utiliza la cabeza. Tenemos el problema con la compañía de seguros y tenemos el de Seth en la

escuela. ¿Cómo se casa todo eso con los Servicios Sociales?

—No le hablamos de lo primero, y contamos la historia completa de lo segundo. Creo que a la señorita Spinelli le va a gustar mucho. Le va a encantar que los tres vayamos en defensa de Seth.

Phillip abrió la boca, lo reconsideró y asintió.

—Tienes razón. Eso está bien. —Luego, en vista de que le asaltaron nuevos pensamientos, inclinó la cabeza—. Quizás puedas usar tu... influencia sobre ella para que acelere el estudio del caso, y así quitarnos de encima al sistema.

Cam no dijo nada al principio, sorprendido por lo que la simple sugerencia le había molestado. Su voz sonó tranquila.

—No voy a utilizarla para nada, y las cosas se van a quedar como están. Una situación no tiene que ver con la otra. Esto se va a quedar también como está.

Cuando Cam salió, Phillip apretó los labios y pensó que aquello era muy interesante.

Mientras Ethan dirigía su barco hacia el muelle, pudo vislumbrar a Seth en el patio. A su lado, Simon dio un fuerte ladrido de contento. Ethan le acarició el pelo.

—Sí, muchacho, ya casi estamos en casa.

Mientras manejaba las velas, Ethan observó cómo el chico le lanzaba palos al cachorro. Siempre había habido un perro en el patio que recogía palos o pelotas, y con quien podías luchar en la hierba. Se acordó de Dumbo, el retriever de cara dulce del que se había enamorado cuando llegó a casa de los Quinn.

Había sido el primer perro con quien jugó y el primero que le reconfortó en su vida. De Dumbo había aprendido el significado del amor incondicional, y había confiado en el perro mucho antes de lo que lo hizo en Ray y Stella Quinn, o en los chicos que se habían convertido en sus hermanos.

Pensó que Seth sentía más o menos lo mismo. Uno siempre podía depender de su perro.

Cuando él llegó hace años, herido en cuerpo y alma, no tenía esperanza de que su vida realmente cambiara. Promesas, consuelo, comidas decentes y gente decente no significaban nada para él. Así que se planteó acabar con aquella vida.

Incluso entonces el agua le había atraído. Se imaginaba a sí mismo introduciéndose en ella, dejando que le cubriera la cabeza. En aquel momento no sabía nadar, así que habría sido fácil. Sólo hacía falta hundirse más y más hasta que no hubiera nada.

Pero la noche en que se había escapado para hacerlo, el perro había ido con él. Le lamía la mano y apretaba aquel cálido y peludo cuerpo contra sus piernas. Y Dumbo le había traído un palo moviendo la cola y con la mirada llena de esperanza. La primera vez, Ethan lanzó el palo alto, lejos, con furia. Pero Dumbo lo agarró

alegremente y se lo devolvió moviendo la cola.

Lo volvió a lanzar una y otra vez, docenas de veces. Luego, se sentó tranquilamente en la hierba, llorando a lágrima viva bajo la luna y aferrándose al perro como si fuera su tabla de salvación.

La necesidad de acabar con todo había pasado.

Un perro, pensó Ethan mientras acariciaba con la mano la cabeza de Simon, podía ser algo glorioso.

Vio cómo Seth se daba la vuelta y vislumbraba el barco. Después de una breve vacilación, el chico levantó una mano para saludarle y echó a correr con el cachorro hacia el muelle.

—Asegura los cabos, oficial.

—Sí, mi capitán —contestó Seth mientras manejaba los cabos que Ethan le había tirado con destreza, y los anudaba al poste—. Cam dijo que traerías cangrejos mañana.

—¿Ah, sí? —Ethan sonrió ligeramente y se echó hacia atrás la gorra de béisbol. Su denso pelo moreno acariciaba el cuello de la camisa ensuciada por el trabajo—. Vamos, muchacho —susurró al perro que estaba sentado, vibrando en su sitio mientras esperaba la orden de abandonar el barco. Con un ladrido, Simon se lanzó al agua y nadó hacia la costa—. Está en lo cierto, según se presenta la cosa. El invierno no ha sido demasiado duro y el agua está comenzando a templarse. Sacaremos un montón. Será un buen día.

Dirigiéndose a un lateral, extrajo una trampa para cangrejos que colgaba del muelle.

—No hay pelo invernal —dijo.

—¿Pelo? ¿Cómo podría haber pelo en una vieja caja de alambre para gallinas?

—Cesta. Es una cesta para cangrejos. Si tiro de esto y está llena de pelambre..., llena de algas rubias..., significará que el agua está todavía demasiado fría para los cangrejos. Si la ves así cuando estamos casi en mayo significa que ha sido un mal invierno. Con una primavera como ésa será difícil ganarse la vida en el agua.

—Pero no esta primavera, porque el agua está lo suficientemente cálida para los cangrejos.

—Eso parece. Puedes poner el cebo a esta cesta después; cuellos de pollo o trozos de pescado servirán muy bien..., y por la mañana encontraremos un par de cangrejos enfurruñados dentro. Pican siempre.

Seth se arrodilló, queriendo echar un vistazo más de cerca.

—Qué cosa tan estúpida. Tienen aspecto de bichos feos, parecen bobos.

—Son más voraces que listos, diría yo.

—Y Cam dice que los cocéis vivos. No pienso comerlos.

—Como quieras. Yo creo que voy a comer unas dos

docenas mañana por la noche. —Dejó que la cesta se volviera a introducir en el agua y luego saltó de forma experta desde el barco hasta el muelle.

—Grace ha estado aquí. Ha limpiado la casa y toda la porquería.

—¿Ah sí? —Imaginó que la casa olería suavemente a limón. La casa de Grace olía así.

—Cam la besó directamente en la boca.

Ethan paró de caminar y miró directamente la cara de Seth.

—¿Qué?

—Smuac. La hizo reír. Creo que fue una especie de broma.

—Una broma, seguro. —Se encogió de hombros e hizo caso omiso al nudo de angustia que crecía en su interior. No le incumbía a quien besaba Grace. No tenía nada que ver con él. Pero sintió que su mandíbula se tensaba al ver a Cam, con el pelo goteando, de pie en el porche trasero.

—¿Cómo se presenta el asunto de los cangrejos?

—Irá bien —respondió Ethan secamente.

Cam enarcó las cejas al oír el tono de su voz.

—¿Qué ha pasado, ha saltado uno de la cesta y te ha mordido el culo?

—Necesito una ducha y una cerveza —respondió Ethan mientras pasaba a su lado y entraba en la casa.

—Una mujer va a venir mañana a casa a cenar.

Aquello hizo que Ethan se detuviera, se diera la vuelta y mantuviera la puerta mosquitera abierta entre ellos.

—¿Quién es?

—Anna Spinelli.

—Joder —dijo Ethan mientras se alejaba.

—¿Por qué viene? ¿Qué quiere? —preguntó Seth. El pánico fue ascendiendo como una fuente por su interior, reflejándose en su voz antes de que pudiera impedirlo.

—Viene porque yo se lo pedí, y quiere cenar cangrejos —contestó Cam metiendo los pulgares en los bolsillos y balanceándose sobre los tacones. ¿Por qué diablos él era el único que se encargaba de tranquilizar a los demás?—. Me imagino que querrá ver si lo que hacemos aquí es tirarnos pedos, rascarnos y escupir. Quizás podamos dejar de lado eso por una noche. Tienes que acordarte de bajar la tapa del retrete. Las mujeres odian que no lo hagas. Hacen de ello un tema social y político si la dejas levantada. Figúrate.

Parte de la tensión se alejó de la cara de Seth.

—O sea que va a venir sólo a ver si somos unos vagos. Grace lo ha limpiado todo y tú no vas a cocinar, así que todo irá bien.

—Sobre todo si cuidas un poco esa boca tuya.

—La tuya es igual de sucia que la mía.

—Sí, pero tú eres más bajito que yo. Aunque no pienso pedirte que le pases las jodidas patatas en la mesa.

Seth hizo una mueca al oírlo, y relajó los hombros tensos como una roca.

—¿Le vas a contar la mierda esa del colegio? —Cam soltó un resoplido.

—Intenta encontrar una alternativa a la palabra «mierda» para mañana por la noche. Sí, le voy a contar lo que sucedió en la escuela. Y le voy a contar que Phil, Ethan y yo iremos contigo mañana a resolverlo.

Esta vez lo único que pudo hacer Seth fue pestañear.

—¿Todos vosotros? ¿Vais a venir todos?

—Eso es. Como te dije, si alguien se mete con un Quinn se está metiendo con todos.

Los dos se quedaron asombrados, aterrorizados y de piedra cuando las lágrimas asomaron en los ojos de Seth. Permanecieron allí un momento y, al instante, ambos metieron las manos en sus bolsillos y se dieron la vuelta.

—Tengo que hacer... algo —dijo Cam con el paso vacilante—. Y tú... ve a lavarte las manos o lo que quieras. Cenaremos dentro de poco.

Justo en el momento en que controló los nervios y se dio la vuelta, con la intención de posar una mano en el hombro de Seth, de decirle algo que, casi seguro, les haría sentirse como idiotas, el chico se precipitó hacia adentro y se fue corriendo a la cocina.

Cam se apretó los ojos, se masajeó las sienes y dejó caer los brazos.

—¡Jesús!, tendré que volver a las competiciones, donde sé lo que hacer.

Dio un paso hacia la puerta y luego agitó la cabeza y se

alejó rápidamente de ella. No quería entrar con la emoción y el desasosiego que le embargaban.

Dios Santo, lo que quería era que le devolvieran la libertad, despertarse y encontrarse con que todo había sido un sueño. O mejor, encontrarse en una cama grande de algún hotel anónimo en alguna ciudad exótica con una mujer apasionada y desnuda a su lado.

Pero cuando trató de imaginárselo, la cama era la misma en la que dormía ahora y la mujer era Anna.

Desde luego no era mala idea, pero tampoco hacía que desaparecieran el resto de sus preocupaciones. Observó las ventanas del segundo piso mientras caminaba alrededor de la casa. El chico estaba allí, tranquilizándose. Y Cam trataba de hacer lo mismo.

Pensó en la mirada que le había lanzado el chico antes de que las cosas se pusieran tan sentimentales. Le había revuelto por dentro. Le pareció haber visto confianza en ella, y también una gratitud patética, casi desesperada, que le había dado una lección de humildad, aunque también le había aterrorizado.

¿Qué demonios iba a hacer? Y cuando las cosas se tranquilizaran y pudiera reanudar su vida... En algún momento tendría que ocurrir, se garantizó a sí mismo. Por supuesto que sí. No podría seguir siempre al cargo de todo, ni viviendo de aquella manera. Tenía lugares a los que ir, competiciones que correr y riesgos que asumir.

Una vez que tuvieran todo bajo control, que hicieran lo que fuera preciso por el chico y que establecieran el negocio que Ethan quería, sería libre para ir y venir a su antojo.

Pensó que unos cuantos meses más, quizás un año, y luego se marcharía. Nadie podría esperar más de él.

Ni siquiera él mismo.

NUEVE

La subdirectora Moorefield observó a los tres hombres que permanecían de pie como si formaran parte de la pared de su despacho. Su aspecto no habría indicado nunca que fueran hermanos. Uno de ellos llevaba un elegante traje gris y una corbata perfectamente anudada, otro una camisa negra y unos vaqueros, y el tercero unos pantalones kaki claros y una camisa vaquera de trabajo arrugada.

Pero sí pudo ver que en ese momento estaban tan unidos como unos trillizos en el vientre materno.

—Me imagino que todos tendrán cosas que hacer. Les agradezco que hayan venido.

—Queremos solucionar todo esto, señora Moorefield —dijo Phillip, que mantenía una sonrisa suave y negociadora en el rostro—. Seth necesita estar en la escuela.

—Estoy de acuerdo. Después de la declaración de Seth de ayer hice varias averiguaciones. Todo indica que Robert inició el incidente. Parece que hay un motivo. El asunto de la pequeña extorsión...

Cam levantó una mano.

—Seth, ¿le dijiste a ese tal Robert que te diera un dólar?

—No. —Seth metió los pulgares en los bolsillos delanteros, como le había visto hacer a Cam—. Yo no necesito su dinero. Ni siquiera le hablo a menos que se plante delante de mí.

Cam volvió a mirar a la señora Moorefield.

—Seth dice que sacó un diez en esa prueba y que Robert suspendió. ¿Es eso cierto?

La subdirectora juntó las manos encima de la mesa.

—Sí. Los exámenes se entregaron ayer justo antes de finalizar las clases y Seth recibió la máxima puntuación. Así que...

—Me parece —interrumpió Ethan con voz tranquila—, entonces, que Seth le dijo toda la verdad. Perdóneme, señora, pero si el otro chico mintió acerca de parte de la historia, ha podido mentir acerca del resto. Seth dice que el chico le persiguió, y es verdad. Dijo que se trataba de ese examen, así que yo pienso que es así.

—He considerado eso y me inclino a pensar como usted, señor Quinn. He hablado con la madre de Robert y no está más feliz que usted respecto a este incidente, o hacia el hecho de que ambos sean expulsados.

—No va a expulsar a Seth —se plantó Cam—. No por este motivo... y sin que luchemos por ello.

—Comprendo cómo se siente. Sin embargo, se ha producido un intercambio de puñetazos. No podemos permitir la violencia física aquí.

—Estaría de acuerdo con usted, señora Moorefield, en otras circunstancias —arguyó Phillip colocando una mano en el brazo de Cam para impedir que siguiera adelante—. Sin embargo, Seth ha sido física y verbalmente atacado. Se defendió a sí mismo. Tenía que haber habido un profesor vigilando el pasillo durante el cambio de clases. Tendría que haber podido apoyarse en un adulto o en el sistema para protegerse. Por qué no había nadie allí para hacerlo?

Moorefield infló sus mejillas y resopló.

—Esa es una cuestión razonable, señor Quinn. No voy a empezar a quejarme sobre los recortes de presupuesto, pero es imposible controlar a todos los niños todo el tiempo con el personal con que contamos.

—Comprendo su problema, pero Seth no debería pagar por ello.

—Ha pasado por un mal momento hace poco —puntualizó Ethan—. No creo que echar al chico de la escuela un par de días vaya a servirle de nada. Se supone que la educación es algo más que la enseñanza... o al menos es lo que nos han enseñado a nosotros. Se supone que debe ayudar a formar tu carácter y enseñarte cómo te debes desenvolver en el mundo. Si te enseña que te van a dar una patada por hacer lo que debes, por defenderte a ti mismo, entonces hay algo que falla en el sistema.

—Si le castiga de la misma manera que va a castigar al chico que inició el asunto —dijo Cam—, le está diciendo que no hay mucha diferencia entre el bien y el mal. Ese no es el tipo de escuela en el que quiero que esté mi hermano.

Moorefield separó las manos, miró por encima de las puntas de los dedos a los tres hombres y luego miró a Seth.

—Tus pruebas de evaluación han sido excelentes y tus notas están muy por encima de la media. Sin embargo, los profesores dicen que pocas veces entregas los

deberes y que no participas casi nunca en las discusiones de clase.

—Estamos resolviendo lo de los deberes —comentó Cam dándole un codazo sutil a Seth—. ¿Verdad?

—Sí, eso creo. Yo no veo que...

—Tú no tienes que ver nada —cortó Cam bajando los ojos—. Simplemente los tienes que hacer. Nosotros no podemos sentarnos en clase con él y hacer que abra la boca, pero traerá los deberes.

—Me imagino que lo hará —murmuró ella—. Esto es lo que accedo a hacer. Seth, puesto que te creo, no te voy a expulsar. Pero estarás a prueba durante treinta días. Si no hay más incidentes durante ese tiempo, y tus profesores me informan de que has mejorado el nivel de tus deberes, dejaré este asunto de lado. Sin embargo, tus primeros deberes para casa te los encargaré yo ahora. Tienes una semana para escribir una redacción de quinientas palabras sobre la violencia en nuestra sociedad y la necesidad de soluciones pacíficas a los problemas.

—¡Tronca... !

—Cierra la boca —ordenó Cam con suavidad—. Me parece justo —le dijo a la señora Moorfield—. Se lo agradecemos.

—No ha estado tan mal —comentó Phillip saliendo marcha atrás a la luz del día mientras giraba los hombros.

—Habla por ti —dijo Ethan mientras se ajustaba la gorra—. Yo he sudado tinta. No quiero volver a hacer esto en mi vida. Llévame al puerto. Voy a echar una carrera hasta el barco. Jim está trabajando en él y a esta hora ya debe haber sacado una buena cantidad de cangrejos.

—Asegúrate de traer tu parte a casa. —Cam se subió al brillante Land Rover azul marino de Phillip—. Y no te olvides de que tenemos compañía para cenar.

—No lo olvidaré —dijo Ethan aturdido—. Directoras por la mañana y trabajadoras sociales por la tarde. Jesús bendito. Cada vez que te das la vuelta tienes que hablar con alguien.

—Trato de mantener ocupada a la señorita Spinelli.

Ethan se dio la vuelta para mirar a Cam.

—No puedes dejar tranquilas a las chicas, ¿verdad?

—¿Y por qué iba a hacerlo? Están ahí.

Ethan dio un suspiro por respuesta.

—Más vale que alguien se ocupe de comprar más cerveza.

Cam se ofreció a comprar la cerveza a última hora de la tarde. No era altruismo. Era porque no podía seguir escuchando a Phillip otros cinco minutos más. Ir al supermercado era el mejor modo de salir de casa y estar lejos de la tensión, mientras Phillip redactaba y perfeccionaba una carta para la compañía de seguros en

su vistoso y pequeño ordenador portátil.

—Compra alguna cosa de ensalada cuando salgas —gritó Phillip, haciendo que Cam se diera la vuelta y metiera la cabeza en la cocina, donde Phillip se hallaba tecleando encima de la mesa.

—¿Qué quieres decir con alguna cosa de ensalada?

—Hortalizas frescas, pero por Dios, no traigas a casa una lechuga «iceberg» y un par de tomates de invernadero insípidos. Hice el otro día una vinagreta buenísima, pero no hay ni una maldita cosa por aquí para mezclarla. Compra algunos tomates de pera si tienen buen aspecto.

—¿Para qué diablos necesitamos todo eso?

Phillip suspiró y dejó de teclear.

—En primer lugar, porque queremos vivir mucho y de manera sana y, en segundo lugar, porque has invitado a una mujer a cenar... una mujer que va a observar cómo satisfacemos las necesidades alimenticias de Seth.

—Entonces ve tú a la maldita tienda. —Bien. Escribe tú la condenada carta. Preferiría que le quemaran vivo. —Hortalizas frescas, ¡por Dios bendito!

—Y compra pan de masa fermentada. Y casi no nos queda leche. Como voy a traer mi licuadora la próxima vez que vaya a Baltimore, trae también fruta fresca, zanahorias y naranjas de zumo. Acabo de hacer una lista.

—Espera, espera. —Cam sentía que se le escapaba el control de las manos y luchó por controlar los puños—. Sólo voy a buscar unas cervezas.

—Y bollos integrales —murmuró Phillip mientras seguía escribiendo muy concentrado.

Treinta minutos más tarde, Cam se encontraba inspeccionando los productos de la sección de verduras de la tienda. ¿Cuál era la maldita diferencia entre una lechuga y la lechuga romana y por qué debía de importarle? Así que comenzó a cargar el carro al azar.

Como aquello funcionó, hizo lo mismo en el resto de pasillos. Cuando llegó a la caja tenía dos carros atiborrados de latas, cajas, botellas y bolsas.

—¡Dios mío, van a dar una fiesta!

—Tenemos mucho apetito —contestó a la cajera, y rebuscando rápidamente en su memoria se acordó de su nombre—. ¿Qué tal, señora Wilson?

—Oh, bastante bien —respondió mientras pasaba los artículos por la cinta y el escáner y los metía en bolsas, con unos dedos colorados y rápidos que se movían como un rayo—. Hace un día espléndido para estar aquí pegada, se lo aseguro. Saldré dentro de una hora y me irá a poner cebo para cangrejos por ahí con mi nieto.

—Nosotros tendremos cangrejos para cenar. Probablemente debería haber comprado algunos cebos para meter en la cesta de nuestro muelle.

—Me imagino que Ethan os proveerá bien de ellos.

Sentí muchísimo lo de Ray —añadió—. No pude decírselo después del funeral. Te aseguro que le vamos a echar de menos. Solía venir aquí una o dos veces por semana después de que Stella muriera, y compraba un montón de esas comidas para microondas. Yo le decía: «Ray, tienes que cuidarte mejor. Un hombre necesita una buena tajada de Cam de vez en cuando». Pero es duro cocinar para uno cuando se está acostumbrado a hacerlo para una familia.

—Sí —fue todo lo que Cam pudo decir. El era su familia y no había estado allí.

—Siempre tenía historias que contar acerca de cada uno de vosotros. Me enseñaba fotos tuyas y cosas de periódicos extranjeros. Competiciones por aquí y por allá. Y yo le decía: «Ray, ¿cómo sabes si el chico ha ganado o ha perdido si está escrito en italiano o en francés?». Y nos reíamos.

Ella comprobó el peso de una bolsa de manzanas y tecleó el precio.

—¿Cómo está ese muchacho? ¿Cómo se llama? ¿Sam?

—Seth —murmuró Cam—. Está bien.

—Un muchacho muy guapo. Le dije al señor Wilson cuando Ray le trajo a casa: «Así es Ray Quinn, siempre con la puerta abierta». No sé cómo un hombre de su edad pretendía ocuparse de un chico como ése; pero si nadie podía hacerlo, Ray Quinn sí. El y Stella cuidaron de vosotros tres.

Al ver que ella sonreía y pestañeaba, Cam sonrió también.

—Sí lo hicieron. Nosotros les dimos bastante que hacer.

—Supongo que disfrutaron de cada minuto. Y supongo que el chico, Seth, fue una compañía para Ray una vez que vosotros os hicisteis mayores y os fuisteis. Quiero que sepáis que yo no comparto lo que la gente va diciendo. No lo comparto. —Apretó la boca a medida que pasaba tres cajas gigantes de cereales. Chascando la lengua y agitando la cabeza, siguió hablando—. Yo les digo directamente a la cara cuando me llenan los oídos con sus asquerosos cotilleos que si tienen un ápice de humanidad en su interior deberían vigilar su lengua.

Sus ojos brillaron de furia y lealtad.

—No hagas caso de esas habladurías, Cameron. ¿De dónde han sacado la idea de que Ray tuvo un asunto con aquella mujer y que el chico es sangre de su sangre? Ninguna mente decente va a creer eso, o que se estrelló adrede contra el poste. Me pone enferma oírlo.

Cam sí que se estaba poniendo enfermo. Deseó de todo corazón no haber ido a la tienda.

—Alguna gente cree en las mentiras, señora Wilson. Algunas personas las creen.

—Sí que lo hacen. —Asintió dos veces con la cabeza de forma enérgica—. Y aunque no las crean les encanta difundirlas. Quiero que sepas que el señor Wilson y yo considerábamos a Ray y a Stella buenos amigos y buena

gente. Quien diga algo feo de ellos, se las tendrá que ver conmigo.

Cam tuvo que sonreír.

—Si no recuerdo mal, se le daba a usted muy bien. Ella soltó una risotada alegre.

—A ti te di en las orejas aquella vez que te dedicaste a rondar a mi Caroline. No creas que no sabía a por lo que ibas, muchacho.

—Caroline era la chica más guapa de décimo curso.

—Sigue siendo una preciosidad. Su hijo es con quien voy a ir poner cebos. Hará cuatro años en verano. Y ahora está esperando el segundo para dentro de tres meses. El tiempo hace bien las cosas.

Parecía que sí, pensó Cam mientras metía las bolsas en casa. Sabía que la señora Wilson había dicho todo aquello con su mejor intención, pero había conseguido deprimirle.

Si a alguien que había sido una amiga leal de sus padres le habían contado aquellas asquerosas mentiras, es que se estaban difundiendo más rápidamente de lo que él pensaba. ¿Cuánto tiempo podrían ignorarlas antes de tener que desmentirlas y adoptar una posición firme?

En ese momento a Cam le aterrorizaba no tener otro remedio que aceptar el consejo de Phillip y buscar a la madre de Seth.

Cam sabía que al chico no le gustaría nada. ¿Qué pasaría con la confianza que había visto aflorar en la mirada de Seth?

—Me imagino que necesitarás que te eche una mano con esa porquería —dijo Phillip entrando en la cocina—. Estaba al teléfono. Era el abogado. La custodia temporal está cerrada, así que ya hemos dado el primer paso.

—Estupendo. —Comenzó a recordar la conversación en la tienda de comestibles, y luego decidió posponerla para la noche. Maldita sea, habían ganado dos batallas ese día. No iba a permitir que el resto de la tarde se estropeará por las habladurías.

—Hay más en el coche —dijo a Phillip.

—¿Más qué?

—Bolsas.

—¿Más? —preguntó Phillip mirando la media docena de bolsas marrones repletas—. Dios, Cam, no te apunté más de veinte cosas en esa lista.

—Yo añadí algunas. —Sacó una bolsa y la arrojó a la encimera—. Nadie va a pasar hambre aquí durante un tiempo.

—¿Has comprado Twinkies? ¿Eres de los que creen que la porquería blanca que hay en ellas pertenece a uno de los cuatro grandes grupos de alimentos?

—Al chico probablemente le gustarán.

—Seguro que sí. Y tú pagarás la próxima factura del dentista.

Con la rabia casi al límite, Cam se dio la vuelta.

—Mira, amigo, el que va a la tienda compra lo que le da la maldita gana. Ésa es una regla nueva. Y ahora, ¿quieres sacar esa porquería del coche o vas a dejar que se pudra, joder?

Phillip alzó una ceja.

—Como hacer la compra te pone de tan buen humor, yo me encargaré de ello a partir de ahora. Y sería mejor que empezáramos a hacer un fondo en casa para cubrir las posibles incidencias diarias.

—Bien. —Cam le hizo un gesto con la mano—. Tú te encargas.

Cuando Phillip salió, Cam empezó a meter cajas y latas de cualquier modo. Ya las colocaría otro. El ya había hecho suficiente.

Se dispuso a salir, y cuando llegó a la puerta delantera vio que Seth llegaba a casa. Phillip le pasaba bolsas mientras los dos hablaban como si no pasara nada.

Así que pensó que era mejor dar media vuelta y dejar a los dos hombres ocupándose de todo durante un par de horas. Aún no se había dado la vuelta cuando apareció el cachorro y se hizo pis en la alfombra.

—Supongo que esperas que yo lo limpie. —Cuando Tonto agitó la cola y dejó caer la lengua, lo único que hizo Cam fue cerrar los ojos.

—Sigo diciendo que la redacción es un tema duro —se quejaba Seth mientras entraba en la casa—. Esa clase de porquería es una gilipollez. Y no veo por qué...

—Lo harás —atajó Cam, quien arrancó las bolsas de los brazos de Seth—. Y no quiero oír ni una queja. Puedes empezar después de que limpies la mierda que acaba de dejar tu perro en la alfombra.

—¿Mi perro? No es mío.

—Lo es ahora, y más vale que le enseñes a comportarse en casa, o se quedará fuera.

Salió con paso airado hacia la cocina con Phillip, quien le seguía haciendo intentos desesperados por no reír.

Seth permaneció donde estaba, observando a Tonto.

—Perro tonto —murmuró y, cuando se agachó, el cachorro se lanzó a los brazos de Seth, que le recibió con un gran abrazo—. Ahora eres mío.

Anna se dijo que debería y podría ser perfectamente profesional durante la noche. Había consultado con Marilou sobre la visita informal, para que fuera oficial. Y la verdad era que quería ver a Seth de nuevo. Lo deseaba tanto como deseaba volver a ver a Cam. Por diferentes motivos, claro, y quizás con diferentes partes de su ser, pero deseaba volver a ver a los dos. Podría controlar ambos lados de su corazón y de su mente. Siempre había podido separar las distintas áreas de su vida y manejarlas satisfactoriamente.

Esta situación no debería ser diferente.

La música de Verdi retumbaba en los auriculares, salvaje y apasionada.

Subió la ventanilla lo justo para que la brisa no la despeinara. Esperaba que los Quinn le permitieran estar unos momentos a solas con Seth para poder juzgar por sí misma, y sin influencias, cómo se sentía él.

Esperaba tener la oportunidad de pasar unos momentos a solas con Cam, para poder juzgar por sí misma cómo se sentía ella.

Aquello la intimidaba, aunque lo necesitaba.

Pero no siempre era posible o necesario actuar conforme a los sentimientos, aun cuando fueran muy fuertes. Si después de volver a verle considerara que lo mejor para todos era dar un gran paso hacia atrás, lo daría.

No dudaba de que él tenía una voluntad de hierro. Pero también la tenía Anna Spinelli. Podía competir a ese respecto con Cameron Quinn cualquier día. Y podría ganar.

Y cuando se estaba convenciendo a sí misma de ese hecho, Anna introdujo su cochecito en el camino de acceso a la casa.

Y en ese momento, Cam salió al porche.

Permanecieron donde estaban durante un momento, observándose el uno al otro. Cuando él descendió del porche hacia el camino, con aquel cuerpo robusto ceñido en negro, el pelo oscuro rebelde y aquellos inescrutables ojos grises, el corazón de ella empezó a latir desenfadadamente y luego paró de repente.

Anna deseó que aquella boca de aspecto rudo la besara y que aquellas manos de palmas ásperas la tocaran. Deseaba que aquel cuerpo tan masculino clavara el suyo en un colchón, y se moviera con la velocidad que tan importante era en su vida. Era absurdo negarlo.

Pero le controlaría, se prometió Anna a sí misma. Lo único que pedía era poder controlarse a sí misma.

La joven salió del coche, vestida con un traje formal de color marrón claro. Se había estirado el cabello hacia atrás de forma concienzuda. En sus labios sin pintar se dibujaba una sonrisa educada y algo distante, y llevaba el maletín.

Por razones que le desconcertaban, Cam experimentaba la misma reacción que había tenido cuando ella cortó el suelo del pasillo con sus tacones aquella noche de lluvia. Lujuria inmediata y rabiosa.

Cuando se dirigió hacia ella, Anna ladeó ligeramente la cabeza, lo justo para enviar un mensaje de alarma. La señal de rechazo era tan clara como un alarido.

Pero Cam avanzó un poco y llegó hasta ella, olisqueando el aire.

—Lo has hecho a propósito —declaró.

—¿Qué he hecho a propósito?

—Llevar el traje de «no me toques» y el perfume de diosa del sexo a la vez, sólo para volverme loco.

—Quédate con el mensaje del traje, Quinn, y sueña con el perfume.

Anna le adelantó y luego miró hacia abajo con tranquilidad cuando la mano de Cam le sujetó el brazo.

—No me estás escuchando.

—Me gusta jugar tanto como a cualquiera, Anna. —Tiró de su brazo hasta que ella se dio la vuelta y se encontraron los dos cara a cara—. Pero puede que tú hayas elegido un mal momento.

La joven pensó que había algo en sus ojos que se mezclaba con el deseo: irritación. Y como se dio cuenta, se moderó un poco.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Algo marcha mal?

—¿Algo marcha bien? —contestó él.

Ella colocó una mano sobre la de él, que seguía agarrada a su brazo, y la apretó ligeramente.

—¿Has tenido un mal día?

—Sí. Bueno, no. Endiablado. —Rindiéndose, la dejó retroceder y se apoyó en el capó del coche. Como prueba de su compasión, ella contuvo una mueca. Acababa de lavar y encerar el coche—. Es por el asunto de la escuela.

—¿Asunto?

—Probablemente te llegue un informe oficial o algo al respecto, así que quiero darte nuestro punto de vista personalmente.

—¡Puntos de vista! Bien, oigámoslo.

Así que él se lo contó, y notó cómo le hervía la sangre cuando llegó al punto en el que vio las heridas en el brazo de Seth, y terminó levantándose del coche y dando vueltas a su alrededor mientras acababa la historia relatándole cómo lo habían resuelto.

—Lo hicisteis muy bien —murmuró Anna, casi al borde de la risa cuando él se detuvo y la miró con desconfianza—. Por supuesto que golpear al otro chico no era la respuesta, pero...

—Creo que fue una buena respuesta.

—Lo comprendo, y vamos a dejarlo por ahora. Mi opinión es que hiciste lo que tenías que hacer. Fuiste allí, escuchaste y convenciste a Seth de que te contara la verdad, y luego le defendiste. Dudo que él esperara eso de ti.

—¿Por qué no..., por qué no iba yo a...? Creo que Seth tenía razón.

—Créeme, no todo el mundo da la cara por sus hijos.

—No es mi hijo. Es mi hermano.

—No todo el mundo da la cara por su hermano —corrigió ella—. Que fuerais los tres estuvo bien, y es algo que desafortunadamente no todo el mundo haría. Habéis dado un paso adelante, y creo que vosotros lo veis así también. ¿Es eso lo que te preocupa?

—No, eso es una tontería. Son otras cosas que no importan.

No podía hablar de la investigación sobre la muerte de su padre, o el cotilleo del pueblo sobre aquella espinosa cuestión. Tampoco creyó que fuera un punto a su favor el que le confesara que se encontraba atrapado y soñando con escapar.

—¿Cómo se lo ha tomado Seth?

—Está tranquilo —contestó Cam alzando un hombro—. Fuimos a navegar ayer y pescamos algo. Dejamos que pasara el día.

Anna volvió a sonreír, y esta vez puso el corazón en ello.

—Me hubiera gustado estar presente para ver cómo ocurría. Estás empezando a interesarte por él.

—¿De qué estás hablando?

—Estás empezando a preocuparte por él. De forma personal. Empieza a ser algo más que una obligación, una promesa por cumplir. El chico te importa.

—Dije que me haría cargo de él. Eso es lo que estoy haciendo.

—Te importa —repitió ella—. Eso es lo que te preocupa, Cam. Eso es lo que ocurre cuando uno se interesa de verdad por alguien.

El la miró, observando el recorrido del sol al descender para posarse en su espalda y el modo en que sus ojos miraban oscuros y cálidos a los suyos. Puede que estuviera preocupado, admitió, pero no sólo por esos sentimientos cambiantes sobre Seth.

—Yo acabo lo que empiezo, Anna. Y no huyo de mi familia. Parece que el chico se está adaptando a esto. Pero soy un egoísta hijo de puta. Pregunta a quien quieras.

—Hay algunas cosas que prefiero averiguar yo misma. Y ahora, ¿vamos a cenar esos cangrejos o no?

—Ethan debería haber traído la cesta ya. —Cam dio un paso adelante como si quisiera ayudarla a entrar. Luego, considerando que ya se había relajado, la cogió entre sus brazos y la alzó para darle un beso ardiente que estremecía el corazón.

—¿Lo ves?, esto es para mí —susurró él cuando estuvieron jadeantes y temblorosos—. Lo deseo y lo obtengo. Te advertí que era un egoísta.

Anna se echó hacia atrás y se ajustó tranquilamente la arrugada chaqueta, y luego se pasó una mano por el pelo para asegurarse de que estaba en su sitio.

—Lo siento, pero a mí me ha gustado tanto como a ti. Así que yo no lo calificaría como un acto egoísta.

Cam rió a pesar de que el pulso se le había disparado.

—Déjame intentarlo de nuevo. A ver si lo logro esta vez.

—De momento, paso. Quiero cenar. —Al decir aquello,

subió suavemente las escaleras, llamó brevemente a la puerta y entró lentamente en la casa.

Cam se quedó donde estaba con el ceño fruncido. Pensó que aquella mujer iba a conseguir que ese episodio de su vida fuera memorable.

Para cuando Cam recorrió el camino de entrada hacia la casa y llegó a la cocina, Anna ya estaba hablando con Phillip y aceptando un vaso de vino.

—Tienes que beber cerveza con los cangrejos —le dijo Cam sacando una de la nevera para él.

—No estoy comiendo nada de momento. Y Phillip me ha asegurado que éste es un vino blanco muy bueno —respondió Anna. Dio un sorbo, lo saboreó y sonrió—. Y tiene toda la razón.

—Es uno de mis blancos favoritos. —Al ver que ella asentía, Phillip le rellenó el vaso— Suave, delicado y no demasiado intenso.

—Phillip es un esnob de los vinos —dijo Cam mientras destapaba la botella de Harp y se la llevaba a los labios—. Pero le dejamos que viva aquí, en cualquier caso.

—¿Y cómo marcha todo? —inquirió Anna mientras se preguntaba si ellos se darían cuenta de lo masculina que parecía la casa. Ordenada como un alfiler, sí, pero sin un solo toque femenino—. Debe de resultar extraño adaptarse los tres al mismo hogar otra vez.

—Bueno, no nos hemos matado unos a otros —respondió Cam enseñando los dientes a su hermano con una sonrisa— todavía.

Riéndose, ella se dirigió a la ventana.

—¿Y dónde está Seth?

—Está con Ethan —dijo Phillip—. Están cocinando los cangrejos en el hoyo.

—¿El hoyo?

—Aquí a la vuelta. —Cam la cogió de la mano y tiró de ella hacia la puerta—. Mamá no nos habría dejado cocinar los cangrejos en la casa. Era doctora, pero también era escrupulosa. No le gustaba mirar. —La llevó fuera del porche, hablando mientras bajaban las escaleras—. Papá tenía este hoyo de ladrillos en el costado de la casa. Me caí el primer verano. No se le daba muy bien poner ladrillos, pero lo reconstruimos.

Cuando dieron la vuelta a la esquina, ella vio a Seth y a Ethan de pie al lado de una gran caldera que se hallaba encima de una hoguera, colocada en un hoyo recortado con las paredes de ladrillo. Salían oleadas de humo, y el sonido de unas patas que rascaban y arañaban se escapaba de un barril de acero que estaba sobre el suelo.

Anna miró el barril y la caldera un par de veces.

—¿Sabes? Creo que yo también soy un poco escrupulosa.

Retrocedió y se dio la vuelta para mirar el agua. No le importó que Cam se riera de ella, especialmente cuando

oyó a Seth alzar la voz con un tono de nerviosismo desesperado.

—¿Les vais a meter ahora? Tío, joder, ¡Ése es gordísimo!

—Le dije que vigilara su lengua esta noche, pero no sabe todavía que estás aquí.

Ella se limitó a mover la cabeza.

—Suenan bastante normal. —Se estremeció un poco al oír el sonido de las patas, y la exclamación de gusto y disgusto de Seth—. Y creo que lo que está ocurriendo a la vuelta de la esquina es lo suficientemente salvaje como para asustarle. —Y se llevó la mano rápidamente a la cabeza, como para protegerse, cuando oyó el sonido de los cangrejos al caer.

—Me gusta suelto. —Cam tiró la horquilla que le había quitado.

—Y a mí recogido —dijo ella suavemente comenzando a caminar hacia el agua.

—Apuesto a que vamos a chocar respecto a un montón de cosas. —Cam dio un sorbo a su cerveza y le dirigió una larga mirada mientras caminaban—. Esto va a resultar interesante.

—Dudo que ninguno de nosotros se aburra. Seth es lo primero, Cam. Lo digo en serio. —Ella hizo una pausa y escuchó el sonido musical del agua que golpeaba el casco de los barcos y la línea de la costa. En lo alto de uno de los postes indicadores había un gran nido. Las boyas se mecían con la marea.

—Puedo ayudarle, y no creo que siempre vayamos a estar de acuerdo en lo que es mejor para él. Es importante que mantengamos ese tema totalmente aparte cuando acabemos en la cama.

Cam agradeció no haber dado otro sorbo a la botella. Su mente no dudaba que se habría atragantado.

—Puedo hacerlo.

Anna alzó la cabeza cuando una garceta alzó el vuelo y se preguntó si el nido sería suyo.

—Cuando esté segura lo haré. Utilizaremos mi cama. Mi apartamento es más privado que tu casa.

Cam se rascó el estómago con la mano, en un intento fútil de calmarse.

—Vaya, eres muy directa, ¿no?

—¿De qué vale ser de otro modo? Somos personas adultas y sin ataduras. —Ella le lanzó una mirada..., un movimiento de pestañas, una ceja elevada—. Pero si eres del tipo de los que prefieren que yo finja que soy reticente a la seducción, lo siento.

—No, me parece muy bien así. —Si no fuera a explotar mientras—. Sin juegos, sin pretensiones y sin promesas... ¿De dónde diablos has salido tú? —terminó diciendo, fascinado.

—De Pittsburgh —dijo ella con suavidad, comenzando a

retroceder hacia la casa. —No me refería a eso.

—Lo sé. Pero si pretendes acostarte conmigo deberías interesarte por los datos básicos. Sin juegos, sin pretensiones, sin promesas; eso está bien, pero yo no me acuerdo con desconocidos.

Cam colocó una mano en su brazo antes de que ella se acercara demasiado a la casa. Quería tener otro momento a solas.

—De acuerdo, ¿cuáles son los datos básicos?

—Tengo veintiocho años y ascendencia italiana. Mi madre... murió cuando yo tenía doce y me eduqué básicamente con mis abuelos.

—En Pittsburgh.

—Eso es. Son maravillosos, a la antigua usanza y con energía; encantadores. Puedo hacer una salsa rosa terrorífica en un segundo... La receta ha estado en manos de mi familia desde hace generaciones. Me trasladé a la capital justo al acabar la universidad, trabajé allí y realicé algunos estudios de graduado. Pero Washington no iba conmigo.

—¿Demasiado politiquero?

—Sí y demasiado urbana. Yo buscaba algo diferente, así que acabé aquí.

Cam echó un vistazo a la tranquilidad del patio, a la tranquilidad del agua.

—Esto es muy diferente a la capital, es verdad.

—Me gusta. También me gustan las novelas de terror, las películas intrascendentes y cualquier tipo de música excepto el jazz. Leo revistas de arriba abajo sin saber por qué, y aunque me encuentro cómoda con todo tipo de gente, no me gustan las grandes fiestas sociales. —Anna se detuvo, considerando la situación. Pensó que ya se vería cuánto más querría él saber de ella—. Creo que es suficiente por ahora, además mi vaso está vacío.

—No te pareces en nada a la primera impresión que tuve sobre ti.

—¿No? Pues tú te adaptas exactamente a la impresión que tuve de ti.

—¿Hablas italiano?

—Con fluidez.

Cam se echó hacia adelante y le murmuró al oído una sugerencia explícita y altamente cargada de sexualidad. Algunas mujeres le habrían abofeteado, otras se habrían reído y otras se habrían sonrojado. Anna se limitó a dejar escapar un sonido ronroneante por la garganta.

—Tu acento es mediocre, pero tu imaginación está bastante bien. —Le dio una ligera palmada en el brazo—. No te olvides de preguntármelo de nuevo... en otra ocasión.

—Claro que lo haré, maldita sea —dijo Cam observando su sonrisa suave y abierta al ver venir a Seth con el barril dando la vuelta a la esquina de la casa.

—Hola, Seth.

El chico dio un patinazo y se paró. Aquella mirada preocupada y distante se apoderó de sus ojos.

—Sí, hola. Ethan dice que podemos cenar cuando queramos.

—Bien, estoy hambrienta. —Aunque sabía que Seth se sentía forzado con ella, siguió caminando hacia él—. Me han dicho que fuisteis a navegar ayer.

Los ojos de Seth se apartaron de ella y miraron a Cam de manera acusadora.

—Sí, ¿y?

—Yo nunca he ido. —Lo dijo rápidamente, sintiendo el suspiro de Cam—. Cam me ha ofrecido que vaya alguna vez con vosotros.

—Es su barco —respondió Seth. Luego, al captar el ceño fruncido de Cam, se encogió de hombros y dijo—: Sí, será estupendo. Se supone que tengo que conseguir una tonelada de papel de periódico para colocar en el porche. Así coméis vosotros los cangrejos.

—Bien. —Antes de que Seth pudiera huir, ella se agachó y le susurró al oído—: Menos mal que Cam no los ha cocinado.

Aquello hizo que él soltara una risita e hiciera un gesto fugaz antes de darse la vuelta y correr hacia adentro.

DIEZ

No estaba tan mal para ser una trabajadora social. Seth llegó a esta meditada conclusión sobre Anna una vez que se retiró a su habitación para trabajar en su redacción antiviolencia. En vez de ponerse a ello, se dedicó a hacer dibujos; rápidos y pequeños bocetos de rostros. Había tenido una semana demasiado estúpida como para terminar escribiendo sobre aquel estúpido asunto. No le llevaría más de un par de horas una vez que comenzara a hacerlo. Era injusto, pero mejor que dejar que le expulsaran por culpa de aquel cara gorda de Robert.

Todavía podía cerrar los ojos y rememorar la imagen de los tres hermanos Quinn de pie en el despacho de la directora. Los tres hermanos a su lado enfrentándose a la poderosa Moorefield. Pensó que había sido tan... guay, y comenzó a hacer garabatos acerca de aquel instante en su cuaderno. Allí..., allí estaba Phillip con su traje elegante, su cuidado cabello y su cara de intolerante. Seth pensó que se parecía a los de los anuncios de revista, aquellos que vendían tonterías que sólo los tipos ricos podían comprar.

Luego retrató a Ethan, con su rostro serio y las greñas, aun cuando Seth recordó cómo se había peinado justo antes de salir para la escuela. Su aspecto era exactamente el que se veía: el de un tipo que se ganaba la vida y la vivía al aire libre.

Y luego estaba Cam, duro y rudo, con ese brillo de maldad en la mirada. Con los pulgares metidos en los bolsillos delanteros de sus vaqueros. Sí, eso era, pensó Seth. Él adoptaba también esa postura cuando estaba enfadado. Incluso en el basto dibujo daba la impresión de alguien que lo había hecho casi todo y que seguía planeando hacer un poco más.

Por último, se dibujó a sí mismo tratando de ver lo que los otros verían. Sus hombros eran demasiado delgados y huesudos, pensó con cierta desilusión. Pero no siempre sería así. Su rostro era demasiado delgado para los ojos, pero también se rellenaría algún día. Algún día sería más alto, más fuerte y no tendría el aspecto de un muchacho enclenque. Pero había mantenido la cabeza alta, ¿no? No

había tenido miedo de nada. Y no daba la impresión de estar en aquel dibujo como por casualidad. Ese parecía ser su sitio.

«El que se mete con un Quinn se mete con todos.» Eso es lo que había dicho Cam... y seguro que lo pensaba en serio. Pero él no era un Quinn, pensó Seth mientras fruncía el ceño sosteniendo el boceto para estudiar los detalles. O puede que sí lo fuera, no estaba seguro. No le importaba si Ray Quinn había sido su padre, como decían algunas personas. Lo único que le importaba era estar lejos del alcance de ella.

No le importaba quién había sido su padre. Seguía sin importarle, se aseguró a sí mismo. Le importaba un comino. Lo único que quería era seguir estando allí, sólo allí.

Nadie le había puesto la mano o el puño encima desde hacía meses. Nadie estaba atiborrado de drogas hasta el punto de tirarse al suelo durante tanto tiempo y con tal inmovilidad que parecía un muerto, aunque en el fondo deseara que así fuera. Ya no había tipos gordos con manos sudorosas que intentaban meterle mano.

Ni siquiera iba a seguir pensando en aquello.

Comer cangrejos había sido también bastante guay. Una experiencia buena y un poco pringosa, recordó con una mueca. Había que comerlos con las manos. La trabajadora social tampoco se había comportado de manera femenina y formal. Se había quitado la chaqueta y se había remangado la camisa. No parecía que estuviera observando si él eructaba o se rascaba el culo o algo parecido.

Recordó que ella se había reído mucho. No estaba acostumbrado a que las mujeres se rieran mucho sin estar llenas de cocaína. Y aquella era una risa diferente. Seth lo sabía. La señorita Spinelli no era violenta, ni irritable ni desesperada. Por el contrario era silenciosa y tranquila, según su impresión.

Tampoco nadie le había dicho que no comiera más. Tío, apostaría a que había comido un centenar de aquellos feos mamones. Ni siquiera puso cuidado en comerse la

ensalada, aunque lo intentó.

No había tenido aquella sensación corrosiva y enfermiza en el estómago, de hambre desesperada, desde hacía mucho tiempo, tanto que debería haberla olvidado. Pero no había olvidado nada.

Le dio miedo que la trabajadora social quisiera llevarle de vuelta, pero parecía bastante buena con él. Y había visto cómo ella le daba trocitos de cangrejo y pan a Tonto a escondidas, así que no podía ser tan mala.

Pero le habría gustado más si hubiera sido una camarera o algo así, como Grace.

Cuando aquellos ligeros golpes sonaron en su puerta, Seth cerró de golpe el cuaderno, ocultando los bocetos, y abrió rápidamente otro donde estaban garabateadas las primeras doce palabras de las quinientas de la redacción.

—¿Sí?

Anna metió la cabeza.

—Hola. ¿Puedo entrar un minuto?

Era extraño que se lo preguntara, y pensó si ella se daría la vuelta y se iría si le dijera que no. Pero en vez de eso se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—Me tengo que ir enseguida —comenzó a decir mientras hacía una inspección rápida de la habitación. Dos camas, hechas de manera inexperta, un tocador y una mesa recios, una pared con estantes que contenían algunos libros, un equipo estéreo portátil de aspecto muy nuevo y un par de binoculares no tan nuevos. Había unas pequeñas persianas blancas en las ventanas y las paredes estaban pintadas de color verde pálido.

Necesitaba un poco de desorden, pensó. El desorden de un chico. Antiguos juguetes rotos y pósters pegados en la pared. Pero el cachorro roncando en la esquina era un buen comienzo.

—Esto es bonito —comentó Anna dirigiéndose a la ventana—. Tienes buena vista sobre el agua y los árboles. Puedes observar los pájaros. Yo me compré un libro sobre aves acuáticas locales cuando me trasladé desde la capital para poder distinguir unas de otras. Debe de ser bonito ver garcetas todos los días.

—Me imagino.

—Me gusta esto. Es difícil que no guste, ¿verdad? —Seth se encogió de hombros, tratando de seguir la vía cautelosa.

—Está bien. No tengo problemas.

Ella se dio la vuelta y observó el cuaderno.

—¿La horrible redacción?

—Ya la he empezado. —Defensivamente, se acercó al cuaderno un poco más... y tiró el otro al suelo. Antes de que pudiera agarrarlo, Anna se agachó para cogerlo.

—Vaya, ¡mira esto! —El cuaderno había caído mostrando un boceto del cachorro, sólo de su cara er-

guida, y Anna pensó que el artista había captado a la perfección aquella expresión tan dulce y embobada.

—¿Lo has dibujado tú?

—No es gran cosa. Y ahora se supone que tengo que hacer la maldita redacción, ¿no?

Anna debería haber suspirado con su respuesta, pero estaba demasiado fascinada con el dibujo.

—Es maravilloso. Es igual que él. —Sus dedos estaban a punto de pasar las hojas para ver lo que Seth había dibujado, pero se resistió y dejó el cuaderno en la mesa—. Yo no soy capaz de dibujar ni un simple palitroque.

—No es nada. Una pérdida de tiempo.

—Bien, si no lo quieres, ¿me podría quedar con él?

Seth pensó que podría tratarse de un truco. Después de todo, ella se había vuelto a poner su chaqueta y llevaba el maletín. Volvía a parecer una trabajadora social en vez de la mujer que se había remangado la camisa y se había reído comiendo cangrejos cocidos.

—¿Para qué?

—No puedo tener mascotas en mi apartamento. Menos mal —añadió—. No sería justo tener a una encerrada todo el día mientras trabajo pero —dijo sonriendo y echando una mirada al cachorro dormido—, me encantan los perros. Cuando pueda tener una casa y un patio, tendré un par de ellos. Pero hasta entonces, tengo que jugar con las mascotas de los demás.

Le pareció extraño. En la mente de Seth los adultos se comportaban... a menudo con mano de hierro. Hacían lo que querían cuando querían.

—¿Por qué no te mudas a otro lugar?

—El lugar que tengo está cerca del trabajo y tiene un alquiler razonable. —Anna volvió a mirar por la ventana hacia la franja de tierra y agua. Ambas se iban oscureciendo a medida que caía la noche—. Tiene que ser así hasta que me pueda ocupar de conseguir la casa y el patio. —Se dirigió a la ventana, sumergiéndose en aquella tranquila vista. La primera estrella cobró vida en el horizonte y casi pide un deseo—. Algún lugar cerca del agua. Como éste. De todos modos...

Se dio la vuelta y se sentó en el borde de la cama frente al chico.

—Sólo quería subir antes de irme para ver si había algo de lo que quisieras hablar, o alguna pregunta que quisieras hacerme.

—No. Nada.

—De acuerdo. —En realidad no esperaba que le hablara abiertamente... todavía—. Puede que quieras saber lo que veo aquí, lo que pienso. —Seth se encogió de hombros y ella lo interpretó como una afirmación—. Veo un montón de tipos que tratan de pensar en cómo vivir juntos y hacer que funcione. Cuatro hombres muy diferentes que chocan unos con otros. Y creo que van a

cometer algunos errores, y que seguramente se enfadarán y no estarán de acuerdo entre sí. Pero también pienso que lo lograrán... al final, porque todos ellos lo desean —añadió con una sonrisa agradable—. Cada uno a su modo quiere lo mismo.

Anna se levantó y extrajo una tarjeta del maletín.

—Puedes llamarme siempre que quieras. Te apunto el teléfono de mi casa por detrás. No veo ninguna razón para tener que volver, de forma profesional, durante un tiempo. Pero puedo volver para encargarme del cachorro. Buena suerte con la redacción.

Cuando ella se dirigía a la puerta, Seth se dejó llevar por el impulso y arrancó el dibujo de Tonto del cuaderno.

—Puedes quedarte esto si quieres.

—¿De verdad? —Anna cogió la hoja y le dedicó una sonrisa radiante—. Dios mío, qué bonito es. Gracias. —Seth se retiró hacia atrás cuando ella se inclinó para besarle en la mejilla, pero la joven la rozó ligeramente con los labios y luego se enderezó. Dio un paso atrás, obligándose a mantener cierta distancia—. Dale las buenas noches por mí a Tonto.

Anna introdujo el dibujo en el maletín mientras bajaba las escaleras. Phillip se hallaba embobado en el piano, y tocaba descuidadamente una melodía melancólica. Aquella era otra habilidad que ella envidiaba. Se sentía desilusionada constantemente por no tener talento.

No se veía a Ethan por ningún lado y Cam caminaba de forma inquieta por el salón.

Pensó que ésa podría ser una estampa típica de los tres hombres; Phillip dejando pasar el tiempo con elegancia, Ethan afuera ocupado en alguna cacería solitaria, y Cam dejando escapar su exceso de energía.

Y el chico arriba en su habitación, haciendo sus dibujos y enfrascado en sus pensamientos.

Cam miró hacia arriba y cuando sus ojos se encontraron sintió como una bola de calor en su interior.

—Caballeros, gracias por la maravillosa cena.

Phillip se levantó y alargó una mano para tomar la suya.

—Nosotros somos los que te damos las gracias. Hacía mucho tiempo que no cenábamos con una mujer tan hermosa. Espero que vuelvas.

«¡Qué dulce!», pensó ella.

—Lo he pasado estupendamente. Decidle a Ethan que es un genio con los cangrejos. Buenas noches, Cam.

—Te acompaño.

Anna había contado con ello.

—En primer lugar —dijo ella cuando se dirigían al exterior—, y por lo que puedo ver, el bienestar de Seth se está cumpliendo. Tiene una supervisión adecuada, una buena casa y apoyo en la vida escolar. Necesitaría zapatos nuevos, pero no me imagino a ningún niño de diez años que no los necesite.

—¿Zapatos? ¿Qué les pasa a sus zapatos?

—No importa —respondió Anna volviéndose a él cuando llegaron al coche—. Todos vosotros tenéis que hacer algunos ajustes, y no hay duda de que Seth es un chico con problemas. Sospecho que sufrió abusos, abusos físicos y quizás sexuales.

—Yo también lo he pensado —comentó brevemente Cam—. Eso no pasará aquí.

—Lo sé. —Ella colocó una mano en su brazo—. Si tuviera la más mínima duda al respecto, me lo llevaría. Cam, necesita asesoramiento profesional. Todos vosotros lo necesitáis.

—¿Asesoramiento? Eso son estupideces. Nosotros no necesitamos vaciar nuestro interior con ningún psiquiatra del condado.

—Algunos psiquiatras del condado son muy buenos en su trabajo —dijo ella secamente—. Como yo tengo un título de psicóloga, se me podría considerar una psiquiatra mal pagada del condado, y soy muy buena en lo mío.

—Bien. Has hablado con él y ahora estás hablando conmigo. Ya estamos asesorados.

—No lo pongas difícil. —Su voz era deliberadamente moderada porque sabía que provocaría un brillo de desconcierto en sus ojos. Era justo, pues él también le había desconcertado a ella.

—No lo estoy poniendo difícil. He colaborado contigo desde el principio.

Más o menos, pensó ella, y para seguir siendo justa admitió que era más de lo que había esperado.

—Habéis tenido un buen comienzo, pero un profesional os ayudará a sacar las cosas del interior y llegar a la raíz de los problemas.

—Nosotros no tenemos problemas.

Anna no habría esperado tanta resistencia en algo tan básico, pero debería haberlo hecho.

—Por supuesto que los tenéis. A Seth le aterroriza que le toquen.

—No le da miedo que le toque Grace.

—¿Grace? —Anna apretó los labios para pensar—. ¿Grace Monroe, la de la lista que me diste?

—Sí, se encarga ahora de las tareas domésticas, y el chico está loco por ella. Puede que haya perdido un poco la chaveta por ella.

—Eso está bien, es sano. Pero es sólo un comienzo. Cuando un muchacho ha sufrido abusos le quedan huellas.

¿Para qué diablos estaban hablando de todo aquello?, pensó él con impaciencia. ¿Por qué estaban hablando de psiquiatras y escarbando en las viejas heridas cuando todo lo que él quería era unos pocos minutos de suave flirteo con una mujer bonita?

—Mi viejo solía sacudirme el pellejo. ¿Y qué? Sobreviví. —Odiaba recordarlo, odiaba estar al lado de la casa que había sido su refugio y recordarlo—. La madre del chico le golpeaba. Bien, no va a tener oportunidad de volver a hacerlo. Ese capítulo está cerrado.

—Nunca se cierra —dijo Anna pacientemente—. Cualquier capítulo que empieces siempre se basa en el capítulo anterior. Te estoy recomendando asesoramiento ahora, y lo voy a recomendar en mi informe.

—Adelante. —Cam no podía explicar por qué le enfurecía sólo pensarlo. Sólo sabía que se condenaría si tuviera que pedirle a sí mismo o a alguno de sus hermanos que volvieran a abrir aquellas puertas, cerradas hacía ya tanto—. Recomienda lo que quieras. Eso no significa que lo tengamos que hacer.

—Tenéis que hacer lo mejor para Seth.

—¿Cómo diablos sabes qué es lo mejor?

—Es mi trabajo —respondió ella ahora con frialdad porque estaba empezando a irritarse.

—¿Tu trabajo? Tienes un título universitario y un montón de formularios. Nosotros somos los que lo hemos vivido, los que lo vivimos. Tú no sabes nada sobre ello, lo que se siente cuando te abofetean la cara y no puedes hacer nada para impedirlo. Tener encima a unos gilipollas burocráticos del condado que no saben una mierda sobre cómo resolver lo que le pasa a tu vida.

¿Qué no lo sabía? Ella pensó en una carretera oscura y desierta, en el terror. En el miedo y los gritos. Se recordó a sí misma que no debía entrar en su vida personal, aunque le oprimiera el estómago.

—Tu opinión sobre mi profesión quedó clara como el cristal en nuestra primera entrevista.

—Es verdad, pero he cooperado. Te informé de todo y todos nosotros hemos tomado medidas para que esto funcionara. —Metió los pulgares en los bolsillos delanteros en un gesto que Seth habría reconocido—. Sin embargo, nunca es suficiente. Siempre hay algo más.

—Si no hubiera algo más —contestó ella—, no estarías tan enfadado.

—Por supuesto que estoy enfadado. Aquí hemos estado moviendo el culo. Acabo de rechazar la mejor competición de mi carrera. Tengo un niño en las manos que me mira a cada minuto como si fuera un enemigo, y al minuto siguiente, su salvación. ¡Por Dios santo!

—Y es más duro ser su salvación que su enemigo.

Pero ¿cómo diablos sabía ella tanto?

—Ya te lo digo, lo mejor para el chico y para todos es que nos dejes solos. Si necesita zapatos le compraré los malditos zapatos.

—¿Y qué vas a hacer con el hecho de que le asusta que le toquen, incluso del modo más casual, incluso tú o tus hermanos? ¿Vais a comprarle el miedo?

—Lo superará. —Cam estaba ahora atrincherado y se negaba a permitir que ella se inmiscuyera.

—¿Superarlo? —La súbita furia hizo que casi tartamudeara. Y luego salieron las palabras como una corriente que hizo que el rayo de miedo de sus ojos estuviera envenenado—. ¿Porque tú quieres? ¿Porque se lo has dicho? ¿Sabes tú lo que es vivir con esa clase de terror? ¿Ese tipo de vergüenza? ¿Tenerlo embotellado dentro de ti y que el veneno vaya saliendo gota a gota incluso cuando alguien que te ama quiera apoyarte?

Abrió bruscamente la puerta de su coche y tiró dentro el maletín.

—Yo lo sé. Sé exactamente cómo es. —El agarró su brazo antes de que ella pudiera meterse en el coche—. Quítame la mano de encima.

—Espera un minuto.

—He dicho que me quites la mano de encima.

Como ella estaba temblando, lo hizo. En algún momento de la discusión, Anna había pasado de la irritación profesional a la rabia personal. El no había notado el cambio.

—Anna, no voy a dejar que te pongas al volante de ese coche estando tan nerviosa. Acabo de perder a alguien a quien quería y no voy a dejar que vuelva a suceder.

—Estoy bien. —Aunque lo dijo mordiendo las palabras, las terminó con un largo y prolongado suspiro—. Soy perfectamente capaz de conducir hasta casa. Si quieres hablar de la posibilidad de asesoramiento de forma racional, puedes llamar a mi despacho para concertar una cita.

—¿Por qué no damos un paseo? A los dos nos tranquilizaría.

—Yo estoy tranquila. —Se deslizó dentro del coche y casi le cerró la puerta en los dedos—. Sin embargo, tú sí que podrías darte uno y tirarte al muelle.

Cam lanzó una maldición cuando ella se alejó. Por un instante pensó seguirla, sacarla del coche y pedirle que terminaran la maldita y estúpida discusión. Pero el siguiente pensamiento fue el de regresar a casa y olvidarlo. Olvidarla.

Sin embargo, se acordó de la mirada herida que había aparecido en sus ojos y el sonido de su voz cuando había dicho que sabía lo que era estar asustada, avergonzada.

Se dio cuenta de que alguien la había herido. Y en ese momento todo lo demás cayó en el olvido.

Anna cerró de golpe la puerta de su apartamento, se quitó los zapatos de un tirón y los lanzó al otro lado de la habitación. Su temperamento no era del tipo que se encendía, bullía y luego se enfriaba. Era algo que hervía a fuego lento, cocía, se maceraba y luego se vomitaba.

El viaje de vuelta no le había calmado en absoluto; lo único que consiguió fue que sus emociones se intensificaran.

Arrojó el maletín sobre el sofá, se quitó la chaqueta del traje y la tiró también encima. ¡Qué hombre tan ignorante y cabezota! Se masajeó las sienes. ¿Qué le hizo pensar que conseguiría hacerle entender? ¿O que deseaba hacerlo?

Cuando oyó los golpes en la puerta, apretó los dientes. Creyó que su vecina querría intercambiar noticias o cotilleos.

No estaba de humor.

Decidida a ignorarla hasta que estuviera calmada, empezó a quitarse las horquillas del pelo.

Volvieron a sonar golpes, ahora más fuertes.

—Venga, Anna. Abre la maldita puerta.

En aquel momento sólo pudo quedarse mirando, mientras la conmoción y la rabia hacían que sus oídos pitaran. ¿Aquel hombre la había seguido a casa? ¿Había tenido el valor de recorrer el camino hasta su puerta y esperar que le diera la bienvenida?

Probablemente él pensaba que ella estaba tan consumida por el deseo que se abalanzaría sobre él y se revolcarían salvajemente en el suelo del salón. Pues bien, se iba a llevar una sorpresa.

Anna se dirigió a la puerta a zancadas y la abrió de un tirón.

—Eres un hijo de puta.

Cam observó su rostro furioso, el cabello suelto, y los ojos que brillaban de venganza, y pensó que sería una perversidad por su parte encontrar aquello excitante.

¿Pero qué podía hacer?

Se fijó en el puño apretado.

—Adelante —le invitó él—. Pero si me zurras tendrás que escribir una redacción de quinientas palabras sobre la violencia en nuestra sociedad.

Anna dejó escapar de la garganta un sonido bajo y amenazador, e intentó cerrarle la puerta en la cara. Cam fue lo suficientemente rápido para pararla con una mano y lo suficientemente fuerte para apoyar su peso en ella y mantenerla abierta.

—Quería asegurarme de que habías llegado bien a casa —comenzó a decir mientras luchaban contra la puerta—. Y como estaba cerca, pensé que podría subir.

—Quiero que te vayas. Muy lejos. De hecho, quiero que te vayas derecho al infierno.

—Me hago cargo pero, antes de hacer el viaje, concédeme cinco minutos.

—Ya te he dado demasiado tiempo.

—¿Qué importan cinco minutos más? —Para corroborarlo, mantuvo la puerta abierta con una mano..., lo que a ella le enfureció, y se precipitó dentro.

—Si no fuera por Seth llamaría a la policía ahora mismo y haría que te encerraran en la cárcel.

Cam asintió. Había tratado con ese tipo de mujeres enfurecidas y sabía que era el momento de ser prudente.

—Sí, también me hago cargo de eso. Escucha...

—No tengo por qué escucharte. —Utilizando la palma de la mano, le golpeó duramente en el pecho—. Eres insultante, tienes la cabeza dura y estás equivocado, así que no tengo por qué escucharte.

—Yo no estoy equivocado —contestó él—. Tú eres la que estás equivocada. Yo sé...

—Lo sabes todo, ¿no? —le interrumpió ella—. Vienes de ir dando saltos por todo el mundo jugando a ser un temerario de primera, y de repente lo sabes todo sobre qué es lo mejor para un niño de diez años al que conoces desde apenas un mes.

—Yo no jugaba a ser un temerario de primera. ¡Era mi carrera! —estalló él haciendo añicos sus propósitos pacíficos de reconciliación—. Una maldita buena carrera. Y sé lo que es mejor para el chico. Soy el que ha estado ahí día y noche. Tú pasas un par de horas con él y piensas que controlarías mejor el asunto. Eso es una gilipollez.

—Mi trabajo consiste en controlarlo.

—Entonces deberías saber que cada situación es diferente. Puede que a algunas personas les funcione el soltar las tripas ante un extraño y que les analicen los sueños. —Lo había soltado con cuidado, con lógica y sobre la marcha. Estaba decidido a ser absolutamente razonable—. No hay nada erróneo en ello, si a ti te vale. Pero no puedes generalizar. Tienes que considerar las circunstancias y las personalidades en juego, y hacer ajustes.

Anna no podía controlar la respiración, así que dejó de intentarlo.

—Yo no generalizo con la gente a la que he decidido ayudar. Estudio y evalúo y, maldita sea, me preocupo. Yo no soy ninguna gilipollas burocrática que no sabe una mierda. Soy una asistente social con formación y con una experiencia de seis años, y tengo esa formación y esa experiencia porque sé exactamente lo que es estar en el otro lado, lo que es estar herida, asustada, sola y desvalida. Y ningún caso que se me asigna es un mero nombre en un formulario.

Su voz se quebró, hundiéndose en el silencio. Rápidamente retrocedió, llevándose una mano a la boca y elevando la otra para hacerle un signo a él de que se fuera. Sintió que aquello ascendía dentro de ella, y que sería incapaz de detenerlo.

—Vete —logró decir—. Vete de aquí ahora mismo.

—No hagas eso. —Cam se acongojó cuando las primeras lágrimas resbalaron por las mejillas de Anna. Él podía comprender y manejar a las mujeres furiosas. Las que lloraban le destruían—. Tiempo muerto. Falta. Dios mío, no hagas eso.

—Déjame sola —rogó Anna y se dio la vuelta, pensando sólo en escapar, pero él la envolvió con los brazos y

ocultó el rostro en su cabello.

—Lo siento, lo siento, lo siento —repitió Cam. Se habría disculpado por todo, absolutamente todo, si aquello sirviera para suavizar las cosas—. Estaba equivocado. He estado fuera de lugar respecto a todo lo que dijiste. No llores, pequeña. —Él la giró, abrazándola con fuerza. Presionó los labios contra su frente, contra sus sienes. Sus manos le acariciaban el pelo, la espalda.

Luego le besó la boca, con suavidad al principio, para confortarla y tranquilizarla, mientras seguía murmurando ruegos y promesas sin importancia. Pero los brazos de ella se elevaron, enroscándole el cuello, su cuerpo presionó el de él, y sus labios se abrieron con calidez.

El cambio fue rápido, y de repente él se encontró perdido en ella, hundido en ella. La mano que había acariciado suavemente su cabello ahora se enredaba en él, apretada, mientras los besos llegaban a quemar.

Llévame de aquí, fue todo lo que ella podía pensar. No me dejes razonar, no me dejes pensar. Sólo llévame de aquí. Ella deseaba que le acariciaran las manos, que le besara la boca, sentir que los músculos temblaban de deseo bajo sus dedos. Y con aquella fuerte y salvaje sensación de plenitud, ella podría abandonarlo todo.

Ella tembló contra él, se estremeció en sus brazos, y el sonido que dejó escapar contra su boca desesperada era como un gemido. Cam se echó hacia atrás, como si algo le punzara, y aunque sus manos no estaban del todo firmes, las mantuvo en los brazos de ella, manteniéndola a distancia.

—Esto no ha sido... —Tuvo que detenerse, concederse un minuto. Su mente estaba confusa y era improbable que se aclarara si ella seguía mirándole con aquellos ojos oscuros y húmedos, nublados de pasión—. No puedo creer que vaya a decir esto, pero pienso que no es una buena idea. —Recorrió sus brazos de arriba abajo con las manos, y luchó por mantener el control—. Estás preocupada, probablemente sin pensar... —Todavía tenía su sabor, aquel sabor en su propia lengua que le revolvía el interior con una hambre rabiosa—. Dios mío, necesito beber algo.

Enfadada con ellos dos, ella se pasó el dorso de la mano por la mejilla para enjuagarla.

—Haré café.

—Yo no hablaba de café.

—Lo sé, pero si vamos a ser sensatos, contentémonos con el café.

Anna se dirigió a la cocina y se mantuvo ocupada con el proceso casero de moler los granos y preparar el café. Cada nervio de su cuerpo estaba en tensión. Cualquier necesidad que hubiera tenido o imaginado había aflorado de forma brutal.

—Anna, si hubiéramos terminado habrías pensado que me aproveché de la situación.

Ella asintió, y continuó preparando el café.

—O me habría preguntado si fui yo la que lo hizo. En cualquier caso, no es buena idea. Para mí es importante no mezclar nunca sexo y culpabilidad. —Ella le miró entonces con calma, con compostura—. Es vital para mí.

Y entonces él lo supo. Al saberlo, sufrió a la vez rabia y una sensación de impotencia.

—Dios mío, Anna, ¿cuándo ocurrió?

—Cuando tenía doce años.

—Lo siento. —Aquello le hizo sentir náuseas en el estómago, en el corazón—. Lo siento —dijo otra vez torpemente—. No tienes por qué hablar de ello.

—Ahí es donde no estamos de acuerdo. Hablar de ello es lo que me ha salvado al final. —Entonces pensó que él escucharía y que la conocería—. Mi madre y yo habíamos ido a Filadelfia a pasar el día. Yo quería ver la Campana de la Libertad porque estábamos estudiando la Guerra de la Independencia en la escuela. Teníamos un cacharro por coche. Viajamos y visitamos los lugares. Comimos helados y compramos recuerdos.

—Anna...

La joven elevó la cabeza rápidamente de forma desafiante.

—¿Tienes miedo de oírlo?

—Puede. —Se pasó una mano por el pelo. Puede que tuviera miedo de oírlo, miedo de lo que pudiera cambiar entre ellos. Otra tirada de dados, pensó al mirarla, esperando con paciencia. Y comprendió que él también lo necesitaba—. Sigue.

Dándose la vuelta, Anna cogió unas tazas del armario.

—Sólo éramos las dos. Siempre había sido así. Mi madre se quedó embarazada cuando tenía dieciséis años y nunca reveló quién era el padre. Tenerme le complicó la vida enormemente, y debió suponerle bastante vergüenza y apuros. Mis abuelos eran muy religiosos, muy a la antigua usanza. —Anna sonrió un poco—. Muy italianos. Ellos no apartaron a mi madre de sus vidas, pero mi sensación era que les incomodaba tener un papel más que secundario al respecto. Así que teníamos un apartamento del tamaño de una cuarta parte de éste.

Llevó la jarra al mostrador y vertió el aromático y oscuro café.

—Era el mes de abril, un sábado. Ella se había tomado el día libre, así que nos podíamos ir. Pasamos un día increíble y nos quedamos más tiempo del planeado porque nos estábamos divirtiendo. Yo me quedé medio dormida en el viaje de vuelta, y mi madre debió de coger el camino equivocado. Así que nos perdimos, pero ella no dejaba de hacer bromas al respecto. Empezó a salir humo del capó.

Se apartó a un lado de la carretera y salimos del coche. Nos empezó a entrar la risa floja. «Vaya mierda.» «Vaya plan.»

Cam sabía lo que venía a continuación, y le ponía

enfermo.

—Quizás quieras sentarte.

—No, estoy bien. Ella pensó que el radiador necesitaba agua —continuó Anna. Sus ojos se nublaron a medida que recordaba. Podía acordarse del calor que hacía, de la tranquilidad que había, y de cómo la luna aparecía y desaparecía tras las nubes—. íbamos a caminar hasta la casa más cercana para pedir ayuda. Un coche se acercó y paró. Había dos hombres dentro, y uno de ellos se inclinó hacia afuera y nos preguntó si teníamos algún problema.

Anna se llevó la taza a los labios y bebió. Sus manos eran ahora firmes. Podía volver a contarle y volver a vivirlo.

—Recuerdo el modo en que ella apretó su mano contra la mía, cerrándola con tal fuerza que dolía. Más tarde comprendí que tenía miedo. Estaban borrachos. Mi madre dijo algo sobre ir caminando a casa de su hermano y que estábamos bien, pero ellos salieron del coche. Ella me empujó tras de sí. Cuando el primero la agarró, me gritó para que corriera. Pero no pude. No me pude mover. El se reía mientras la toqueteaba y ella se defendía. Y cuando la apartó de la carretera y la tumbó en el suelo, yo corrí e intenté tirar de él. Pero por supuesto no pude, y el otro hombre tiró de mí y me arrancó la camisa.

Una mujer indefensa y una niña indefensa. Los puños de Cam se cerraron a ambos lados de su cuerpo mientras la rabia y la impotencia le recorrían. Le hubiera gustado poder ir hasta aquella carretera aquella noche y machacarles con saña.

—El siguió riéndose —continuó Anna tranquilamente—. Vi su cara con claridad durante unos instantes. Como si estuviera congelada enfrente de mí. Seguí oyendo gritar a mi madre, suplicándoles que no me hicieran daño. Él la estaba violando, podía oír cómo la violaba, pero ella seguía suplicando que me dejaran en paz. Debí de ver que aquello iba a ocurrir, y luchó con más fuerza. Oí cómo el hombre la golpeaba, gritándole que se callara. No parecía real, incluso cuando me estaba violando no parecía que pudiera ser real. Sólo un mal sueño que seguía y seguía, sin parar.

»Cuando acabaron, se dirigieron tambaleando al coche y se fueron. Nos dejaron allí. Mi madre estaba inconsciente. Estaba gravemente herida. Yo no sabía qué hacer. Dijeron que entré en shock, pero no recuerdo nada hasta que estuve en el hospital. Mi madre nunca recuperó el conocimiento. Estuvo en coma durante dos días y luego murió.

—Anna, no sé qué decirte..., qué puedo decirte.

—No te lo he contado para ganarme tu simpatía —respondió Anna—. Ella tenía veintisiete años, un año menos de los que tengo yo ahora. Hace mucho tiempo, pero uno nunca olvida. Nunca se va completamente. Y yo recuerdo todo lo que sucedió aquella noche, todo lo que hice después... hasta que me fui a vivir con mis abuelos. Hice todo lo que pude para hacerles daño, para

hacérmelo a mí misma. Aquél era el modo de afrontar lo que me había pasado. Rechacé los consejos —dijo fríamente—. No quería hablar con ningún psiquiatra serio y estirado. En vez de ello me metí en peleas, busqué problemas, y los encontré. Me acostaba con quien me daba la gana, tomé drogas, me escapé de casa y estaba contra los trabajadores sociales y el sistema.

Anna cogió la chaqueta que había tirado antes y la dobló con cuidado.

—Odiaba a todo el mundo, y a mí más que a nadie. Yo era la que había querido ir a Filadelfia. Yo era el motivo por el que habíamos ido allí. Si no hubiera estado con ella, podría haber huido.

—No —respondió Cam. Quería tocarla, pero tenía miedo de hacerlo. No porque pareciera frágil..., pues no lo era. Parecía increíblemente fuerte—. No, no deberías culparte de nada.

—Sentía la culpa. Y cuanto más la sentía, más golpeaba a todo y a todos los que estuvieran a mi alrededor.

—A veces es lo único que se puede hacer —murmuró él—. Luchar y huir sin pensar hasta que todo acabe.

—A veces no hay nada por lo que luchar, ningún lugar adonde ir. Durante tres años, utilicé lo que sucedió aquella noche para hacer lo que quise. —Volvió a mirar a Cam elevando y bajando la ceja rápida e irónicamente—. No elegí bien. Pensé que era una chica dura cuando acabé en el tribunal de menores. Pero mi asistente social era aún más dura. Me animaba, me estimulaba, me seguía la pista. Y como se negó a abandonarme, lo consiguió. Y como mis abuelos se negaron a abandonarme, lo conseguí.

Con cuidado, ella dejó la chaqueta en el brazo del sofá.

—Podía haber sido diferente. Podía haber sido un fallo más del sistema. Pero no lo fue.

Cam pensó que era increíble que ella hubiera convertido un horror como aquél en fortaleza. Era increíble que hubiera elegido un trabajo que le recordaría cada día lo que le había arruinado la vida.

—Y decidiste devolver la moneda. Hacer el tipo de trabajo que te había salvado la vida.

—Sabía que podía ayudar. Y sí, tenía una deuda, del mismo modo que tú también sientes que tienes una. Sobreviví —dijo mirándole directamente a los ojos—, pero la supervivencia no es suficiente. No era suficiente para mí, ni para ti. Y no será suficiente para Seth.

—Cada cosa a su tiempo —murmuró él—. Quiero saber si cogieron a aquellos hijos de puta.

—No. —Había aprendido hacía tiempo a aceptar y a vivir con aquello—. Pasaron semanas antes de que yo fuera capaz de hacer una declaración. Nunca los cogieron. El sistema no siempre funciona, pero yo he aprendido, y creo que hace lo que puede.

—Yo nunca he pensado así, y esto no me va a cambiar. —Comenzó a tender la mano, luego dudó y la metió en

el bolsillo—. Siento haberte hecho daño, haberte dicho cosas que te han hecho recordar.

—Siempre está ahí —respondió—. Te enfrentas a ello y lo apartas durante largos periodos de tiempo. Pero vuelve una y otra vez porque nunca se va realmente.

—¿Te dejaste aconsejar?

—Al final sí. Yo... —Se interrumpió y suspiró—. Bien, no digo que los consejos hagan milagros, Cam. Lo que te digo es que ayudan y son beneficiosos. Yo los necesité, y cuando finalmente estuve preparada para recibir esa ayuda, me sentí mejor.

—Hagamos lo siguiente —propuso mientras la tocaba, dejando simplemente una mano sobre las suyas encima del mostrador—. Dejaremos eso como una posibilidad. Veamos cómo marchan las cosas...

—Ver cómo marchan las cosas —dijo suspirando, demasiado cansada para discutir. Le dolía la cabeza y sentía su cuerpo vacío y frágil—. Estoy de acuerdo, pero seguiré recomendando asesoramiento en mi informe.

—No te olvides de los zapatos —dijo él secamente, y se quedó aliviado cuando ella se rió.

—No tendré que mencionarlos, porque sé que le llevarás a la tienda este fin de semana.

—Llámallo compromiso. Creo que terminaré comprándoselos.

—Debías de ser bastante obstinado antes.

—Creo que el término que utilizaban mis padres era «testarudo».

—Es reconfortante sentirse comprendida. —Bajó la mirada, observando la mano que cubría la suya—. Si me pidieras quedarte no podría decir que no.

—Quiero quedarme. Te deseo. Pero no te lo puedo pedir esta noche. No es el momento.

Anna comprendió cómo se sentían algunos hombres acerca de una mujer que había sido atacada sexualmente. Se le puso un nudo en el estómago. Pero era mejor saberlo.

—¿Es por lo de mi violación?

No debería ser así. Cam no quiso permitir que lo que le había ocurrido a ella afectara a lo que pudiera suceder entre ellos.

—No quiero que mañana te arrepientas de no haber podido negarte esta noche.

Sorprendida, ella volvió a mirarle.

—Nunca haces lo que se espera de ti.

Cam tampoco hacía lo que él mismo esperaba, por lo menos últimamente.

—Este asunto..., sea lo que sea, no va ser lo que yo esperaba de él. ¿Qué te parece una cita el sábado por la noche?

—Tengo una cita el sábado. —Sus labios se curvaron lentamente. El nudo del estómago se había aflojado—. Pero la anularé.

—A las siete en punto. —Dio la vuelta al mostrador, la besó recreándose en ello, y la volvió a besar—. En algún momento voy a querer llegar hasta el final.

—Yo también.

—Bien. —Soltó un suspiro y se dirigió a la puerta ahora que estaba seguro de que podría—. Esto hará más fácil el camino de vuelta a casa.

Hizo una pausa, y se dio la vuelta para mirarla.

Dijiste que habías sobrevivido, Anna, pero no lo hiciste. Triunfaste. Todo lo que está relacionado contigo es un testimonio de valentía y fortaleza. —Cuando ella le miró, obviamente conmovida, él sonrió un poco—. No lo aprendiste de la trabajadora social o del asesor. Ellos te ayudaron simplemente a pensar. Me imagino que lo aprendiste de tu madre. Debió de ser una mujer increíble.

—Lo era —murmuró Anna, otra vez al borde de las lágrimas.

—Tú también. —Cam cerró la puerta suavemente tras él. Decidió que se tomaría su tiempo en el viaje de vuelta a casa. Tenía un montón de cosas que pensar.

ONCE

Las bonitas mañanas de los sábados de primavera no eran para pasarlas en calles repletas de gente. Para Ethan, había que pasarlas en el agua. La idea de ir de compras..., de compras de verdad..., le resultaba algo casi terrorífico.

—No veo por qué tenemos que hacer esto todos.

Como había sido el primero en subir al jeep, Cam se subió en la parte delantera. Volvió la cabeza para mirar a Ethan.

—Porque estamos juntos en esto. El viejo granero de Claremont se alquila, ¿verdad? Necesitamos un sitio si

vamos a construir barcos. Tenemos que llegar a un trato.

—Qué insensatez —fue lo único que dijo Phillip mientras giraba por Market Street en St. Chris.

—No se puede iniciar un negocio si no se tiene un lugar donde empezar —reiteró Cam. Aquel simple hecho era de una lógica inapelable—. Así que le echamos un vistazo, hacemos el trato con Claremont y comenzamos.

—Licencias, impuestos, materiales, pedidos, por Dios bendito —comenzó a enumerar Phillip—. Herramientas, publicidad, líneas telefónicas, líneas de fax, contabilidad.

—Pues ocúpate tú de ello —respondió Cam encogiéndose de hombros, con gesto descuidado—. En cuanto firmemos el arrendamiento y le compremos al chico unos zapatos, podrás hacer lo siguiente que haya que hacer.

—¿De verdad? —se quejó Phillip al mismo tiempo que Seth decía entre dientes que él no necesitaba zapatos.

—Ethan ya tiene el primer pedido y yo he investigado acerca del edificio. Tú te tienes que ocupar del papeleo. Y tú tendrás los malditos zapatos —le dijo a Seth.

—No sé por qué tienes que dar órdenes a todos.

Cam se limitó a soltar una risa forzada.

—Yo tampoco.

El edificio Claremont no era realmente un granero, pero era tan grande como uno. A mediados de 1700 había sido un almacén de tabaco. Tras la Guerra de la Independencia, los barcos británicos dejaron de llegar a St. Chris con su enorme variedad de mercancías. Los negocios que habían florecido entraron en quiebra.

El resurgir de finales de 1800 fue propiciado por la bahía. Con la mejora de los métodos de envasado y empaquetado se extendió el mercado nacional de ostras, y St. Chris volvió a prosperar una vez más. Entonces el viejo almacén de tabaco se reconvirtió en envasadora.

Luego se explotaron los viveros de ostras y el edificio se convirtió en un glorioso cobertizo de almacenaje. En los últimos cincuenta años había estado tan vacío como antes lleno.

El exterior era poco pretencioso. De ladrillo deslucido por el sol y el clima, y con agujeros del tamaño de un dedo en el cemento. Tenía un viejo techo a punto de hundirse que necesitaba urgentemente una reparación. Las ventanas eran pequeñas y angostas. La mayoría estaban rotas y mugrientas.

—Oh, sí, esto parece prometedor —comentó Phillip con visible disgusto y aparcó el coche en un lugar marcado en el lateral del edificio.

—Necesitamos espacio —le recordó Cam—. No hace falta que sea bonito.

—Menos mal, porque esto está muy lejos de ser bonito.

Con un poco más de interés, Ethan trepó. Se encaramó a la ventana más cercana y utilizó el pañuelo del bolsillo trasero para quitar gran parte de la suciedad que había, y así poder inspeccionar el interior.

—No está mal de espacio. Tiene puertas de carga en la parte posterior y un muelle. Necesita alguna reparación.

—¿Alguna? —dijo Phillip mirando por encima del hombro de Ethan—. El suelo está podrido. Debe de estar infestado de bichos. Probablemente termitas y roedores.

—Puede que sea una buena idea mencionárselo a Claremont —comentó Ethan— para que baje el alquiler. —Al oír ruido de cristales, vio que Cam acababa de atravesar una ventana que había roto con el codo—. Me

parece que vamos a entrar.

—Romper y entrar —dijo Phillip, quien se limitó a sacudir la cabeza—. Es un buen comienzo.

Cam tiró del viejo cierre de la ventana y lo subió.

—Estaba casi roto. Dadme un minuto. —Se precipitó hacia adentro y desapareció.

—Guay —exclamó Seth, y antes de que se oyera una palabra más, trepó también y se metió dentro.

—Bonito ejemplo le estamos dando —manifestó Phillip. Se pasó una mano por la cara y deseó fervientemente no haber dejado de fumar.

—Bueno, piénsalo de este modo. Podríamos haber forzado las cerraduras. Pero no lo hemos hecho.

—Bien. Escucha, Ethan, tenemos que pensar en esto. No hay razón por la que no puedas..., no podamos... construir ese primer barco en tu casa. Una vez que comencemos a alquilar edificios y a presentar cifras de impuestos estaremos comprometidos.

—¿Qué es lo peor que puede ocurrir? Que gastemos tiempo y dinero. Creo que tengo ambas cosas —respondió Ethan. Oyó la mezcla de risas de Cam y Seth que hacían eco en el interior—. Y puede que nos divirtamos mientras estemos en ello.

Se dirigió a la puerta principal, sabiendo que Phillip gruñiría, pero le seguiría.

—He visto una rata —dijo Seth encantado cuando Cam abrió completamente la puerta principal—. Era impresionante.

—Ratas —repitió Phillip. Examinó el poco iluminado espacio con una mueca antes de dirigirse al interior—. Es encantador.

—Tenemos que conseguir un par de gatas —apuntó Ethan—. Son más temibles que los machos.

Miro hacia arriba, inspeccionando el alto techo. La techumbre mostraba claramente los daños producidos por el agua. Había un desván, pero las escaleras que conducían a él estaban rotas. La podredumbre, y probablemente las ratas, se habían comido el arañado techo de madera.

Necesitaría mucha limpieza y arreglos, pero el espacio era amplio. Se permitió a sí mismo soñar.

El olor de la madera bajo la sierra, el aroma de] aceite, el sonido del martillo sobre los clavos, el brillo del bronce, el chirrido de los aparejos. Casi podía ver el modo en que el sol se filtraría por las ventanas nuevas y limpias, iluminando el esqueleto de una balandra.

—Me imagino que tendremos que levantar algunos muros para hacer oficinas —decía Cam. Seth iba de acá para allá, explorando y soltando exclamaciones—. Tendremos que hacer planos o algo así.

—El lugar es un horror —puntualizó Phillip. —Sí, y por eso saldrá barato. Pondremos un par de miles para arreglarlo y...

—Será mejor demolerlo y empezar de nuevo. —Phil, trata de controlar ese optimismo salvaje. —Cam se volvió hacia Ethan—. ¿Tú qué piensas?

—Servirá.

—¿Servirá para qué? —preguntó Phillip alzando las manos—. ¿Para caerse encima de nuestras orejas? —En aquel momento una araña, que Phillip consideró que tenía el tamaño de un Chihuahua, se paseó por la punta de su zapato—. Dadme una escopeta —exclamó.

Cam se limitó a reír y a darle una palmada en la espalda.

—Vamos a ver a Claremont.

Stuart Claremont era un hombre pequeño, de mirada dura y gesto cabreado. Las pequeñas propiedades de St. Chris que le pertenecían casi siempre se caían por falta de reparación. Cuando sus inquilinos se quejaban mucho, él a veces, y gruñendo, lo resolvía con algunas tuberías y unas cuentas soldaduras, o parcheando un techo.

Le gustaba ahorrar para los tiempos difíciles. Pero para Claremont, los tiempos nunca eran lo suficientemente difíciles como para gastarse un centavo.

Por el contrario, su casa de Oyster Shell Lane era un lugar de interés. Todo el mundo decía que Nancy, su mujer, podía ser muy machacona y era ella la que llevaba la voz cantante.

La alfombra que iba de pared a pared era espesa y suave, y los muros estaban empapelados con gusto. Las recargadas cortinas coordinaban implacablemente con las recargadas tapicerías. Las revistas estaban militarmente alineadas en una reluciente mesa de café de madera de cerezo, que hacía juego con unas relucientes mesas de fondo de madera de cerezo, que a su vez hacían juego con unas relucientes mesitas auxiliares también de madera de cerezo.

Nada estaba fuera de su sitio en la casa Claremont. Cada habitación parecía una fotografía de revista. Se parecía a una fotografía, pensó Cam, pero no a la vida.

—Así que les interesa el granero. —Con una mueca que ocultaba sus dientes, Claremont les acompañó a su gabinete. La decoración era de estilo inglés señorial. La madera oscura de los paneles quedaba acentuada por grabados de caza. Había sillas de cuero con grandes cojines de color oporto, un escritorio con adornos de bronce y una chimenea de ladrillo reconvertida en una estufa de gas.

La enorme televisión parecía fuera de lugar.

—Ligeramente —dijo Phillip. Habían acordado durante el camino que Phillip llevaría las negociaciones—. Acabamos de empezar a mirar los alrededores en busca de un lugar.

—Es un antiguo y estupendo lugar. —Claremont se sentó tras su escritorio y les hizo un gesto para que ocuparan las sillas—. Lleno de historia.

—Estoy seguro, pero no nos interesa su historia en este

caso. Parece que hay mucha podredumbre.

—Un poco. —Claremont le quitó importancia con su mano de cortos dedos—. Vosotros vivís por aquí. ¿Qué se podría esperar? ¿Estáis pensando en comenzar algún negocio o algo así, chicos?

—Lo estamos estudiando. Estamos dando los pasos preliminares.

—Ajá. —A Claremont no le pareció eso. Si fuera así, no estarían los tres sentados al otro lado de su escritorio. Mientras pensaba el precio del alquiler que les podría pedir por lo que consideraba un gran peso sobre su cabeza, dirigió la mirada a Seth—. Bien, hablemos de ello, pues. Puede que el chico quiera salir fuera.

—No, no quiere —respondió Cam sin sonreír—. Todos nosotros vamos a hablar de ello.

—Si así lo queréis... —O sea, que así eran las cosas, pensó Claremont. Se moría de impaciencia por contárselo a Nancy. Bueno, había echado un buen vistazo de cerca al chico, y hasta un ciego podría ver a Ray Quinn en aquellos ojos. El santo de Ray, pensó con acritud. Parecía que el poderoso Ray había caído, sí señor. Y él se iba a divertir contándole a la gente todo aquello.

—Quiero un arrendamiento por cinco años —dijo a Phillip, juzgando correctamente quién iba a manejar el negocio al final.

—Nosotros queremos alquilarlo por un año, ampliable a siete. Por supuesto, esperamos que se hagan algunas reparaciones antes de que lo ocuparnos.

—¿Reparaciones? —Claremont se echó hacia atrás en su silla—. ¡Ja! Ese lugar es tan sólido como una roca.

—Y queremos una inspección y tratamiento de termitas. El mantenimiento regular correrá de nuestra cuenta, por supuesto.

—No hay ni un maldito bicho en ese lugar.

—Bien, pues. —Phillip sonrió con complacencia—. Sólo tendrá entonces que concertar la inspección. ¿Cuánto pide de alquiler?

Como estaba enfadado, y como siempre había despreciado a Ray Quinn, Claremont elevó su figura.

—Dos mil al mes.

—Dos... —Antes de que Cam se atragantara con su opinión, Phillip se levantó.

—Bien, no queremos malgastar su tiempo. Nos alegra mucho haberle visto.

—Esperad, esperad —cacareó Claremont, luchando con la leve sensación de pánico que le producía ver cómo se le escapaba rápidamente el trato—. No he dicho que no sea negociable. Después de todo, he tratado a vuestro padre... —Dirigió una sonrisa con los labios apretados directamente a Seth—. Le traté durante más de veinticinco años. No estaría bien que no les diera a sus... hijos una pequeña oportunidad.

—Bien —respondió Phillip. Se volvió a sentar, y se resistió a frotarse las manos. Olvidó todas sus objeciones al plan general ante el placer de negociar un acuerdo—. Negociemos.

—¿Qué demonios he hecho? —se preguntó Phillip treinta minutos más tarde sentado en su jeep, dándose cabezazos contra el volante.

—Un buen trabajo —comentó Ethan dándole golpecitos en el hombro. Esta vez había llegado al jeep antes que Cam, y había ocupado el asiento delantero en calidad de ganador—. Rebajarle el precio inicial a la mitad, conseguir que pague la mayoría de las reparaciones si las hacemos nosotros y confundirle lo suficiente como para lograr que opte por la llamada... «cláusula de control del alquiler» si nosotros escogemos la opción de siete años.

—El sitio es un basurero. Vamos a tener que pagar doce mil dólares al año, sin incluir equipamiento ni mantenimiento, por un agujero.

—Sí, pero ahora es nuestro agujero —dijo Cam satisfecho y estiró las piernas..., o trató de hacerlo—. Levanta un poco ese asiento, Ethan. Estoy atrapado aquí atrás.

—Ni hablar. Quizás me podíais dejar en ese lugar, así podría empezar a pensar en cosas y luego me iré a casa en coche.

—Vamos de compras —le recordó Cam.

—No necesito unos malditos zapatos —volvió a decir Seth, pero como reflexión en vez de con enfado.

—Te vamos a comprar unos malditos zapatos, te vamos a cortar el pelo mientras los compramos y vamos a ir todos al centro comercial.

—Prefiero darme un golpe con un ladrillo antes que ir de compras al centro comercial un sábado. —Ethan se arrellanó en el asiento y se colocó la visera de la gorra encima de los ojos. No podía soportar pensarlo.

—Cuando empieces a trabajar en esa trampa mortal —le dijo Phillip—, probablemente te golpearás con una tonelada de ellos.

—Si me voy a cortar el pelo, todo el mundo debe cortárselo.

Cam echó un breve vistazo al rostro alborotado de Seth.

—¿Tú crees que esto es una democracia? ¡joder! Sé realista, chico. Tienes diez años.

—Tú podrías cortártelo —comentó Phillip, mirando a Cam por el espejo retrovisor y conduciendo hacia el norte para salir de St. Chris—. Tú tienes el pelo más largo que él.

—Cierra el pico, Phil. Ethan, maldita sea, levanta el asiento.

—Odio el centro comercial —declaró Ethan. A modo de desafío, estiró las piernas y bajó una muesca el respaldo de su asiento—. Está lleno de gente. Pete, el barbero,

sigue teniendo su tienda en Market Street.

—Sí, y todo el que sale de allí se parece a Beaver Cleaver —respondió Cam frustrado, y le dio una fuerte patada al asiento de Ethan.

—Quita tus pies de mi tapicería —le advirtió Phillip—. O te vas andando al maldito centro comercial.

—Dile que me deje sitio.

—Si tengo que comprar zapatos, yo los elegiré. Vosotros no tenéis nada que decir al respecto.

—Si voy a pagar los zapatos, llevarás lo que yo te diga y elija.

—Me compraré los asquerosos zapatos yo mismo, tengo veinte dólares.

Cam dejó escapar una risotada.

—Intenta volver a echarle el guante a la realidad, amigo. No puedes comprarte unos zapatos decentes por veinte dólares hoy en día.

—Puedes, si no tienen puesta la etiqueta de ningún diseñador francés de moda en ellos —lanzó Ethan—. Esto no es París.

—Tú no has comprado zapatos decentes en diez años —espetó Cam—. Y si no subes ese jodido asiento te voy a...

—¡Basta ya! —explotó Phillip—. Dejadlo ahora mismo y si no, os juro que voy a coger y a golpear vuestras cabezas, la una contra la otra. Dios mío. —Soltó una mano del volante y se la pasó por la cara—. Me parezco a mamá. Olvidadlo, olvidadlo todo. Mataos el uno al otro. Arrojaré los cuerpos al aparcamiento del centro comercial y me marcharé a México. Aprenderé a preparar mates y los venderé en la playa de Cozumel. Será un lugar pacífico y tranquilo. Me cambiaré el nombre por el de Raúl y nadie sabrá que he tenido relación con una pandilla de locos.

Seth se rascó la tripa y se volvió hacia Cam.

—¿Siempre habla así?

—Sí, casi siempre. Otras veces dice que se llamará Pierre y que vivirá en una buhardilla de París, pero siempre es lo mismo.

—Qué raro —dijo Seth. Sacó un trozo de chicle del bolsillo, lo desenvolvió y se lo metió en la boca. Comprar unos zapatos nuevos iba a ser una aventura.

Todo habría terminado con los zapatos si Cam no se hubiera dado cuenta de que el fondillo de los vaqueros de Seth casi estaba desgastado. No es que fuera un gran plan, pero quizá fuera buena idea, ya que estaban allí, comprar dos pares de vaqueros.

Cam no tenía ninguna duda de que si Seth no se hubiera quejado tanto por tener que probarse los vaqueros, no se habría visto empujado a seguir con las camisas, los pantalones cortos y una cazadora. E incluso terminaron comprando tres gorras, una sudadera y un frisbee que brillaba en la oscuridad.

Cuando intentó recordar en qué momento tuvo aquella ocurrencia, todo era un mar de perchas, quejas y ruido de máquinas registradoras.

Los perros les saludaron con entusiasmo salvaje y desesperado cuando enfilaron el camino de acceso a la casa. Esto habría sido entrañable si no fuera por el hecho de que los dos apestaban a pescado muerto.

Tras algunos tacos, empujones y amenazas, los humanos escaparon hacia el interior de la casa, dejando a los perros fuera con los sentimientos heridos. El teléfono sonaba.

—Que alguien lo coja —pidió Cam—. Seth, llévate toda esa porquería arriba y luego dales un baño a esos perros apestosos.

—¿A los dos? —respondió. La idea le emocionó, pero pensó que era mejor quejarse—. ¿Por qué tengo que hacerlo?

—Porque lo digo yo —contestó Cam. Le fastidiaba caer en algo tan patético, tan de adulto—. La manguera está en la parte de atrás. Dios mío, necesito una cerveza.

Pero como le faltaban las fuerzas incluso para cogerla, se dejó caer en la silla más próxima y se dedicó a observar la nada con la mirada vacía. Si tenía que volver a enfrentarse a ese centro comercial en su vida, se daría un tiro en la cabeza y acabaría con todo.

—Era Anna —dijo Phillip mientras volvía a entrar en el salón.

—¿Anna? Es sábado por la noche. —No pudo reprimir el gruñido—. Necesito una transfusión.

—Me pidió que te dijera que ella se encargaba de la cena.

—Bien, bien. Necesito recomponerme. El chico es tuyo y de Ethan esta noche.

—Es de Ethan —corrigió Phillip—. Yo tengo una cita. —Pero se hundió en una silla y cerró los ojos—. No son ni las cinco y lo único que quiero es caer en la cama y en el olvido. ¿Cómo puede hacer esto la gente?

—Ya tiene ropa suficiente para un año. Si sólo lo tenemos que hacer una vez al año, ¿qué hay de malo en ello?

Phillip abrió un ojo.

—Tiene ropa de primavera y verano. ¿Qué pasará cuando llegue el otoño? Jerséis, abrigos, botas. Y se le habrán quedado pequeñas las malditas cosas que hemos comprado hoy.

—No podemos dejar que eso ocurra. Tiene que haber alguna píldora o algo que le podamos dar. Además, puede que ya tenga un abrigo.

—Vino prácticamente con lo puesto. Papá tampoco trajo ningún equipaje.

—Bien, pensaremos en ello más tarde. Mucho más tarde. —Cam se presionó los ojos con los dedos—. Viste el modo en que le miraba Claremont, ¿verdad? Aquel

destello asqueroso en sus ojos pequeños y brillantes.

—Sí lo vi. Hablará y dirá lo que le apetezca decir. No podemos hacer nada al respecto.

—¿Tú crees que el chico sabe algo, de una u otra manera?

—No sé lo que sabe Seth. No sé cómo lidiar con él. Pero tengo una cita con los investigadores el lunes para ver cómo podemos localizar a la madre.

—Para meternos en problemas.

—Ya estamos metidos en problemas. La única manera de solucionar esto es reunir información. Si al final resulta que Seth es un Quinn de sangre, manejaremos el asunto.

—Papá no pudo haber herido a mamá de esa manera. El matrimonio era algo muy importante para ellos; y el suyo, muy sólido.

—Si tuvo un desliz, seguro que se lo contó —dijo Phillip, quien lo creía firmemente—. Y lo resolverían. Esa parte de su vida no era asunto nuestro, y seguiría sin serlo ahora si no fuera por Seth.

—El no tuvo ningún desliz —murmuró Cam decidido a creérselo—. Te voy a contar una cosa que ellos me dijeron. Uno se casa, hace una promesa y ya está. Me imagino que por eso nosotros tres seguimos en el lado de los solteros en esta vida.

—Puede ser. Pero no podemos ignorar las habladurías, las sospechas. Y si la compañía de seguros impide que se pague la póliza de papá, nos va a dejar a los cuatro atados de pies y manos. Especialmente dado que acabamos de firmar el arrendamiento de ese maldito agujero del infierno.

—Todo saldrá bien. La suerte está empezando a ponerse de nuestro lado.

—¿Ah sí? —preguntó Phil mientras Cam se ponía en pie—. ¿Por qué piensas eso?

—Porque estoy a punto de pasar la noche con una de las mujeres más sexys del planeta. Además, pretendo tener mucha suerte. —Miró hacia atrás mientras comenzaba a subir las escaleras—. No me esperes levantado, hermanito.

Cuando entró en su habitación, Cam oyó el follón que había en el patio. Se encaminó a la ventana y vio a Seth y a los perros. Simon se hallaba sentado estoicamente mientras Seth le enjabonaba. Tonto corría haciendo círculos alocados, ladrando de excitación y terror ante la manguera que soltaba agua en el lugar en que había sido descuidadamente depositada en el suelo.

Por supuesto, el chico llevaba puestos sus zapatos nuevos de marca, que ahora estaban empapados de agua y barro. Se reía como un tonto.

Cam se sorprendió al ver que el muchacho podía reírse de aquella manera. Ignoraba que pudiera tener ese aspecto, feliz sin reservas, joven y alocado.

Simon se puso en pie y se sacudió de forma tan violenta y prolongada que lanzó el agua y el jabón por el aire. Echándose hacia atrás, Seth se resbaló en la hierba húmeda y se cayó de espaldas. Siguió aullando de risa cuando los dos perros se abalanzaron sobre él. Continuaron peleándose sobre el agua, el barro y el jabón hasta que los tres acabaron empapados y mugrientos.

Arriba, Cam siguió observando con una sonrisa de oreja a oreja.

La imagen revoloteaba en su cabeza cuando enfiló el pasillo hacia el apartamento de Anna. Quería poder contárselo durante la cena. Quería compartirlo... y pensó que eso la suavizaría tanto como una cena tranquila en un restaurante a la luz de las velas.

Las rosas que había cogido por el camino tampoco harían daño. Las olió. Si fuera un buen juez de la mente y el corazón femeninos, apostaría todo a que Anna Spinelli tenía debilidad por las rosas amarillas.

Antes de poder llamar a la puerta de Anna, se abrió la puerta del otro lado del pasillo.

—Hola, tú debes de ser el nuevo novio.

—Hola, señora Hardelman. Nos conocimos hace unos días.

—No. Sería mi hermana.

—Ah. —Cam sonrió con precaución. Ella era exactamente igual a la mujer que había salido en otro momento de esa puerta, incluyendo la bata de chenilla rosa—. Bien... ¿qué tal?

—Le has traído flores. Le gustarán. Mis pretendientes solían traerme flores, y mi Henry, Dios se apiade de su alma, me traía lilas cada mes de mayo. Piensa en las lilas el mes que viene, jovencito, si Anna sigue dejándote venir por aquí. A la mayoría los larga, pero puede que a ti te conserve.

—Sí. —Consiguió sonreír aun cuando su corazón se paró con la expresión «te conserve»—. Quizás. —Impulsivamente, extrajo una de las rosas y se la entregó con un pequeño ademán.

—¡Oh! —Un rubor infantil se dibujó en su arrugada cara—. ¡Dios mío! —Sus ojos brillaron de placer mientras olía la rosa—. Qué encantador y amable. Mira, si tuviera cuarenta años menos pelearía con Anna por ti. —Pestañeó a modo de flirteo—. Y ganaría.

—No habría pelea —contestó con un guiño y una mueca de vuelta—. Ah, salude a su... hermana.

—Que pases buena noche. Idos a bailar —añadió mientras cerraba la puerta.

—Buena idea. —Y riéndose por dentro, Cam llamó a la puerta.

Cuando ella respondió a la llamada, con un aspecto tan sexy como para comérsela de tres mordiscos, pensó que el baile debería empezar de inmediato. La agarró y la hizo girar con el redoble elemental y vibrante del clásico

de Bruce Springsteen y la Electric Street Band. Luego la bajó en picado mientras ella se reía y se tambaleaba.

—Bien, hola. —Disfrutando del mareo, Anna soltó una risa floja—. Levántame. Me tienes desequilibrada.

—Así es como quiero que estés, desequilibrada. —Bajó la boca para besarla con un beso húmedo que le derritió cada hueso del cuerpo. Girando la cabeza, se acomodó en su hombro.

—La puerta sigue abierta —consiguió decir ella, y le dio un golpe con la mano para cerrarla.

—Buena idea. —Fue subiendo la mano poco a poco, palmo a palmo, y siguió mordisqueándole la boca—. Tu vecina me dijo que debería llevarte a bailar.

—Ah. —Anna estaba sorprendida de no estar sudando por cada poro—. ¿Se trataba de eso?

—Era sólo un ejemplo. —Cam cogió su labio inferior con los dientes, tiró de él y luego lo soltó—. ¿Quieres bailar un tango, Anna?

—Creo que sería mejor que no bailáramos éste. —Anna presionó su corazón con una mano para mantenerlo en su sitio, mientras conseguía soltarse de sus brazos—. Me has traído flores. —La joven ocultó la cara con ellas mientras las cogía—. Habrás pensado que no me resistiría a los capullos de rosa, ¿verdad?

—Sí.

—Tienes razón. —Se rió alzando la cabeza sobre las flores—. Las pondré en agua. Tú puedes servir el vino. Lo tengo reposando en la encimera. Los vasos están allí.

—Bien. Yo... —Cam miró por encima y vio una cacerola brillante hirviendo en la cocina y una bandeja de aperitivos encima del mostrador—. ¿Qué es todo esto?

—La cena —contestó agachándose hasta un armario de la cocina para buscar un jarrón—. ¿No te dio Phillip mi recado?

—Pensé que cuando le dijiste que te encargarías de la cena significaba que harías la reserva en algún sitio. —Cogió un champiñón relleno de la bandeja, lo examinó y suspiró con regocijo—. No pensé que fueras a cocinar para mí.

—Me gusta cocinar —dijo sencillamente mientras rellenaba un jarrón de color rosa pálido con agua—. Y quería estar a solas contigo.

Cam tragó rápidamente.

—No seré yo quien lo discuta. ¿Qué vamos a cenar?

—Lingüini, con la famosa salsa roja de la familia Spinelli.

Se dio la vuelta para tomar la copa de Merlot que él le había servido. Su rostro estaba ligeramente encendido debido al calor de la cocina. El vestido que había elegido era del color de los melocotones maduros, y moldeaba sus curvas como las manos de un amante. El cabello estaba suelto y terriblemente rizado, y los labios estaban

pintados casi del mismo color del vino que bebía.

Cam pensó que si iban a mantener una conversación de más de tres segundos antes de que volviera a agarrarla, sería mejor que permaneciera en el lado opuesto del mostrador.

—Huele increíble.

—Mejor sabrá.

Su pulso le martilleaba por todos sitios. El modo en que

la observaba, con esa mirada larga, intensa y medidora antes de sonreír había hecho que aflorara el deseo, una suave y persistente punzada de deseo que latía incesantemente. Se giró impulsivamente hacia atrás y apagó la llama bajo la cacerola. Con la vista puesta en Cam, dio la vuelta al mostrador.

—Yo también —le contestó. Dejó su copa a un lado y luego cogió la de él y la puso en el mostrador. Se echó el cabello hacia atrás, inclinó el rostro hacia él, y sonrió lentamente—. Pruébame.

DOCE

Su pulso latía ya violentamente cuando dio un paso hacia adelante. La miró a los ojos para ver cada cambio y golpe de emoción.

—Voy a querer hacer algo más que probarte. No lo dudes.

Anna pensó que a veces uno debe seguir sus instintos, sus anhelos. En aquel momento los suyos, todos los suyos, se centraban en él.

—No estarías aquí si lo dudara.

Anna hundió los dedos en el cabello de él. Podría manejarle. Estaba segura.

El le colocó las manos en las caderas. No se trataba de una modelo delgada como un palillo y cuerpo de chico, sino de una mujer. Y la deseaba. El le devolvió la sonrisa. Podría manejarla. Estaba seguro.

—¿Te gusta jugar, Anna?

—De vez en cuando.

—Tiremos los dados.

Cam la atrajo hacia sí e hizo que ella cogiera y soltara el aire un momento antes de que sus bocas se fundieran. El beso fue rápido, desesperado, hambriento, con las lenguas enredadas y unos dientes que mordisqueaban. Los gritos salvajes que se escapaban de su garganta le iban derechos al cerebro como el whisky caliente.

Anna le sacó la camisa de la cintura y luego deslizó sus manos hacia abajo. Carne y músculo, necesitaba sentirlo. Con un murmullo de placer, le acarició y arañó hasta conseguir que aquella carne hirviera bajo sus dedos y que los músculos se endurecieran como el hierro.

Anna deseaba aquellos músculos, aquella fuerza que se apretaba contra sí misma.

Cam hurgó en la espalda de su vestido, buscando la cremallera, y ella se rió entrecortadamente besándole el cuello.

—No tiene cremallera —dijo ella apretando los dientes contra su mandíbula, sin importarle no ser suave—. Tienes que... hacerlo resbalar.

—¡Dios mío! —El apartó la tela suave y elástica de sus

hombros, sustituyéndola por sus dientes, mientras el ansia del aroma de la piel, su piel, le abrumaba.

Giraron como bailarines, aunque su recorrido tenía la distancia de los aires soñadores del preludio de Chopin que había sustituido al «Boss». Cam se quitó los zapatos. Anna se apresuró a abrir los botones de su camisa. La cabeza de él flotaba mientras se precipitaban hacia el dormitorio. Ella se volvió a reír, pero el sonido se convirtió en un gemido cuando él le arrancó el vestido hasta la cintura, cuando aquellos ojos de color acero oscuro se deslizaron hacia abajo, cuando agachó la cabeza y comenzó a devorar la carne que se hallaba encima del borde de encaje negro de su sujetador.

Metió la lengua por debajo, jugueteando y saboreando hasta que las rodillas se le aflojaron y la cabeza se llenó de luces y colores centelleantes. Anna sabía que él era capaz de volverla loca. Ella también le deseaba.

El deseo era enorme, implacablemente vivo y primitivo. Y en ese momento era lo único que les importaba a los dos.

Con murmullos inconexos, Anna le quitó la camisa y le clavó las uñas en la espalda. Su pecho era ancho y firme, y sentía la carne ardiente y suave bajo sus manos errantes. Había cicatrices a lo largo de las costillas. Pensó que aquél era el cuerpo de un hombre que asumía riesgos, un hombre que jugaba para ganar.

Con un rápido movimiento de dedos, Cam abrió el cierre frontal, dejando que los pechos llenaran sus ávidas manos. Ella era magnífica. Piel dorada y curvas lujuriosas. Su cuerpo era casi imposiblemente perfecto. Sin embargo, era eróticamente real, blando y firme, suave y aromático. Quería enterrarse en él, pero cuando tiró del botón de sus pantalones, agitó la cabeza.

—Te quiero en la cama. —Cam alzó las manos de ella hasta que le rodearon el cuello y bajó la boca hasta que el beso fue salvaje y aplastante—. Te quiero debajo de mí, sobre mí y envolviéndome.

Ella se quitó un zapato de una patada, balanceándose como si se fueran meciendo hacia la cama.

—Y yo te quiero dentro de mí. —Se quitó el otro zapato mientras se tambaleaban hacia el colchón.

Primero ella rodó sobre él, montándole. La luz casi se

había ido. Sólo una débil estela de sol poniente se filtraba a través de las ventanas. Las sombras eran cambiantes. Los labios estaban hambrientos e imparables, y recorrían su cara, su cuello. Aunque había deseado a otros hombres antes, no había experimentado nunca aquella ansia feroz y primaria que le recorría. Sólo podía pensar en poseerle, tomar lo que deseaba y saciar aquel deseo insoportable.

Cuando la joven se arqueó hacia atrás y la débil luz perfiló su cuerpo alzado, el aire se detuvo en sus pulmones. La deseaba con una urgencia que él no recordaba haber sentido nunca por nada ni por nadie más. El deseo de tomar, de poseer y de tener surgieron violentamente en su ardiente sangre.

Cam se irguió, agarrando su cabello con una mano y tirando de su cabeza hacia atrás para exponer aquel largo cuello ante su boca. Podría tener cualquier cosa con ella. Y la tendría.

Fue más rudo de lo que aparentaba cuando la empujó de espaldas sobre la cama. Respiraba con dificultad cuando cerró sus manos sobre las de ella. Los ojos de ella eran oscuros y brillantes; Cam pensó que era el tipo de ojos en los que un hombre se ahogaría.

Su pelo era una masa enmarañada de seda negra contra el color bronce de la colcha. Su aroma era algo más que una invitación provocadora. Era una demanda ardiente.

Tómame, parecía decir. Si te atreves.

—Podría comerte viva —murmuró él y volvió a apretar una vez más su boca contra la de ella.

El la mantuvo debajo, sabiendo que si la dejaba libre aquello se acabaría pronto. Rápido, Dios mío, sí, él lo quería rápido, pero no quería que se acabara. Pensó que podría vivir su vida allí, en aquella cama, con el cuerpo de Anna estremeciéndose bajo el suyo.

Las manos de ella se doblaron bajo las suyas, y su cuerpo se arqueó cuando Cam se llevó la punta del pecho a la boca. Cam podía sentir cómo le retumbaba el corazón mientras utilizaba sus dientes, su lengua y sus labios para saborearlos y paladearlos.

Cuando se llenó de ella, y ella de él, liberó sus manos para acariciar, y ser acariciado.

Rodaron por la cama palpándose y tirando de las ropas que permanecían entre ellos. La respiración era rápida y forzada, marcada por los lentos jadeos y los suaves gemidos que hablaban de emociones turbulentas y oscuros deseos. Cada sensación daba paso a otra, haciendo que los temblorosos amantes llegaran al delirio. Ella se estremeció bajo sus manos, al borde de las lágrimas, a medida que cada nueva oleada de placer la sacudía con fuerza.

Ella luchó por lograr que él sufriera el mismo dolor incisivo y crispado.

Él acarició el sexo de ella, que estaba ardiente, húmedo y preparado. Su cuerpo se arqueó y sus uñas se clavaron en la espalda mientras el organismo luchaba por llegar a

la cima.

Luego se volvieron locos.

Anna lo recordaría como una batalla en busca de más y más. Y aún más y más. Sexo animal y salvaje en busca del macho. Buscaba las manos que se deslizaban por la piel húmeda y la boca hambrienta buscaba el hambre de su boca. Ahí volvía de nuevo, y su grito de liberación fue una especie de sollozo, mezcla de triunfo e indefensión.

Ya no había luz, pero aún podía verla. El brillo de aquellos ojos oscuros, la forma generosa de aquella hermosa boca. La sangre le retumbaba en la cabeza, en el corazón, en el lomo. Sólo podía pensar en él ahora y en dejarse llevar al interior de ella de manera intensa y profunda.

Se le nubló la vista y la cabeza le dio vueltas. Permanecieron tranquilos durante un momento estremecedor, unidos, acoplados. Él no se dio cuenta siquiera de que sus manos buscaron las de ella, y que sus dedos se apretaron a los suyos.

Luego comenzaron a moverse en una carrera plena de velocidad y urgencia. Aquél era el maravilloso y sano sonido de la piel fresca rozándose contra la piel fresca. Sus miradas se encontraron y clavaron. Cam observó cómo los ojos de Anna se volvían ciegos y opacos mientras él alcanzaba la cima, oyó el gemido que se escapó de sus labios un instante antes de que él la besara y sofocara el sonido.

Sus caderas se movían como pistones, urgiéndole a que continuara, y que llegara a su propia cima. Él se batió contra ella, asiéndose al borde con las yemas de los dedos. Observándola, mirándola mientras la urgencia de la liberación se clavaba viciosamente en su garganta. Entonces el cuerpo de ella se tensó como un arco de placer y de sorpresa.

Cam ahogó su propio grito mientras se dejaba caer.

No podía moverse. Cam estaba seguro de que si en aquel momento alguien apuntara con un arma a su cabeza, se quedaría allí tumbado y aceptaría la bala. Al menos moriría satisfecho.

No podía pensar en un lugar mejor para estar que sobre el cuerpo curvado de Anna, con el rostro enterrado en su pelo. Y si permanecía allí lo suficiente podría tener su segunda oportunidad.

La música había cambiado de nuevo. Cuando su mente se despejó lo suficiente para poder sintonizarla, reconoció los inteligentes giros de letra y melodía de Paul Sinton. Estuvo a punto de quedarse dormido mientras la música le invitaba a llamar al cantante Al.

—Si te quedas dormido encima de mí voy a tener que hacerte daño.

Cam sacó la energía suficiente para sonreír.

—No voy a quedarme dormido. Estoy pensando en volver a hacerte el amor.

—¡Ah! —Anna restregó sus manos por la espalda de él, hasta llegar a las caderas—. ¿De verdad?

—Sí. Concédeme sólo un par de minutos.

—Me encantaría. Si pudiera respirar.

—¡Oh! —Perezosamente, se apoyó en los codos y se la quedó mirando—. Lo siento.

Ella se limitó a sonreír.

—No, no lo sientes. Eres un engreído, pero yo también lo soy, así que todo está bien.

—Ha sido sexo del bueno.

—Ha sido sexo del bueno —asintió ella—. Y ahora voy a terminar la cena. Vamos a necesitar energía si lo vamos a volver a intentar.

Encantado y desconcertado a la vez, Cam sacudió la cabeza.

—Eres una mujer fascinante, Anna. Sin juegos y sin pretensiones. Mostrándote tal como eres podrías hacérselo pasar fatal a los hombres.

Anna le dio un pequeño empujón para poderse liberar.

—¿Qué te hace pensar que no lo he hecho? Tú has llegado exactamente al lugar al que yo he querido, ¿no? —Sonriendo, se puso en pie y caminó desnuda hasta el baño.

—Tienes un cuerpo endemoniado, señorita Spinelli.

Ella le miró por encima del hombro mientras se envolvía en una pequeña bata roja.

—Lo mismo te digo, Quinn.

Se dirigió a la cocina canturreando, mientras volvía a encender el fuego bajo la salsa y llenaba una cazuela de agua para la pasta. Dios mío, había sido maravilloso, pensó; sentirse tan suelta, tan libre, tan liberada. Aunque hubiera sido tan arriesgado el tener a Cameron Quinn como amante, los resultados bien valían haber asumido semejante riesgo.

El había hecho que fuera consciente de cada palmo de su cuerpo, y cada palmo del de él. Le había hecho sentirse dolorosamente viva. Y lo mejor de todo, pensó mientras cogía el pan que quería tostar ligeramente, era que parecía que él la entendía.

Era una maravilla sentirse deseada por un hombre, que un hombre te hiciera sentir plena. Y lo que encendía su corazón era gustarle al hombre que la deseaba.

Se dio la vuelta y cogió su vino en el momento en que Cam salía de la habitación. Se había puesto los pantalones, pero no se había molestado en abrocharlos. Anna bebió lentamente mientras le estudiaba por encima del borde de la copa. Grandes hombros, ancho pecho, y una cintura que se estrechaba para marcar luego las caderas y las largas piernas. Sí, tenía un cuerpo magnífico.

Y por ahora era todo suyo.

Cogió un pepinillo de la bandeja y lo llevó a los labios de él.

—Pica —dijo Cam mientras sentía el calor en la boca.

—Um. Me gusta... lo picante. —Ella cogió la copa de vino y se la pasó—. ¿Tienes hambre?

—La verdad es que sí.

—No tardaré mucho. —Y como reconoció la mirada de él, se escapó tras el mostrador para remover la salsa—. El agua está a punto de hervir.

—Ya sabes lo que se dice sobre quien espera —comenzó a decir él mientras daba la vuelta al mostrador tras ella. Fue el dibujo sobre la nevera lo que le distrajo de su plan preconcebido de tumbarla sobre el suelo de la cocina—. ¡Ey!, ése se parece mucho a Tonto.

—Es que es Tonto. Lo ha dibujado Seth.

—¿De verdad? —Introdujo un pulgar en el bolsillo mientras lo estudiaba más de cerca—. ¿En serio? Es muy bueno. No sabía que el muchacho supiera pintar.

—Lo sabrías si pasaras más tiempo con él.

—Paso tiempo con él cada día —protestó Cam—. No me ha dicho una mierda. —Cam no sabía por qué se molestaba, pero no le importó—. ¿Cómo conseguiste que te lo diera?

—Se lo pedí —respondió ella sencillamente, y después introdujo los lingüini en el agua hirviendo.

Cam se dio la vuelta.

—Escucha, estoy haciéndolo lo mejor que puedo con el chico.

—Yo no he dicho que no fuera así. Simplemente pienso que lo harías mejor... con un poco más de práctica y esfuerzo.

Anna se echó el pelo hacia atrás. No había pretendido meterse en eso. Se suponía que su relación con Cam tenía dos compartimentos separados, sin que sus contenidos se tuvieran que mezclar.

—Estás haciendo un buen trabajo. Eso es lo que quería decir. Pero todavía te queda un largo camino que recorrer para ganar su confianza y su afecto, Cam, para dar lo mejor de ti mismo. Él es una obligación que estás cumpliendo, y eso es admirable. Pero también es un niño. Necesita amor. Tú tienes sentimientos hacia él. Yo lo he visto. —Ella le sonrió—. Pero todavía no sabes qué hacer con ellos.

Cam frunció el ceño mientras observaba el dibujo.

—¿Así que se supone que ahora tengo que hablarle sobre los dibujos de perros?

Anna suspiró y luego se dio la vuelta para enmarcar el rostro de Cam con sus manos.

—Simplemente habla con él. Eres un buen hombre con un buen corazón. El resto vendrá solo.

Todavía molesto, él agarró sus muñecas. No podía decir

por qué la suave comprensión de su voz y la divertida compasión de sus ojos le habían puesto nervioso.

—Yo no soy un buen hombre. —Sus manos apretaron lo suficiente como para hacer que los ojos de Anna se oscurecieran—. Soy egoísta e impaciente. Me gustan las emociones porque eso es lo que realmente me va. Pagar deudas no tiene nada que ver con tener buen corazón. Soy un hijo de puta y eso me gusta.

Ella se limitó a alzar una ceja.

—Siempre es bueno conocerse a uno mismo.

Cam sintió una leve oleada de pánico en su garganta, pero la ignoró.

—Probablemente te haré daño antes de que lo hayamos conseguido.

Anna movió la cabeza.

—Puede que yo te haga daño primero. ¿Quieres arriesgarte?

Cam no sabía si reír o gritar, y terminó abrazándola con un beso ardiente.

—Cenemos en la cama.

—Ese era el plan —dijo ella.

La pasta estaba fría para cuando empezaron a comérsela, pero aquello no les impidió comerla con ansia.

—Se sentaron con las piernas cruzadas en la cama, juntando sus rodillas, y cenaron a la luz de media docena de velas que ella había encendido.

Cam se abalanzó sobre los lingüini, cerrando los ojos con sensación de placer.

—Dios mío, qué bueno está esto.

Anna enrolló de forma experta la pasta con su tenedor y comió.

—Deberías probar mi lasaña.

—Cuento con ello. —Relajado y perezoso, partió un trozo del pan crujiente que Anna había colocado en una cesta de mimbre, y le pasó la mitad a ella.

Su habitación, según comprobó él, era diferente al resto del apartamento. Aquí ella no había ido a lo práctico ni a lo racional. La cama era de gran tamaño, y estaba cubierta por sábanas de color rosa pálido y un edredón impecable de satén color bronce vivo. El cabecero era un arco romántico de hierro forjado, curvado y frívolo, y repleto de una docena de almohadones coloridos y mullidos. Pensó que el tocador era una antigüedad, y consistía en una gran pieza de caoba con acabados de brillos rosáceos. Estaba cubierto de botellitas y cuencos, y un cepillo revestido de plata.

El espejo que se hallaba sobre él tenía forma ovalada.

También había un neceser femenino de caoba con un taburete con faldillas y unos herrajes de cobre brillante. Por alguna razón, siempre había pensado que ese tipo de mobiliario era increíblemente sexy.

Había una urna de cobre repleta de flores altas y recargadas, las paredes estaban cubiertas de cuadros y las ventanas remarcadas con la misma tela de color bronce vivo de la colcha.

Ésta es la habitación de Anna, pensó él de forma distraída. El resto del apartamento era aún de la señorita Spinelli. La práctica y la sensual. Ambos adjetivos iban con ella.

Cam alcanzó el borde de la cama donde había colocado la botella de vino y llenó la copa de ella.

—¿Tratas de emborracharme?

Cam la sonrió. Su cabello estaba suelto y la bata lo suficientemente aflojada como para dejarle un hombro al descubierto. Los grandes ojos oscuros parecían reírse de ambos.

—No tengo por qué... pero sería interesante en cualquier caso.

Ella sonrió, se encogió de hombros y bebió.

—¿Por qué no me cuentas qué tal tu día?

—¿El de hoy? —preguntó. Se estremeció de manera burlona—. Una pesadilla.

—La verdad. —Anna le sirvió más pasta en el plato—. Dame detalles.

—Compras. Zapatos. Horrible. —Cuando ella se rió, él sintió que aquella risa sacudía su cara. Dios mío, qué risa tan buena tenía—. Hice que Ethan y Phillip vinieran conmigo. Ni hablar de enfrentarme a eso solo. Prácticamente tuvimos que esposar al chico para conseguir que viniera. Parecía que iba a comprarle una camisa de fuerza en vez de unos zapatos.

—Demasiados hombres para apreciar el gozo, el reto y el matiz de las compras.

—La próxima vez vas tú. De cualquier modo yo había puesto el ojo en ese edificio cerca del agua. Fuimos a verlo antes de dirigirnos al centro comercial. Servirá para el trabajo.

—¿Qué trabajo?

—El negocio. La construcción de barcos.

Anna posó su tenedor.

—Así que vais en serio con eso.

—Tremendamente en serio. El lugar servirá. Necesita algunos arreglos, pero el alquiler es aceptable..., especialmente desde que estrujamos al propietario para que pagara la mayor parte de las reparaciones básicas.

—Queréis construir barcos.

—Eso me hará salir de la casa y apartarme de las calles. —Como vio que ella no le devolvía la sonrisa se encogió de hombros—. Sí, creo que puedo meterme en ello. Por ahora, claro está. Construiremos éste para el cliente que Ethan tiene ya esperando, y veremos cómo marcha a partir de ahí.

—¿Te he entendido que habéis firmado un arrendamiento?

—Eso es. ¿Por qué vuelves a esa cuestión?

—Algunos lo llamarían precaución, consideración, detalles.

—Dejo la precaución y la consideración en manos de Ethan y los detalles en las de Phillip. Si no funciona, lo único que habremos perdido es unos cuantos dólares y algo de tiempo.

Era extraño ver cómo le cuadraba aquel carácter quisquilloso, pensó ella. Le iba bien a aquellos ojos oscuros que se preocupaban por todo.

—Y si funciona —añadió—. ¿Has pensado en eso?

—¿Qué quieres decir?

—Si funciona habrás aceptado otro maldito compromiso. Se va a convertir en un hábito. —Anna rió ahora al ver la expresión de preocupación y sorpresa en su cara—. Va a ser divertido ver lo que piensas de todo esto dentro de seis meses o así. —Se echó hacia delante y le besó suavemente—. —¿Te apetece algo de postre?

La fastidiosa preocupación que la palabra «compromiso» le había supuesto se desvaneció cuando los labios de ella acariciaron los suyos.

—¿Qué hay?

—Cannoli —respondió mientras colocaba los platos en el suelo.

—Suenan bien.

—0... —Al mirarle, se desabrochó la bata y dejó que resbalara por sus hombros—. Yo.

—Eso suena mejor —dijo Cam dejando que ella le arrastrara hacia él.

Acababan de dar las tres cuando Seth oyó el coche que avanzaba por el camino a la casa. Había estado dormido, pero soñando. Malos sueños en los que había regresado a aquellas habitaciones malolientes donde las paredes eran sucias, y más finas que el papel de dibujo.

Sonidos de sexo, gruñidos, gemidos y colchones que chirriaban, y la asquerosa risa de su madre cuando estaba llena de coca. Aquellos sueños le hacían sudar. A veces ella venía cuando él trataba de hallar confort y sueño en el sofá que olía a humedad. Si estaba de buen humor, ella se reía y le daba abrazos asfixiantes, sacándole de un sueño intermitente y llevándole hacia los olores y sonidos del mundo al que ella le había arrastrado.

Si estaba de mal humor, soltaba tacos y le abofeteaba, para terminar sentándose en el suelo llorando salvajemente.

De cualquier modo resultaban siempre noches miserables.

Pero peor, mil veces peor, era cuando alguno de aquellos hombres que ella se había llevado a la cama se deslizaba

y arrastraba fuera de aquella pequeña habitación para tocarle.

No había pasado a menudo y cuando se despertaba chillando y agitándose, ellos se iban. Pero el miedo vivía dentro de él como un demonio vestido de rojo. Había aprendido a dormir en el suelo detrás del sofá cuando había algún hombre rondando.

Pero esta vez Seth no se había despertado de una pesadilla para encontrarse algo peor. Luchó por salir del agitado sueño y se encontró entre sábanas limpias y con un cachorro roncando y enroscado a su lado.

Lloró un poco porque estaba solo y no había nadie a quien ir a ver. Luego se acurrucó más cerca de Tonto, consolado por el suave pelo y el latido constante de su corazón. El sonido del coche le impidió volver a sumergirse en el sueño.

Primero pensó que serían policías. Habían ido a cogerle, a llevárselo. Luego, con el corazón en un puño, se dijo a sí mismo que se estaba comportando como un bebé. Sin hacer ruido, salió de la cama y se dirigió lentamente a la ventana para observar.

Tenía un escondite localizado en caso de necesidad.

Era el Corvette. Seth habría reconocido el sonido de su motor si no hubiera estado medio dormido. Vio salir a Cam y oyó el suave y cariñoso silbido.

Habría salido a ligar con alguna mujer, pensó Seth con desprecio. Los adultos eran tan predecibles. Cuando se acordó de que Cam iba a cenar con la trabajadora social aquella noche, abrió los ojos y se quedó boquiabierto.

Ay tío, tío, pensó. Cam estaba persiguiendo a la señorita Spinelli. Aquello era tan... extraño. Tan extraño, pensó, que no sabía cómo sentirse. De algo estaba seguro, pensó mientras Cam seguía silbando de camino hacia casa, y era que Cam se sentía bien, como un dandi.

Cuando oyó que se cerraba la puerta delantera, se dirigió rápidamente a la puerta de su dormitorio. Quería echar un vistazo rápido, pero cuando escuchó el sonido de unos pasos subiendo las escaleras, se tiró en plancha a la cama. Por si acaso.

El cachorro se sobresaltó y comenzó a moverse en el momento en que Seth cerró rápidamente los ojos cuando se abrió la puerta.

Cuando los pasos se acercaron lenta y silenciosamente a la cama, el corazón empezó a latirle con fuerza. ¿Qué iba a hacer?, pensó con pánico enfermizo. Dios mío, ¿qué podría hacer él? La cola de Tonto empezó a golpear la cama mientras Seth se aterrorizaba y se preparaba para lo peor.

—Me imagino que pensarás que éste es un buen asunto, vagando la mitad del día, con la tripa llena y una cama suave y blanda por la noche —murmuró Cam.

Su voz pronunciaba mal por la falta de sueño, pero a Seth le sonaba a drogas o alcohol. Procuró mantener la respiración lenta y constante mientras su corazón palpitaba como una taladradora contra las costillas y la

cabeza.

—Sí, te sientes como en un camino de rosas, ¿verdad? Y sin haber hecho nada por ganártelo. Perro bobo. —Seth casi pestañeó al darse cuenta de que Cam le hablaba a Tonto y no a él—. Serás un problema cuando crezcas y ocupes más lugar en la cama que él, ¿verdad?

Cautelosamente, Seth entreabrió los ojos lo suficiente como para ver a través de las pestañas. Vio descender la mano de Cam y darle a Tonto un golpecito descuidado y rápido. Luego estiró las sábanas y la manta y le arropó: La misma mano hizo a Seth una ligera caricia en la cabeza.

Cuando la puerta se volvió a cerrar, Seth esperó treinta segundos antes de atreverse a abrir los ojos. Miró directamente a la cara de Tonto. El cachorro parecía sonreírle como si ambos se hubieran escapado con algo. Devolviéndole la sonrisa, Seth pasó un brazo alrededor del cuerpo gordinflón del cachorro.

—Creo que esto va bien, ¿eh, chico? —le susurró.

Como agradecimiento, Tonto le lamió la cara, luego bostezó ampliamente y se echó a dormir de nuevo.

Esta vez, cuando Seth se durmió, no hubo sueños agitados que le persiguieran.

TRECE

—Estás muy feliz estos días.

Cam recibió el conciso comentario de Phillip encogiéndolo los hombros, y continuó silbando mientras trabajaba. Estaban haciendo bastantes progresos en lo que Cam jocosamente denominaba su astillero. Era un trabajo duro, sucio y en el que se sudaba.

Y cada vez que Cam hacía comparaciones en términos de limpieza daba gracias a Dios.

Porque las ventanas que no estaban rotas permanecían abiertas del todo, y el aire seguía transportando un vago aroma a productos químicos. Ante la insistencia de Phillip, habían comprado una batería de bombas insecticidas y habían bombardeado el lugar con una niebla asesina. Cuando ésta se disipó, el número de víctimas era grande. Les llevó casi medio día retirar los cadáveres. Las ventanas de repuesto se habían apuntalado cuando se recibieron. Claremont se había quejado amargamente del gasto, a pesar del trato que hizo con su cuñado, quien gestionaba la empresa maderera en Cambridge y se las había vendido a precio de coste. Se había aplacado ligeramente con el hecho de que los Quinn arrancarían las viejas ventanas e instalarían las nuevas, ahorrándole así la contratación de trabajadores.

Si el hecho de que las mejoras en el edificio alzarían el valor potencial de reventa le agradaba, guardó aquel pequeño placer para sí mismo.

Habían apalancado y extraído los tablones podridos, tirándolos fuera a un montón creciente de desechos. La barandilla metálica de las escaleras que llevaban al desván superior estaba oxidada, así que la arrancaron. Claremont utilizó sus argucias para obtener los permisos adecuados, así que estaban derribando un par de muros para albergar lo que sería un baño.

Para Cam era como un hobby este tipo de trabajo. Le divertía y además volvía la mayoría de las noches a un hogar limpio. Tenía una bella mujer deseando bailar el tango con él siempre que el tiempo y las circunstancias lo permitieran; por todo ello, pensaba que tenía derecho a ser feliz.

Diablos, el chico hacía incluso sus deberes... la mayoría de las veces. Había acabado la redacción que tanto despreciaba y estaba a medio camino de cumplir su libertad condicional sin incidentes.

Cam pensó que su suerte había mejorado mucho durante las dos últimas semanas.

En lo que se refería a Phillip, éstas habían sido las dos peores semanas de su vida. Casi no había pasado tiempo en su apartamento, había perdido su par favorito de mocasines Magli bajo los dientes hambrientos de Tonto, no había pisado el interior de un solo restaurante de cuatro estrellas, y mucho menos se había acercado a una mujer.

A menos que contara a la señora Wilson del supermercado.

En vez de ello estaba haciendo juegos malabares, tratando y rechazando asuntos que nadie más se había preocupado de pensar, con ampollas en las manos por el manejo del martillo, y pasando las noches preguntándose qué había pasado con su vida anterior.

El hecho de saber que Cam tenía relaciones sexuales regularmente hacía que se le llevaran los demonios.

Cuando el tablón que estaba levantando le obsequió con una gran astilla en el dedo pulgar, soltó unas cuantas palabrotas.

—¿Por qué diablos no hemos contratado carpinteros?

—Porque tú sugeriste, como gestor de nuestros mágicos fondos, que así era más barato. Y Claremont nos concedió el primer mes de alquiler gratuito si lo hacíamos nosotros mismos. —Cam cogió el tablón, lo colocó y comenzó a clavar el siguiente clavo—. Tú dijiste que era un buen trato.

Apretando los dientes se extrajo la astilla y se lamió el dolorido pulgar.

—Estaba furioso en aquel momento.

Phillip dio un paso atrás con las manos apoyadas en las caderas, por encima del cinturón de herramientas, e inspeccionó la zona. Estaba asquerosa.

Suciedad, serrín, montones de desechos, pilas de madera y trozos de plástico. Aquello no era vida, volvió a pensar, mientras el sonido del martillo de Cam hacía un ruido sordo acompasado con la enérgica melodía de rock de Bob Seger que salía de la radio.

—Debo de haberme vuelto loco. Este lugar es un basurero.

—Sí.

—Haber empezado este estúpido negocio se va a comer nuestro capital.

—Sin duda.

—Nos hundiremos en seis meses.

—Podría ser.

Phillip frunció el ceño y divisó la jarra de té helado que estaba en el suelo.

—A ti te importa todo un comino.

—Si explota, explota —comentó Cam. Volvió a introducir el martillo en su cinturón, y extrajo la cinta de medir—. No estamos peor que antes. Pero si ocurre, si nos estrellamos en un momento dado, ya tendremos lo que necesitamos.

—¿Y eso es?

Cam cogió el siguiente tablón, inspeccionó su longitud y luego lo colocó en los caballetes.

—Un negocio... que Ethan puede llevar una vez que esté asentado. Se busca un par de trabajadores, marineros fuera de temporada, y construye tres o cuatro barcos al año para mantenerlo a flote.

Hizo una pausa lo suficientemente larga para marcar el tablón y hacer correr la sierra. El polvo salió volando y el ruido era ensordecedor. Cam detuvo la sierra y levantó el tablón de su sitio.

—Yo le echaré una mano ahora y tú le seguirás la pista al dinero. Pero debería dejarnos espacio para movernos un poco, así yo podría correr un par de competiciones al año y tú podrías volver a estafar a los consumidores con anuncios chillones. —Volvió a sacar el martillo—. Y todo el mundo sería feliz.

Phillip levantó la cabeza y se rascó el mentón.

—Has estado pensando.

—Eso es.

—¿Así que piensas que esa vuelta a la normalidad va a ocurrir?

Cam se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Cuanto antes consigamos que este lugar esté listo y funcione, antes construiremos el primer barco.

—Lo que explica por qué has estado perdiendo el culo y yo el mío. ¿Y luego qué?

—Tengo suficientes contactos para conseguir un

segundo encargo, y luego un tercero. —Pensó en Tod Bardette, el bastardo, que seguiría reclutando una tripulación para la One—Ton Cup. Sí, podría arreglárselas para que Bardette encargara un barco de los Quinn. Y a partir de ahí otros, muchos otros, que pagarían bien—. Creo que mi principal contribución a esta empresa son los contactos. Seis meses —dijo—. Lo podemos arreglar en seis meses.

—Yo me vuelvo al trabajo mañana —respondió Phillip con los brazos cruzados, preparado para la batalla—. Tengo que ir. Tengo horario flexible, así que sólo estaré en Baltimore de lunes a jueves. No lo puedo hacer mejor.

Cam consideró la situación.

—De acuerdo. Sin problema. Pero moverás el culo los fines de semana.

Durante seis meses, pensó Phillip. Más o menos. Luego soltó un suspiro.

—Hay un factor que no has introducido en tu plan: Seth.

—¿Qué pasa con él? Estará aquí. Tiene un lugar donde vivir. Voy a utilizar la casa como base.

—¿Y cuando estés fuera rompiendo récords y corazones femeninos en Montecarlo?

Cam frunció el ceño y golpeó con el martillo la cabeza del clavo con más fuerza de la necesaria.

—El no va a querer estar pegado a mí todo el rato. Vosotros estaréis cerca cuando yo no esté. El chico va a estar cuidado.

—¿Y si la madre regresa? No han sido capaces de encontrarla. Nada. Me sentiría mejor si supiéramos dónde está y qué hace.

—Yo ni me acuerdo de ella. No existe para mí. —Tiene que existir, pensó Cam mientras recordaba el pálido aspecto del rostro de Seth—. Ella no se va a meter con nosotros.

—Me gustaría saber dónde está —volvió a decir Phillip—. Y qué demonios era para papá.

Cam lo apartó de la mente. Su manera de manejar los cabos sueltos era atarlos y olvidarlos. El problema inmediato, según lo veía él, era acondicionar el edificio, ordenar el equipo, las herramientas y los materiales. Si el negocio era un medio para un fin, había que comenzararlo.

Cada día que trabajaba en el edificio era un día más cercano a la huida. Cada dólar que invertía en materiales y equipamiento era una inversión en el futuro. Su futuro.

Estaba manteniendo su promesa, se dijo a sí mismo. A su modo.

Con el sol dándole la espalda y un pañuelo de color azul claro anudado en la cabeza, se dedicó a arrancar tablillas rotas del techo. Ethan y Phillip estaban trabajando detrás de él, sustituyendo tablillas. Seth parecía pasárselo bien haciendo volar las que estaban desechas desde el techo

al suelo, y viendo satisfecho cómo se formaba una gran pila debajo.

Era un lugar genial, pensaba Seth. Allí, en el techo, al sol y viendo pasar volando alguna gaviota de vez en cuando. Se podía ver casi todo desde allí arriba. La ciudad, con sus calles rectas y sus patios cuadrados. Los viejos árboles emergiendo de la hierba. Las flores tampoco estaban mal. Desde allí arriba sólo eran manchas y puntos de color. Alguien estaba segando, y el sonido le llegaba como un zumbido lejano.

Podía ver la línea de la costa, con los barcos en el muelle o surcando el agua. Un par de chiquillos navegaban en un pequeño esquife con velas azules y, como les envidiaba, volvió a observar los muelles.

Había gente comprando, paseando o comiendo en una de las mesas exteriores con sombrillas. Los turistas observaban el espectáculo que formaban los pescadores de cangrejos. Le encantaba mirar a los turistas; cuando lo hacía, no envidiaba tanto a aquellos chicos dentro de su precioso barco.

Deseaba haber tenido los prismáticos que le regaló Ray para ver aún más lejos. Deseaba poder sentarse allí alguna vez con su cuaderno de dibujos.

Todo parecía tan... limpio desde allí. El cielo y el mar tan azules, y la hierba y las hojas tan verdes. Se podía oler el agua si uno daba una buena bocanada de aire y... puede que aquel olor fueran perritos calientes.

El aroma hizo que su estómago rugiera de hambre. Volvió un poco su mirada y pudo ver a Cam por el rabillo del ojo. Tío, le gustaría tener músculos como aquéllos. Con unos músculos así podría hacer cualquier cosa y nadie te detendría. Un chico con unos músculos como ésos no tendría que tener miedo de nada ni de nadie nunca más en la vida.

Al comprobar sus propios músculos con el dedo, pensó que le faltaba mucho para tener unos buenos. Quizás si utilizara herramientas podría endurecerlos.

—Dijiste que podría arrancar algunas —le recordó Seth.

—Más tarde.

—Eso dijiste antes.

—Y lo vuelvo a decir. —Era un trabajo duro, asqueroso y tedioso, y Cam deseaba terminarlo igual que deseaba respirar. Sudaba ya bajo la camiseta y se la quitó. Tenía la espalda brillante por el sudor y la garganta seca como el desierto. Arrancó otro cuadrado y observó cómo Seth lo tiraba gruñendo.

—¿Los estás tirando al mismo sitio?

—Eso es lo que tú dijiste que hiciera.

Observó al chico. El pelo de Seth colgaba bajo una gorra de jugador de los Orioles que Cam había terminado comprándole cuando fueron a un partido la semana anterior. Ahora que lo pensaba Cam, no creía haber visto al chico sin la gorra desde entonces.

Llevarle al partido de béisbol había sido un impulso,

pensaba él ahora, algo sin importancia. Pero le había impresionado la mirada de Seth al ver a los Camden Yards. Cómo se había sentado allí, agarrando un perrito caliente que se le olvidó en las manos mientras observaba cada movimiento en el campo.

Y le había hecho reír cuando la opinión seria y firme de Seth había sido que «en la televisión parecía una mierda comparado con aquello».

Observó a Seth mientras arrancaba otra tablilla y se preguntó si le enseñaría al chico cómo devolver una bola. Al instante, el hecho de haber tenido aquel pensamiento le irritó.

—No estás mirando dónde las tiras.

—Sé perfectamente adónde van. Si no te gusta cómo lo hago, tíralas tú mismo. Dijiste que podría arrancar algunas.

No valía la pena, pensó Cam. No valía la pena el esfuerzo de discutir.

—Bien, ¿quieres arrancar tablillas del maldito techo? Vale, mira, ¿ves cómo lo hago? Usas la pinza del martillo y...

—Te he estado observando desde hace una hora. No hay que ser muy inteligente para arrancar tablillas.

—Bien —dijo Cam entre dientes—. Hazlo. —Lanzó el martillo a la mano impaciente de Seth—. Voy abajo. Necesito algo de beber.

Cam bajó de la escalera de manera insegura, tratando de convencerse a sí mismo de que los niños de diez años eran unos presumidos gilipollas. Además, cuantas más tablillas arrancara el chico, menos le quedarían a él por arrancar. Si sobrevivía a aquel día pasaría otra noche de sábado con Anna. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

Ahora había una mujer, pensó mientras agarraba la jarra de agua helada y tragaba un poco. Era casi una mujer perfecta. Aunque a veces tenía una sensación incómoda en el vientre cuando pensaba en ella de aquel modo, era difícil encontrarle un defecto.

Era hermosa, elegante, sexy. Y tenía una risa contagiosa y unos ojos maravillosos. Su espíritu salvaje de aventura quedaba oculto bajo su traje de funcionaria.

Y además cocinaba.

Soltó una risa ahogada y sacó otro pañuelo para secarse la cara.

Bueno, si él fuera del tipo de hombres conformistas se quedaría con ella. Colocaría un anillo en su dedo, pronunciaría el «sí quiero» y la llevaría corriendo a su casa, a su cama, para siempre.

Comidas ardientes, sexo ardiente.

Conversación, risas. Sonrisas suaves para despertarse por la mañana. Miradas compartidas que dicen más que las palabras.

Cuando se vio a sí mismo mirando al vacío, con la jarra colgando de sus dedos y una estúpida expresión en la

cara, se golpeó con fuerza. Más vale suspirar profundamente.

El sol le había reblandecido el cerebro, pensó. Lo permanente no era su estilo. Nunca lo había sido. Y el matrimonio, la palabra le hizo estremecer, era para otros.

Gracias a Dios, Anna no buscaba más, como él. Una relación bonita, fácil, sin ataduras y sin complicaciones era lo que les cuadraba a los dos.

Para asegurarse de que su mente no se iba a volver a calentar, se echó agua helada por la cabeza. Seis meses, se prometió mientras volvía a salir al exterior. Seis meses y regresaría a su mundo. Competición, velocidad, fiestas elegantes y mujeres que sólo buscaban una carrera rápida.

Cuando el pensamiento de todo aquello se desvaneció, y cuando la imagen de todo ello le dejó vacío en su interior, soltó un taco. Era lo que él quería, maldita sea. Lo que conocía. Su mundo. No estaba diseñado para desperdiciar su vida construyendo barcos para que los manejaran otros, educando a un chico y preocupándose de casar calcetines.

Seguro, puede que enseñara al chico cómo tirar la pelota, pero eso no tenía gran importancia. Puede que Anna Spinelli estuviera firmemente anclada en su cerebro, pero eso no tenía por qué tener gran importancia tampoco.

El necesitaba espacio, necesitaba libertad. Necesitaba competir.

Sus pensamientos bullían cuando volvió a salir. Casi se estrella contra la escalera de aluminio. Un taco y un grito ahogado sonaron al unísono.

Cuando miró hacia arriba su corazón dejó de latir.

Seth estaba colgado del marco roto de una ventana a veinte pies de altura. En cuestión de segundos, Cam vio el dibujo de las suelas de sus zapatos nuevos, los cordones colgando y los calcetines caídos. Ethan y Phillip ya estaban en el tejado, luchando por alcanzar a Seth.

—Aguanta —gritó Ethan—. ¿Me oyes?

—No puedo. —El pánico debilitaba la voz de Seth, haciéndola parecer muy infantil—. Me resbalo.

—No podemos alcanzarle desde aquí. —La voz de Phillip era mortalmente serena, pero sus ojos brillaban de miedo al mirar a Cam en el suelo—. Levanta la escalera. Rápido.

Tomó la decisión en segundos, aunque parecía que le había llevado toda la vida. Cam calculó el tiempo que le llevaría elevar la escalera hasta su sitio y trepar hasta el lugar de donde colgaba Seth. Demasiado tiempo, pensó, y se movió hasta colocarse justo debajo de Seth.

—Déjate caer, Seth. Tú déjate caer. Yo te cogeré.

—No. No puedo. —Le sangraban los dedos, y casi se soltó cuando sacudió la cabeza con fuerza. El pánico le recorrió la espina dorsal como si de unos ratones

hambrientos se tratara—. No lo conseguirás.

—Puedes hacerlo. Cierra los ojos y déjate caer. Estoy aquí. —Cam plantó las piernas, separándolas, y trató de no pensar en que estaba temblando—. Estoy justo aquí.

—Tengo miedo.

—Yo también. Déjate caer. ¡Hazlo! —ordenó tan secamente que los dedos de Seth se soltaron por instinto.

Parecía como si la caída no tuviera fin. El rostro de Cam estaba inundado de sudor. El aire se negaba a entrar en los pulmones de Seth. Aunque los ojos le escocían a causa del sol y la sal, Cam no los apartó del chico. Sus brazos estaban allí, doblados y preparados a medida que Seth caía.

Cam oyó un suspiro, no supo si el suyo o el de Seth, cuando ambos rodaron por el suelo. Cam utilizó su cuerpo para amortiguar la caída del chico, y cayó al duro suelo con la espalda desnuda.

Pero en un momento se puso de rodillas. Dio la vuelta a Seth, aplastándole contra él.

—¡Dios! ¡Oh, Dios mío!

—¿Está bien? —La voz de Ethan retumbó desde arriba.

—Sí. No lo sé. ¿Estás bien?

—Creo que sí. —Temblaba mucho, le castañeaban los dientes, y cuando Cam aflojó el abrazo lo suficiente para mirarle la cara, vio su piel pálida como la muerte y unos ojos grandes y vidriosos. Se sentó en el suelo, colocó a Seth en su regazo e inclinó la cabeza del chico hacia sus rodillas.

—Sólo está conmocionado —les dijo a sus hermanos.

—Buena pesca. —Phillip se sentó en el techo, se restregó la cara pegajosa con las manos, y pensó que su corazón volvería a la normalidad en un año o dos—. Jesús, Ethan, ¿en qué estaba yo pensando al mandar a ese chico abajo a buscar agua?

—No es culpa tuya. —Queriendo tranquilizar a ambos, Ethan apretó el hombro de Phillip—. No es culpa de nadie. Está bien. —Volvio a mirar hacia abajo, con intención de decirle a Cam que cogiera la escalera. Pero lo que vio fue a aquel hombre sosteniendo al chico y apretando su mejilla contra la cabeza del muchacho.

La escalera podía esperar.

—Limítate a respirar —le ordenó Cam—. Hazlo lentamente. Se te ha parado la respiración, eso es todo.

—Estoy bien —respondió Seth, pero mantenía los ojos cerrados, muerto de vergüenza. Los dedos le quemaban, pero tenía miedo de mirar. Cuando finalmente comprendió que le estaban agarrando con fuerza, no sintió náuseas ni pánico.

Era gratitud y un alivio dulce, casi desesperado.

Cam cerró los ojos también. Y fue un error. De nuevo volvió a ver a Seth caer; caer y caer, pero esta vez él no fue lo suficientemente rápido, o lo suficientemente

fuerte. No estaba allí.

El miedo se mezcló con la furia. Giró a Seth hasta que sus rostros se acercaron, y le sacudió.

—¿Qué demonios estabas haciendo? ¿En qué estabas pensando? Idiota, podrías haberte partido el cuello.

—Yo sólo... —Se le quebró la voz, mortificándole—. Sólo iba a... No sabía. Tenía el zapato desabrochado. Debo de haber dado un mal paso. Yo sólo...

Pero el resto de sus palabras quedaron silenciadas contra el fuerte y sudoroso pecho de Cam, mientras éste le volvía a estrechar contra él. Seth podía oír el rápido latido de su corazón, escuchar cómo retumbaba contra su oído. Y volvió a cerrar los ojos. Y lentamente, tanteándole, sus brazos se cerraron en un abrazo.

—No pasa nada —murmuró Cam, procurando mantener la calma—. No ha sido culpa tuya. Casi me matas del susto.

Cam se dio cuenta de que sus manos temblaban. Estaba haciendo el ridículo. Deliberadamente, echó a Seth hacia atrás y frunció el ceño.

—¿Cómo fue esa caída?

Seth consiguió esbozar una sonrisa.

—Creo que bastante guay.

—Un desafío a la muerte. —Como los dos se sentían incómodos, se fueron apartando lenta y cautelosamente—. Menos mal que eres un enclenque todavía. Si pesaras un poco más me habrías dejado seco.

—Joder —dijo Seth, porque no se le ocurría nada más que decir.

—Te has estropeado un poco las manos. —Cam frunció el ceño ostensiblemente al examinar las manos sangrientas y arañadas—. Creo que será mejor que alcancemos al resto de la tripulación y te arreglemos.

—No es nada. —Aquello quemaba como el fuego.

—No hace falta que te desangres hasta morir. —Como aún le temblaban las manos, Cam hizo un rápido movimiento para colocar la escalera en su lugar—. Entra y busca el maletín de primeros auxilios —le ordenó—. Parece que Phil acertó cuando nos hizo comprar esa maldita cosa. Mira por dónde lo vas a estrenar tú.

Una vez que vio a Seth meterse en la casa, Cam apoyó la frente contra el lateral de la escalera. Su estómago seguía revuelto, y un dolor de cabeza del que no se había percatado hasta el momento le sacudía las sienes como un tren de mercancías.

—¿Estás bien? —preguntó Ethan colocando una mano en el hombro de Cam en cuanto puso un pie en tierra.

—Me he quedado sin saliva. Se me ha secado toda la boca. En mi vida he pasado tanto miedo.

—Ya somos tres. —Phillip miraba a su alrededor. Como le seguían temblando las piernas, se sentó en uno de los peldaños de la escalera—. ¿Tiene muy mal las manos?

¿Necesita un médico?

—Tiene los dedos magullados. No están muy mal. —Al oír el sonido de un coche avanzando por el terreno de gravilla se volvió a ver de quién se trataba. Y el estómago se le acabó de revolver—. Oh, perfecto. La sexy trabajadora social a las tres en punto.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —Ethan tiró de su gorra hacia abajo para ocultar la cabeza. Odiaba tener mujeres alrededor cuando estaba sudando.

—No lo sé. Teníamos una cita esta noche, pero no era hasta las siete. En primer lugar, va a decir algo muy femenino sobre nosotros por tener al chico ahí arriba.

—Pues no se lo diremos —murmuró Phillip mientras le lanzaba a Anna una sonrisa encantadora de bienvenida—. Bueno, esto ilumina el día. No hay nada mejor que ver a una mujer bonita después de una dura mañana de trabajo.

—Caballeros... —Anna simplemente sonrió cuando Phillip tomó su mano y se la llevó a los labios. Aquello la divertía mucho. Tres hombres, tres hermanos, tres reacciones. La bienvenida educada de Phillip, el gesto de cabeza vagamente cohibido de Ethan y la mirada irritada de Cam.

Y no cabía duda alguna de que cada uno de ellos tenía un aspecto rabiosamente masculino y tractivo con sus cinturones de herramientas empapados de sudor.

—Espero no molestar. Quería ver el edificio y he venido a traer unos regalos. Hay una cesta de picnic en mi coche..., comida para hombres —añadió—. Para todo el que quiera hacer un alto para almorzar.

—Ha sido muy amable por tu parte. Te lo agradecemos. —Ethan se giró—. Iré a buscarla al coche.

—Gracias. —Anna inspeccionó el edificio, bajó sus gafas de sol de cristales redondos y montura metálica, y lo observó de nuevo. Todo lo que se le ocurrió pensar es que se alegraba de haberse vestido de manera informal para aquella visita intempestiva, con unos vaqueros holgados y una camiseta. Pensó que no había modo de entrar allí y salir limpia—. Así que éste es...

—El comienzo de nuestro imperio —empezó a decir Phillip, quien acababa de pensar en llevarla a dar una vuelta para darle a Cam el tiempo suficiente de asear a Seth y callarle la boca, cuando el chico salió.

Tenía la cara negra, mugrienta de sudor, suciedad y sangre que se había restregado por las mejillas con los dedos. Su camiseta blanca con la leyenda «simplemente hazlo» estaba en el mismo estado. Llevaba el maletín de primeros auxilios como si fuera una cesta.

Anna se alarmó al verle. Echó a correr hacia el chico y le cogió suavemente de los hombros antes de que Cam o Phillip pudieran pensar en una historia razonable.

—Oh cielo, estás herido. ¿Qué ha pasado?

—Nada —empezó a decir Cam—. Es que...

—Me he caído del techo —soltó Seth. Se había calmado

mientras estaba dentro y había pasado de estar temblando a sentir un orgullo desmedido.

—Que te has caído del... —Asustada, Anna comenzó a buscar huesos rotos de manera instintiva. Seth se contrajo y se retorció, pero ella continuó haciéndolo hasta quedarse tranquila—. Dios mío. ¿Qué hacéis por ahí parados? —Volvió la cabeza y lanzó a Cam una mirada furiosa—. ¿Habéis llamado a una ambulancia?

—No necesita una ambulancia. Es de mujeres quejarse.

—¡Quejarse! —repitió Anna. Manteniendo una mano protectora en el hombro de Seth, se giró hacia ellos—. ¡Quejarse! Vosotros tres estáis dando vueltas por aquí como una manada de simios. El chico podría tener lesiones internas. Está sangrando.

—Son sólo los dedos. —Seth los extendió, con mirada de admiración—. ¡Tío, va a ser el tema candente el lunes en la escuela! Me resbalé de la escalera al bajar, pero me agarré al marco de la ventana de ahí. —El muchacho señaló el lugar, y Anna casi se marea al ver la altura—. Cam me dijo que me dejara caer, que él me cogería; lo hice y me cogió.

—Este chico o no dice ni dos palabras o no para de hablar —dijo Cam a Phillip—. Está bien —dijo elevando la voz—. Sólo se quedó sin respiración.

Anna ni se molestó en responderle, y se limitó a lanzarle una mirada larga y fulminante antes de volverse para sonreír a Seth.

—¿Por qué no me dejas echarle un vistazo a tus manos, cielo? Las limpiaremos y veremos si necesitas puntos. —Anna elevó el mentón, aunque sus gafas oscuras no podían ocultar el furor de sus ojos—. Luego me gustaría hablar contigo, Cameron.

—Habría apostado a que lo harías —murmuró él, mientras ella se llevaba a Seth hacia su coche.

Seth reconoció que no le importaba que le mimaran un poco. Era una nueva experiencia tener a una mujer haciendo un escándalo por un poco de sangre. Sus manos eran suaves y su voz amable. Y si los dedos le punzaban y escocían, era un precio pequeño que pagar por lo que parecía una aventura gloriosa.

—Fue una caída larguísima —dijo Seth.

—Sí, lo sé. —Sólo pensarlo hizo que se le encogiera el corazón—. Debes de haber sentido mucho miedo.

—Sólo me asusté un poco. —Seth se mordió el interior de la mejilla para no soltar una queja mientras ella le vendaba cuidadosamente las heridas—. Algunos chicos habrían gritado como las chicas y se habrían mojado los pantalones.

No estaba seguro de si había gritado o no, lo tenía borroso, pero había inspeccionado sus vaqueros y sabía que todo iba bien por allí.

—Y Cam estaba cabreado. Quién podría pensar que yo le di una patada a la escalera a propósito.

Anna levantó la cabeza.

—¿Te gritó?

Seth comenzó a explayarse, pero había algo en los ojos de ella que le puso difícil seguir soltando mentiras.

—Durante un minuto. La mayor parte del tiempo estaba como embobado. Nadie creería que pasé mi brazo a su alrededor mientras me llevaba, dándome palmaditas y esas cosas.

Seth se encogió de hombros, pero se acordó de la cálida sensación interna al sentirse abrazado, seguro, a salvo.

—Algunos chicos no pueden soportar la sangre, ¿sabes?

Anna suavizó la sonrisa y se levantó para acariciarle el cabello.

—Sí, lo sé. Bueno, estás bastante bien para ser un chico que se ha caído del tejado. No lo vuelvas a hacer, ¿vale?

—Una vez ha sido suficiente.

—Me alegro de oírlo. Hay pollo frito en la cesta..., a menos que se lo hayan comido todo.

—Me podría comer una docena de trozos. —Comenzó a correr hasta que le empezó a remorder la conciencia. Era otra sensación extraña que le hizo darse la vuelta y mirarla a los ojos—. Cam dijo que me cogería y lo hizo. Ha sido un tipo guay.

Luego corrió hacia el edificio, gritándole a Ethan que le guardara algún trozo de pollo.

Anna suspiró. Se quedó sentada allí, en el asiento del pasajero, y ordenó el maletín de curas. Cuando una sombra se cernió sobre ella, continuó colocando el botiquín. Podía olerle y sentir el sudor, el hombre, y la leve fragancia del jabón que había utilizado en la ducha matinal. Ella conocía ahora bien aquel aroma y el modo en que se mezclaba con el suyo propio. Lo conocía tan bien que lo distinguiría entre un puñado de hombres, incluso esposada y amordazada.

Y aunque era cierto que había sentido curiosidad por el edificio, se trataba realmente de una excusa para viajar desde Princess Anne a verle.

—Supongo que no será necesario que te diga que los niños de la edad de Seth no deberían andar subiendo y bajando escaleras sin vigilancia.

—Supongo que no.

—O que los niños de su edad son descuidados, bastante difíciles y patosos.

—El no es patoso —dijo Cam con cierto ardor—. Es ágil como un mono. Y por supuesto —añadió con sorna en la voz—, el resto de nosotros somos simios, así que todo cuadra.

Ella cerró el botiquín de primeros auxilios, se levantó y se lo entregó.

—Eso parece —asintió ella—. Sin embargo, los accidentes ocurren. No importa lo cuidadoso que uno sea ni tampoco el empeño que se ponga en evitarlos. Por eso son accidentes.

Anna le miró a la cara. El seguía irritado con ella, con las circunstancias, según comprobó. Y aquella rabia escondida que parecía que nunca desaparecía del todo estaba a punto de salir a la superficie.

—Así que, ¿cuántos años de tu vida se ha llevado por delante ese pequeño incidente?

Cam soltó un suspiro.

—Un par de décadas. Pero el chico se las arregló muy bien.

Cam se volvió para mirar al edificio. Fue entonces cuando Anna vio rastros de sangre en su espalda. Rastros que comprendió que provenían de las manos de Seth. El había agarrado al chico, y éste se había agarrado a él, pensó.

Cam se volvió y la vio sonriendo.

—¿Qué pasa?

—Nada. Bueno, ya que estoy aquí, y que os estáis comiendo mi comida, creo que tengo derecho a dar una vuelta.

—¿Qué parte de este negocio vas a tener que incluir en tus informes?

—No estoy trabajando —respondió ella con más dureza de la que pretendía—. Pensé que venía a hacerles una visita a unos amigos.

—No he pretendido que te lo tomaras en ese sentido, Anna.

—¿De verdad? —Ella dio la vuelta al coche y cerró la puerta. Maldita sea, había ido a verle a él, a estar con él, y no a hacer una visita domiciliaria inesperada—. Lo que incluiré en mi próximo informe, a menos que vea otra cosa, es que en mi opinión Seth está afectivamente vinculado a sus tutores y ellos a él. Me aseguraré de que te llegue una copia. De momento, paso. Puedes devolverme la cesta cuando te convenga.

Anna pensó que aquélla era una buena salida para poner las cosas en su sitio, mientras se apresuraba a dar la vuelta al coche. Se estaba poniendo de mal humor, pero lo tenía bajo control. En ese momento, él la agarró mientras ella alcanzaba la puerta del coche, estropeando la situación.

Anna se giró rápidamente y erró el golpe en su primer intento de golpearle el pecho humedecido.

—Las manos fuera.

—¿Dónde vas? Espera sólo un minuto.

—No tengo que esperar a nada, y no quiero que tú me esperes tampoco. —Ella le golpeó con ambas manos—. ¡Dios mío, qué asqueroso eres!

—Si te pudieras calmar y escucharas...

—¿El qué? ¿Piensas que no lo sé? ¿Piensas que no he adivinado lo que viste, lo que pensaste cuando me viste llegar? «Maldita sea, aquí viene la trabajadora social. Cerremos filas, chicos.» —Se echó hacia atrás—. ¡Que

te jodan!

Podría haberlo negado y adoptar la postura de «no sé de qué me hablas». Pero sus ojos hacían el mismo efecto en él que el que habían hecho en Seth: no dejarían que se le liara la lengua contando una mentira decente.

—De acuerdo, tienes razón. Fue instintivo.

—Al menos tienes la delicadeza de ser honesto. —Se sentía tan herida que se enfureció y se sorprendió al mismo tiempo.

—No sé por qué te pones así.

—¿Ah, no? —Se echó el pelo hacia atrás—. Entonces te lo contaré. Te he mirado y he visto a un hombre que también es mi amante. Tú me has mirado y has visto a un símbolo del sistema en el que no confías y al que no respetas. Ahora que esto ha quedado claro, apártate de mi camino.

—Lo siento. —Se quitó el pañuelo porque tenía la cabeza a punto de estallar—. Vuelves a tener razón, y lo siento.

—Yo también. —Ella comenzó a abrir la puerta del coche.

—¿Me puedes conceder un maldito minuto? —En vez de volver a agarrarla se pasó las manos por el pelo. No fue el tono de impaciencia lo que la detuvo, sino la muestra de fatiga en su rostro.

—Muy bien. —Anna soltó la manilla de la puerta—. Tienes un minuto.

El pensó que no había otra mujer en el mundo a la que daría tantas explicaciones como a ésta que le observaba con el ceño fruncido.

—Todavía estábamos todos un poco conmocionados. El momento no podía haber sido peor. Maldita sea, aún me temblaban las manos.

Odiaba admitirlo, lo odiaba. Para controlarse un poco se dio la vuelta y paseó de un lado a otro.

—Sufrí un accidente una vez. Hace unos tres años. En el Grand Prix. Le di un golpe al quitamiedos, calculé mal y comencé a dar vueltas. El coche quedó destrozado. Lo peor es el fuego que no se ve, los vapores que se van calentando. Me vi carbonizado por completo. Sólo durante un momento, pero fue intenso. —Hizo una bola con el pañuelo en la mano, y luego lo alisó—. Y te digo, Anna, que el ver a ese chico desde abajo, el ver sus cordones colgando fue mucho peor. Mil veces peor.

¿Cómo podría ella seguir enfadada? ¿Y por qué no podría él darse cuenta de que tenía tantísimo amor que dar con sólo dejarlo escapar libremente? Le había dicho que probablemente la haría daño, pero ella no había sabido que sería tan pronto, o de esa manera.

No había mirado en la dirección adecuada. No había sabido que se estaba enamorando de él.

—No puedo hacer esto —dijo ella un poco para sí misma, y colocando las manos en sus brazos para darles

calor. Sentía frío, incluso cuando permanecía de pie bajo un sol abrasador. ¿Cuántos pasos había dado para encontrar el amor, y cuántos tendría que retroceder para protegerse a sí misma?—. No sé en qué he estado pensando. Comprometerme personalmente contigo no hace más que complicar nuestro mutuo interés por el chico.

—No me dejes, Anna. —Cam experimentó entonces otro tipo de miedo: uno que no había sentido nunca antes—. Hemos dado pasos en falso, pero podemos dar marcha atrás. Estamos bien juntos.

—Estamos bien en la cama —respondió ella guiñándole un ojo al ver una sombra de dolor en los ojos de él.

—¿Sólo?

—No —dijo ella lentamente mientras él se le acercaba—, no sólo, pero...

—En mi interior hay algo para ti, Anna. —Se olvidó de que tenía las manos sucias y las apoyó en sus hombros—. Todavía no te lo he dado. Esta historia contigo ha hecho que sea la primera vez en mi vida en que no he querido huir hacia la línea de meta.

La joven pensó que seguían en ese punto. Debería estar preparada para que él alcanzara esa línea y la cruzara, por delante de ella.

—No mezcles quién soy yo y lo que soy —dijo suavemente—. Tienes que ser honesto conmigo, o todo lo demás no significará nada.

—He estado más contigo de lo que haya estado con ninguna otra mujer antes. Y sé quién eres.

—Bien. —Ella colocó una mano en su mejilla cuando él se inclinó para besarla—. Veremos qué pasa.

CATORCE

Era una bonita tarde de primavera. El aire era cálido, el viento suave y había las suficientes nubes como para filtrar un poco el sol de manera que uno no se achicharrara. Cuando Ethan acercó el barco hasta el puerto, el muelle estaba plagado de turistas contemplando el trabajo de los estibadores y el de los recolectores de cangrejos.

Ethan se alegraba de haber capturado suficientes cangrejos por la mañana temprano. Los tanques de agua del barco situados bajo el toldo a rayas estaban llenos de cangrejos aburridos que seguirían el camino hacia la olla al ponerse el sol. Se ocuparía de su captura y dejaría que su compañero se entendiera con el motor, que fallaba un poco. Decidió acercarse a las oficinas y ver cómo se desarrollaba la labor de fontanería.

Estaba rabiando porque se hubiera acabado, aunque Ethan Quinn no era persona dada a rabiar o, al menos, no se permitía pensar que lo fuera, pero el astillero era un sueño íntimo que llevaba un tiempo acariciando. Ahora era el momento oportuno.

Simon soltó un ladrido seco y feliz al chocar el barco contra los pilotes. Cuando Ethan estaba asegurando las defensas, unas manos se prepararon para recogerlas, unas manos que reconoció antes de levantar la mirada. Eran bonitas, largas y no llevaban ni anillos ni laca de uñas.

—Lo tengo, Ethan

Este levantó los ojos y sonrió a Grace.

—Gracias. ¿Qué haces en el muelle a mediodía?

—Coger cangrejos. Betsy se encontraba mal hoy por la mañana, así que se necesitaba ayuda, y además mi madre quería llevarse a Aubrey unas horas.

—Deberías reservarte un poco de tiempo libre para ti, Grace.

—Bueno... —dijo mientras aseguraba las defensas con mano experta y después se alisaba su pelo corto.

—Un día de éstos. ¿Habéis acabado el jamón cocido que preparé el otro día?

—No hemos dejado ni una miga. Estaba buenísimo. Gracias.

Ahora que la conversación intrascendente se había terminado y se encontraba en el muelle a su lado, Ethan no sabía qué hacer con las manos. Por eso, rascó la cabeza de Simon.

— Hemos tenido buena pesca hoy.

—Ya veo. —Pero la sonrisa de Grace no se reflejaba en sus ojos y en cambio se mordía los labios.

Ethan pensó que aquello era un signo claro de que Grace tenía problemas en la cabeza.

—¿Te preocupa algo?

—Me molesta hacerte perder el tiempo cuando estás ocupado, Ethan —dijo mientras paseaba la vista por el muelle—. ¿Me acompañas a dar un paseo un momento?

—Por supuesto. Te invito a tomar un refresco. Jim, te ocupas de todo, ¿vale?

—Claro, capi.

Ethan metió las manos en los bolsillos mientras el perro trotaba entre ellos dos. Hizo un gesto con la cabeza al oír un saludo familiar y apenas reparó en la rapidez con la que se movían los dedos de los que pescaban cangrejos; siempre eran dignos de ver mientras trabajaban. Sí percibió los olores del agua, del pescado, de la sal en el aire porque le gustaban mucho, pero también el sutil aroma a jabón y champú de Grace.

—Ethan, yo no quiero causaros ningún trastorno ni a ti ni a tu familia.

—No podrías hacerlo, Grace.

—Hay algo que debes saber, aunque me fastidia, y mucho.

Grace bajó la voz, algo raro en ella, como bien sabía Ethan. Vio su cara rígida con la boca apretada y decidió olvidar el refresco y conducirla lejos de los muelles.

—Yo creo que mejor me lo cuentas y te lo quitas de la cabeza —dijo Ethan.

—Y pasártelo a la tuya —respondió ella suspirando. Le disgustaba enormemente hacerlo. Ethan siempre estaba ahí cuando tenías algún problema o necesitabas un hombro en el que apoyarte. Una vez ella había deseado que le ofreciera algo más que el hombro, pero... había aprendido a aceptar las cosas como eran.

—Lo mejor es que lo sepas —dijo hablando casi para sí misma—. No puedes enfrentarte a algo sin saber de qué se trata. Hay un detective de la compañía de seguros hablando con la gente, preguntando sobre tu padre y también sobre Seth.

Ethan le puso la mano sobre el brazo un instante. Ya estaban lo suficientemente lejos de los muelles, de las tiendas y de los ruidos del tráfico. Se preguntó qué se podía hacer con aquello.

—¿Qué clase de preguntas? —inquirió.

—Pues sobre el estado mental de tu padre las últimas semanas antes del accidente. Sobre por qué trajo a Seth a casa. Y ha venido a verme esta mañana a primera hora. He pensado que era mejor hablar con él que no hacerlo. —Miró a Ethan y se relajó cuando vio que él asentía—. Le dije que Ray Quinn era uno de los mejores hombres que he conocido y le dejé claro lo que pensaba sobre la gente que difunde cotilleos maliciosos.

Al ver que Ethan sonreía al oírla, Grace hizo una mueca.

—La verdad, me hizo sentir muy mal. Ya sé que está haciendo su trabajo y que tiene maneras suaves como la nata, pero me ha fastidiado, sobre todo cuando me preguntó si sabía algo sobre la madre de Seth o sobre su procedencia. Le contesté que no y que no me importaba nada. Seth está donde debe estar y punto final. Espero haber actuado bien.

—Hiciste lo mejor.

Los ojos de Grace se habían tornado del color de las tormentas en el río ahora que las emociones la agitaban.

—Ethan, yo sé que duele que la gente hable, que cuenten cosas que no les atañen. No significan nada. —Continuó hablando mientras le tomaba las manos—. Sobre todo para quien conoce a tu familia.

—Saldremos de ésta —contestó dándole un ligero apretón de manos mientras pensaba si debía retirarlas o no—. Te agradezco que me lo hayas contado. —Se separó pero siguió mirando su rostro tanto tiempo que Grace se ruborizó—. No has dormido lo suficiente, tienes los ojos cansados.

—¡Ah! —exclamó ella avergonzada, fastidiada,

mientras se cubría los ojos con las manos. ¿Por qué este hombre sólo notaba que algo le preocupaba?—. Aubrey ha tenido una noche un poco alborotada. Tengo que volver —dijo rápidamente, mientras acariciaba al paciente Simon—. Pasaré mañana por tu casa a limpiar.

Se fue deprisa pensando, con cierta tristeza, que un hombre que sólo se da cuenta de si tienes algún problema o de si estás cansada nunca pensará en ti como mujer.

Sin embargo, Ethan mientras la veía marchar pensó que era demasiado bonita para estar trabajando como una mula.

El inspector se llamaba Mackensie y estaba cavilando. Hasta el momento sus notas contenían la descripción de un hombre que era un santo con un halo de pureza tan ancho y brillante como el sol. Un samaritano desinteresado que no sólo amaba a sus vecinos, sino que además aguantaba sus cargas con cariño, y que, junto a su fiel esposa, había salvado a grandes parcelas de la humanidad y mantenido al mundo libre en democracia.

En otras notas diferentes, Raymond Quinn aparecía como un déspota convencido de su superioridad moral, pomposo, entrometido, que recolectaba chicos malos como otros coleccionan sellos, y les utilizaba para proporcionarle un trabajo de esclavos, un bálsamo para su ego y posiblemente lascivos favores sexuales.

Aunque Mackensie admitía que la segunda versión era más interesante, se la habían proporcionado sólo unos pocos.

Como era un hombre cauto y atento a los detalles, pensó que posiblemente la verdad se encontrara a mitad de camino entre la versión del santo y la del pecador.

Su propósito no era canonizar ni condenar a Raymond Quinn (póliza n° 005-678-LQ2). El simplemente tenía que recopilar datos que determinaran si el pago de la póliza debía ser satisfecho o no.

En cualquier caso, a Mackensie le pagarían por su tiempo y esfuerzos.

Se detuvo y comió un bocadillo en un pequeño y grasiento lugar llamado Comidas Bay Side. Tenía una cierta debilidad por la grasa, el café malo y las camareras con nombres como Lulubelle.

Debido a ello, a sus cincuenta y ocho años pesaba veinte kilos de más, veinticinco si no ajustaba la escala al cero antes de subirse a la báscula, tenía un cuadro crónico de malas digestiones y se había divorciado dos veces.

También estaba un poco calvo, tenía juanetes y un colmillo que le dolía como si tuviera un hierro candente. Mackensie era consciente de no ser ningún trofeo físico, pero conocía su trabajo, llevaba treinta y dos años en la compañía de Seguros True Life y sus archivos estaban tan blancos como el corazón de una monja.

Condujo su Ford Taunus por el terreno de gravilla cercano al edificio. Su último contacto, una pequeña sabandija llamada Claremont, le había proporcionado

algunas direcciones. Le había asegurado con una sonrisa tensa que ahí encontraría a Cameron Quinn.

A Mackensie le había disgustado aquel hombre a los cinco minutos de su compañía. El inspector había tratado gente durante el suficiente tiempo como para reconocer la envidia, la avaricia y la malicia incluso disfrazadas de amabilidad. Claremont no tenía capas ocultas, era pura zalamería.

Mackensie eructó en recuerdo del sabor de los pepinillos en vinagre que se había permitido en la comida, meneó la cabeza y se tragó la ración de Zantac que tomaba cada hora. En el solar había una camioneta, un sedán antiguo y un Corvette clásico estupendo.

A Mackensie le gustó el Corvette, aunque nunca se hubiera puesto detrás del volante de una de aquellas trampas mortales ni por amor ni por dinero. Desde luego que no, pero en cualquier caso lo admiró mientras salía del coche.

Cuando dos personas salieron del edificio, pensó que también era capaz de admirar el aspecto de un hombre. No el del mayor de los dos, que vestía una camisa de cuadros roja y corbata con alfiler. Un burócrata, pensó, ya que tenía buen ojo para clasificar a la gente.

El más joven era demasiado delgado, demasiado ávido y demasiado avispado para ser un burócrata. Si no trabajaba con las manos, podría hacerlo, caviló Mackensie. Se le veía como quien sabe lo que quiere y la forma de conseguirlo.

Si se trataba de Cameron Quinn, imaginó que Ray Quinn no debió de parar ni un momento.

Cam se dio cuenta de la presencia de Mackensie cuando el obeso inspector continuó andando. Se sentía satisfecho con los avances: creía que en una semana se finalizaría el baño, pero Ethan y él podían pasar sin esa inconveniencia hasta entonces.

Quería abrir inmediatamente y ya que la instalación eléctrica estaba terminada y además había pasado la inspección, no había ninguna necesidad de esperar más.

Mackensie tenía aspecto de chupatintas. Se estrujó la cabeza tratando de recordar si tenía alguna cita todavía, pero llegó a la conclusión de que no. Venderá algo, pensó, cuando Mackensie y él se acercaron.

El hombre lleva un maletín, reparó Cam con desaliento. Cuando la gente lleva un maletín quiere decir que pretenden sacar lo que llevan dentro.

—Usted debe de ser el señor Quinn —dijo Mackensie con voz afable y mirada escrutadora.

—Seguramente.

—Yo soy Mackensie, de Seguros True Life.

—Ya tenemos seguro. —O eso pensaba, caviló Cam—. Mi hermano Phillip se ocupa de esos asuntos. —De pronto cayó en la cuenta y Cam se puso en guardia—. ¿True Life dice?

—Exacto. Soy un inspector de la compañía.

Necesitamos aclarar algunos puntos antes de resolver su demanda sobre la póliza de su padre.

—Mi padre ha muerto —dijo Cam con tono monótono—. ¿No es ésa la cuestión, Mackensie?

—Mi más sentido pésame.

—Me imagino que la compañía siente haber cerrado el asunto. Por lo que yo sé, mi padre pagó la póliza de buena fe. El truco está en que para ganar debes morir, y él murió.

Hacía calor al sol y el pastrami en pan de centeno con la mostaza muy condimentada no le estaba sentando nada bien. Mackensie soltó un suspiro.

—Tengo algunas preguntas que hacer sobre el accidente.

—Un coche se encuentra con un poste de teléfono. El poste gana. Créame, yo conduzco a menudo —respondió Cam.

Mackensie asintió. En diferentes circunstancias habría apreciado el tono de Cam.

—Ustedes son conscientes de que la póliza contiene una cláusula sobre suicidio.

—Mi padre no se suicidó, Mackensie, y como usted no iba en el coche con él en aquel momento le va a resultar complicado probar lo contrario.

—Su padre se encontraba bajo un intenso estrés, un importante trastorno emocional —arguyó Mackensie.

Cam soltó un bufido.

—Mi padre educó a tres buenas piezas y enseñó a un puñado de mocosos colegiales. Soportó grandes dosis de estrés y de trastornos emocionales a lo largo de su vida.

—Y recogió a un cuarto chico.

—Exacto. —Cam metió los pulgares en los bolsillos y su actitud se convirtió en un desafío—. Eso no tiene nada que ver con usted o su compañía.

—Pero sí tiene que ver con las circunstancias del accidente de su padre. Existe la posibilidad de un chantaje y, por tanto, una amenaza para su reputación. Tengo una copia de la carta que se encontró en el coche.

Cuando Mackensie abrió su maletín, Cam dio un paso adelante.

—He visto esa carta y lo que significa es que hay una mujer con el instinto maternal de una gata de callejón rabiosa. Intente demostrar que Ray Quinn se empotró contra el poste porque tenía miedo de una puta y aplastaré a su compañía de seguros.

La ira que Cam pensaba que había dejado atrás volvió con todo su poder avasallador.

—Me importa una mierda el dinero. Podemos ganar dinero por nosotros mismos. True Life pretende no cumplir sus obligaciones en este litigio y ese es el terreno de mi hermano y de los abogados, pero si usted o alguien más se mete con la reputación de mi padre, entonces tendrán que pelear conmigo.

Mackensie calculó que su oponente tendría unos veinticinco años menos que él, era terco como una mula y estaba tan enloquecido como un lobo hambriento. Decidió que lo mejor sería cambiar de táctica.

—Señor Quinn, no tengo el más mínimo interés en dañar la reputación de su padre. True Life es una buena empresa, he trabajado en ella durante la mayor parte de mi vida. —Intentó sonreír amablemente—. Es pura rutina.

—No me gusta su rutina.

—Le entiendo. Aquí lo sospechoso es el accidente en sí. Los informes médicos confirman que su padre estaba en buenas condiciones físicas. No hay indicios de un ataque al corazón, de derrame cerebral, de ninguna causa física que provocara la pérdida de control del vehículo. Fue un accidente de un único coche en una carretera vacía en un día seco y claro. Las pruebas que encontraron los expertos en la reconstrucción del accidente no fueron concluyentes.

—Ese es su problema —Cam vio a Seth bajando la calle desde la escuela. —Y éste es el mío, pensó—. No puedo ayudarle, pero sí puedo decirle que mi padre encaraba los problemas de frente. Nunca tomaba el camino más fácil. Tengo mucho trabajo. —Dejando la conversación en este punto, Cam se dio la vuelta y se dirigió hacia Seth.

Mackensie se frotó los ojos que le lloraban a causa del sol. Quizás Quinn pensara que no había añadido nada a su informe, pero estaba equivocado. Mackensie estaba seguro ahora de que los Quinn lucharían por su demanda hasta el final, si no por el dinero, por la memoria de su padre, al menos.

—¿Quién es ése? —preguntó Seth mientras miraba cómo Mackensie se dirigía hacia su coche de nuevo.

—Un charlatán de seguros. —Cam señaló con la cabeza calle abajo hacia dos chicos que merodeaban a media manzana de allí—. ¿Quiénes son esos chicos?

Seth se volvió para mirarles y después se encogió de hombros.

—No sé. Chicos de la escuela. Nadie.

—¿Te están molestando?

—No. ¿Vamos a ir al tejado?

—El tejado está terminado —murmuró Cam y contempló con cierta diversión cómo los dos chicos deambulaban intentando aparentar un aire distraído sin conseguirlo—. ¡Eh, vosotros!

—¿Qué haces? —siseó Seth mortificado.

—Cálmate. Venid aquí —ordenó Cam a los chicos, que se quedaron quietos como estatuas.

—¿Por qué coño les llamas? Son sólo unos gilipollas de la escuela.

—Puedo usar a los gilipollas para algún trabajo— dijo Cam con suavidad. También se le había ocurrido que

Seth podía utilizar algunos compañeros de su edad. Esperó mientras Seth se violentaba y los dos chicos mantenían en susurros una conversación rápida, que terminó cuando el más alto de los dos se puso derecho y bajó la calle con aire fanfarrón enfundado en unas Nike destrozadas.

—No estamos haciendo nada —dijo el chico con tono desafiante y un tanto estropeado por el ceceo provocado por un diente roto.

—Eso ya lo veo. ¿Queréis hacer algo?

El chico paseó la mirada por el más joven, después por Seth y finalmente miró con precaución a la cara de Cam.

—A lo mejor.

—¿Tienes nombre?

—Claro, me llamo Danny. Este es mi hermano pequeño, Will. Yo he cumplido once años la semana pasada, él sólo tiene nueve.

—Cumpliré diez en diez meses —declaró Will mientras le daba un codazo en las costillas a su hermano.

—Todavía está en la escuela elemental —dijo Danny con un desprecio que compartió con Seth generosamente—. Es un niño de la escuela elemental.

—No soy ningún niño.

Al levantar Will el puño amenazando, Cam le detuvo y le dio un ligero apretón en el brazo.

—Creo que eres lo suficientemente fuerte para mí.

—Soy muy fuerte —le respondió Will para sonreír a continuación con encanto angelical.

—Ya veremos. ¿Veis toda esta mierda apilada por aquí? ¿Todas estas viejas tablas, el papel con brea, la basura? —Cam inspeccionó la zona—. ¿Veis aquel contenedor? Si metéis toda la mierda en el contenedor os doy cinco dólares.

—¿A cada uno? —dijo Danny con los ojos color avellana reluciendo en medio de una cara llena de pecas.

—No me hagais reír, tío, pero os daré dos dólares extra si lo hacéis sin que yo tenga que salir a intervenir en ninguna pelea —dijo señalando con el dedo a Seth—. El está al mando.

En el momento en que Cam les dejó solos, Danny se volvió hacia Seth. Ambos se midieron en silencio con los ojos entrecerrados.

—Te he visto dar puñetazos a Robert.

Seth cambió el peso de una pierna a otra por si aso. Calculó que eran dos contra uno, pero estaba preparado para la pelea.

—¿Y qué?

—Estuvo guay —fue todo lo que respondió Danny, que comenzó a recoger tablas rotas. Will sonrió feliz ante la cara de Seth. —Robert es un gordo pedorro, y Danny dice que cuando le pegaste no paraba de sangrar. —Seth

sonreía.

—Chillaba como un cerdo.

—Oink, oink —dijo Will encantado—. Podemos comprarnos helados en Crawford con el dinero.

—Sí, bueno —Seth empezó a juntar la basura con Will, que estaba pegado a sus talones alegremente.

Anna no tenía un buen día. Había empezado la mañana rompiendo el último par de medias que tenía incluso antes de llegar a la puerta de entrada. No le quedaban rosquillas, ni yogur, ni casi de nada, y se debía a que había dedicado demasiado tiempo a Cam, o a pensar en él, y se había retrasado en las compras.

Cuando se detuvo a echar al correo una carta para sus abuelos, se partió una uña en el buzón. El teléfono ya estaba sonando cuando entró en la oficina a las ocho y media y al otro lado de la línea se encontró con una mujer histérica preguntando por qué no había recibido todavía su tarjeta médica.

Calmó a la mujer y le aseguró que se ocuparía personalmente del caso. Después, sencillamente porque se encontraba allí, la centralita le puso con un hombre mayor quejándose e insistiendo en que sus vecinos maltrataban a sus hijos porque les permitían ver la televisión todas las noches de la semana.

—La televisión es el arma que han dejado los comunistas —le dijo—. No hay más que sexo y asesinatos, sexo y asesinatos, y mensajes subliminales. He leído todo al respecto.

—Me enteraré de lo que sucede, señor Bigby —le prometió, y abrió el cajón superior de donde sacó una aspirina.

—Más le vale. Lo he intentado con la poli, pero no hacen nada. Esos niños están condenados. Van a necesitar que los desprogramen.

—Gracias por llamar nuestra atención sobre el caso.

—Es mi deber de americano.

—Apuesto a que sí —murmuró Anna después de colgar el teléfono.

Como sabía que estaba citada a las dos de la tarde en el juzgado de familia, puso en marcha el ordenador con la intención de buscar el archivo y revisar sus informes y notas. Cuando vio en la pantalla el mensaje de que su programa había cometido un acto ilegal, no se molestó en gritar. Se limitó permanecer sentada, cerrar los ojos y hacerse a la idea de que iba a ser un día pésimo. Fue a peor.

Anna sabía que su testimonio en el juicio era grave. El caso Higgins había llegado a su mesa hacía casi un año. Los tres niños de ocho, seis y cuatro años habían sufrido malos tratos físicos y emocionales. La mujer de apenas veinticinco años era caso claro de esposa maltratada. A lo largo de años había abandonado muchas veces a su marido, pero siempre terminaba volviendo con él. Seis meses antes, Anna se había esforzado enormemente para

llevarla a ella y a sus hijos a un centro acogida. La mujer había tardado menos de treinta y seis horas en cambiar de parecer. Aunque el corazón de Anna sufría por ella, se había decidido por el bien de los niños. Sus rostros demacrados, los cardenales, el miedo y lo peor, la resignación reflejada en sus ojos apagados la atormentaban. Habían sido entregados a sus padres de acogida, un matrimonio lo suficientemente generoso y fuerte como para acoger a todos. Al ver a aquellos padres de acogida escoltando a los niños maltratados se juró a sí misma que haría cuanto estuviera en su mano para que permanecieran allí.

—Cuando este caso llegó a mí en enero del año pasado, se recomendó asesoramiento psicológico tanto individual como familiar —declaró Anna desde el estrado de los testigos—. No se siguieron las recomendaciones. Tampoco cuando en mayo del mismo año la señora Higgins fue hospitalizada con la mandíbula dislocada, o cuando en septiembre, Michael Higgins, el hijo mayor, se rompió un brazo. En noviembre, la señora Higgins y sus dos hijos mayores fueron atendidos en urgencias de varias lesiones. Se me notificó y asistí a la señora Higgins y a sus hijos, trasladándoles a una casa de acogida. Ella no permaneció allí ni dos días completos.

—Usted ha sido la asistente social de este caso durante más de un año. —El abogado se coloca ante ella, sabiendo por experiencia que no era necesario guiar su testimonio.

—Sí, más de un año —respondió, y sintió su fracaso intensamente.

—¿Cuál es la situación actual?

—El día seis de febrero de este año la policía acudió respondiendo a la llamada de un vecino se encontró al señor Higgins bajo los efectos del alcohol. La señora Higgins fue encontrada histérica y requirió tratamiento médico por laceraciones y cardenales faciales. Curtis, el hijo menor, tenía un brazo roto. El señor Higgins fue detenido. En aquel momento, al ser yo la asistente social encargada del caso, me notificaron lo sucedido.

—¿Vio usted a la señora Higgins y a los niños aquel día? —preguntó el abogado.

—Sí. Fui al hospital. Hablé con la señora Higgins. Declaró que Curtis se había caído por las escaleras. Debido a la naturaleza de sus heridas, al historial del caso, no la creí. El traumatólogo urgencias compartía mi opinión. Los niños fueron entregados a unos padres de acogida, con los que han permanecido hasta la fecha.

Anna continuó respondiendo preguntas sobre situación del caso y sobre los propios niños. En momento determinado, dedicó una sonrisa al hermano mediano cuando habló del equipo de fútbol al que había conseguido apuntarse.

Después Anna se preparó para el aburrimiento e irritación del turno de preguntas.

—¿Es usted consciente de que el señor Higgins se ha

sometido voluntariamente a un programa de rehabilitación de alcohólicos? —Anna evitó una ojeada al abogado de oficio de Higgins y miró directamente a los ojos del padre. —Soy consciente de que a lo largo del año pasado el señor Higgins ha declarado haber comenzado el tema de rehabilitación al menos en tres ocasiones. Vio como el odio y la ira oscurecían el rostro del señor Higgins. Dejad que me odie, pensó Anna. Estaba condenada si permitía que él pusiera las manos encima de aquellos niños de nuevo.

—Soy consciente de que nunca ha completado programa.

—El alcoholismo es una enfermedad, señorita Spinelli. El señor Higgins en este momento está recibiendo tratamiento. ¿Está de acuerdo en que la señora Higgins es una víctima de la enfermedad de su marido?

—Estoy de acuerdo en que ella ha sufrido malos tratos tanto físicos como emocionales por su parte.

—¿Y es capaz de pensar que ella deba sufrir aún más al perder a sus hijos, y éstos a ella? ¿Acaso piensa que este tribunal podría decidir separar a esta madre de sus tres hijos?

Anna pensó que la elección era suya. El hombre que pegaba a su mujer y aterrorizaba a sus hijos, o la salud y la seguridad de los niños.

—Creo que ella va a sufrir durante más tiempo hasta que tome la decisión que cambie sus circunstancias, y mi opinión profesional es que la señora Higgins en este momento es incapaz de cuidar de sí misma y mucho menos de sus hijos.

—En este momento, el señor y la señora Higgins tienen ambos trabajo estable —prosiguió el abogado—. La señora Higgins ha declarado bajo juramento que ella y su marido se han reconciliado y que continúan tratando de solucionar sus dificultades matrimoniales. Como ella ha declarado, separar a la familia sólo causaría dolor a todos los implicados.

—Ya sé que ella lo cree. —La mirada que Anna dirigió a la señora Higgins era compasiva, pero su voz fue firme—. Creo que hay tres niños cuya salud y bienestar están en juego. Conozco los informes médicos, psiquiátricos y policiales. En los últimos quince meses estos tres niños han sido tratados en urgencias once veces en total. —Ahora sí contempló al abogado y se preguntó cómo podía estar ante un tribunal peleando por lo que seguramente sería la destrucción de tres niños—. Soy consciente de que el brazo de un niño de cuatro años ha sido quebrado como la rama de un árbol. Recomendando claramente que estos niños permanezcan en régimen de acogida supervisado para proteger su seguridad física y emocional.

—No se han presentado cargos contra el señor Higgins.

—No, no se han presentado. —Anna dirigió su mirada hacia la madre, y la posó en su rostro cándido—. Eso es otro crimen —murmuró.

Cuando terminó, Anna pasó junto al matrimonio

Higgins sin dirigirles la mirada, pero tras la barandilla el pequeño Curtis se encaramó buscando su mano.

—¿Tienes una piruleta? —susurró haciéndola sonreír.

Anna se había acostumbrado a llevar piruletas para él. Le encantaban las de cereza.

—A lo mejor tengo alguna. Vamos a ver.

Estaba buscando en el bolso cuando una voz seseó tras ella.

—Quita tus manos de lo que es mío, puta.

En el momento en que empezaba a girarse, Higgins la golpeó con toda su fuerza tumbándola enviando a Curtis al suelo entre gritos y lamentos. La cabeza de Anna retumbaba como si oyera campanas y los ojos le hacían chiribitas. Pudo escuchar gritos mientras conseguía apoyarse en las manos y arrodillarse.

Le dolía tremendamente la mejilla en el lugar donde se había chocado contra una silla de madera. Le sangraban las palmas de las manos por resbalar en el suelo. Y además, maldita sea, las medias nuevas que había comprado para sustituir a las rotas estaban destrozadas en las rodillas.

—Estate quieta —le ordenó Marilou, que estaba en cuclillas en el despacho de Anna curándole los arañazos.

—Estoy bien. —De hecho las heridas tenían poca importancia—. Ha valido la pena. Esa pequeña demostración ante el tribunal supone que no podrá acercarse a los niños en algún tiempo.

—Anna, me preocupas —Marilou levantó la mirada con aquellos ojos oscuros relucientes—. Creo que casi te alegras de que te hayan golpeado con ese puño de doscientos kilos.

—De lo que me alegro es de las consecuencias. ¡Ay, Marilou! —dejó escapar un suspiro mientras su supervisora se levantaba para examinar el moratón de la mejilla—. Estoy encantada de presentar cargos por agresión y, sobre todo, de ver a esos niños irse a casa con su familia de acogida.

—¿Crees que ha sido un buen día de trabajo? —Marilou dio un paso atrás sacudiendo la cabeza—. También me preocupa porque creo que te implicas demasiado.

—No puedes ayudar si te distancias, aunque gran parte de lo que hacemos es simplemente papeleo, Marilou; formularios, procedimientos, pero de vez en cuando tenemos que actuar aunque sólo sea para que te golpee un puño de doscientos kilos. Merece la pena.

—Si te preocupas demasiado acabarás con algo más que un par de moratones y las rodillas despejadas.

—Si no te preocupas lo suficiente es mejor dedicarse a otro trabajo.

Marilou suspiró. Era difícil discutir cuando se piensa exactamente lo mismo.

—Vete a casa, Anna.

—Todavía falta una hora.

—Vete a casa, considéralo un pago por el comité.

—Si lo planteas así. Puedo aprovechar esa hora, no tengo nada para comer en casa. Si oyes algo sobre... — Se interrumpió y levantó la vista al escuchar la llamada en la puerta. Abrió los ojos—. Cameron.

—Señorita Spinelli, ¿tiene un momento? —Su sonrisa de bienvenida se transformó en un gruñido. Luz de sus ojos se oscureció y la mirada se volvió cortante como una espada de fuego—. ¿Qué coño ha sucedido? — Entró como una bala, arrollando a Marilou para llegar hasta Anna—. ¿Quién coño te ha pegado?

—Nadie, en realidad, estaba...

En lugar de dejar que acabara de hablar, Cameron se giró hacia Marilou. Esta, dividida entre fascinación y la risa, dio un paso atrás y levantó las manos con las palmas abiertas.

—Yo no he sido, campeón. Yo me limito a intimidar a mi equipo, nunca les pongo la mano encima.

—Ha habido un follón en el tribunal, eso es todo. — Luchando por aparentar energía y profesionalidad a pesar de tener las piernas y los pies desnudos, Anna se levantó—. Marilou, éste es Cameron Quinn. Cameron,

Marilou Johnston, mi supervisora.

—Encantada de conocerte incluso en semejantes circunstancias —dijo Marilou tendiéndole la mano—. Fui alumna de tu padre hace un millón de años. La verdad es que simplemente le adoraba.

—Ya, gracias. ¿Quién te golpeó? —preguntó a Anna de nuevo.

—Alguien que incluso en este momento está en el lado erróneo de una celda cerrada. —Anna rápidamente metió los pies desnudos en los zapatos de tacón bajo—. Marilou, voy a tomarme esa hora que me ofreces. —Su único pensamiento en aquel momento era llevarse a Cam, apartarle de Marilou, de su curiosidad y de aquellos ojos que todo lo veían—. Cameron, si quieres comentarme algo sobre Seth me puedes acompañar a casa. —Se puso la chaqueta gris claro—. No está lejos. Te invito a un café.

—De acuerdo. Gracias. —Cuando él la tomó por la barbilla sintió en su interior una mezcla de alegría y preocupación—. Charlaremos un rato.

—Te veré mañana, Marilou.

—Sí, desde luego. —Marilou sonrió abiertamente mientras Anna cogía su maletín a toda prisa—. Hablaremos también.

QUINCE

Anna permaneció callada hasta que salieron edificio y se encontraron a solas y a salvo en el parking.

—Cam, ¡por el amor de Dios!

—Por el amor de Dios, ¿qué?

—Aquí es donde trabajo. —Se detuvo ante el y se giró para encararle—. Donde trabajo, recuerdas? No puedes entrar en mi oficina embalado como si fueras un enamorado ultrajado.

—Es que soy un enamorado ultrajado, y quiero saber el nombre del hijo de puta que te ha puesto la mano encima.

No permitiría que la violencia que le rodeaba le emocionara. Sería muy poco profesional, pensaba mientras su estómago se encogía de forma deliciosa.

—La persona en cuestión se las está viendo las autoridades competentes. Y además no estás autorizado a ser ni enamorado, ni ultrajado, ni nada, en horas de trabajo.

—¿Ah, sí? Inténtalo y detenme —la retó, y llevado por el temperamento fundió su boca con la Anna.

La joven se movió un momento. Cualquiera podía abrir una ventana y verles. El beso era demasiado fogoso, demasiado excitante para ser un abrazo a la luz del día en el parking de una oficina.

Pero era también demasiado fogoso y excitante para

resistirse. Anna se dejó llevar por el beso, por él, por ella misma y le rodeó con sus brazos.

—¿Vas a parar? —susurró ella contra su boca.

—No.

—De acuerdo, entonces sigamos pero puertas adentro.

—Buena idea. —Cam acertó a abrir la puerta del coche manteniendo su boca contra la de ella.

—No puedo entrar si no me sueltas.

—Tienes razón. —Cam la soltó para sorprenderla posando sus labios suavemente sobre la mejilla herida—. ¿Te duele?

El corazón de Anna todavía flotaba.

—Un poco, quizás. —Entró en el coche buscando el cinturón de seguridad con gran atención, realizando deliberadamente gestos eficientes.

—¿Qué pasó? —le preguntó mientras se deslizaba junto a ella.

—Un padre que maltrata a tres hijos y a su esposa no le ha preocupado mi testimonio ante el juzgado de familia. Me empujó. Yo estaba de espaldas, porque si no, se habría llevado un buen rodillazo en los huevos, pero estaba fuera de mi alcance. Me caí de bruces, lo que sería embarazoso si no fuera por el hecho de que él está ahora encerrado y los niños con su familia de acogida.

—¿Y la mujer?

—No la puedo ayudar —dijo Anna mientras dejaba caer hacia atrás la cabeza dolorida—. Cada uno debe librar sus propias batallas.

Cam no respondió nada. Había estado pensando mismo. Por eso había decidido deshacerse de tres chicos, llevárselos a Ethan e ir a verla. Había pensado contarle lo de la investigación del seguro, las especulaciones acerca de las conexiones entre Seth y su padre, la búsqueda de la madre de Seth que Ethan había comenzado.

Quería contárselo todo, saber su opinión. Pero ahora se encontraba preguntándose si aquél era el mejor camino para ella, para él, para Seth. Espera, se dijo a sí mismo y racionalizó su decisión: la joven había pasado por malos momentos, necesitaba un poco de atención.

—Entonces, ¿te golpean a menudo en tu trabajo? —preguntó.

—Eh..., no. —Anna se rió al tiempo que él se detenía frente a su casa—. De vez en cuando alguien intenta darte un puñetazo o te tira algo. Pero la mayor parte del tiempo son sólo malos tratos verbales.

—¿Qué trabajo tan divertido! —exclamó Cam.

—Tiene sus momentos. —Ella le tomó de la mano y caminó a su lado—. ¿Sabías que la televisión es el arma de los comunistas?

—Nunca lo había oído.

—Por eso te lo cuento. —Anna utilizó la llave para abrir el buzón de correo, recogió unas cartas, facturas y una revista de modas—. Barrio Sésamo es una tapadera.

—Siempre sospeché del gran pájaro amarillo.

—Nooo, ése es sólo un gancho. La rana es el cerebro. —Ella se puso un dedo en los labios mientras se acercaban a la puerta. Entraron sigilosamente como niños que se hubieran escapado de la escuela—. No quiero que las enfermeras me armen un escándalo.

—¿Te importa si lo hago yo?

—Depende de tu idea de escándalo.

—Empecemos aquí mismo. —Cam rodeó su cintura con los brazos y rozó sus labios.

—Supongo que esto lo puedo consentir —dijo ella mientras colaboraba ahondando en el beso—. ¿Qué estás haciendo aquí, Cam?

—Tengo la cabeza llena de cosas. —Cam posó de nuevo sus labios sobre el moratón y después más abajo, en el cuello—. Sobre todo de ti. Quiero estar contigo, verte, hablar contigo y también hacerte el amor.

Anna curvó sus labios sobre los de Cam.

—¿Todo al mismo tiempo?

—¿Por qué no? Tenía pensado invitarte a cenar..., pero ahora creo que podríamos encargarnos una pizza.

—Perfecto —dijo ella suspirando—. ¿Por que no sirves un poco de vino y yo me cambio?

—Hay algo más —añadió Cam mientras continuaba su camino hacia la oreja de Anna— Algo que he estado deseando hacer. Me he estado preguntando cómo sería despojar a la señorita Spinelli de uno de sus trajes de «dedicada funcionaria».

—¿Ah, sí?

—Desde el primer momento en que te vi.

La joven sonrió con picardía.

—Es tu oportunidad.

—Estaba deseando que dijeras eso. —Cam volvió a poner su boca sobre la de Anna, pero más ávida, más posesiva. Esta vez el suspiro de la joven transformó en un jadeo tembloroso cuando él le quitó la chaqueta de un tirón y la agarró por los brazos—. Te deseo a muerte. Día y noche.

La voz de Anna se había vuelto gutural, apagada por la agitación.

—Espero que esto te ayude porque yo también te deseo a muerte.

—¿Y no te da miedo?

—Nada que tenga que ver contigo y conmigo da miedo.

—¿Y qué pasaría si yo te pidiera que me dejaras hacer cualquier cosa, de todo? —El corazón de Anna dio un vuelco pero mantuvo la mirada firme.

—Respondería que quién te detiene.

Con los ojos llenos de un deseo oscuro y peligroso, Cam echó una ojeada hacia abajo y después la miró a la cara.

—Me pregunto qué lleva la señorita Spinelli debajo de esas primorosas blusas blancas.

—No creo que a un hombre como tú le detengan unos pocos botones para averiguarlo.

—Tienes razón. —El apartó las manos de su chaqueta para ponerlas sobre el algodón cuidadosamente planchado de su blusa y la rasgó. Cam vio cómo por el asombro, Anna abría enormemente los ojos y se excitó—. Si quieres que me detenga, lo haré. No quiero hacer nada que tú no quieras.

Le había destrozado la blusa y se había excitado. Él esperó mirándola para ver si le decía que parase o no. Y esto la excitó aún más. Comprendió que no había sido del todo sincera al decirle que nada de lo que sucediera entre ellos le asustaba. Temía lo que pudiera sucederle a su corazón.

Pero en aquel momento de amor físico sabía que podía igualarse a él.

—Lo quiero todo, absolutamente todo —respondió Anna.

A Cam se le alborotó la sangre, sin embargo sus caricias siguieron siendo suaves, juguetonas, moviendo el dorso

de la mano por encima del resbaladizo tejido blanco del sujetador de media copa.

—Señorita Spinelli —dijo pausadamente mientras deslizaba los dedos bajo el lustroso satén para pellizcar el erecto pezón—. ¿Cuánto más puedes aguantar?

Aquellos ligeros tirones provocaban espirales calientes a lo largo de su cuerpo. Además el aire se había vuelto espeso.

—Creo que vamos a averiguarlo —respondió ella.

Lentamente la condujo hasta la pared mientras mantenía la mirada en sus ojos.

—Empecemos aquí. Sujétate —murmuró él al tiempo que deslizaba la mano bajo su falda y desgarraba la prenda interior de encaje que llevaba. Se le aceleró la respiración y estuvo a punto de echarse a reír. Entonces él introdujo sus dedos en provocando una fuerte y áspera ola de placer inundó su organismo por sorpresa. El orgasmo la desgarró por dentro vaciando su mente y robándole el aliento. Cuando le fallaron las rodillas, él se limitó a sujetarla contra la pared.

—Quiero darte más. —El se moría por verla latir más, por ver su rostro sobresaltado por la excitación, por ver cómo aquellos espléndidos ojos se oscurecían.

Ella se agarró a su espalda buscando el equilibrio. Al echar la cabeza hacia atrás dejó al descubierto los golpes en el cuello y él no pudo contenerse y los lamió. Ella gimió contra él, se movió hacia él con el aliento entrecortado, cuando Cam dio un tirón a la chaqueta y a lo que quedaba de su blusa para quitárselas.

Anna se encontraba indefensa, anonadada. Aquel ataque a sus sentidos le había dejado los miembros estremecidos y el corazón martilleando como un tambor. Dijo su nombre, lo intentó, pero convirtió en un grito ahogado cuando él le dio vuelta. La joven apretó las húmedas palmas contra la pared.

Cam tiró del botón de la falda. Ella sintió cómo saltaba y se estremeció cuando notó el tejido sobre las caderas y cómo se deslizaba hacia el suelo. El tenía las manos sobre sus pechos, moldeando, deslizándolas entre el satén y la carne, y al contrario. Entonces también lo desgarró y ella disfrutó enormemente con el sonido del delicado tejido al ceder.

Cam le mordisqueaba la espalda. Y sus manos..., tenía las manos en todas partes, llevándola a la locura y después más allá.

Unas palmas ásperas contra una suave piel, unos hábiles dedos que presionaban, deslizándose.

El aliento de Anna, que escapaba entrecortado a través de sus labios, comenzó a calmarse. El placer era inmenso y la medianoche oscura. Vio cómo se sumergía en un erotismo donde sólo existían las sensaciones.

Brillante, deslumbrante y pecaminoso.

La pared era suave y estaba fría, no así las manos de Cam. El contraste le resultó tan excitante que casi no lo

pudo soportar.

Cuando le dio la vuelta otra vez, ella tenía los ojos cegados por la luz del sol. Él estaba todavía completamente vestido y ella desnuda. Anna lo encontró sumamente erótico y no pudo decir palabra cuando él levantó los brazos por encima de la cabeza y le sujetó ambas muñecas con una sola mano.

Sin dejar de mirarla, él pasó una mano áspera por su pelo, como si la peinara, para quitarle las horquillas.

—Quiero más —dijo casi sin poder articular palabra—. Dime que quieres más.

—Sí, quiero más.

Cam apretó su cuerpo sobre el de ella, algodón suave y un áspero vaquero contra la piel húmeda. Y el beso que le arrancó la dejó con la cabeza dando vueltas.

Entonces comenzó a trabajar con la boca aquel cuerpo estremecido.

Él quería probar todos los sabores de su cuerpo la miel oscura de su boca, la seda húmeda de sus pechos. También el sabor cremoso de su vientre y la lustrosa seda de los pantys.

Entonces llegó el calor, la oleada sofocante, cuando lamió la zona entre sus piernas.

Todo, absolutamente todo, era en lo único en lo que él podía pensar. Y después más.

Anna se agarró a su pelo acercando el rostro más y más según subía hacia la cumbre. Fue su grito, casi un alarido, lo que hizo que él perdiera lo que le quedaba de control. Tenía que ser ahora.

El se separó para apretarse después contra ella.

—Necesito poseerte —dijo jadeando—. Necesito que me mires cuando lo haga.

El la penetró allí mismo y los gemidos de Anna se entrelazaron en el aire.

Más tarde la llevó hasta la cama y se tendió a su lado. Ella se hizo un ovillo en su costado como un niño, y aquel gesto le pareció sorprendentemente dulce. Contempló cómo dormía treinta minutos, después una hora. No podía dejar de tocarla: una mano por el pelo, la punta de los dedos en el moretón de su rostro, una caricia en la curva de la espalda.

¿Acaso había dicho que tenía algo en su interior para ella? Empezó a preocuparse sobre lo que podría significar aquello. Nunca había sentido la necesidad de permanecer con una mujer después el sexo. Nunca había sentido el deseo de limitarse a mirarla dormir, o de tocarla por el simple hecho de tocar y no para excitarse.

Se preguntó a qué extraño y resbaladizo lugar habían llegado.

Entonces ella se movió, suspiró y pestañeó abriendo los ojos para fijarlos en él. Cuando ella sonrió, el corazón le dio un vuelco.

—¡Hola! ¿Me he dormido?

—Creo que sí. —Cam intentó encontrar algún comentario ingenioso, frívolo y ligero, pero sólo pudo decir su nombre—. Anna. —Y se inclinó para cubrirle la boca con la suya, con ternura, con suavidad, con cariño.

El sueño se había esfumado de los ojos de la joven cuando él se enderezó, pero no pudo leer nada en ellos. Ella tomó aliento una vez, despacio, luego otra.

—¿Qué ha sido eso?

—Maldita sea, no lo sé. —Ambos se echaron hacia atrás con cautela—. Creo que lo mejor sería encargar esa pizza.

El alivio y el disgusto luchaban dentro de ella. Anna se esforzó para que ganara el alivio.

—Buena idea. El número está a la derecha del teléfono de la cocina. Si no te importa llamar, me gustaría darme una ducha rápida y ponerme algo.

—De acuerdo. —Con un gesto de intimidad despreocupado, él le acarició la cadera—. ¿Con qué la quieres?

—Lo quiero todo. —Anna esperó a que riera. No le gustó que fuera el primero en abandonar la cama. Necesitaba un momento más. —Serviré el vino.

—Fantástico. —En el instante en que se encontró sola enterró el rostro en la almohada y dejó escapar un gemido ahogado de frustración. ¿Dar marcha atrás? Pensó furiosa consigo misma. ¿De donde sacaba la estúpida idea de que podía dar marcha atrás? Estaba perdidamente enamorada de él.

Es culpa mía, se recordó a sí misma, es mi problema. Se enderezó y se presionó con una mano el corazón traidor. Y será mi pequeño secreto, decidió.

Se encontró mejor ya vestida y con una ligera capa de maquillaje. Había mantenido una buena conversación en la ducha consigo misma. Quizás estaba enamorada de él. No tenía por qué ser nada malo. La gente se enamora y se desenamora todo el tiempo y los más inteligentes, los más firmes, sacan partido. Ella podía ser inteligente y firme.

Por supuesto que no buscaba una historia de para siempre jamás, ni un caballero blanco, al Príncipe Azul. Anna había superado los cuentos de hadas hacía mucho tiempo, y toda su inocencia había quedado enterrada en el borde de un camino desierto cuando tenía doce años. Había aprendido a sentirse feliz por sí misma, que, mucho tiempo después de la violación, para ser incapaz de hacer nada más que sentirse desgraciada y hacer sentir desgraciados a los que la rodeaban.

Había superado lo peor. No cabía duda de que podía superar un corazón ligeramente magullado. En cualquier caso, nunca se había enamorado: había girado, serpenteado, rodeado el amor, pero nunca se había lanzado de cabeza a él como ahora. Podía resultar una aventura maravillosa y desde luego una experiencia de la que aprender.

Además, cualquier mujer que encontrara un amante como Cameron Quinn podía sentirse agradecida.

Por eso sonreía cuando entró en el salón y encontró a Cam bebiendo vino y mirando la portada de la última revista de modas. Había puesto música y se escuchaba a Eric Clapton interpretando Layla.

Cuando ella se acercó y le plantó un beso en el cuello, se sorprendió del salto que dio.

Era el sentimiento de culpa, pura y simplemente, y él se odió por ello. Casi derramó el vino y tuvo que esforzarse por mantener el rostro impassible.

DIECISÉIS

El rostro que hacía muecas en la portada de la revista pertenecía a una modelo francesa de largas piernas llamada Martine.

—No pretendía asustarte. —Anna levantó una ceja mientras miraba la revista que sostenía en las manos—. ¿Estabas absorto viendo los nuevos colores de este verano, verdad?

—Sólo pasaba el rato. La pizza debe estar a punto de llegar. —Empezó a dejar de lado la revista, deseando con todas sus fuerzas enterrarla bajo los almohadones, pero Anna tiraba de ella para quitársela.

—Antes la odiaba.

Cam se sintió incómodo y con la garganta seca.

—¿Cómo?

—Bueno, no exactamente a Martine la magnífica, sino a las modelos como ella. Delgada, rubia y perfecta. Yo

siempre fui redondita y castaña. Esto añadió ella mientras se daba un golpe en el pelo delgado y húmedo— me volvía loca cuando era una adolescente. Intenté todo lo imaginable para alisarlo.

—Me gusta tu pelo. —Deseó que le diera la vuelta a la revista—. Eres mucho más hermosa que ella. No hay punto de comparación.

La joven mostró rápidamente una sonrisa cálida.

—Eso ha sido muy bonito.

—Lo creo de verdad —respondió él casi con desesperación, aunque pensó que lo mejor era no añadir que habiendo visto a las dos desnudas, sabía muy bien de lo que hablaba.

—Muy bonito. Además quería con tanta desesperación ser delgada, rubia y no tener caderas.

—Tú eres de carne y hueso. —Sin poder contenerse

más, cogió la revista y la tiró por encima hombro—. Ella, no.

—Es una forma de verlo. —Ella se estaba riendo, ladeó la cabeza y añadió—: Me da la sensación que los tipos como tú vais detrás de las supermodelos: quedan tan bien colgadas del brazo un hombre.

—Yo casi no la conozco.

—¿A quién?

¡Dios mío! Se estaba perdiendo.

—A nadie. Ahí llega la pizza —dijo con gran alivio—. Tu vino está en la encimera. Yo me ocupo la comida.

—De acuerdo. —Sin tener ni idea de por qué pronto él estaba tan cortante se dirigió a la cocina a buscar su bebida.

Cam vio que la revista, al caer, había quedado con la portada hacia arriba, por lo que parecía que Martine enfocaba aquellos ojos azules asesinos directamente sobre él. Le trajo a la memoria la marca de un tortazo y unos cuantos insultos. Dirigió una mirada recelosa a Anna. No fue una experiencia que quisiera repetir.

Mientras él pagaba al repartidor, Anna salió al pequeño balcón con su vino.

—Hace muy bueno. Cenemos aquí fuera.

Tenía un par de sillas y una mesa plegable. Unos geranios rosas y unas flores blancas se desparramaban suavemente por encima de los tiestos de barro.

—Si alguna vez consigo ahorrar lo suficiente para comprarme una casa, la quiero con porche, uno grande, como el tuyo. —Anna entró a buscar el mantel y los platos—. Y un jardín. Un día de estos voy a aprender algo sobre flores.

—Una casa, un jardín, porches —respondió él, más a gusto ahora al aire libre, sentándose—. Yo creí que eras una chica de ciudad.

—Siempre lo he sido. No estoy segura de que la vida en urbanizaciones me guste. Esas vallas con los vecinos al otro lado. Se parece demasiado a la vida en un apartamento, creo yo, sin ninguna privacidad ni comodidades —dijo sirviéndose un trozo de pizza en el plato—. Con el tiempo me gustaría tener un lugar, a ser posible en el campo. El problema es que soy incapaz de ahorrar.

—¿Tú? —no pudo por menos que decir él— La señorita Spinelli parece tan práctica...

—Lo intenta. Mis abuelos eran muy austeros, tenían que serlo. Me educaron para que mirara el dinero. —La joven comió un poco y soltó un susurro apreciativo antes de hablar con la boca llena de queso y salsa—. Casi siempre lo que veo es que esfuma.

—¿Cuál es tu punto débil?

—¿Principalmente? —preguntó suspirando—, ropa.

Cam miró por encima del hombro hacia la ropa tirada en

un montón hecho jirones sobre el suelo. —Creo que te debo una blusa y una falda, por mencionar la ropa interior. —Ella rió con ganas.

—Supongo que sí. —Se estiró cómodamente sus pantalones azul pálido y la camiseta blanca talla grande—. Ha sido un día terrible. Me alegro de que vinieras y lo cambiaras.

—¿Por qué no vienes a casa conmigo?

—¿Cómo?

¿De dónde coño había salido aquello?, se preguntó. No tenía semejante pensamiento en mente cuando las palabras brotaron de sus labios, pero debían estar en alguna parte.

—Para pasar el fin de semana —añadió—. Ven pasar el fin de semana a casa.

Ella se llevó la pizza a la boca y la mordisqueó lentamente.

—No creo que sea una buena idea. Hay un chico muy impresionable en tu casa.

—El sabe lo que pasa —comenzó a decir, hasta que captó la mirada, la famosa mirada de la señorita Spinelli—. De acuerdo, dormiré en el sofá de abajo. Puedes cerrar tu habitación con llave.

Ella hizo una mueca.

—¿Y dónde guardas la llave?

—Este fin de semana la guardaré en mi bolsillo. Pero el caso es que —continuó hablando mientras ella reía— puedes instalarte en el dormitorio. Desde un punto de vista profesional voy a proporcionarte tiempo con el chico. Está progresando y además quiero llevarte a navegar.

—Iré el sábado y podremos navegar.

—Ven el viernes por la noche —dijo cogiéndole la mano y acercando los nudillos a su boca—. Quédate hasta el domingo.

—Lo pensaré —murmuró ella soltándole la mano. Los gestos románticos podían desarmarla—. Creo que si vas a tener invitados, deberías consultarlo con tus hermanos. Podría no apetecerles tener a una mujer en medio el fin de semana.

—Les gustan las mujeres y especialmente las que saben cocinar.

—¡Ah! O sea que ahora se supone que voy a cocinar.

—Quizá sólo unos poquitos lingüini, o una lasaña.

Ella sonrió y se sirvió otro trozo de pizza.

—Lo pensaré —repitió de nuevo—. Ahora hálame de Seth.

—Hoy ha hecho dos amigos.

—¿De verdad? Fantástico.

Los ojos le brillaron con tal placer e intensidad, que él

no pudo detenerse.

—Sí, los he tenido a los tres en el tejado, preparado para cogerles cuando se cayeran.

Anna abrió la boca de golpe y después la cerró con el ceño fruncido.

—¡Qué gracioso eres, Quinn!

—Exacto. Un chico de la clase de Seth y su hermano menor. Les he pagado cinco dólares por un duro trabajo. Después han conseguido que les invitara a cenar fuera de casa y se los he encasquetado a Ethan. —Anna abrió los ojos de par en par.

—¿Has dejado a Ethan solo con tres chicos?

—Puede hacerse cargo. Yo lo he hecho esta tarde un par de horas —dijo recordando que no había sido para tanto—. Sólo tiene que preocuparse de que llenen el estómago y asegurarse de que no se maten entre ellos. Su madre les recogerá a siete y media, es Sandy McLean, bueno, ahora de Miller. Fui a la escuela con ella. —Cam sacudió la cabeza asombrado y desconcertado—. Dos hijos y una pequeña furgoneta. Nunca lo pensé de Sandy.

—La gente cambia —murmuró ella, sorprendida de lo mucho que envidiaba a Sandy Miller y su pequeña furgoneta—. O al final resulta que no es lo que imaginamos al principio.

—Supongo. Sus hijos son como dos escopetas. —Ella sonrió al ver de qué forma tan graciosa había hecho el comentario.

—Bueno, ahora ya sé por qué has parecido tan inesperadamente en mi oficina. Era para escapar la locura.

—Sí, pero principalmente lo que quería era rasgarte la ropa —respondió sirviéndose otro trozo de pizza—. Conseguí las dos cosas.

Pensó, además, mientras bebía vino y contemplaba la puesta de sol con Anna junto a él, que se sentía extraordinariamente bien por todo ello.

Dieciséis

El dibujo no era el punto fuerte de Ethan. Para el resto de los barcos que había construido realizó toscos esquemas y cálculos detallados. Para el primer barco de aquel cliente, había ideado una plataforma elevada, y le resultó más fácil y preciso bajar desde allí.

El esquife que había construido y vendido era modelo básico al que había añadido algunos detalles propios. Había sido capaz de idear mentalmente todo el proyecto, sin problemas para imaginar el interior ni los laterales.

Pero comprendía que los inicios de un negocio requerían todos los documentos que Phillip le había pedido que firmara, y era necesario ser más formal, más profesional. Tenían que conseguir fama de destreza y calidad si

querían mantenerse a flote. Por esta razón, permanecía innumerables horas ante su mesa de trabajo luchando con los proyectos y dibujos del primer encargo.

Cuando desenrollaba los bosquejos terminados en la mesa de la cocina, se sentía orgulloso y complacido a la vez de su trabajo.

—Esto —decía sujetando las esquinas superiores— está todo en mi cabeza.

Cam miraba por encima del hombro de Ethan, sorbía la cerveza que acababa de abrir y gruñía.

—Creo que se supone que eso es un barco. —Sintiéndose insultado, pero no especialmente sorprendido, Ethan frunció el ceño.

—Me gustaría verte a ti hacerlo mejor, Rembrandt.

Cam se encogió de hombros y se sentó. Después de examinar los bosquejos de cerca y de manera más neutral, admitió que no podría hacerlo. Pero eso no significaba que los dibujos del balandro se parecieran más a los de un barco.

—Supongo que no importa mucho siempre y cuando no le enseñemos tu creación artística al cliente. —Cam retiró los croquis y se inclinó sobre los proyectos. Aquí se apreciaba la atenta precisión y paciencia de Ethan—. De acuerdo. Ahora podemos hablar. Tú quieres dedicarte a la construcción de barcos sin ensamblajes vistos.

—Es más caro —comenzó a decir Ethan—, pero tiene sus ventajas. Será un barco más fuerte y rápido cuando lo acabemos.

—Seremos de los pocos —murmuró Cam—. Tienes que hacerlo muy bien.

—Seremos buenos.

Cam tuvo que sonreír.

—Sí.

—El caso es que... —Con orgullo, Ethan dio un codazo al proyecto terminado del barco y lo apartó—. Hay que ser hábil y preciso para construir barcos sin ensamblajes vistos. Cualquiera que sepa de barcos lo reconoce. Este hombre es un piloto de domingo, no sabe más que lo básico de borda y estribor. Lo único que tiene es dinero, pero con gente que sí sabe de barcos.

—O sea, que vamos a utilizarle para ganarnos reputación —finalizó Cam—. Bien pensado. Estudió los dibujos, las cifras, las perspectivas. Pareció que iba a ser un bombón. Lo que tenían que hacer era construirlo—. Podíamos hacer maqueta a base de módulos.

—Se podría hacer.

Crear una maqueta a base de módulos era una antigua y respetada forma de construir barcos. Con espolones de igual espesor ensamblados juntos se les da la forma deseada al casco. Después, en la mata, se podría dar la forma necesaria a la armadura modelo. A continuación, los constructores podían trazar la estructura de las

planchas, o de los modelos, con la debida correlación de unos con otros.

—Deberíamos empezar por la estructura superior —reflexionó Cam.

—Creo que deberíamos empezar a trabajar en el esta noche y continuar mañana. Eso significaba dibujar la estructura del casco en una plataforma en la oficina. Tendría que estar detallada y mostrar todas las secciones de módulos. Estas secciones debían ser contrastadas por medio de esquemas con las curvaturas longitudinales, las líneas de flotación.

—Sí, ¿para qué esperar? —Cam levantó la vista cuando vio a Seth deambular al asalto de la nevera—. Aunque sería mucho mejor si hubiera alguien que pudiera dibujar algo que mereciera la pena y nos ahorrara tiempo —dijo casualmente, y fingiendo no darse cuenta del súbito interés de Seth.

—Como tenemos las mediciones y son de primera clase, eso no tiene importancia. —Ethan pasó una mano suavemente sobre su esquema del barco, defendiendo su trabajo.

—Sería mucho mejor si pudiéramos mostrarle al cliente algo llamativo —Cam elevó un hombro—. Phillip lo definiría como marketing.

—No me importa nada cómo lo llamaría Phillip —Entre las cejas de Ethan empezó a formarse una línea de tozudez, signo seguro de que estaba a punto de empecinarse aún más—. El cliente quedó satisfecho con mi trabajo anterior y no va a empezar ahora a criticar los dibujos. Quiere un puto barco, no un cuadro para decorar su pared.

—Sólo estaba pensando que... —Cam se interrumpió en este punto al ver que Ethan, claramente enfadado, se levantaba a buscar una cerveza—. A menudo en los astilleros que he conocido la gente merodea, pasa el rato. Les gusta ver cómo se construyen los barcos, sobre todo la gente que no tiene la más mínima idea sobre construcción de barcos, pero piensa que sí sabe. Podrías conseguir clientes así.

—¿Y? —Ethan abrió la botella y bebió—. No me interesa si la gente quiere vernos claveteando planchas. —Sí le importaba, pero no se esperaba llegar a ese punto.

—Estaba pensando que sería interesante tener colgados en las paredes proyectos enmarcados de barcos contruidos.

—Todavía no hemos construido ni un solo barco.

—El Skipjack —puntualizó Cam—, tu barco de pesca, el barco que hiciste para nuestro cliente. En Maine hace unos años yo pasé muchas horas en una goleta de dos palos y con un pequeño esquiñe muy vistoso en Bristol.

Ethan bebió de nuevo mientras cavilaba.

—Quizás esté bien, pero no doy mi voto para contratar a ningún artista que pinte cuadros. Tenemos un equipo preparado para trabajar y Phil ha terminando de afinar el

contrato para este barco.

—Era sólo una idea. —Cam se volvió. Seth continuaba ante la nevera abierta de par en par—. ¿quieres comer algo, chaval?

Seth se asustó y a continuación cogió lo primero que alcanzó. El yogur de arándanos no era lo que tenía en mente, pero se sentía demasiado incómodo como para dejarlo otra vez. Jodido por lo que consideraba gilipolleces sobre la salud de Phillip, o una cuchara.

—Tengo cosas que hacer —dijo entre dientes mientras salía corriendo.

—Diez dólares a que eso va para los perros —comentó Cam a la ligera y se preguntó cuánto tardaría Seth en empezar a dibujar barcos.

Por la mañana ya tenía acabado un detallado y en cierto modo romántico dibujo del Skipjack de Ethan. No necesitaba ver a Phillip en la cocina para saber que era viernes. El día anterior a la libertad. Ethan ya se había marchado, había salido a navegar para comprobar cómo estaban las trampas de los cangrejos y los cebos. Aunque Seth había intentado maquinarse cómo reunir a los tres, no había sido capaz de buscar la manera de retrasar la marcha de Ethan. Pero si quedaban dos de tres tampoco estaba mal, pensó mientras pasaba junto a la mesa donde Cam meditaba en silencio con su taza de café.

Necesitaban por lo menos dos tazas de café para que en casa de los Quinn se escuchara algo más que gruñidos. Seth ya estaba acostumbrado, por lo que no dijo una palabra cuando dejó en el suelo la mochila. Sostenía su cuaderno de dibujo con el dedo metido entre las páginas. Lo dejó sobre la mesa, como si no le interesara lo más mínimo y después, con el corazón en un puño, hurgó en el armario buscando los cereales.

Cam vio el dibujo inmediatamente. No dijo nada mientras sonreía. Estaba contemplando la tostada que había conseguido quemar cuando Seth se acercó a la mesa con una caja y un bol.

—El maldito tostador está estropeado.

—Has vuelto a subir el termostato —le contestó Phillip mientras batía huevos y cebollitas para hacerse una tortilla.

—No creo. ¿Cuántos huevos revueltos estás haciendo?

—Revueltos, ninguno. —Phillip vertió los huevos en la sartén que había traído de su propia cocina—. Hazte los tuyos.

«¡Mierda! ¿Acaso estaba ciego el tío?», se preguntó Seth. Vertió leche sobre los cereales y suavemente le dio un codazo al cuaderno acercándolo poco más a Cam.

—No te va a pasar nada por añadir un par de huevos, ya que los estás preparando. —Cam partió trozo de la tostada carbonizada. Casi habían llegado a gustarle así—. Yo he preparado el café.

—Esa agua de castañas —corrigió Phillip—. No

tengamos delirios de grandeza. Cam suspiró con animación y se levantó a coger un bol. Tomó la caja de cereales que estaba lado del cuaderno de dibujo de Seth abierto. Casi podía escuchar cómo le rechinaban los dientes al chico cuando se sentó de nuevo y se puso a comer.

—Seguramente tendré compañía este fin de semana.

Phillip estaba concentrado dorando la tortilla hasta el punto perfecto.

—¿Quién?

—Anna. —Cam vertió leche en el bol—. Voy a llevarla a navegar y creo que le he oído comentar algo sobre cocinar.

En lo único que el tío era capaz de pensar era chicas y en llenarse el estómago, decidió Seth disgustado. Utilizó el codo para acercar el dibujo algo más. Cam no miró por encima de su bol de cereales en ningún momento.

Cuando vio que Phillip pasaba la tortilla de la sartén al plato, consideró que había llegado el momento de hacer su jugada. El rostro de Seth era un poema de rabia y angustia.

—¿Qué es esto? —preguntó Cam distraído, ladeando la cabeza para ver el dibujo que estaba directamente bajo sus narices.

A Seth casi se le pusieron los ojos en blanco. Había llegado el maldito momento.

—Nada —murmuró, y siguió comiendo con regocijo.

—Parece el barco de Ethan —comentó Cam tomando el café y mirando a Phillip—. ¿No? —Phillip se detuvo a saborear el primer bocado de su desayuno con aprobación.

—Sí. Es un buen dibujo. —Con curiosidad miró a Seth—. ¿Lo has hecho tú?

—Sólo estaba matando el tiempo. —La oleada de orgullo iba subiendo por su cuello mientras se le desataban los nervios en el estómago.

—Yo trabajo con tipos que no saben dibujar así de bien. —Phillip dio a Seth una palmadita distraída en la espalda—. Buen trabajo.

—No es para tanto —contestó Seth encogiéndose de hombros, mientras la emoción le inundaba.

—¿Qué gracia! Ethan y yo hemos estado hablando precisamente de utilizar dibujos de los barcos en el astillero. Sabes, Phil, como anuncios de nuestro trabajo.

Phillip volvió a concentrarse en los huevos, pero levantó una ceja con sorpresa y aprobación.

—¿Tú has pensado eso? Me sorprendes. Buena idea. —Estudió el dibujo más de cerca, como si hubiera trabajado en él—. Hay que enmarcarlo de forma rústica y dejar los bordes del dibujo sin tocar, como si fueran dibujos de trabajo, que no queden bonitos.

Cam emitió un sonido gutural, como si estuviera

meditando.

—Con un solo dibujo no va a cambiar nada —acotó frunciendo el ceño en dirección a Seth—. Me pregunto si no podrías hacer alguno más, por ejemplo del barco de pesca de Ethan, o si yo te diera fotografías de un par de barcos en los que trabajé.

—No sé —Seth tuvo que luchar para contener excitación de su voz. Casi consiguió mantener mirada aburrida, pero cuando se encontró con ojos de Cam, había pequeñas chispas de alegría danzando en ellos—. Quizás.

Phillip no tardó mucho en encontrar la clave. Una vez que captó el significado, alcanzó su café y asintió.

—Sería una buena exposición. Los clientes que llegan podrían ver los diferentes barcos que hemos construido. Deberíamos tener uno del que estás empezando ahora.

Cam resopló.

—Ethan ha hecho un dibujo patético. Parece trabajo escolar. No sé qué se podría hacer con él —Entonces miró a Seth entrecerrando los ojos—. A lo mejor puedes echarle un vistazo.

Seth notó cómo le ascendía la risa por la garganta y se la tragó con decisión.

—Supongo que sí.

—Perfecto. Tienes unos noventa segundos para llegar al autobús, chaval, o tendrás que ir andando.

—¡Mierda! —Seth se puso de pie con dificultad, cogió la mochila y salió en medio de un chirrido de zapatillas.

Cuando se oyó golpear la puerta, Phillip se sentó de nuevo.

—Buen trabajo, Cam.

—Tengo mis momentos.

—De vez en cuando. ¿Cómo sabías que el chico podía dibujar?

—Le dio a Anna un dibujo que había hecho del cachorro.

—Mmm. Bueno, ¿qué asunto te traes con ella?

—¿Asunto? —Cam se concentró en su penosa tostada, procurando no envidiar la tortilla de Phillip.

—El fin de semana juntos, navegar, preparar cenas... No te había visto husmeando alrededor de ninguna mujer hasta que ésta apareció en escena —Phillip sonrió sobre su café—. Suena como algo, serio. Casi... doméstico.

—¡Calma! —el estómago de Cam sufrió una ligera e incómoda sacudida—. Simplemente nos estamos divirtiendo juntos.

—No sé. A mí me parece que ella es de las que ponen barreras.

Cam soltó un bufido.

—Es una mujer con carrera. Es divertida, ambiciosa y

no quiere complicaciones. —Aunque soñaba con una casa en el campo, recordó Cam, cerca del río, con un jardín para plantar flores.

—Las mujeres siempre buscan complicaciones—afirmó Phillip—. Mejor ándate con cuidado.

—Sé perfectamente adónde voy y cómo llegar allí.

—Eso es lo que dicen todos.

Anna se esforzó al máximo para no buscar ni encontrar complicaciones. Esa fue una de las razones por las que decidió no ver a Cameron el viernes por la noche. Puso como excusa el trabajo y se comprometió a encontrarse con él en su casa, el sábado por la mañana muy temprano, para navegar

Cuando Cam protestó mimoso, la joven flaqueó y le prometió preparar una lasaña.

Había heredado de su abuela aquella parte que le daba tanto placer: ver a otras personas comer lo ella había preparado. Y era algo de lo que sentirse orgullosa.

Aunque no se habían comprometido en pasar noche juntos, los dos lo daban por hecho. Se dedicó la tarde a sí misma. Cambió el traje chaqueta por un chándal. Puso su música favorita: Billie Holiday entre Verdi y Cream. Bebió una copa de buen vino tinto y contempló la puesta de sol.

Era consciente de que había llegado el momento. Era hora de reflexionar con claridad y de llevar a cabo un análisis objetivo. Conocía a Cameron Quinn sólo desde hacía algunas semanas, y se había involucrado con él más que con cualquier hombre con el que se hubiera relacionado jamás.

Semejante nivel de implicación no entraba en sus planes; ella, que normalmente lo planeaba todo. Siempre pensaba cuidadosamente los pasos que daba, tanto en lo profesional, como en lo personal. Sabía que era una forma defensiva de actuar, la que había elegido con sangre fría a una edad temprana. Si se planteaba dónde la llevaba no podía llevarla cada paso que daba, contenía sus impulsos y aplicaba la razón; era mucho más difícil cometer errores.

Sabía que años atrás había cometido muchos. Si hubiera continuado por el camino que había emprendido a ciegas después de perder su inocencia y a su madre, habría resultado un fracaso.

Había aprendido a no reprocharse lo que hizo durante la parte oscura de su vida, a no recrearse en la culpa por el daño causado a la gente que la amaba. La culpa es un sentimiento negativo y Anna prefería los actos positivos, los resultados, las directrices.

Las elecciones que había tomado en la vida y sus logros se debían a sus abuelos, a su madre y a la aterrada chiquilla enroscada al borde de un camino oscuro.

Le llevó tiempo, un largo tiempo de curación, comprender que si ella había perdido a su madre, sus abuelos habían perdido a su única hija, una hija a la que amaban. A pesar del dolor, habían abierto las puertas de

su casa a Anna; y pese a los actos destructivos sus corazones nunca habían titubeado.

Gradualmente aprendió a aceptar aquella pérdida, el horror que había conocido. Aún más, aprendió que todo lo que había hecho los dos años posteriores a aquella noche eran producto de un alma herida. Tuvo la suerte de contar con gente que la había querido lo suficiente como para ayudarla a sanar. Cuando encontró de nuevo su camino, se prometió a sí misma que nunca más sería imprudente. Los impulsos estaban bien para las locuras: las juergas, los paseos en coche a toda velocidad a ninguna parte. Se había convertido en algo tan fundamental para ella ser eminentemente práctica, motivada, ser racional, que había enterrado en su corazón la imprudencia. Ahora, reflexionó, ese mismo corazón era el que la había conducido a aquí.

Amar a Cameron Quinn era muy temerario. Ya que iba a tener un coste para ella. Sus emociones eran una responsabilidad sólo de ella, decidió. Era algo que había aprendido de la forma más dura. Sabría manejarlas y sobreviviría. Sin embargo, tuvo que admitir que todo era extraño, mientras se apoyaba en la puerta del balcón para sentir la brisa de las primeras horas de la noche. Siempre creyó que si alguna vez se enamoraba, sería consciente de cada etapa. Había deseado disfrutar cada momento; había imaginado un dejarse caer, un gradual conocimiento mutuo de sentimientos que se afianzaban. Pero con Cam no había ni suave deslizamiento ni situación gradual. Sólo una caída violenta y ida. Después le pareció que en un abrir y cerrar ojos se había enamorado de golpe. Pensó que si Cam se daba cuenta de ello, echaría a correr aterrorizado. La idea le hizo sonreír un poco. Hacían buena pareja. Ella sentía ganas de correr pero en dirección opuesta. Estaba preparada para una aventura pero desde luego no para una aventura amorosa.

Analicemos, se conminó a sí misma. ¿Qué era lo que le hacía diferente? ¿Su aspecto? Cerró los ojos mientras emitía un murmullo de placer. No existía duda alguna de que al principio era lo que le había llamado la atención. ¿Qué mujer no miraría dos veces y luego otra más a alguien tan moreno y peligroso? Aquellos inquietos ojos grises como el acero, la dura boca que igual podía soltar una risa burlona o un gruñido. Su cuerpo, que respondía a la fantasía perfecta de cualquier mujer: fuertes músculos, manos ásperas y un cuerpo fibroso.

Por supuesto que se había sentido atraída por él. Y además le había intrigado su rapidez de mente. También la arrogancia, tuvo que admitir, aunque se trataba de un pensamiento oculto. Pero su corazón lo cambió todo. No esperaba que tuviera un corazón tan generoso, peligrosamente generoso. Tenía tanto que dar y no era consciente de ello.

Al principio pensó que era egoísta, duro de roer, incluso frío, y se imaginaba que podía llegar a serlo. Pero en lo importante era cálido y generoso. Creía que él no se daba cuenta de cuánto le daba a Seth o de cómo estaba cambiando la relación entre ellos.

Dudaba sinceramente de que supiese que amaba al chico, y Anna cayó en la cuenta de que había sido esa ceguera de Cam hacia su propia bondad la que la había desarmado.

Anna suponía que enamorarse de él había sido bastante sensato.

Seguir enamorada de él sería un desastre. Tenía que hacer algo.

Sonó el teléfono, distrayéndola. Con el vino en mano, entró en la casa y descolgó el portátil de la mesa auxiliar.

—Dígame.

—¿Señorita Spinelli? ¿Estás trabajando? —Anna no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Trabajando en algo? Pues, sí. —Mientras tomaba un sorbo, se sentó apoyando los pies en la mesita auxiliar—. ¿Y tú?

—Ethan y yo tenemos que acabar algunos altillos esta noche. Después no volveré a pensar nada relacionado con el trabajo hasta el lunes. —Cam también hablaba por un móvil que había comprado buscando un poco de intimidad. Le tocaba a Seth lavar los platos y escuchó cómo se estrellaba uno más contra el suelo.

—Dicen que va a hacer bueno mañana.

—¿Ah, sí? Estupendo.

—Todavía puedes venir esta noche —sugirió

Resultaba tentador, pero había cedido ya a demasiados impulsos en su relación con él.

—Estaré allí por la mañana bien temprano.

—Supongo que no tienes un bikini, uno rojo. —Anna chasqueó la lengua.

—No, yo..., mi bikini es azul. —Cam hizo una pausa.

—No olvides la maleta.

—Si me llevo la maleta, si me quedo, quiero que me des la llave del dormitorio.

—¿Qué rígida eres! —Vio una garceta pescar sobre el río y volar al nido situado encima de un poste. —Está volviendo a casa, pensó Cam, se está instalando.

—Sólo precavida, Quinn. Y muy lista. ¿Cómo va el edificio?

—Va marchando —murmuró él. Le gustaba escuchar su voz mientras sentía moverse el aire húmedo, contemplando cómo caía la noche—. Te lo enseñaré cuando vengas. —Quería enseñarle el dibujo de Seth. Lo había enmarcado él mismo por la tarde y quería compartirlo con..., con alguien a quien le importara—. Probablemente comencemos el primer barco la semana que viene.

—¿De verdad? ¿Tan rápido?

—¿Para qué esperar? Ha llegado el momento de poner a producir nuestro dinero y ver cómo caen los dados.

Últimamente creo que estoy de suerte.

Desde la casa situada detrás de él escuchó al cachorro ladrar como un loco, seguido de los tonos más graves de Simon. A continuación la voz de Phillip se elevó en un medio grito, medio risa, con el fondo inusual del sonido de las risitas de Seth, lo que provocó que se volviera y mirase fijamente hacia la casa.

Se abrió la puerta trasera y dos formas caninas salieron disparadas tropezando una con otra mientras alcanzaban los escalones. Y allí, enmarcado en la puerta por la que se filtraba la luz de la cocina, estaba el chico.

A Cam se le encogió el corazón con fuerza sin saber muy bien por qué. Por un instante, tan sólo un momento, le pareció escuchar el crujido de la mecedora del porche y la risa ahogada de su padre.

—¡Dios mío! Qué extraño —murmuró.

La línea telefónica comenzó a oscilar y a tener referencias según caminaba.

—¿Qué pasa?

—De todo. —Cam se encontró agarrando el teléfono con más fuerza y añorándola con un deseo salvaje, casi desesperado—. Deberías estar aquí. Te echo de menos.

—No te oigo.

Se dio cuenta de que se había alejado de la casa como una especie de negación instintiva de lo que retraía: regresar al hogar, asentarse.

Sacudió la cabeza y se acercó a la casa buscando - mejorar la conexión, y dio gracias a Dios por caprichos de la tecnología.

—Te preguntaba que... qué llevas puesto.

Ella rió suavemente y miró hacia sus cómodos talones de chándal.

—¿Por qué? Nada especial —ronroneó, y ambos se sumergieron en el fácil flirteo telefónico con sensación de alivio.

Poco tiempo después, Cam dejó el teléfono sobre los escalones del porche y deambuló hasta el muelle. El agua golpeaba lentamente contra el casco del barco. Las aves nocturnas se movían y el canto de contrabajo de un búho lideraba el coro en bosque lejano. El río tenía el color de la tinta a luz de la delgada luna. Había trabajo que hacer.

Sabía que Ethan le estaba esperando, pero necesitaba sentarse cerca del agua un momento, sentarse en silencio mientras las estrellas parpadeaban y el búho ululaba sin cesar llamando a su pareja pacientemente.

No se sobresaltó cuando notó un movimiento junto a él. Empezaba a acostumbrarse. No podía recordar en cuántas ocasiones se había sentado en ese mismo muelle bajo el mismo cielo con su padre. Se le ocurrió que no era lo mismo estar al lado con el fantasma de su padre, pero qué coño, nada en su vida era ya igual a lo que había sido.

—Sabía que estabas aquí —dijo Cam en voz baja.

—Me gusta estar pendiente de lo que sucede. —Era Ray, vestido con pantalones de pescar y una sudadera de manga corta, que Cam recordaba que antes era azul fuerte, y sostenía una caña sobre el agua—. Hace mucho tiempo que no pescaba de noche.

Cameron pensó que si Ray sacaba un pez gato, conseguiría que él se volviera loco del todo.

—¿Cómo de pendiente? —preguntó pensando en Anna y en lo que los dos habían hecho en la oscuridad.

Ray rió entre dientes.

—Yo siempre respeto la intimidad de mis hijos, Cam. No te preocupes por eso. Ella desde luego es un bombón —comentó alegremente—. Intenta ocultarlo cuando está trabajando, pero un hombre con buen ojo se da cuenta. Tú siempre tuviste buen ojo con las mujeres.

—¿Y tú? —Cam se odió a sí mismo por preguntarlo. Hacía una noche tan apacible, tan perfecta. no sabía cuánto tiempo iban a durar aquellas alucinaciones, o lo que fueran. Tenía que intentarlo—. ¿Qué tal ojo tenías tú para las mujeres, papá?

—Lo suficientemente agudo. ¿Acaso no me fije en tu madre? —Ray suspiró—. Nunca toqué a ninguna otra mujer después de mi compromiso con Stella. Miraba, apreciaba, me gustaban, pero nunca toqué a nadie más.

—Tienes que contarme lo de Seth.

—No puedo. No es así como debe ser. Has hecho un buen trabajo con el chico haciéndole parte del negocio y empezando por utilizar sus dibujos. Me gustaría haber pasado más tiempo, con todos vosotros. Pero no pudo ser.

—Padre...

—¿Sabes lo que echo más de menos, Cam? Las cosas más simples. Veros a los tres discutiendo. Hubo momentos en que tu madre y yo pensamos que las riñas nos iban a volver locos, pero eso es lo que echo de menos ahora. Pescar una mañana temprano cuando el sol empieza a calentar la brisa sobre el agua. Añoro enseñar, ver la cara que tiene un estudiante cuando algo que tú dices de repente conecta con él y le abre la mente. Extraño a chicas bonitas con sus vestidos de verano, y estar tumbado a las tres de la mañana en la cama escuchando la lluvia golpear en el tejado. —Entonces volvió la cabeza y sonrió. Tenía los ojos azules tan brillantes y luminosos como el color que tuvo a vez la sudadera—. Deberíamos apreciar esas cosas mientras las tenemos, pero no lo hacemos nunca. Casi nunca. Llenamos demasiado nuestras vidas. De vez en cuando deberías intentar hacer un alto para saborear las pequeñas cosas. Crecen si tú lo haces.

—En este momento tengo en la cabeza algo más que la lluvia en el tejado.

—Lo sé. Estás metido en un buen lío, pero ya estás saliendo de él. Todavía tienes que averiguar lo que quieres, lo que necesitas y lo que hay dentro de ti. En tu interior hay más de lo que crees.

—Quiero respuestas. Necesito respuestas.

—Las encontrarás —respondió Ray complaciente— cuando te calmes un poco.

—Dime ¿saben Ethan y Phillip que tú... estás aquí?

—Lo sabrán —respondió Ray sonriendo— cuando llegue el momento. Mañana será un buen día para navegar. Disfruta de las cosas pequeñas —dijo, y desapareció.

DIECISIETE

Estaba pendiente de ella. Cam pensó que era la cosa más extraña, por primera vez en su vida. No recordaba haber buscado o esperado nunca a una mujer. Incluso cuando era adolescente, las mujeres le buscaban a él. Le llamaban por teléfono, deambulaban cerca de su casa, se entretenían ante su taquilla en la escuela. Pensó que se había acostumbrado, que le habían maleducado.

Nunca había pasado por el típico miedo ante una primera cita. La atractiva Allyson Kent, una chica de más de dieciséis años, le había propuesto que salieran juntos cuando él tenía quince. Incluso le había recogido en la puerta de casa con el Chevrolet Impala del 72 de su padre. No estaba seguro de lo que se sentía cuando una chica te llevaba por ahí hasta que Allyson aparcó la calle Blue Crab y le sugirió que utilizarasen el asiento trasero.

No le importó lo más mínimo.

Perder su virginidad con la preciosa Allyson, de las manos rápidas, a los quince años fue una experiencia dulce y deliciosa. Y Cam nunca había mirado hacia

atrás.

Le gustaban las mujeres, le gustaba todo lo que tuviera que ver con ellas, incluso la parte aburrida, ya que era lo que las hacía femeninas y creía que los hombres se llevaban siempre la mejor parte. Podían mirar, tocar y oler. Y a no ser que fuesen completamente imbéciles, normalmente se podía escabullir de unos suaves brazos a otros sin mucho problema.

Él nunca había sido imbécil.

Sin embargo ahí estaba: buscando a Anna y esperándola. Y además se preguntaba qué tenía Anna para no estar tan ansioso por escabullirse.

Quizás se trataba de que ella no le presionaba, reflexionó mientras se alejaba del muelle para acercarse al lateral de la casa a escuchar si llegaba el coche. Algo más. Podía ser la falta de expectativas. Ella era divertida durante el sexo, y parecía que no esperaba muchos adornos románticos. Tuvo una infancia penosa, pero

había superado el dolor y se había convertido en una persona fuerte y completa.

Él la admiraba por ello.

Cómo podía realzar o minimizar su aspecto le fascinaba. Esta dualidad le hacía preguntarse quién era en cada momento. Y sin embargo, ambas partes encajaban tan bien, que un hombre difícilmente podía notar por dónde se unían.

Cuanto más pensaba en ella, más la deseaba.

—¿Qué haces?

Se llevó un susto de muerte cuando vio a Seth acercarse por detrás. Había estado contemplando el camino, deseando cualquier cosa menos que apareciera Anna. Y ahora, mortificado, metió las manos en los bolsillos.

—Nada, caminando un poco.

—No estabas caminando —señaló Seth.

—Porque me he parado. Ahora estoy caminando otra vez, ¿lo ves?

Seth hizo un gesto a espaldas de Cam y después se colocó a su lado.

—¿Qué se supone que puedo hacer?

Cam fingió un gran interés por los tulipanes rojos que se calentaban al sol en el borde de la casa.

—¿Con qué?

—Con todo. Ethan está fuera en el barco de pesca y Phillip está encerrado arriba en la oficina con el ordenador.

—¿Y qué? —Cam se agachó para arrancar una mala hierba, o lo que pensaba que lo era. ¿Dónde coño estaba Anna?—. ¿Qué hacen los chicos con qué estabas?

—Tenían que ir de compras y a comer con su abuela —Seth puso cara de desprecio—. No tengo nada que hacer. Me aburro.

—Bueno, pues puedes limpiar tu habitación o algo así.

—Venga ya.

—¡Dios mío! Yo qué soy, ¿tu consejero social? ¿Se ha estropeado la televisión?

—El sábado por la mañana no hay más que programas de mierda para niños.

—Tú eres un niño —subrayó Cam y oyó con alivio que se aproximaba un coche—. Enséñale a ese perro tuyo de cerebro plano algunos trucos.

—No tiene el cerebro plano —sintiéndose insultado, Seth se volvió y silbó al perro—. Mira. —Tonto llegó corriendo llevando en la boca lo que parecía una lata de cerveza.

—¡Ya ves! masticando aluminio. Es increíble. Mira, yo no... —Cam enmudeció cuando vio que Seth chascaba con el dedo, señalaba y Tonto plantaba su culo en el suelo.

—También lo hace si se lo ordeno —dijo Seth con un gesto, mientras acariciaba la cabeza de Tonto como premio—. Pero he conseguido que obedezca por medio de señales con la mano. —Levantó una mano y Tonto subió una pata.

—Eso está muy bien. —dijo con sorpresa y orgullo—. ¿En cuánto tiempo le has enseñado?

—Un par de horas de vez en cuando.

Los tres contemplaron cómo Anna entraba en el camino. Tonto fue el primero en acercarse a saludar.

—Todavía no lo he conseguido con «quieto» —le confió Seth—, pero no lo hemos practicado tanto.

Tampoco lo había conseguido con «abajo». En el momento en que Anna salió del coche, Tonto empezó a brincar y a saltar con la lengua fuera dispuesto a lamer lo que fuera alegremente.

Cam pensó que el perro había acertado. A él también le hubiera gustado abalanzarse sobre ella y empezar a lamerla. Llevaba unos vaqueros desteñidos en un azul suave y pálido y una camiseta de color rojo intenso fruncida en la cintura. Era un conjunto a medio camino entre lo práctico y la figura de una sirena.

Y provocó que a Cam la boca se le hiciera agua.

—Parece distinta con el pelo suelto —comento Seth.

—Sí. —Cam quería poner las manos encima de su pelo, de ella.

Estaba agachada hablando suavemente con el cachorro, que se había tumbado con la tripa hacia arriba para que se la acariciara. Levantó la cabeza y Cam pudo ver, incluso a través de las gafas de sol, los ojos de Anna completamente abiertos, como si le estuviese advirtiendo de que el chico estaba detrás de él.

Sin hacer caso de la señal, tiró de ella hasta ponerla de pie, le dio un buen apretón que le hizo tambalearse sobre el cachorro y caer contra su cuerpo, y luego la besó ahogando las protestas que farfullaba.

Anna sólo pudo pensar que era como ser absorbida por el sol. El calor era intenso y llegó a su punto álgido antes de que ella pudiera respirar. La necesidad, la impaciencia y la avidez brotaban de Cam y la golpeaban con alarmante rapidez. El martilleo salvaje de un pájaro carpintero cazando su desayuno resonó en el aire y se emparejó con el frenético latido de su corazón. Lo único que podía hacer era aguantar hasta que él acabara de saborearla y quedara satisfecho.

Cuando Cam se apartó, sus hábiles labios se curvaron. Anna seguro que recordaría ese aspecto engreído cuando la cabeza le volviera a asentarse encima de los hombros.

—Hola, Anna.

—Buenos días —respondió, aclarándose la garganta, dando un paso atrás y obligándose a mirar a Seth, quien parecía más aburrido que sorprendido, por lo que le dedicó una sonrisa—. Buenos días, Seth.

—Sí, hola.

—Tu perro está enorme. —Como necesitaba distraerse, miró a Tonto y le tendió la mano. El perro se sentó y levantó una pata, lo que le encantó—. Pero ¡qué monada! —Se arrodilló de nuevo, le cogió la pata y le rascó detrás de las orejas—. ¿Qué más sabes hacer?

—Estamos trabajando un par de cosas. —Tonto ya había completado todo su repertorio, pero Seth no quería confesarlo.

—Formáis un buen equipo. Tengo algunos dulces en el coche —dijo ella sin darle importancia—. Cosas que he preparado para la cena. Ayúdame.

—Sí, por supuesto —contestó Seth dirigiendo una mirada resentida a Cam—. No tengo nada mejor que hacer.

—Vamos a salir a navegar, ¿verdad? —comentó alegremente Anna. Le divirtió ver a Cam abriendo de golpe la boca y a Seth mirándola con los ojos muy abiertos e interesados.

—¿Puedo ir yo?

—Por supuesto —respondió ella y volviéndose, abrió la puerta del coche y le tendió una bolsa—. En cuanto coloquemos todo esto. Espero aprender rápido, porque de barcos no sé prácticamente nada.

Seth, animado, se colocó las bolsas en ambas caderas.

—No pasa nada, pero necesitarás un sombrero.

Dicho esto, llevó las bolsas hacia la casa.

—Yo creí que iríamos solamente tú y yo —le dijo Cam. El se había imaginado una bonita fantasía en la que se deslizaban por alguna orilla del río y hacían el amor intensamente en el fondo del barco.

—¿Ah, sí? —comentó ella mientras cogía un pequeño bolso de viaje y se lo ponía en la mano—. Estoy segura de que lo vamos a pasar en grande los tres.

Cerró la puerta del coche, acarició la mejilla de Cam y se fue tranquilamente hacia la casa tras Seth.

Al final fueron los cuatro. Seth insistió en llevar a Tonto, y como Anna le respaldó todo el tiempo, ganaron la votación a Cam.

Era difícil estar fastidiado cuando contaba con una tripulación tan alegre. Tonto se sentó en la borda con un chaleco salvavidas para perros que había pertenecido a uno de los innumerables canes de Ray y Stella, y ladraba contento a las olas y a los pájaros.

Seth, que ya estaba masticando un bocadillo que había sacado de la nevera, le explicaba a Anna concienzudamente los misterios del aparejo de los barcos.

Cam pensó que la joven estaba muy atractiva con aquella gorra vieja suya del equipo de los Orioles, mientras prestaba gran atención a todo lo que Seth le explicaba.

Hubo un pequeño golpe de mar y Cam miró hacia atrás para ver cómo lo aguantaba Anna. Estaba arrodillada en la popa e inclinada sobre el riel, pero Cam se dio cuenta de que no era porque tuviera el estómago revuelto. La joven sonreía abiertamente mientras señalaba entusiasmada con el dedo al ver los árboles y las extensas marismas de la isla de Smith.

Cam pidió a Seth que izara las velas.

Anna nunca olvidaría aquel momento. La vida en la ciudad no la había preparado ni para los sonidos, ni el movimiento, ni la vista de las blancas velas elevándose, golpeando e hinchándose de viento. Por un momento, al golpearle el viento en las mejillas y llenar las velas hasta reventar, le pareció que el barco volaba. El agua restallaba en las estelas y la joven saboreó la sal.

Quería contemplarlo todo a la vez; las olas elevándose sobre el agua azul verdoso, el velamen desplegado, formando un blanco mar en lo alto; las lenguas de tierra y las rocas. Y además cómo el hombre y el niño trabajaban suavemente, de forma precisa y casi sin mediar palabra entre ellos.

Navegaron pasando lo que Seth identificó como una batea de cangrejos. No era más que una choza frágil levantada con maderas grises envejecidas, que apenas asomaba sobre el agua, sujeta a un desvencijado ataque. Las boyas naranjas que marcaban las cestas de cangrejos salpicaban la superficie. Vio cómo un barco de pesca se mecía con la marea mientras un pescador vestido con pantalones desteñidos, una gorra desgastada y botas blancas, levantaba una pajarrera de alambre, componiendo un auténtico cuadro para la vista.

El pescador detuvo su trabajo el tiempo suficiente para tocar la visera de la gorra en señal de saludo antes de echar dos cangrejos que se movían agitados en el tanque de agua.

Anna pensó que aquello era la vida en el agua y miró cómo el barco de pesca golpeaba el siguiente flotador.

—Ése es el pequeño Donnie —explicó Seth—. Ethan dice que le llaman así aunque ya es mayor pero que su padre es el gran Donnie. ¡Qué raro!

Anna rió, ya que le había parecido que el pequeño Donnie pesaba cerca de cien kilos.

—Supongo que es lo que ocurre al vivir en sitios pequeños. Debe de ser maravilloso vivir y trabajar en el agua de esa manera.

Seth se encogió de hombros.

—Está bien, pero a mí me gusta más navegar.

Cuando Anna alzó el rostro para encararlo al viento, pensó que Seth tenía toda la razón. Limitarse a navegar, rápida y libremente, con el barco elevándose y cayendo, y las gaviotas gritando por encima de la cabeza. Pensó que a Cam se le veía muy natural al timón con sus largas piernas abiertas, para acompasar el ritmo del barco, las manos firmes y el largo pelo negro flotando. Cuando Cam giró la cabeza ¿acaso podía extrañarse de que su

corazón diera un vuelco? Cuando él le tendió la mano ¿acaso resultaba raro que ella se levantara con precaución y caminara sobre la borda tan poco familiar?

—¿Te apetece llevar el timón? —preguntó Cam. ¡Qué horror!

—Mejor no —contestó Anna, intentando ser práctica—. No sabría qué hacer.

—Pero yo sí. —Cam tiró de Anna hasta ponerla delante de él y colocó sus manos encima de las de la joven—. Aquello es Pocomoke —dijo señalando hacia un estrecho canal—. Si quieres que vayamos más despacio, podemos ir por ese camino y esquivar las trampas de cangrejos.

El viento golpeaba suavemente las mejillas de Anna, que vio a una gaviota lanzarse contra la superficie del agua, sumergirse y después elevarse soltando ese grito agudo que se parecía a una risa gritona. ¡Al diablo ser práctica!

—No quiero ir más despacio —declaró.

Le oyó reírse por encima de su oreja.

—¡Qué chica más valiente! —exclamó.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Anna.

—Dirección sur, sudeste. Navegaremos orzando, en el filo del viento —dijo él.

—¿En el filo? ¡Pero si parece que ya estamos! No sabía que se podía navegar tan rápido ¡Qué maravilla!

—Sí. Sujeta un momento.

Ante su asombro, Cam se retiró hacia atrás y llamó a Seth para que le ayudara a ajustar algo relativo a las velas. Les oyó reír cuando vieron cómo se le ponían los nudillos blancos sobre el timón.

Escuchó el crujir de los mástiles y cómo se estremecían las velas al virar. Le pareció que el barco aumentaba la velocidad como si nada. Intentó relajarse. Al fin y al cabo lo único que tenían alrededor era el agua.

Pudo ver a la derecha, a babor, se corrigió a sí misma, un pequeño barco a motor saliendo de uno de los innumerables ríos o canales. Calculó que estaba demasiado lejos como para temer atascos o un accidente.

Justo en el instante en que comenzaba a convencerse de que podía realizar aquella tarea sin incidentes, el barco se ladeó. Ahogó un grito y casi giró la rueda del timón en sentido contrario a la inclinación del barco cuando las manos de Cam se cerraron de nuevo sobre las suyas y lo mantuvo firme.

—¡Casi nos pasamos!

—Qué va. Hemos escurrido un poco, suavemente. Más velocidad —dijo Cam.

Anna sentía el corazón en la garganta.

—Me has dejado al timón.

—Hay que equilibrar las velas. El chico sabe lo mínimo

de manejarlas. Ethan le ha enseñado mucho y el aprende rápido. Es un buen marinero —añadió

—Pero me has dejado al timón —repitió ella.

—Lo has hecho muy bien —respondió dándole mi distraído beso en lo alto de la cabeza—. Eso de allí enfrente es la isla Tangier. Vamos a rodearla y después iremos hacia el norte. Hay muchos lugares íntimos en Little Choptank. Llegaremos allí antes de la hora de comer.

Anna suspiró aliviada y pensó que no parecía que fueran a zozobrar. Y como no había armado ningún follón, se relajó lo suficiente como para recostarse contra él.

Abrió las piernas como había visto a Cam y dejó que su cuerpo se acompañara al ritmo del barco. Su nuevo deseo era tener un pequeño balandro, un esquife, o como se llamara, cuando tuviera por fin una casa al borde del agua.

Continuó soñando que serían los hermanos Quinn quienes lo construyeran.

—Si tuviera un barco, navegaría siempre que hubiera ocasión.

—Tendremos que enseñarte lo básico, mucho antes de que hagas trapecio.

—¿Qué quieres decir, que me balancee por el mástil con unos leotardos de lentejuelas?

La imagen le pareció realmente atractiva.

—No es eso, no. Se usa un aparejo, un trapecio para colgarse por encima del agua —explicó Cam.

—¿Se hace sólo como diversión?

—Bueno, a mí me gusta —replicó Cam riendo— pero es para aumentar la velocidad con la fuerza del balanceo.

—Colgarse por encima del agua —meditó ella mirando a babor—. A lo mejor también me gusta.

Cam dejó que Anna manejara el foque bajo la atenta mirada de Seth. A ella le gustaba sentir el cabo en las manos sabiendo que estaba al cargo, más o menos, de la blanca vela ondeante. Rodearon la pequeña lengua de arena de la isla de Tangier y tuvo que manejar el foque en la rápida maniobra de virar, y hacer todo lo necesario para mantener la velocidad durante el cambio de rumbo.

Cam se había puesto unos vaqueros cortados y le relucía la piel con el sol, el sudor y el agua. Anna se quejó del dolor de las manos ante esta tarea tan poco familiar. En cambio se estremeció cuando Cam comentó que era una buena tripulante.

Comieron en Hudson Creek fuera ya del río Little Choptank, cerca de un desvencijado embarcadero con la única compañía de los pájaros y el ruido del agua. El sol brillaba en un cielo azul muy claro, y la temperatura había subido a unos veinticinco grados, proporcionando la calidez propia de un verano al que todavía le faltaban unas semanas para llegar.

Se dieron un refrescante baño con el acompañamiento

de la música de la radio. Tonto chapoteó alegremente, mientras Seth buceaba bajo la superficie que parecía un espejo y nadaba como un delfín salvaje.

—Lo está pasando como nunca en su vida —comentó Anna en voz baja. Los restos de aquel chico malhumorado, desafiante y enfadado con el que se había entrevistado por primera vez se estaban desvaneciendo. Se preguntó si él era consciente.

—Entonces supongo que no debe preocuparme que insistieras tanto en que viniera con nosotros —comentó Cam.

Anna sonrió. Se había recogido el pelo en lo alto de la cabeza en un vano intento por mantenerlo seco. Con Seth y el cachorro salpicando sin parar resultaba imposible que permaneciera seco.

—En realidad no te molesta nada, y nunca habrías navegado tan suavemente sin él a bordo.

—Eso es bastante cierto, pero habría que decir algo sobre navegaciones bruscas.

Cam apartó el agua que había frente a él y la rodeó con sus brazos.

Anna encogió automáticamente los hombros para defenderse.

—Nada de aguadillas.

—¿Crees que yo haría algo tan predecible? —preguntó con los ojos empañados por la risa—. Sobre todo cuando hay cosas mucho más divertidas —concluyó y ladeando la cabeza, la besó.

Tenía los labios húmedos y resbaladizos, y el pulso de Anna se aceleró con la sensación de tener la boca de Cam deslizándose sobre la suya, primero atrapándola y después, poseyéndola. El agua cálida pareció aumentar su temperatura cuando las piernas de ambos se entrelazaron. La joven se sentía ingrátida, y suspiró a medida que flotaba dentro de aquel beso.

Entonces se encontró bajo el agua.

Salió a la superficie escupiendo y apartando el húmedo pelo de la cara. Lo primero que oyó fue la risa de Seth, y lo primero que vio fue la mueca burlona de Cam.

—No he podido resistirme —declaró, antes de tragar agua a su vez cuando ella se dio la vuelta y le golpeó en el rostro con el estómago.

—El siguiente serás tú —advirtió a Seth, que estaba tan sorprendido ante la idea de que hubiera una persona adulta jugando con él que le atrapó fácilmente, y le hundió.

Seth se defendió, salpicó agua y tragó más aún cuando se puso a reír.

—Oye, que yo no he hecho nada —protestó Seth

—Té has reído. Además, creo que vosotros dos actuáis en equipo. Posiblemente ha sido idea tuya.

—De eso nada. —Se liberó y entonces tuvo la brillante

idea de sumergirse y hundirla tirándole del brazo.

Fue una batalla campal, y cuando se agotaron, estuvieron de acuerdo en declarar un empate. En ese momento fue cuando vieron que Cam ya no estaba en el agua, sino sentado cómodamente en el barco comiendo un bocadillo.

—¿Qué haces allí arriba? —preguntó Anna mientras se retiraba el pelo mojado hacia atrás.

—Contemplando el espectáculo —respondió engullendo el jamón y el queso con la ayuda de una Pepsi Cola—. Parecéis un par de imbéciles.

—¿De imbéciles? —repitió Anna. Entonces miró a Seth y por medio de un acuerdo tácito, los enemigos se unieron—. Aquí yo sólo veo un imbécil alrededor, que eres tú.

—Sí, sólo hay uno —convino Cam, mientras ellos nadaban despacio dirigiéndose hacia el barco.

Cualquier idiota podía haber imaginado lo que intentaban. Cam casi consiguió poner las piernas fuera de su alcance, pero después decidió que ¡qué demonios!, y les permitió tirar de él hasta caer al agua salpicando de forma impresionante.

Pasaron horas antes de que Seth cayera en la cuenta de que tanto Anna como Cam le habían puesto las manos encima y él no se había sentido asustado.

Después de que el barco estuvo atracado, los marineros en tierra y la cubierta limpia, Anna se arremangó, metafóricamente, y se dirigió a trabajar a la cocina. Era su intención proporcionar a los hombres Quinn una cena inolvidable. Podía ser un marinero en ciernes, pero allí era una experta.

—Huele a gloria —dijo Phillip cuando apareció en la cocina.

—Pues mejor sabrá —respondió Anna. Estaba preparando las hojas de lasaña con el estilo de una artista en la materia—. Es una antigua receta familiar.

—Son las mejores —convino Phillip—. Nosotros tenemos una receta secreta de gofres heredada de mi padre. Te prepararé unos para el desayuno.

—Me encantaría —levantó los ojos para sonreírle y advirtió una sombra de preocupación en sus ojos—. ¿Va todo bien?

—Por supuesto. Sólo algunos cabos sueltos en el trabajo. —No tenía nada que ver con el trabajo, sino con el último informe del detective privado que había contratado. Había localizado a la madre de Seth en Norfolk, y eso estaba demasiado cerca, sin lugar a dudas—. ¿Necesitas ayuda?

—Tengo todo bajo control —respondió ella, mientras colocaba una última capa de lasaña en la fuente, antes de meterla en el horno—. Quizás quieras probar el vino.

Phillip, distraído, tomó la botella, e inmediatamente se interesó.

—Es un Nebbiolo, el mejor de los tintos italianos.

—Eso creo yo, y te aseguro que mi lasaña está la altura de las circunstancias.

Phillip hizo una mueca mientras escanciaba dos copas. Sus ojos eran de un marrón dorado que hicieron pensar a Anna en un ángel.

—Querida Anna, ¿por qué no abandonas a Cam y te fugas conmigo?

—Porque os cazaría a los dos, y después te mataría —declaró Cam al entrar en la cocina—. Aparta de mi mujer, hermanito, antes de que te haga daño. —A pesar de que lo dijo con ligereza, Cam no estaba muy seguro de que no fuera más que una broma, y tampoco le gustó sentir aquel leve borbotón de celos.

Él no era un hombre celoso.

—No distingue un Barolo de un Chianti —continuó Phillip mientras servía otra copa—. Deberías fugarte conmigo.

—¡Dios mío! —contestó ella, imitando el habla del sur de forma bastante convincente—. Me encanta que dos hombres fuertes se peleen por mí, y aquí viene el tercero —añadió al ver que Ethan entraba por la puerta trasera—. ¿Tú también te quieres batir en duelo por mí, Ethan?

Este parpadeó y se rascó la cabeza. Las mujeres le confundían, pero estaba casi seguro de que se trataba de una broma.

—¿Has sido tú quien ha preparado lo que está en el horno?

—Con estas manitas —aseguró Anna.

—Voy a buscar mi escopeta.

Cuando ella rió, Ethan le dedicó una sonrisa fugaz y después se escabulló fuera de la habitación para darse una ducha tras el trabajo del día.

—¡Madre mía, Ethan casi flirteando con una mujer! —dijo Phillip sorprendido, y levantó la copa para brindar—. Creo que tenemos que conseguir que te quedes por aquí, Anna.

—Si alguno pone la mesa mientras acabo de aliñar la ensalada, quizás me dé tiempo a que probéis mis cannoli.

Cam y Phillip se miraron el uno al otro.

—¿A quién le toca hoy? —preguntó Cam.

—A mí no. Creo que a ti.

—De eso nada, lo hice ayer.

Se contemplaron otra vez y entonces los dos se dirigieron a la puerta para llamar a gritos a Seth.

Anna se limitó a sacudir la cabeza. Pensó que los hermanos pequeños están para que abusen de ellos en semejantes circunstancias.

Anna estuvo segura de que la cena había sido un éxito cuando Seth repitió por tercera vez. Pensó que ya había

perdido aquel aire de gato callejero en los huesos. Y también la palidez. A veces, quizás todavía tenía los ojos recelosos y miraba a hurtadillas tras las pestañas, como esperando los golpes que de pequeño había aprendido a recibir. Pero ahora era más frecuente encontrar una sombra de humor en su mirada. Era un chico alegre que estaba descubriendo cómo divertirse con la gente.

Aún tenía un lenguaje rudo, pero no era de esperar que mejorase mientras siguiera viviendo en una casa con tres hombres, aunque veía cómo Cam le daba ligeras patadas por debajo de la mesa cuando decía tacos demasiadas veces.

Lo estaban consiguiendo. Al principio tuvo serias dudas de que tres hombres crecidos, con su vida hecha, encontrasen la forma de acoplarse, de hacerle un sitio. Y sobre todo, que abriesen su corazón a un chico que les habían colado entre ellos. Sin embargo, estaban consiguiendo que funcionara. Cuando la semana próxima Anna escribiera su informe sobre el caso Quinn, pensaba dejar claro que Seth DeLauter se encontraba en su hogar, exactamente en el lugar al que pertenecía.

Llevaría tiempo el que la tutela pasara de ser temporal a permanente, pero pensaba hacer valer su influencia. No había nada que pudiera caldear un corazón más que la forma en que Seth miraba a Cam tras cada golpe bajo la mesa, ni las muecas que hacía, exactamente como cualquier chico de diez años.

Pensó que Cam sería un padre estupendo: lo suficientemente firme, pero divertido. Sería de los que se pondrían a un niño en los hombros para luchar a brazo partido en el jardín. Casi podía verlo: un guapo niño de pelo moreno y una preciosa niña con las mejillas sonrosadas.

—Te has equivocado de trabajo —dijo Phillip mientras se retiraba de la mesa y se planteaba olvidarse del cinturón.

Anna parpadeó al ser sorprendida soñando despierta, y casi se sonrojó.

—¿Ah, sí?

—Tendrías que poner un restaurante. Si tienes intención de moverte en esa dirección, cuenta conmigo para invertir —declaró. Después se levantó con la intención de utilizar la máquina para hacer capuchino y completar el postre, y contestó el teléfono al primer timbrado.

Al escuchar aquella ronca voz femenina con un acento italiano muy sexy, enarcó las cejas.

—Sí, está aquí a mi lado. —Phillip enmudeció y le tendió el teléfono a Cam—. Es para ti, muchacho.

Cam cogió el teléfono y tras escuchar una frase ronroneante, casi consiguió identificar la voz.

—Hola, cariño —dijo intentando recordar su nombre—. ¿Come va?

Phillip, que de verdad quería a su hermano, intentó distraer a Anna.

—Hace seis meses que conseguí esta máquina —dijo tomando su silla para que se levantara, y quizás incluso alejarla para que no escuchase—. Es sensacional.

—¿De verdad? —comentó Anna, a quien no le interesaba lo más mínimo el funcionamiento de ninguna máquina de café. No en aquel momento en que escuchaba con qué suavidad había saludado Cam a la autora de la obvia llamada femenina. Cuando le oyó reír, le rechinaron los dientes.

A Cam ni se le había pasado por la cabeza camuflar su alegría o el contenido de la conversación. Al fin consiguió emparejar la voz con un nombre, Sophia, la del cuerpo sinuoso y ojos seductores, y continuó charlando alegremente sobre conocidos comunes. A Sophia le encantaba la competición, cualquier clase de competición, y era muy ardiente, melosa y directa en la cama.

—No, tengo que ir en algún momento del verano este año —dijo Cam—. No sé cuándo volveré a Roma. Tú serás la primera, bella —contestó cuando ella le preguntó si la llamaría cuando fuera—. Sí, claro que me acuerdo, el pequeño restaurante cerca de la Fontana di Trevi. Por supuesto.

Se inclinó sobre la encimera, mientras la voz de ella le hacía evocar algunos recuerdos. No de ella en concreto, ya que apenas podía recordar su nombre, sino de Roma, de la ciudad, las calles estrechas, llenas de gente, los olores, los sonidos y la prisa.

Las carreras.

—¿Cómo? —la pregunta de Sophia sobre su Porsche le trajo de vuelta al tiempo y lugar reales—. Sí, lo tengo guardado en un garaje en Niza hasta que...

Cam se detuvo con el pensamiento disperso cuando ella le preguntó si pensaba venderlo. Sophia tenía un amigo, le dijo, Carlo. El se acordaba de Carlo, ¿verdad? Y Carlo se preguntaba si Cam quería vender el coche puesto que llevaba ya tanto tiempo en EE.UU.

—No había pensado en ello. —¿Vender el coche? Sintió un pequeño ataque de pánico. Era tanto como admitir que no volvería. No tanto a Europa como a su vida.

Sophia hablaba rápido, persuasiva, en una mezcla de italiano e inglés que le confundía. Tenía su número de teléfono, ¿sí? Podía llamarla cuando quisiera. Le diría a Carlo que lo estaba pensando. Todos le echaban de menos. Roma era tan nonioso sin él. Se había enterado de que se había retirado de una competición en Australia y se temía que era debido a una mujer. ¿Por fin se había enamorado?

—Sí, no —respondió. La cabeza le daba vueltas—. Es un tanto complicado, corazón, pero estaremos en contacto. —Después le hizo reír una vez más al susurrarle cómo sugería que pasaran la primera noche de su vuelta a Roma—. Seguro que me acordaré. ¿Cómo podría olvidarlo, querida? Sí. Ciao.

Phillip batía leche e intentaba, con el aspecto de un hombre desesperado, involucrar a Anna en la

conversación sobre los distintos tipos de granos de café. Ethan, con el instinto de un superviviente, había abandonado la cocina. Y Seth se limitaba a permanecer sentado, troceando una tostada de ajo para Tonto, que estaba escondido bajo la mesa.

Sin darse cuenta de nada, Cam enarcó una ceja mirando la máquina de capuchino.

—Yo me arreglo con un café normal —comenzó a decir sonriendo cuando vio que Anna se dirigía hacia él—. Recuerdo tus cannoli desde...

Inició la frase hasta que el aire escapó de sus pulmones cuando ella le plantó un puñetazo en el estómago. Antes de que pudiera volver a aspirar aire o echarse atrás, Anna pasó a su lado y salió dando un portazo.

—¿Qué pasa? —preguntó a Phillip con los ojos desorbitados y sujetándose el estómago—. ¡Por Dios! ¿Qué le has dicho?

—¡Eres un completo gilipollas! —murmuró Phillip y después apuró su taza en silencio.

—Yo creo que está muy enfadada —comentó Seth, mientras olisqueaba el aire—. ¿Puedo probar esa porquería que has preparado?

—Claro —respondió Phillip, mientras batía una llena de espuma y Cam salía fuera.

Cam alcanzó a Anna en el muelle.

—¿Por qué demonios has hecho eso? —preguntó él.

—Uy, no sé, Cam, por puro y maldito capricho —Anna se giró para encararse con él con los ojos centelleando bajo la luz de las estrellas—. Las mujeres somos criaturas extrañas, porque nos enfadamos cuando el hombre con el que se supone que estamos, se pone a tontear por teléfono ante su propia cara con cualquier tía buena italiana.

La luz se amortiguaba pero Cam pensó que era mejor no hacer muecas.

—Venga, preciosa...

Cam dejó de hablar, sin saber si le divertía o le asustaba ver que ella levantaba el puño.

—A mí no me llames preciosa. Llámame por mi nombre. ¿Tú crees que soy idiota? Preciosa, cielo, encanto..., eso es lo que se dice cuando apenas se recuerda el nombre de la mujer que está debajo de uno en la cama.

—Espera un momento, ¡maldita sea!

—No, espera tú un maldito momento. ¿Acaso puedes imaginar lo insultante que resulta que delante de mis narices organices una cita con tu novieta italiana en Roma, cuando apenas se te ha asentado mi lasaña en el estómago?

Peor, pensó, mucho peor, lo había hecho un segundo después de que ella construyera castillos en el aire imaginándole a él con niños, con sus hijos. Era mortificante, era para sentirse furiosa.

—Yo no estaba organizando una cita —comenzó a decir y a continuación se detuvo, fascinado, al escuchar una catarata de insultos en italiano brotar de sus labios—. ¿Eso no lo aprendiste de tus abuelos? —Cuando ella mostró los dientes, él no pudo reprimir una sonrisa—. Estás celosa.

—No es cuestión de celos. Es cuestión de educación. —Anna sacudió la cabeza e intentó calmarse. Se dio cuenta de que lo único que estaba consiguiendo con su estallido era estar más molesta aún. Pero ¡maldita sea! Todavía no había terminado—. Tú eres libre, Cameron, y yo también. Nada de expectativas ni de promesas, de acuerdo. Sin embargo, no consiento que mantengas ante mí una sesión de sexo telefónico mientras estamos juntos en la misma habitación.

—No era sexo por teléfono, era una conversación.

—¿El pequeño restaurante de la Fontana di Trevi? —respondió ella ahora con frialdad—. ¿Cómo podría olvidarlo? «Tú serás la primera». Si quieres tener algún zuccherio italiano, bien, es tu problema. Pero no vuelvas a hacerlo delante de mis narices nunca más.

Anna tomó aliento y después levantó una mano antes de que él pudiera hablar.

—Siento haberte pegado.

Cam calibró su estado de ánimo. Estaba agitada, pero calmándose.

—No, no lo sientes —respondió.

—De acuerdo, no lo siento. Te lo merecías.

—No tiene ninguna importancia, Anna.

Sí, sí la tiene, pensó ella con desaliento. Para ella significaba mucho, y era su culpa, era su pequeño desastre.

—Has sido muy grosero.

—Las formas nunca fueron mi punto fuerte. Ella no me interesa. Apenas puedo recordar su rostro.

Annaladeó la cabeza.

—¿De verdad crees que una declaración semejante te beneficia?

¿Qué demonios pretendía que dijera? se preguntó

dejando escapar un rápido suspiro de impaciencia. Decidió que a veces lo mejor es decir la verdad.

—El que no puedo quitarme de la cabeza es tu rostro, Anna.

Ella suspiró.

—Ahora intentas distraerme.

—¿Y funciona?

—Quizás. —Se recordó a sí misma sus emociones, su problema—. Dejemos claro que incluso en las relaciones casuales hay límites que no se deben sobrepasar.

Cam no estaba seguro de que la palabra «casual» definiera lo que había entre ellos, pero en aquel momento cualquier cosa que ella quisiera le parecía bien.

—Está bien. A partir de ahora tú serás la única tía buena italiana con la que voy a ligar. —Al ver que ella no sonreía y tenía una expresión insulsa, hizo una mueca—. La lasaña estaba impresionante. Ninguna otra de mis tías buenas sabe cocinar —concluyó.

Anna dejó vagar su mirada desde el agua hasta el rostro de Cam, y despuésladeó la cabeza pensativa. Él estaba casi seguro de que había un atisbo de humor en sus ojos.

—Yo creo que mejor lo dejamos estar —dijo Cam—, pero no me importa si tú no quieres.

—Supongo que, a pesar de todo, mejor me aguantó —respondió ella. Miró hacia la casa de donde partía una música que se colaba por las ventanas y se desparramaba por el aire—. ¿Quién toca el violín?

—Ethan. —Era una canción rápida y animada, una de las favoritas de sus padres. Al escuchar cómo se incorporaba un piano, sonrió—. Y ése es Phillip.

—¿Qué tocas tú?

—Una guitarra pequeña.

—Me gustaría escucharte. —Levantó una mano en son de paz, que Cam tomó acercando los dedos a sus labios.

—Eres la única a la que quiero, Anna. La única en quién pienso.

Por ahora, pensó ella, y dejó que él la abrazara. El presente era lo único que importaba.

DIECIOCHO

Anna no estaba muy segura de cómo se sentía al ver a Cam concentrarse totalmente cuando se puso a afinar una vieja y baqueteada guitarra Gibson. Era una parte de él con la que no había contado.

Le sorprendió y le agradó ver cómo los tres hombres se habían metido de lleno en la melodía. Pensó en aquellas fuertes voces, en aquellos dedos rápidos y diestros. Una vez más pensó en el trabajo en equipo. Y en los lazos familiares indestructibles.

Sin lugar a dudas, habían existido muchas noches como aquella en sus vidas. Pudo imaginarse a los tres siendo más jóvenes mezclando sus canciones ante las dos personas que les habían proporcionado la música, las metas y la familia, sentadas en la misma habitación con ellos.

La joven conservó en su memoria aquella imagen y la música, y se las llevó consigo cuando al fin subió a la cama. A la cama de Cam.

Recordó que había un chico en la casa y atrancó la puerta (por si Cam llegaba de puntillas desde la cama improvisada en el sofá de abajo). Y se prometió no abrir si llamaba a su puerta. No importa lo sexy que le había parecido mientras hacía cobrar vida a aquella vieja guitarra.

La mayoría de las canciones eran viejas baladas irlandesas y melodías de pub que no le resultaban familiares. Le parecieron tristes y desgarradoras, incluso cuando la música que sonaba de fondo de las palabras era tan alegre. Cambiaron a algo parecido a un rock y pusieron cara de desprecio cuando Seth propuso que tocaran algo del siglo actual.

Mientras se desvestía, Anna pensó que había sido algo muy dulce. Ellos nunca lo hubieran definido así, y se hubieran sentido horrorizados si alguien lo hiciera. Cuatro machos unidos, cuatro hermanos no de sangre, pero sí de corazón. Era fácil ver cómo se entendían entre ellos y cómo no lo aceptaban al chico, sino que ya era uno más.

Cuando Seth comentó que el violín era sólo para mujeres y nenazas, Ethan simplemente sonrió comenzó a tocar una melodía para despertar la atención y el interés de Seth. El seco comentario de Ethan, «Veamos si una nenaza puede hacer esto», consiguió que Seth se encogiera de hombros y sonriera abiertamente.

Cuando Seth se quedó dormido, se limitaron a dejarle tumbado sobre la alfombra con la cabeza del cachorro apoyada en su culo, como si fuera una almohada. Otra forma de pertenencia, pensó Anna.

Se puso el camisón y cogió el cepillo del pelo. Aquella casa provocaba fácilmente la sensación de pertenencia. Tenía grandes habitaciones, sencillas, con muebles usados y una fontanería ruidosa. Reconoció algunos detalles femeninos que antes no estaban: el brillo del mobiliario, el curioso florero con flores de primavera. Detalles de la persona que limpiaba, en los que sus ocupantes seguramente no se habían fijado para nada, pensó Anna.

Si fuera su casa, no cambiaría casi nada, decidió soñando de nuevo mientras se cepillaba el pelo. Quizás retocaría un poco el colorido, añadiría alguna pincelada aquí y allá con gruesos almohadones por el suelo y toques de flores. Decididamente ampliaría el jardín. Había estado leyendo sobre especies perennes, las que mejor se daban al sol y las que necesitaban sombra. Había un espacio estupendo donde los árboles empezaban a reemplazar al césped. Pensó que unas lilas, unos gladiolos y unas pervincas quedarían bien allí y añadirían un poco de variedad.

¿Acaso no sería estupendo, se preguntó, despertarse un sábado por la mañana, remover la tierra, componer parterres con bonitas flores, planificando la composición, el crecimiento, las texturas y colores? ¿Y verlas crecer, florecer y desparramarse año tras año?

A través del espejo vio un movimiento tras la ventana. El corazón se le subió a la garganta, mientras una

sombra oscura se deslizaba tras los cristales oscuros. La ventana crujió y ella se giró lentamente, empuñando el cepillo como si fuera un arma.

Entonces Cam pisó el alféizar.

—¡Hola! —Le había gustado mirar cómo se cepillaba el pelo y le disgustó cuando dejó de hacerlo—. Te he traído algo.

Cam mostró un ramo de violetas que Anna intentó mirar con cara sospechosa.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Trepando —contestó dando un paso adelante y ella hacia atrás.

—¿Trepando por dónde?

—Por el lateral de la casa, principalmente. Yo solía subir y bajar por el canalón, pero entonces estaba menos.

Él se acercó y Anna retrocedió.

—¡Qué inteligente! ¿Y si te caes?

Cam había escalado escarpadas montañas rocosas en Montana, México y Francia, pero sonrió de forma cautivadora ante su preocupación.

—¿Lo habrías sentido?

—No creo. —Como él se había colocado a la distancia de un brazo, Anna alargó la mano y tomó el ramillete que estaba ligeramente ajado—. Gracias por las flores. Buenas noches.

¡Qué interesante!, pensó él. La voz y la actitud de Anna eran muy formales, a pesar del hecho de que estaba ante él con poco más que una camiseta blanca larga. Por alguna razón, Cam encontró la sencilla y práctica prenda de algodón absurdamente sexy. Parecía que por fin iba a poder seducirla.

—No podía dormir —declaró. Se movió y giró el interruptor, dejando solamente la pequeña lámpara de noche iluminando con una luz dorada y cálida.

—No lo has intentado mucho —respondió ella, girando el interruptor de nuevo.

—A mí me han parecido horas —comentó, mientras levantaba una mano para pasar suavemente un dedo por su brazo desde la muñeca hasta el codo. Tenía la piel morena, casi dorada en contraste con el blanco immaculado del camisón—. Sólo podía pensar en ti, mi bellísima Anna —dijo suavemente—, la de los ojos italianos.

A ella le pareció que se elevaba sobre las puntas de los pies al sentir el roce de aquel dedo que ahora recorría la línea de su mandíbula. Tenía el corazón palpitando. No, era el estómago. No, era todo.

—Cam, hay un chico en la casa.

—Que está dormido como un tronco. —Cam dirigió los dedos hacia su garganta para tantearle el rápido batir del pulso—. Está roncando sobre la alfombra del salón.

—Tendrías que haberle subido a su cama.

—¿Por qué?

—Porque... —Debía existir una buena razón, pero ¿cómo podía pensar con claridad cuando él estaba mirando su rostro con aquellos ojos color gris humo tan concentrados, tan intensos?—. Tú habías planeado esto —dijo con voz débil.

—No exactamente. Había pensado llevarte al bosque oscuro para dar un paseo antes de que la casa quedara en silencio. Y entonces te hubiera hecho el amor al aire libre. —Cam tomó su mano, le giró la palma y depositó un beso en el centro—. A la luz de las estrellas, pero está lloviendo.

—¿Está lloviendo? —repitió ella. Ojeó la ventana y vio que las cortinas se movían con el viento que había refrescado. Cuando miró hacia atrás, él se había acercado y la rodeó con sus brazos. Las anchas palmas, las hábiles manos le acariciaban la espalda.

—Quiero tenerte en la cama, en mi cama. Cam inclinó la cabeza para mordisquear a base de besos su mandíbula, y después justo debajo, donde la piel era tan suave como el agua—. Te deseo, Anna. Día y noche.

—Mañana —comenzó a decir ella.

—Esta noche. Mañana... —la palabra «siempre», que tenía en la punta de la lengua, quedó ahí cuando la besó.

Anna emitió un ligero sonido que pudo ser de angustia en el momento en que Cam deslizó la lengua entre sus labios entreabiertos para profundizar el beso, que se fue haciendo más y más hondo hasta que ella sólo pudo dejarse hundir. Las bellas florecitas cayeron al suelo cuando sus dedos se aflojaron sin fuerzas.

Cam sólo la había besado así una vez antes, con aquella inexplicable ternura que hizo que ella descubriera su alma. Si hubiera podido articular palabra, habría balbuceado su amor por él. Pero tenía las rodillas temblando, el corazón perdido y las palabras se encontraban fuera de su alcance.

El la tocó ligeramente. únicamente sus manos ligeras en la espalda, mientras su boca bebía en la de ella, destruyéndola.

—Esta vez no es una competición —se oyó murmurar, pero no estaba seguro de si se dirigía a ella o a él mismo. Sólo sabía que quería ir despacio, dolorosamente despacio, sin tiempo, de tal forma que pudiera saborear cada instante, cada movimiento, cada gemido.

El se movió para apagar las luces.

—Quiero esta parte —susurró y empezó su camino por la frágil piel hasta la zona bajo la mandíbula de nuevo—. Y ésta también —dijo dirigiéndose hacia la fina columna de su garganta, donde el aroma era cálido y el sabor ahumado.

Cuando él se apartó y le pasó la camisa por encima de la cabeza, ella tomó aliento. Quería recobrarse y devolverle parte de lo que él le estaba dando. Se acercó a él y

poniéndose de puntillas logró que los ojos y las bocas quedaran al mismo nivel.

Pero él le besó en la sien, en la cejas, en los ojos cuando pestañearon juntos.

—Me gusta mirarte —declaró él. Tomó el borde de su camisa y la fue levantando poco a poco. A ti toda entera. Incluso cuando no estás cerca de mí tengo una imagen tuya en la cabeza.

Cuando el camisón cayó al suelo, Cam mantuvo los ojos fijos en su rostro y la acurrucó en sus brazos. Notó cómo temblaba.

Y supo, en un destello fugaz que le cortó el aliento, que nunca había deseado a ninguna mujer como a Anna. Esta vez, cuando la tumbó sobre la cama, fue él quien se sumergió ciegamente en el beso.

No tuvo que ordenar a sus manos que fueran suaves, que fueran despacio. No tuvo que refrenar la urgencia de la posesión, ni cuando sintió el suspiro de ella tan suave bajo sus caricias, ni cuando se movía de forma tan flexible bajo sus manos, ni cuando se estaba dando por completo antes de que él se lo pidiera.

El exploró asombrado su cuerpo, como si fuera la primera vez. La primera mujer, el primer deseo.

De alguna manera todo era nuevo: ese anhelo de duración, de tomar a sorbos en lugar de engullir, de deslizarse en lugar de correr. Cuando ella le recorrió el cuerpo con las manos, la piel de Cam se estremeció y sintió calor.

Ninguno de los dos escuchó las primeras y suaves gotas de lluvia, ni el leve pero penetrante gemido del viento.

Ella se elevó hasta llegar a una oleada larga y vibrante, y flotando cayó de nuevo susurrando su nombre.

El placer era líquido, suave como el rocío de la mañana y extenso como el ancho mar. Podía sentir cómo se deslizaba por su cuerpo, derramándose, cambiante, llevándola de nuevo a lo alto, a una cumbre curvada donde sólo existía él.

Ella apretó la boca contra su garganta, su espalda; le hubiera absorbido si hubiera sabido cómo hacerlo. Nadie la había transportado de aquella forma. Cuando ella enmarcó su rostro con las manos, atrajo su boca y vertió en aquel beso todo su ser, supo que era suyo, totalmente suyo.

Cuando él la penetró sólo fue un paso más. Ella se abrió, le tomó y le correspondió. Se movieron juntos lentamente con la respiración entrelazada, con los ojos el uno en el otro. Se movieron unidos con suavidad, acompasando el ritmo para alargar cada gota de placer.

El placer aumentó, les aturdió, les deslumbró hasta que ella curvó los labios a pesar de que todo le daba vueltas.

—Bésame —pidió ella en una última y temblorosa respiración.

Entonces se encontraron sus bocas, se pegaron como si aquella última oleada arrolladora les hundiera a los dos.

Cam no habló, no se atrevió a hacerlo, cuando las manos de Anna se deslizaron suavemente desde su espalda hasta la cama. Se sentía como si se hubiera tirado desde un acantilado y hubiera aterrizado sobre el corazón. Tenía el corazón al descubierto, hinchado, y le pertenecía a ella.

Si aquello era amor, estaba muerto de miedo.

Sin embargo, no se podía mover, no podía permitir que ella se fuera. Ella estaba tan bien a su lado, se sentía tan a gusto con ella allí. Tenía el cuerpo débil, saciado y la cabeza casi vacía. Únicamente era el corazón el que temblaba y latía.

Ya se preocuparía después.

Sin decir nada, ni una palabra, cambió de postura acercándola más junto a sí, de forma posesiva, mientras la lluvia le arrullaba hasta que se durmió.

Anna despertó con la luz del sol cegándole los ojos, y se sorprendió al encontrarse pegada a Cam. Los brazos de éste la ceñían en un fuerte abrazo, al igual que ella le rodeaba con los suyos. Tenían las piernas entrelazadas de tal manera que la pierna derecha de Anna estaba enganchada sobre la cadera de él como si fuera un ancla: Si ella hubiera tenido la cabeza despejada, se le podía haber ocurrido que aunque los dos asumían que su aventura era casual, incluso algo compleja, en la cama era donde mejor se entendían.

Anna deslizó la pierna hacia abajo intentando deshacer el nudo formado por sus miembros, pero él se movió e inmovilizó aún más la pierna de ella.

—Cam —susurró sintiéndose culpable y alocada. Al no recibir contestación se revolvió y habló más fuerte—. Cam, despierta.

El emitió un gruñido, se arrimó más y murmuró algo contra su pelo.

Anna suspiró y, viendo que no tenía elección, levantó la pierna atrapada entre las de Cam, hasta que con la rodilla apretó con fuerza su entrepierna. A continuación le dio un codazo leve.

Así consiguió que abriera los ojos.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Despierta.

—Estoy despierto —contestó con los ojos entreabiertos, pero no enfadado—. ¿Te importaría mover tu...? —Cuando la presión cedió, Cam dejó escapar el aliento que había estado reteniendo—. Gracias.

—Debes irte —dijo ella otra vez entre susurros—. No tendrías que haberte quedado toda la noche.

—¿Por qué no? —susurró él a su vez—. Esta es mi cama.

—Sabes lo que quiero decir —siseó la joven—. Alguno de tus hermanos podría despertarse en cualquier momento.

Se obligó a levantar un poco la cabeza para escudriñar el

reloj que estaba en la mesilla de noche del otro lado.

—Son más de las siete. Ethan ya estará levantado y seguramente ya habrá vaciado la primera cesta de cangrejos. ¿Por qué hablamos en susurros?

—Porque tú no deberías estar aquí.

—Yo vivo aquí —respondió con una sonrisa perezosa en el rostro—. ¡Demonios! Te pones muy guapa cuando estás despeinada y sientes vergüenza. Creo que te poseeré otra vez.

—Estate quieto —dijo con una risa tonta, hasta que notó que la mano de Cam se movía a hurtadillas para tocar su pecho—. Ahora no.

—Estamos aquí desnudos y tú eres toda suavidad y calor —declaró Cam, acercándose a su cuello.

—No empieces.

—Demasiado tarde. Ya estoy en la primera vuelta.

Y de hecho cuando él cambió de postura, Anna comprendió que había sonado el pistoletazo de salida. Cam penetró a la joven con un movimiento tan suave, tan natural, tan fácil y tan agradable que se limitó a suspirar.

—No gimás o despertarás a mis hermanos —dijo en su oreja con una risa sofocada.

Anna soltó una carcajada y, a medio camino entre la diversión y la excitación, cambió de postura, giró y se puso a horcajadas sobre él. Cam tenía aspecto adormilado, peligroso y excitante. Casi sin respiración, Anna unió las manos por encima de su cabeza. Se inclinó y atrapó el labio inferior de la boca de Cam hasta sorberlo.

—De acuerdo chico listo, a ver quién gime antes. Y arqueándose hacia atrás empezó a cabalgar.

Tiempo después, decidieron que habían empatado.

Anna le obligó a saltar por la ventana, lo que consideró totalmente ridículo. Sin embargo, a ella le hizo sentir algo menos decadente. Cuando bajó las escaleras la casa estaba silenciosa, y como se había dado una refrescante ducha, se encontraba cómoda vestida con unos pantalones de algodón de tenue color aceituna y una camiseta de camuflaje. Seth continuaba durmiendo sobre la alfombra. Tonto montaba guardia en el suelo.

Al ver a Anna, el cachorro luchó por levantarse, gimoteando y quejándose, mientras la seguía hasta la cocina. Se imaginó que o bien tenía el estómago vacío, o bien la vejiga llena. Cuando abrió la puerta, Tonto salió disparado como una bala, demostrando que se trataba de lo último, e hizo un pis enorme sobre unas azaleas que estaban a punto de florecer.

Los pájaros cantaban a pleno pulmón, alegremente. El rocío chispeaba sobre la hierba, que necesitaba que la cortaran. Todavía había sobre el agua algo de bruma, pero se estaba despejando rápidamente, como si fuera humo volando, y entre la bruma, Anna pudo contemplar pequeñas chispas de sol reluciendo sobre el agua

tranquila.

El aire estaba fresco después de la noche de lluvia, y las hojas parecían más verdes, como si hubieran crecido más desde el día anterior.

Creó una pequeña fantasía que incluía café humeante y un paseo hasta el muelle. En el momento en que dio el primer paso para preparar el café, entró Cam por la puerta de la calle.

Se dio cuenta de que no se había afeitado, y aquella leve sombra le sugería una perezosa mañana de domingo en el campo. Cam levantó una ceja.

Anna sacó dos tazas del armario y después levantó la suya.

—Buenos días, Cameron.

—Buenos días, Anna. —Decidido a seguirle el juego, se acercó a ella y le dio un casto beso—. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien, ¿y tú?

—Como un tronco —contestó, mientras hacía un bucle alrededor del dedo con el pelo de la joven—. ¿No había demasiada tranquilidad para ti?

—¿Tranquilidad?

—Tú eres una chica de ciudad, quizás el silencio del campo...

—¡Ah! No. Me gusta. En realidad, creo que nunca había dormido tan bien.

Se estaban sonriendo el uno al otro cuando entró Seth tropezando y frotándose los ojos.

—¿Hay algo para comer?

Cam apartó la mirada que tenía fija en Anna.

—Phillip estuvo presumiendo de que iba a preparar gofres. Ve a despertarle.

—¿Gofres? ¡Qué guay! —Seth salió corriendo con los pies desnudos golpeando contra el suelo de madera.

—A Phillip no le va a gustar —comentó Anna.

—Fue él quien empezó con la historia de los gofres.

—Puedo prepararlos yo.

—Tú hiciste la cena. Aquí hacemos turnos, para evitar el caos y para que no corra la sangre —respondió Cam. Entonces se escuchó un ruido sordo y desagradable encima de sus cabezas—. ¿Por qué no nos tomamos este café y nos ponemos fuera de la línea de tiro?

—Yo estaba pensando lo mismo.

Cam, siguiendo un impulso, cogió una caña de pescar.

—Toma esto —dijo—. Hizo una ronda por la nevera y se topó con un pequeño redondel del queso Brie de Phillip.

—Pensé que íbamos a tomar gofres —comentó ella.

—Y vamos a hacerlo. Éste es el cebo —respondió

mientras se guardaba el queso en el bolsillo y tomaba la taza de café.

—¿Utilizas el queso Brie como cebo?

—Se usa lo que se tiene a mano. Si un pez va a picar, lo hará con lo que sea, con cualquier maldita cosa —respondió, tendiéndole su taza de café—. Vamos a ver lo que conseguimos.

—Yo no sé pescar —dijo ella, mientras salían fuera.

—No pasa nada. Tú lanzas el gusano, en este caso un queso riquísimo, y a esperar a ver qué sucede.

—¿Entonces, por qué los hombres normalmente van con todos esos aparejos tan complicados y carísimos, y con esos extraños sombreros?

—Son sólo adornos. No estamos hablando de pesca con mosca seca. Simplemente se trata de echar una caña al agua. Si no somos capaces de sacar un par de «gatos» mientras Phillip trae los gofres a la mesa, es que he perdido mi toque especial.

—¿Gatos? —durante un instante de asombro, Anna se quedó totalmente horrorizada—. ¿No utilizarás gatos como cebo?

Cam la miró parpadeando y se dio cuenta de que ella estaba muy seria. Entonces soltó una carcajada.

—Por supuesto que sí. Les coges por el rabo, les despellejas la tripa y los lanzas. —Sintió pena por ella, pero sólo porque se puso blanca como una pared. Sin embargo no dejó de reír—. Son peces gato, querida. Vamos a pescar algún pez gato antes de desayunar.

—¡Qué gracioso! —declaró la joven sorbiendo por la nariz, y empezó de nuevo a caminar—. El pez gato es horrible, lo he visto en fotografías.

—¿Me estás diciendo que nunca has probado el pez gato?

—¿Y por qué razón debería haberlo hecho? —Se sentó al borde del muelle agarrando la taza de café con ambas manos, un tanto disgustada.

—Fríelo fresco y fríelo bien, y nunca habrás tomado nada mejor. Te pones unos zapatos cómodos, coges unas mazorcas de maíz y tendrás una fiesta preparada.

Anna le contempló mientras Cam se sentaba a su lado y comenzaba a cebar el anzuelo con el queso Brie. Tenía barba incipiente, el pelo despeinado y los pies descalzos.

—¿Pez gato frito y zapatos cómodos? Que lo diga el temerario Cameron Quinn, el hombre que compite en carreras sobre agua, tierra y corazones a través de toda Europa... Creo que tu pastelito romano no te reconocería.

Cam hizo una mueca y lanzó el sedal al agua.

—¿No vamos a volver a hablar de eso, verdad? —comentó.

—No —dijo riendo y después se inclinó para besarle la mejilla—. Casi no te reconozco ni yo misma, pero creo

que me gusta.

El le tendió la caña.

—Tampoco tú pareces esta mañana la soberbia y dedicada servidora pública, señorita Spinelli.

—Los domingos libre. ¿Qué hago si pica un pez?

—Pues lo sacas del agua.

—¿Cómo?

—Ya nos preocuparemos cuando ocurra —contestó. Se inclinó para coger la trampa para cangrejos amarrada al pilote más cercano—. Por lo menos esta noche no nos moriremos de hambre.

Al ver acercarse las pinzas que entrechocaban, Anna levantó los pies del agua ligeramente, pero se alegraba de estar sentada allí bebiendo café y contemplando el despertar de la mañana. Cuando mamá pato y sus seis crías como bolitas pasaron nadando, la joven tuvo la típica reacción de chica urbana a los ojos de Cam.

—¡Mira, mira! Qué patitos. ¡Qué monada!

—Todos los años cogemos un nido en la curva cercana al final del bosque —respondió él. Al ver que Anna tenía una mirada soñadora, no pudo resistir la tentación—. Es bueno cazarlos en invierno.

—¿Cazar el qué? —murmuró ella hechizada imaginándose cómo se sentiría al tener en la mano una de aquellas bolitas peludas. De pronto abrió enormemente los ojos horrorizada—. ¿Tú disparas a esos patitos?

—Bueno, luego ya son más grandes —respondió, aunque no había disparado ni a los patos ni a ninguna otra cosa en su vida—. Te puedes sentar y matar dos desde aquí antes del desayuno.

—Debería darte vergüenza.

—Ahí se te nota que eres de ciudad.

—Yo diría que se nota mi humanidad. Si fueran mis patos, no consentiría que nadie les disparase. —Al ver la mueca burlona en su cara, Anna entrecerró los ojos—. Estás intentando burlarte de mí.

—Y lo he conseguido. ¡Estás tan guapa cuando te enfadas! —declaró. La besó en la mejilla para abrindarla—. Mi madre tenía el corazón demasiado blando para permitir que cazáramos. La pesca nunca le molestó. Decía que era una lucha más igualada y además odiaba las armas.

—¿Cómo era tu madre?

—Era... una persona firme —declaró al final—. Era difícil que se alterase. Pero si lo conseguías podías llevarte una bofetada, aunque le costaba hacerlo. Le gustaba su trabajo, los niños. Tenía muchas debilidades. Lloraba con algunas películas y libros, incluso le molestaba ver cómo limpiábamos el pescado. Pero cuando había algún problema, aparecía de nuevo la firmeza.

Cam había tomado a Anna de la mano sin darse cuenta, entrelazando los dedos.

—Cuando vine aquí me habían dado una buena paliza. Ella me instaló aquí. Yo pensaba escaparme en cuanto me encontrara bien. Me decía a mí mismo que aquella pareja eran un par de gilipollas. Podía robarles con los ojos vendados y marcharme cuando quisiera. Quería llegar a México.

—Pero no te fuiste —dijo Anna con suavidad.

—Me enamoré de ella. Fue el día que volví de navegar con papá por primera vez. Se me había abierto un mundo nuevo. Sentí miedo, pero ahí estaba. Papá entró en casa para puntuar algunos exámenes, creo. Yo estaba diciendo gilipolleces acerca de tener que ponerme aquel estúpido chaleco salvavidas, y de todo en general. Entonces ella me tomó de la mano y me tiró al agua directamente. Y dijo que era conveniente que aprendiera a nadar, y me enseñó. Me enamoré de ella a dos metros de este muelle. Ya nadie hubiera podido apartarme de aquí.

Anna conmovida, acercó las manos entrelazadas a su mejilla.

—Me hubiera gustado conocerla, conocer a tus padres, a los dos.

El se enderezó y de pronto cayó en la cuenta de que le había contado una historia que nunca había compartido con nadie, y se acordó de cómo la noche anterior había estado sentado allí hablando con su padre.

—Esto..., ¿tú crees que la gente vuelve?

—¿De dónde?

—Ya sabes, fantasmas, espíritus, toda esa bazofia del Más Allá y demás.

—Yo no creo en todo eso —dijo después de una breve pausa—. Después de morir mi madre hubo un tiempo en que me parecía oler su perfume. Sentía en el aire, en el ambiente, aquel aroma tan... propio de mi madre. Quizás era real, quizás era mi imaginación, pero en cualquier caso me ayudó. Supongo que eso es lo que importa.

—Sí, pero...

—¡Ay! —exclamó, mientras casi se le caía la caña al sentir el tirón—. ¡Ahí, ahí! Cógelo.

—¡Bueno, lo has conseguido! —respondió pensando que aquella distracción era estupenda. Un minuto más y en un ataque de locura le hubiera confesado todo. Se inclinó para agarrar la caña y mantenerla firme—. Recoge el carrete, y luego suelta un poco. Así. No des tirones. Despacio y con firmeza.

—Parece que es grande —dijo Anna, a quien le retumbaba el corazón en los oídos—, muy grande.

—Siempre lo parecen. Ya lo tienes. Recógelo ahora. —Se levantó para coger la red que siempre colgaba del borde del muelle—. Levántalo y sácalo fuera.

Anna se echó para atrás con los ojos medio cerrados,

que se abrieron de golpe cuando vio el pez fuera del agua centelleando al sol, retorciéndose.

—¡Dios mío!

—¡Que no se te caiga, por el amor de Dios! —Muerto de risa, Cam la agarró por el hombro antes de que se cayera al agua, e inclinándose, atrapó al escurridizo pez con la red—. ¡Qué buen ejemplar!

—¿Y yo qué hago, qué hago ahora?

Cam liberó al pez del anzuelo y después, para espanto de Anna, le tendió la red.

—Sujétala.

—No me dejes con esto —dijo la joven mirando la red de soslayo, y al encontrarse con las barbas y los ojos del pez, cerró los suyos—. Cam, ven aquí y hazte cargo de esta cosa espantosa.

El hombre dejó el cubo de boca ancha que acababa de llenar con agua en el muelle, tomó la red y echó dentro la captura.

—¡Una chica de ciudad!

Anna dejó escapar un suspiro de alivio.

—Quizás lo sea —comentó y después echó una ojeada al cubo—. Uf, qué feo es. Suéltalo.

—Ni lo sueñes. Pesará unos cuatro kilos.

Cuando Anna se negó a tomar la caña de nuevo, Cam sacrificó el resto del queso Brie de su hermano y se dispuso a ocuparse de pescar él mismo lo que faltaba para la cena.

Anna cambió de actitud cuando vio la reacción de Seth sobre lo que había hecho aquella mañana. Para ella fue un triunfo inesperado impresionar a un chico pescando aquello tan feo, especialmente viniendo de alguien a quien le gustaba el pescado. Cuando se dirigía con Cam al astillero, decidió que uno de sus próximos proyectos sería leer algo sobre la pesca.

—Creo que con el cebo apropiado, puedo pescar algo más atractivo que un pez gato.

—¿Te apetece que la próxima semana vayamos a desenterrar orugas de noche?

Anna se bajó un poco las gafas de sol.

—¿Así, como suena?

—En efecto.

La joven volvió a colocarse las gafas.

—Pues no creo que me apetezca. Prefiero seguir utilizando el colchón de plumas y esa preciosa estantería —declaró y volvió a mirarle—. ¿Entonces, tú conoces la famosa receta secreta de tu padre de los gofres?

—No. Nunca me la contó. Creo que se dio cuenta muy pronto de que yo era un desastre en la cocina.

—¿Cómo puedo sobornar mejor a Phillip?

—No le sacarías una palabra ni en el potro de tortura. La

receta sólo se transmite entre los Quinn —dijo Cam.

Ya veremos, pensó Anna, mientras se daba golpecitos en la rodilla, lo que continuó haciendo cuando entraron en el solar junto al viejo edificio de ladrillo. No estaba segura de qué reacción esperaba Cam de ella. Por lo que pudo ver, había pocos cambios. Habían retirado la basura y reparado las ventanas rotas, pero el edificio seguía teniendo un aspecto viejo y abandonado.

—Habéis limpiado —declaró, ya que le parecía un comentario poco arriesgado, que pareció gustar a Cam, mientras salían del coche.

—El muelle necesita una reparación —comentó él—. Phillip se ocupará de todo. —Sacó unas llaves tan relucientes como el candado nuevo de la puerta de entrada—. Creo que deberíamos poner un cartel o algo así —dijo casi para sí, mientras abría la cerradura.

Cuando abrió la puerta, Anna captó el olor a serrín, a humedad y a café pasado. Pero cuando entró, la sonrisa educada que mantenía en el rostro se transformó en asombro.

Cam encendió unas luces que la cegaron. La iluminación era muy clara porque sólo había bombillas sin lámparas colgando del techo. El suelo, que había sido reparado, estaba barrido y casi limpio. En el ángulo más cercano habían colocado un muro ciego para crear una división del espacio. Las escaleras eran nuevas y el pasamanos de madera clara estaba barnizado. El piso superior seguía pareciendo peligroso, pero se dio cuenta del potencial de todo aquello.

Vio poleas y drizas, enormes herramientas eléctricas con dientes terribles y un armario metálico con cajones donde supuso que se guardaban misteriosas herramientas. En las puertas que comunicaban con el muelle, vio unas cerraduras de acero nuevas que relucían.

—Cam, es maravilloso. ¡Qué rápido habéis trabajado!

—La velocidad es mi especialidad —dijo con despreocupación, pero encantado al ver que estaba impresionada de verdad.

—Habéis tenido que trabajar como esclavos para conseguir todo esto —comentó. Aunque quería verlo todo, fue la enorme plataforma central la que atrajo su atención. Sobre ella había un dibujo con tiza y lápiz lleno de curvas, líneas y ángulos.

—No lo entiendo —comentó fascinada y dando una vuelta alrededor—. ¿Se supone que esto es un barco?

—Es un barco, el barco. Es el cascarón. Se dibuja el casco a tamaño real, las secciones del vaciado, las formas transversales y después se comprueban dibujando algunas curvas longitudinales, como la deriva, que son las líneas de flotación.

Cam estaba de rodillas en la plataforma mientras hablaba, y utilizaba las manos para expresarse, aunque ella no entendiera nada aún. No importaba si ella comprendía la explicación técnica o no. Le entendía a él.

Quizás Cam aún no era consciente, pero se había enamorado de aquel lugar y del trabajo que iba a desarrollar allí.

—Hay que añadir las líneas de proa y las diagonales. Podríamos utilizar el dibujo de nuevo, y es la única forma de reproducirlo exactamente igual. Es un diseño cojonudo. Me gustaría añadirle los detalles estructurales en tamaño real. Cuanto más preciso sea, mejor.

Cam levantó la vista y encontró a Anna sonriendo mientras jugaba con las patillas de las gafas.

—Perdona, no tienes ni idea de qué te estoy hablando —dijo.

—Me parece maravilloso, y de verdad lo pienso. Aquí estáis construyendo algo más que barcos —declaró la joven.

Ligeramente avergonzado, Cam se puso de pie.

—La idea es construir barcos —respondió, saltando ágilmente fuera de la plataforma—. Vamos a ver aquello.

Tomándola de la mano, la llevó hasta el muro opuesto donde estaban colgados dos cuadros. Uno, del barco favorito de Ethan, el skipjack, y otro del barco en construcción.

—Los ha hecho Seth —dijo con un deje de orgullo en la voz que él no notó—. Es el único de nosotros que puede hacer un dibujo como Dios manda. Phil lo hace bien, pero el chico es muy bueno. El siguiente será el barco de pesca de Ethan, y después el balandro. Tengo que hacer

un par de fotos de unos barcos en los que trabajé para que los pueda dibujar. Los vamos a colgar todos aquí y añadiremos los que vayamos construyendo. Como si fuera una especie de exposición de la marca comercial.

Anna tenía los ojos llenos de lágrimas cuando se volvió y le abrazó. Le sorprendió la fuerza del abrazo, pero la correspondió.

—Es algo más que barcos —murmuró la joven, y se enderezó para poner las manos a los lados de la cara de Cam—. Es maravilloso —repitió y puso sus labios sobre los de él.

El beso le inundó, le abrumó, le dejó anonadado. Todo lo que tenía relación con ella, con ellos dos, comenzó a dar vueltas por su corazón. Y las preguntas, millones de preguntas, zumbaron dentro de su cabeza. La respuesta, la sencilla respuesta a todas las preguntas la tuvo muy cerca de sí mismo.

Dijo su nombre sólo una vez y después la apartó con cierta inseguridad. Necesitaba verla, mirarla de verdad, ya que él no se encontraba realmente muy seguro de nada.

—Anna —repitió de nuevo—. Espera un momento.

Antes de que la respuesta pudiera proporcionarle una cierta firmeza, antes de que pudiera sentirse seguro de nuevo, la puerta se abrió con un crujido y entró la luz del sol.

—Perdonadme chicos —dijo Mackensie amablemente—. He visto el coche ahí fuera.

DIECINUEVE

La primera reacción de Cam fue de enorme fastidio. Estaba ocurriendo algo, algo importante no quería interrupciones.

—El negocio está cerrado, Mackensie —declaró mientras mantenía sujeto con fuerza el brazo de Anna y le daba la espalda a quien no consideraba más que un pelmazo chupatintas.

—No pensé que lo estuviera —respondió Mackensie con voz todavía amistosa y suave. En su campo de trabajo no era bienvenido normalmente—. La puerta estaba abierta. Bueno, esto va a ser algo grande.

Mackensie era en su interior un enamorado del bricolaje, y al contemplar todas aquellas flamantes herramientas eléctricas se le hacía la boca agua.

—Aquí han reunido un equipo de primera —declaró.

—Si quiere un barco, vuelva mañana y hablamos —contestó Cam.

—Yo me mareo —confesó Mackensie con una mueca rápida—. No puedo ni estar sobre un muelle sin sentir náuseas.

—Jódase. Márchese.

—Sin embargo, desde luego me gustan los barcos, aunque debo confesar que nunca me he planteado cómo se construyen. Se ve un buen montaje por aquí. Les ha debido de costar un buen fajo de billetes.

Esta vez, Cam se volvió con rabia en los ojos mostrando un peligro mayor que el de una pistola.

—Es mi problema cómo gasto el dinero —declaró.

Anna, desconcertada, puso la mano sobre el brazo de Cam. No le chocaba que fuera grosero, ya que le había visto serlo otras veces, pero sí le sorprendía el súbito tono de ira ante lo que ella no consideraba más que algo molesto.

Pensó que si aquélla era la forma en que pensaba tratar a los clientes potenciales, era mejor que cerrara el negocio.

Antes de que se le pudieran ocurrir palabras para calmarle, Cam se deshizo de su mano.

—¿Qué coño quiere ahora? —preguntó.

—Sólo un par de preguntas —respondió saludando con la cabeza a Anna educadamente—. Señora, soy Larry Mackensie, inspector de reclamaciones de la Compañía

True Life.

Anna, que estaba en blanco sobre el asunto, aceptó automáticamente la mano que le tendía.

—Señor Mackensie, soy Anna Spinelli.

Mackensie hizo un rápido repaso mental a sus archivos. En un momento cayó en la cuenta de que ella era la asistente social de Seth DeLauter. Como había aparecido en escena después del fallecimiento del asegurado, no había necesitado contactar con ella, pero aparecía en la documentación. Y la escena íntima que había contemplado le decía que se encontraba muy unida a uno de los Quinn, por lo menos. No estaba seguro de cómo o cuándo le sería útil aquella información, pero en cualquier caso tomaba nota.

—Encantado.

—Si tenéis cosas que tratar —comenzó a decir Anna— esperaré fuera.

—Yo no tengo nada que discutir con él, ni ahora ni nunca. Márchese a rellenar su informe, Mackensie. Hemos terminado —dijo Cam.

—No del todo. Pensé que le gustaría saber que regreso a las oficinas centrales. En mis entrevistas he conseguido gran cantidad de información diversa, señor Quinn. Aunque no mucho de lo que usted calificaría como «hechos innegables». —Miró de nuevo hacia la sierra de cinta, deseando fugazmente poder comprar una igual—. Tenemos la carta que se encontró en el coche de su padre, que se puede relacionar con su estado mental. Un accidente de un solo coche, en el que el conductor era una persona en forma, sin restos de alcohol ni drogas —dijo encogiéndose de hombros—. Además tenemos el hecho de que pocos días antes del accidente, el asegurado aumentó la póliza y añadió un beneficiario. Ese tipo de cosas la compañía las mira con recelo.

—Márchese y averigüe —respondió Cam bajando la voz, cual gruñido amenazador de perro—. Pero no aquí, no en mi casa.

—Sólo quería que supiera cómo está el asunto. Empezar un negocio nuevo —comentó Mackensie en tono casual— supone un buen fajo de billetes. ¿Lo tienen pensado hace mucho tiempo?

Cam saltó como un resorte y cogiendo a Mackensie por las solapas le puso de puntillas sobre sus brillantes zapatos de cordones.

—Eres un hijo de puta.

—Cam, ¡estate quieto! —La orden llegó rápida y cortante de Anna, que subrayó avanzando hacia ellos y poniendo una mano en la espalda de cada uno de los hombres. Pensó que era como mediar entre un lobo y un toro, pero conocía el terreno que pisaba—. Señor Mackensie, creo que será mejor que se vaya.

—Seguiré mi camino —declaró con voz bastante firme, a pesar del sudor frío que le mojaba la base del cuello y goteaba a lo largo de su columna—. Son sólo detalles, señor Quinn. La compañía me paga para que reúna

detalles.

Pero no le pagaban para que un beneficiario furioso le sacudiera como a un pulpo, se recordó a sí mismo cuando salió y pudo tragar aire de nuevo.

—Cabrón, maldito cabrón —espetó Cam con ganas de golpear algo, lo que fuera, pero había demasiado espacio vacío—. ¿De verdad piensa que mi padre se empotró contra un poste telefónico sólo para que yo pudiera construir barcos? Tendría que haberle dado un buen golpe. ¡Maldita sea! Primero dijeron que había sido porque no podía soportar el escándalo, y ahora porque quería que tuviéramos un montón de dinero. A la mierda con su maldito dinero. No le conocían. No nos conocen a ninguno de nosotros.

Anna dejó que echara pestes, que rondara por el edificio buscando algo que golpear. Tenía el corazón helado, paralizado contra la espalda. Había sospechas de suicidio, pensó aturdida. Había una investigación en marcha.

Y Cam lo sabía, lo había sabido todo el tiempo.

—¿Es un inspector de reclamaciones de la compañía donde tu padre contrató la póliza del seguro de vida, no?

—Es un jodido imbécil —contestó Cam girándose, con más palabrotas que le mordían la lengua. Entonces vio el rostro de Anna rígido y completamente frío—. No significa nada. No vale la pena. Salgamos de aquí.

—Hay sospechas de que tu padre se suicidó.

—Mi padre no se mató.

Anna levantó una mano. Tenía que dejar el dolor de lado y concentrarse en lo concreto.

—Tú habías hablado con Mackensie antes. Y supongo que tú, o por lo menos tu abogado, has estado en contacto con la compañía de seguros acerca de este asunto durante algún tiempo.

—De eso se ocupa Phillip.

—Tú estabas al tanto, pero no me comentaste nada.

—No es asunto tuyo.

No, pensó, no soy capaz de mantener enterrado tanto dolor.

—Ya veo. —Se recordó que aquello era personal. Se ocuparía de ello más tarde—. ¿Y cómo afecta todo esto a Seth?

La rabia le invadió de nuevo, abriéndose paso hacia la garganta.

—Seth no sabe nada de nada.

—Si crees eso, te estás engañando. Las habladorías corren rápido en los lugares pequeños, en las comunidades cerradas. Y los chicos escuchan muchas cosas.

Cam pensó con cierto resentimiento que quien hablaba ahora era la asistente social. Se la imaginó vestida con uno de aquellos malditos trajes y además llevando el

maletín.

—De eso se trata, de habladurías. No tiene mayor importancia —respondió.

—Al contrario, las murmuraciones pueden resultar muy dañinas. Lo mejor sería que hablaras claro con él, que se lo contaras, aunque parece que te resulta difícil hacerlo.

—No tergiverses las cosas, Anna. Se trata del jodido seguro. Nada más.

—Se trata de tu padre —corrigió ella—, de su reputación. Creo que no hay nada que signifique más para ti. —Suspiró profundamente—. Sin embargo, tal y como has dicho, no tiene nada que ver conmigo en el plano personal. Creo que hemos terminado.

—Espera un momento —exclamó Cam. Avanzó hasta ponerse frente a ella, bloqueándole el paso. Sintió con ansiedad que si ella se iba, llegaría algo más lejos que hasta el coche.

—¿Para qué? ¿Puedes explicarte? ¿Es sólo un asunto de familia, no? Yo no soy parte de la familia. Tienes toda la razón —concluyó. Le asombró escuchar su voz sonar tan calmada, tan despegada, tan absolutamente razonable cuando estaba a punto de estallar—. Y me imagino que piensas que lo mejor es mantener el asunto a espaldas de la asistente social, que es más inteligente presentarle sólo los aspectos positivos y esconder los negativos.

—Mi padre no se mató. No tengo por qué defenderle ni ante ti, ni ante nadie.

—No, no tienes por qué, ni tampoco te he pedido nunca que lo hicieras —contestó ella rodeándole y dirigiéndose hacia la puerta.

El la agarró antes de que llegara, pero ella lo esperaba y se giró con toda calma.

—No hay por qué discutir, Cam, cuando estamos de acuerdo en lo principal.

—Y tú no tienes por qué enfadarte —contestó a su vez Cam—. Nos estamos ocupando de la compañía de seguros, y también de las habladurías acerca de que Seth era su hijo más querido, ¡por el amor de Dios!

—¿Cómo? —dijo asombrada apretándose la cabeza con la mano—. ¿Se comenta que Seth es hijo ilegítimo de tu padre?

—No son más que chorradas de mentes estrechas —replicó Cam.

—¡Madre mía! ¿Te has parado a pensar lo que puede suponer que Seth escuche semejantes comentarios? ¿Te has parado a pensar siquiera un momento que es algo que yo debía saber para poder evaluar y ayudar a Seth de la mejor manera posible?

Cam metió los pulgares en los bolsillos.

—Sí, lo he pensado, y no te lo conté porque estamos en ello. Se trata de mi padre.

—También de un menor de edad que está a vuestro

cargo.

—Está a mi cargo —contestó Cam sin alterarse—, y ésta es la cuestión. Hago lo que considero mejor. Si no te he contado nada acerca del asunto del seguro ni de las murmuraciones es porque nada es verdad.

—Quizás no lo sean, pero al no habérmelo contado, el que has mentado eres tú.

—No quería ir alimentando por ahí esa gilipollez de que Seth es el bastardo de mi padre.

Anna asintió lentamente con la cabeza.

—Está bien. Aunque pienses que Seth es el hijo bastardo de algún otro hombre, eso no minimiza su valor como persona.

—No he querido decir eso —comenzó a decir mientras se acercaba a ella. Pero la joven se apartó—. No hagas eso —explotó Cam y la abrazó—. No te apartes de mí. Por el amor de Dios, Anna. Mi vida se ha transformado totalmente en los dos últimos meses, y no sé cuánto tiempo pasará hasta que se establezca de nuevo. Me preocupa el chico, el trabajo, tú. Mackensie rondando, la gente especulando sobre la moralidad de mi padre en la sección de fruta del supermercado, la puta de la madre de Seth en Norfolk...

—Espera. —Esta vez Anna no se limitó a apartarse, sino que dio un tirón—. ¿La madre de Seth se ha puesto en contacto contigo?

—No, no —contestó Cam, al que le ardía la cabeza—. Contratamos un detective para que averiguara su paradero. Phillip pensó que era mejor saber dónde se encontraba, qué intenciones tenía.

—Ya. —Su corazón se partió en dos mitades: una de mujer, y otra profesional, y ambas sangraban—. O sea que está en Norfolk, pero tampoco te molestaste en contármelo.

—No, no te lo dije. —Cam se dio cuenta de que había reculado en sus posiciones, y que no tenía escapatoria—. Nos hemos enterado de que estaba allí sólo hace dos días.

—Los Servicios Sociales cuentan con que se les proporcione ese tipo de información.

El hizo que sus ojos se encontraran y asintió lentamente.

—Supongo que sí. Ha sido culpa mía.

Anna se dio cuenta de que entre ambos se había dibujado una línea espesa y amenazadora.

—Evidentemente, en todo esto no has pensado para nada en mí, ni tampoco en ti. Voy a explicarte algo. Al margen de lo que personalmente pueda sentir por ti ahora, mi opinión profesional es que tú y tus hermanos sois las personas más adecuadas para haceros cargo de Seth en este momento.

—De acuerdo, entonces...

—Tengo que evaluar la información que acabo de obtener —continuó Anna—, y tiene que quedar reflejada

en la documentación.

—Así lo único que conseguiremos es poner difíciles las cosas al chico. —Le molestó sentir que se le encogía el estómago con sólo pensarlo. Le horrorizó pensar que vería de nuevo aquella mirada de miedo en el pálido rostro de Seth—. No permitiré que ningún cotilleo malintencionado le complique la vida.

—Está bien. En eso estamos de acuerdo —contestó Anna, quien se dio cuenta de que sus deseos se habían cumplido, al menos en parte.

Había estado por ahí el suficiente tiempo como para darse cuenta de cuánto llegaba a importarle a Cam el chico.

—Mi opinión profesional es que Seth está bien cuidado, tanto desde un punto de vista físico como emocional —declaró con voz cortante, muy en su papel—. Es feliz y está empezando a sentirse seguro. A lo que hay que añadir que él te quiere y que tú le quieres a él, aunque ninguno de los dos sois totalmente conscientes de ello. Sigo creyendo que es necesaria la asistencia psicológica, y eso también lo incluiré en mi informe cuando el juzgado falle sobre la custodia permanente. Como te dije desde un principio, mi prioridad, mi absoluta prioridad, es el bienestar del chico.

Cam cayó en la cuenta de que Anna les apoyaba firmemente, y que no le habría influido nada de lo que él pudiera haberle contado, o no haberle contado. Sintió una oleada de culpabilidad punzante.

—Siempre he sido absolutamente clara contigo —dijo Anna antes de que pudiera articular palabra.

—¡Maldita sea, Anna!

—No he acabado —contestó con frialdad—. No me cabe duda de que esperarás a que Seth se haya asentado y a que el nuevo negocio funcione antes de estabilizar de nuevo tu vida, por utilizar tus mismas palabras. Lo que creo que significa reanudar tu carrera como piloto en Europa. Debes encontrar la fórmula para compaginar tus necesidades, pero eso no es asunto mío. Sin embargo, puede ocurrir que se discuta la custodia, sobre todo si la madre de Seth aparece por aquí. Si es así, todo el informe del caso debería ser evaluado de nuevo. Si él se encontrara feliz y bien cuidado a vuestro cargo, yo haría cuanto estuviera en mi mano para que permaneciera con vosotros. Yo estoy de su parte, lo que me coloca en vuestro lado. Eso es todo.

Cam sintió una mezcla de culpabilidad y vergüenza aderezadas con unas gotas de alivio.

—Anna, soy consciente de cuánto has hecho. Te estoy muy agradecido.

Ella asintió cuando Cam levantó una mano.

—En este momento no me apetece ser muy cordial contigo. No quiero que me toques —respondió.

—De acuerdo. No te tocaré. Sentémonos en algún sitio y hablemos de todo esto.

—Creo que ya hemos hablado.

—Ahora te estás poniendo cabezota.

—No, soy realista. Has dormido conmigo, pero no te fías de mí. El hecho de que yo haya sido clara contigo pero tú conmigo no, es problema mío. El hecho de que haya estado en la cama con un hombre que me considera por una parte un entretenimiento y por otra un obstáculo es un error mío.

—No ha sido así —rebatía Cam, al tiempo que sentía que perdía la calma acuciado por un ataque de pánico—. Y no es así ahora tampoco.

—Yo lo veo de esa manera. Ahora necesito tiempo para averiguar lo que siento. Te agradecería que me acercaras a mi coche —finalizó Anna, quien, dándose la vuelta, salió.

Cam prefería que se enfadase a aquella frialdad, aquella coraza helada tras la que la joven había escondido su estado de ánimo, y que él no conseguía romper. Y además sentía miedo, un sentimiento que no le gustaba. Anna estuvo muy educada, incluso amigable con Seth y Phillip cuando volvieron a la casa para que recogiese sus cosas.

También estuvo educada con Cam, tanto que pensó que a lo largo de los días recordaría la frialdad de su trato.

Se dijo que no importaba, que Anna lo superaría, que sencillamente estaba enfadada porque Cam no había desnudado su alma ante ella, y porque no había compartido los detalles íntimos de su vida con ella. Cosas de mujeres.

A1 fin y al cabo las mujeres eran las que habían inventado el desdén para que los hombres se sintieran como unos gusanos.

Decidió que le daría dos días para que se recociera en su propia salsa. Dejaría que entrara en razón. Después le regalaría unas flores.

—Te ha echado una bronca —comentó Seth, mientras Cam permanecía de pie ante la puerta de entrada contemplando el exterior.

—¡Qué sabrás tú! —exclamó Cam.

—Te ha echado la bronca —repitió Seth, mientras se entretenía con el cuaderno de dibujo sentado con las piernas cruzadas en el porche delantero. No te ha dejado darle un beso de despedida y tú estás ahí apretando los dientes.

—Cállate.

—¿Qué hiciste?

—Yo no he hecho nada —dijo Cam al tiempo que cerraba la puerta y salía dando fuertes pisadas—. Simplemente se está comportando como una mujer.

—Algo has hecho —insistió Seth mirándole con ojos de búho—. Anna no es una gilipollas.

—Se le pasará —arguyó Cam sentándose en la mecedora. No se iba a preocupar. Nunca se preocupaba

por las mujeres.

No tenía hambre. ¿Cómo iba a comer pescado frito sin recordar cómo habían estado por la mañana Anna y él sentados en el muelle?

No podía dormir. ¿Cómo podía dormir en su cama sin recordar cómo habían hecho el amor entre aquellas mismas sábanas?

No se concentraba en el trabajo. ¿Cómo podía dibujar diagonales sin recordar cómo había sonreído Anna cuando le había enseñado la plataforma de montaje?

A media mañana salió y se dirigió al Princess Anne. Pero no le compró flores. Ahora era él quien iba a montar la bronca.

Pasó de largo ante la recepción y entró directamente en la oficina de Anna. Y entonces se puso furioso al encontrarlo vacío. Típico, fue todo lo que pudo pensar. Todo estaba en contra suya.

—Señor Quinn —dijo Marilou desde la puerta con los brazos cruzados—. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Estoy buscando a Anna, a la señorita Spinelli.

—Lo siento, pero no está disponible.

—Esperaré.

—Pues va para largo. No estará disponible hasta la próxima semana.

—¿La próxima semana? —repitió Cam con los ojos entrecerrados, que le recordaron a Marilou a un acero afilado para matar—. ¿Qué significa que no estará disponible?

—La señorita Spinelli se ha tomado la semana libre —contestó Marilou, que se imaginaba perfectamente cuál era la razón, puesto que la tenía delante y la estaba taladrando con unos acerados ojos grises. Ya lo había pensado por la mañana cuando Anna le presentó el informe y pidió el tiempo libre—. Estoy familiarizada con el caso, por si hay algo que yo pueda hacer.

—No, es algo de tipo personal. ¿Dónde se ha marchado?

—No puedo darle esa información, señor Quinn, pero sí puede dejarle un mensaje escrito, o bien uno en el contestador. Por supuesto, si se pone en contacto con nosotros estaré encantada de decirle que usted quiere hablar con ella.

—Está bien. Gracias.

Cam salió lo más rápido que pudo. Mientras llegaba al coche enfurruñado, pensó que probablemente estaría en su apartamento. Pues bien, dejaría que le gritara, que vomitara todo aquello. Después la llevaría a la cama para poder dejar atrás todo aquel ridículo episodio.

No hizo caso de los nervios que le atenazaban el estómago cuando cruzó el vestíbulo del apartamento. Llamó con brusquedad y después se metió las manos en los bolsillos. Llamó más despacio y dio un puñetazo en la puerta.

—¡Maldita sea, Anna! Abre la puerta. Esto es una estupidez. He visto tu coche aparcado fuera.

La puerta que tenía detrás crujió al abrirse. Se asomó una enfermera. El sonido de un programa matinal de juegos llenó el vestíbulo.

—No está, joven amigo de Anna.

—Su coche está fuera —insistió Cam.

—Se fue en un taxi.

Cam ahogó un taco, compuso la más encantadora de sus sonrisas y cruzó el vestíbulo.

—¿Dónde ha ido?

—A la estación de tren, o quizás al aeropuerto —contestó sonriendo. Pensó que realmente era un hombre guapo—. Dijo que se marchaba unos días. Quedó en llamar para asegurarse de que la hermana y yo nos encontrábamos bien. ¡Qué encanto, preocuparse por nosotras durante sus vacaciones!

—Unas vacaciones en...

—¿Lo dijo? —se preguntó la joven, mordiéndose los labios y pensando durante unos instantes—. Creo que no. Tenía una prisa tremenda, pero se detuvo para que no nos preocupáramos. Es una chica muy considerada.

—Sí. —La chica encantadora y considerada le había dejado a él en la estacada.

No tenía ninguna necesidad de volar a Pittsburgh; el billete de avión había hecho un buen agujero en su presupuesto. Pero necesitaba ir. Quería ir. En el mismo instante en que llegó a la estrecha casa adosada de sus abuelos, la mitad de sus preocupaciones desaparecieron.

—¡Anna Louisa! —exclamó Theresa Spinelli, una menuda y delgada mujer con el pelo gris acero impecablemente ondulado, un rostro surcado por mil arrugas amables y una sonrisa más ancha que el mar Mediterráneo. Anna tuvo que inclinarse bastante para besarla y abrazarla—. Al, Al, nuestra niñita está aquí.

—¡Qué gusto estar en casa, Nana!

Alberto Spinelli se apresuró a salir a la puerta. Era un hombre un palmo mayor que su menuda esposa, que sólo medía un metro y medio, con anchas espaldas, y que llevaba un neumático de recambio que presionó de forma acogedora contra Anna cuando ambos se abrazaron. Tenía el pelo fino y gris, los ojos oscuros y alegres tras las gruesas gafas.

Alberto llevó a Anna corriendo hasta el salón para poder comenzar a alborotar en la intimidad.

Hablaban rápido en una mezcla de italiano e inglés. La comida era lo primero en la lista. Theresa siempre pensaba que su niña estaba muerta de hambre. Después de llenarla con sopa minestrone, pan fresco y una enorme ración de tiramisú, Theresa casi dio por sentado que su pequeña no moriría de desnutrición.

—Bien —dijo Al sentándose y encendiendo uno de sus gordos puros—. ¿Nos vas a contar por qué has venido?

—¿Necesito razones para venir a casa? —respondió Anna luchando por no relajarse del todo, mientras se estiraba en uno de los dos sillones orejeros, que le recordaba las numerosas ocasiones en que le habían resultado tan reconfortantes. Ahora estaban tapizados con una alegre tela de rayas, pero el almohadón que tenía debajo del culo seguía siendo tan blando como la mantaquilla.

—Nos llamaste hace tres días y no mencionaste el venir a casa.

—Ha sido un impulso. He tenido tanto trabajo que me salía por la oreja. Estoy cansada y necesitaba hacer una pausa. Quería venir a casa y comer los platos de Nana durante un tiempo.

Se acercaba lo suficiente a la verdad, aunque no fuera la verdad completa. Creía que no era muy inteligente por su parte contarles a aquellos abuelos que la adoraban que se había embarcado en una aventura con los ojos cerrados, y la había finalizado con el corazón roto.

—Trabajas demasiado —dijo Theresa—. Al, ¿no te digo siempre que la niña trabaja muy duro?

—A Anna le gusta trabajar duro. Le gusta utilizar la cabeza, que tiene muy bien amueblada. Pero, yo, que también utilizo la cabeza, te digo que no ha venido sólo para comer tus manicotti.

—¿Hay manicotti para cenar? —preguntó Anna con una gran sonrisa y sabiendo que no conseguiría engañarles durante mucho tiempo. Habían conocido sus peores momentos. La habían soportado cuando ella hizo todo lo posible por herirles y herirse a sí misma. Y la conocían bien.

—Empecé a preparar la salsa en cuanto llamaste para decir que venías. Al, no le des la lata.

—No le estoy dando la lata. Estoy preguntando.

Theresa puso los ojos en blanco.

—Si tienes una mente tan brillante dentro de esa enorme cabezota sabrías que es por algún chico por lo que ha venido corriendo a casa. ¿Es italiano? —preguntó Theresa mirando a Anna con unos brillantes ojos parecidos a los de un pájaro.

Anna soltó la carcajada. ¡Qué suerte, Dios mío, estar en casa!

—No lo sé, pero le encanta la salsa roja que preparo.

—Entonces tiene buen gusto. ¿Por qué no le traes para que podamos echarle un vistazo?

—Porque tenemos algún problema que yo debo resolver.

—¿Resolver? —preguntó Theresa haciendo un gesto con la mano—. ¿Cómo vas a solucionarlo si tú estás aquí y él no? ¿Es guapo?

—Es guapísimo.

—¿Tiene trabajo? —quiso saber Al.

—Está iniciando un negocio propio con sus hermanos.

—¡Qué bien! Es un hombre familiar —dijo Theresa inclinando la cabeza contenta—. La próxima vez le traes, y juzgaremos nosotros mismos.

—De acuerdo —contestó ella, ya que era más fácil asentir que dar explicaciones—. Voy a deshacer el equipaje.

—Le ha roto el corazón —murmuró Theresa cuando Anna salió de la habitación.

Al se acercó y le dio golpecitos en la mano.

—Tiene un corazón fuerte.

Anna se tomó su tiempo mientras colgaba la ropa en el armario y la guardaba en los cajones de la vieja cómoda que utilizaba cuando era pequeña. La habitación estaba casi igual. El papel de las paredes estaba un poco más ajado. Recordó que lo había colocado su abuelo para alegrar la habitación cuando se trasladó a vivir con ellos.

Entonces ella odiaba las preciosas rosas de la pared porque parecían estar frescas y vivas, mientras que todo su interior estaba muerto.

Sin embargo, las rosas permanecían, un poco más viejas, pero allí estaban. Como sus abuelos. Se sentó en la cama para escuchar los familiares ruidos de la primavera.

Allí estaba lo familiar, lo reconfortante, lo seguro.

Tuvo que admitir que aquello era lo que quería. Una casa, hijos, la rutina, con todas las sorpresas que una familia proporciona a través del tiempo. Supuso que para algunos aquello podría sonar vulgar. Hubo un tiempo en que a ella se lo había parecido.

Pero ahora Anna había madurado. Una casa, el matrimonio, la familia. No había nada vulgar en todo ello. Esos tres elementos formaban una unidad única y muy valiosa.

Quería y necesitaba todo aquello.

Quizás había estado jugando. Quizás no había sido clara del todo. Ni con Cam, ni consigo misma. No había intentado atraparlo en sus sueños, pero ¿acaso en el fondo no había comenzado a desear que los compartiera? Había aparentado mantener una relación sexual sin ataduras y ocasional, pero su corazón había sido lo suficientemente imprudente como para anhelar mucho más.

Quizás merecía que se le rompiera.

¡Ni hablar! Pensó levantándose de un salto. Se había esforzado, había aceptado las limitaciones de su relación. Y a pesar de todo, él no había confiado en ella. Eso era intolerable.

Decidió que no asumiría aquella maldita culpa y se dirigió airadamente hacia el rayado espejo del tocador y comenzó a retocarse el maquillaje.

Algún día conseguiría lo que deseaba. Un hombre fuerte que la amara, la respetara y, sobre todo, que confiara en ella. Un hombre que la considerase una compañera y no una enemiga. Tendría una casa en el campo, cerca del

agua, hijos propios y un maldito y estúpido perro si quisiera. Tendría todo eso.

Sólo que no sería junto a Cameron Quinn.

Debía, al menos, agradecerle el haberle abierto los ojos no sólo ante los fallos de su supuesta relación, sino también respecto a sus necesidades y deseos personales.

Prefería atragantarse.

VEINTE

Cam había descubierto que una semana podía resultar eterna. Sobre todo cuando se tiene clavado en la garganta un gran dilema imposible de tragar.

Ayudaba el hecho de que había conseguido pelearse con Phillip y con Ethan. Pero no era exactamente lo mismo que un enfrentamiento con Anna.

También le ayudó empezar a trabajar en el casco del barco, que le supuso mucho tiempo de trabajo y de concentración. No podía permitirse pensar en ella cuando estaba entarimando.

Pero pensó en ella de todos modos.

Tuvo momentos malos cuando la imaginó en alguna playa del Caribe, con aquel minúsculo bikini, y con algún bronceado y musculoso tipo extendiéndole crema protectora por la espalda e invitándola a algún cóctel.

Entonces se dijo a sí mismo que se había marchado a algún lugar para lamerse unas heridas imaginarias y que probablemente se encontraría en alguna habitación de hotel tapada con las sábanas y mojando pañuelos.

Pero aquella imagen no le hizo sentir mejor.

Cuando regresó a casa después de pasar todo el sábado en el astillero, le apetecía tomar una cerveza. Quizás dos. Ethan y él se dirigieron directamente a la nevera y ya habían descorchado dos botellas cuando llegó Phillip.

—¿No está Seth con vosotros? —preguntó.

—Está en casa de Danny. —Cam bebió de la botella a borbotones para quitarse el sabor del serrín de la garganta—. Sandy le traerá más tarde.

—Está bien —dijo Phillip cogiendo una cerveza—. Sentaos.

—¿Cómo?

—He recibido una carta de la compañía de seguros. —Phillip retiró una silla—. Lo esencial es que están dando rodeos. Utilizan un montón de términos legales, citan cláusulas, pero, en resumen, aducen tener dudas sobre las causas de la muerte y van a seguir investigando.

—¡Hay que joderse! Los tacaños cabrones no quieren soltar la pasta —dijo Cam enfadado, y le dio una patada a una silla, aunque le hubiera gustado dársela a Mackensie.

—He hablado con nuestro abogado —continuó Phillip, haciendo una mueca—. Creo que a partir de ahora se va a replantear nuestra amistad si sigo llamándole en fin de semana. Dice que tenemos varias opciones. Podemos quedarnos quietos y dejar que la compañía continúe con

la investigación, o podemos llevarles a juicio por impago de la reclamación.

—Que se queden su jodido dinero, yo no lo quiero en ningún caso.

—No —arguyó Ethan con suavidad, como un eco del exabrupto de Cam. Siguió contemplando su cerveza mientras meneaba la cabeza—. Eso no es lo correcto. Papá pagó las cuotas año tras año. Hizo una ampliación por Seth. No está bien que no paguen. Y si no pagan seguirá corriendo el bulo de que papá se suicidó. Y eso tampoco está bien. Hasta el momento han sido ellos los que han presionado —añadió elevando los ojos sombríos—. Hagámoslo nosotros ahora.

—Si acabamos en los tribunales —advirtió Phillip—, puede resultar un buen lío.

—O sea, que no vamos a presentar pelea porque se puede montar un follón —rebatía Ethan con una chispa de diversión en el rostro por primera vez—. Está bien, que les jodan.

—¿Cam?

Cam dio un trago a la cerveza.

—Hace tiempo que me apetece una buena pelea. Creo que ésta es la ocasión.

—Entonces estamos de acuerdo. Tendremos listos los papeles la semana que viene y vamos a darles una patada en el culo —dijo Phillip girándose—. Brindemos por una buena bronca.

—Brindemos por la victoria —corrigió Cam.

—Brindo por eso. Nos va a costar mucho dinero —añadió Phillip—. Los honorarios de los abogados, los gastos de la documentación. La mayoría del capital que hemos reunido se ha empleado en el negocio —dijo con un suspiro—. Creo que necesitamos otro fondo común.

Cam pensó en su querido Porsche, que le aguardaba pacientemente en Niza, con menos pena de la que esperaba. Se dijo que no era más que un coche, sólo un maldito coche.

—Yo puedo obtener dinero en efectivo en un par de días —anunció Cam.

—Yo puedo vender mi casa —respondió Ethan encogiéndose de hombros—. Hay gente preguntando por ella, y la tengo ahí.

—No —le contradijo Cam, a quien el sólo pensamiento se le atravesó en la garganta—. No la vendas. Alquilala. Saldremos de ésta.

—Yo he ganado algún dinero en la Bolsa —intervino Phillip suspirando, y diciendo mentalmente adiós al fajo que estaba incrementando su cartera de inversiones—. Le diré a mi agente de Bolsa que venda para tener efectivo. Abriremos una cuenta conjunta la semana que viene: el Fondo para la Defensa Legal de los Quinn.

Los tres consiguieron sonreír un poco.

—El chico debe saberlo —anunció Ethan al cabo de un momento—. Si nos vamos a embarcar en esto, debe saber lo que sucede.

Cam levantó la mirada justo en el instante en que sus dos hermanos fijaban la vista en él.

—Venga ya. ¿Por qué tengo que hacerlo yo? —preguntó.

—Eres el mayor —le contestó Phillip con una mueca burlona—. Además, así apartarás la mente de Anna.

—No estoy dando vueltas al asunto de Anna, ni de ninguna otra mujer.

—Has estado toda la semana crispado y melancólico —masculló Ethan—. Me has vuelto loco.

—¿Y a ti qué? Hemos tenido unas pequeñas diferencias y nada más. Le estoy dando tiempo para que se cueza en su propio jugo.

—Yo creo que más que cocerse se estaba quedando congelada la última vez que la vi —rebatía Phillip contemplando su cerveza—. Y de eso hace una semana.

—Es mi problema cómo llevo mi relación con una mujer.

—Por supuesto. Pero avísame cuando termines con ella, ¿vale?, porque Anna es...

Phillip enmudeció cuando vio que Cam saltaba por encima de la mesa y le agarraba por el cuello. Las botellas de cerveza volaron y se estrellaron contra el suelo.

Con resignación, Ethan se pasó la mano por el pelo esparciendo gotas de la cerveza caída. Cam y Phillip estaban en el suelo aporreándose duramente uno al otro. Tomó otra cerveza fresca antes de llenar una jarra con agua fría.

Sus botas de trabajo crujieron al pisar los cristales rotos, que apartó para evitar llevar a nadie al hospital a darle puntos. Sin preferencias por ninguno de los dos, vació la jarra encima de ambos hermanos.

Consiguió que le prestaran atención.

Phillip tenía el labio partido y Cam punzadas en las costillas, y ambos sangraban al haber rodado sobre los cristales rotos. Empapados y sin resuello, se contemplaron uno al otro con cautela.

Phillip, con cierta precaución, se pasó los nudillos por el labio sangrante.

—Lo siento. La broma no tenía gracia. No pensé que entre vosotros hubiera nada serio.

—Yo nunca dije que lo fuera —replicó Cam. Phillip rió y después hizo una mueca de dolor, ya que el labio le supuraba.

—Hermano, no hace falta. Creo que nunca imaginé que serías el primero de nosotros en enamorarte.

El estómago dañado por los puños de Phillip se alteró.

—¿Quién dice que estoy enamorado de ella?

—No me has golpeado la cara sólo porque te gusta un poco —ironizó Phillip y echó un vistazo a sus pantalones de pinzas—. Mierda. ¿Sabes lo que cuesta quitar las manchas de sangre de una prenda de algodón? —Se levantó y tendió una mano a Cam—. Es una chica estupenda —dijo mientras le ayudada a ponerse en pie—. Espero que lo resuelvas.

—No hay nada que resolver —contestó Cam desesperado—. Estás muy equivocado.

—Si tú lo dices. Voy a cambiarme de ropa —finalizó Phillip.

Salió cojeando ligeramente.

—No he barrido el maldito suelo —comenzó a decir Ethan— para que vuestras hormonas montaran este follón.

—Ha empezado él —murmuró Cam, sin que le importase lo ridículo que sonaba.

—No, supongo que empezaste tú con lo que sea que hicieras para cabrear a Anna. —Ethan abrió un armario y sacó la fregona que tendió a Cam—. Creo que ahora deberías limpiarlo.

Se fue por la puerta trasera.

—Vosotros dos pensáis que lo sabéis todo, joder. —Furioso, dio una patada a una silla que se encontraba de camino al cubo—. Soy yo quien sabe cómo va mi vida. Tendría que estar en Australia preparando mi mejor carrera. Ahí es donde debería estar.

Pasó la fregona por encima del agua, la cerveza y los cristales sin dejar de murmurar.

—En Australia. Si aún me quedara algo de sentido. Cómo complican las cosas las malditas mujeres. Lo mejor es deshacerse de ellas.

Volvió a dar una patada a otra silla, porque le hacía sentir mejor, y después con ayuda de la fregona echó los trozos de cristal en el cubo.

—¿Quién se ha peleado? —preguntó Seth.

Cam se volvió y entrecerró los ojos al ver al chico en el marco de la puerta.

—Le he zurrado a Phillip.

—¿Y por qué?

—Porque tenía ganas.

Seth inclinó la cabeza, pasó a través del charco y sacó una Pepsi de la nevera.

—Si le has zurrado tú ¿cómo es que estás sangrando?

—A lo mejor es que me gusta sangrar. —Terminó de barrer mientras el chico seguía mirándole—. ¿Tienes algún problema? —preguntó Cam.

—Yo ninguno.

Cam empujó el cubo a un lado. Lo menos que podía hacer Phillip era vaciarlo. Se dirigió al fregadero y con malos modos se arrancó los cristales del brazo. Entonces sacó el whisky, enderezó una silla y se sentó con la botella y un vaso.

Vio cómo Seth miraba la botella y después apartaba la vista. Cam escanció despacio dos dedos de Johnny Walker en el vaso.

—No todo el que bebe se emborracha —dijo—. No todo el que se emborracha, como quizás decida hacer yo, pega a los chicos.

—En cualquier caso, no entiendo por qué la gente bebe esa mierda —arguyó Seth.

Cam bebió el whisky de un trago.

—Porque somos débiles y estúpidos, y además te hace sentir bien; todo al mismo tiempo.

—¿Te vas a marchar a Australia?

Cam se sirvió un poco más.

—No parece que me vaya a ir.

—No me importa si te vas. Me importa una mierda dónde vayas.

La soterrada ira en la voz del chico sorprendió a ambos. Rojo como un tomate, Seth se dio la vuelta y se dirigió corriendo a la puerta.

Bueno, mierda, pensó Cam y apartó a un lado el whisky. Se levantó de la mesa y golpeó la puerta mientras Seth corría por el patio en dirección al bosque.

—¡Ven aquí! —gritó. Cuando vio que aquello no disminuía la velocidad del chico, decidió poner más énfasis—. ¡Joder, he dicho que vengas!

Esta vez Seth dio un patinazo y se detuvo. Cuando se dio la vuelta, se miraron fijamente a través de la extensión de hierba con los nervios bastante alterados.

—Trae el culo de vuelta aquí. Ahora.

Seth se acercó con los puños apretados y el mentón hacia fuera. Ambos sabían que no tenía ningún otro lugar al que acudir.

—No te necesito —exclamó Seth.

—Ni hablar, por supuesto que no. Debería zurrarte por ser tan estúpido. Todo el mundo dice que tienes un cerebro privilegiado ahí dentro, pero para mí que eres tonto del culo. Ahora, siéntate. Aquí —añadió, señalando con el dedo los escalones—. Y si no haces lo que yo te diga cuando te lo ordene, entonces te calentaré ese culo.

—No me das miedo —dijo Seth, pero se sentó.

—Te asustaré hasta que te quedes blanco como una pared, y eso me hace tener la sartén por el mango. —Cam también se sentó y vio cómo el cachorro se dirigía hacia ellos arrastrándose sobre la tripa. También podía amedrentar a los perritos, pensó con indignación—. No me voy a ningún sitio —comenzó a decir.

—Te he dicho que no me importa.

—De acuerdo, pero yo te lo cuento igual. Suponía que me marcharía una vez que todo estuviera asentado. Me dije a mí mismo que lo haría. Supongo que lo necesitaba. Nunca imaginé que volvería aquí para establecerme.

—Entonces ¿por qué no te vas?

Cam le dio un tímido golpe en lo alto de la cabeza con el canto de la mano.

—¿Por qué no te callas hasta que yo termine lo que quiero decir?

Aquel golpe indoloro y aquella orden impaciente le resultaron a Seth más reconfortantes que un millón de promesas.

—Me he dado cuenta de que ya he rodado lo suficiente. Me gustaba lo que hacía mientras lo hacía, pero creo que aquello terminó. Parece que tengo un lugar aquí, y un negocio, e incluso quizás una mujer —murmuró pensando en Anna.

—O sea que vas a quedarte para trabajar y para ligar con una chica —rebatía Seth.

—Esas son dos poderosas razones para permanecer en un lugar. Y además estás tú —dijo Cam recostándose sobre los escalones superiores y cruzando los brazos por los codos—. No puedo decir que me importaras mucho cuando volví. Sobre todo teniendo en cuenta esa actitud tuya tan chungu y además el que seas tan feo... pero parece que has crecido y te has convertido en un chico.

Seth sonrió disimuladamente, muy contento.

—Tú eres más feo aún.

—Yo soy mayor, y tengo ciertos derechos. O sea que creo que me quedaré para ver si mejora tu aspecto con el paso del tiempo.

—En realidad no quiero que te vayas —dijo Seth después de un largo instante, casi sin aliento. Era lo más cercano a hablar con el corazón de lo que era capaz.

—Lo sé —suspiró Cam—. Ahora que ya hemos puesto todo esto en claro, hay otro asunto. Nada de lo que preocuparse, simplemente es una basura de esas de tipo legal. Phil y los abogados se hacen cargo de la mayor parte, pero habrá comentarios. No debes hacer ningún caso si los escuchas.

—¿Qué clase de comentarios? —inquirió Seth.

—Hay gente, algún imbécil, que piensa que papá se lanzó contra aquel poste. Que se suicidó.

—Sí, y ahora ese gilipollas de la compañía de seguros anda por ahí haciendo preguntas —concluyó Seth.

Cam dejó escapar un suspiro. Seguramente debería decirle al chico que no llamara gilipollas a las personas mayores, pero había cosas más importantes.

—¿Lo sabías?

—Claro, lo he oído por ahí. Ha hablado con la madre de Danny y de Will. Danny me dijo que ella le había echado la bronca. No le gustan las personas que merodean preguntando sobre Ray. El caraculo ese, Chuck, el del periódico Dairy Queen, le dijo al tipo del seguro que Ray andaba echando polvos a las estudiantes y que entonces tuvo remordimientos de conciencia y se suicidó.

—¿Remordimientos de conciencia? —repitió Cam. De dónde sacaba el chico toda aquella mierda—. ¿Chuck Kimball? Siempre ha sido un caraculo. La verdad es que le expulsaron de la escuela porque le pillaron copiando en un examen de literatura. Y creo que Phillip le zurró bien una vez. Aunque no recuerdo por qué fue.

—Tiene cara de carpa.

Cam soltó una carcajada.

—Sí, creo que sí. Papá... Ray nunca tocó a ningún alumno, Seth.

—Conmigo siempre fue justo —Y eso era lo que importaba—. Mi madre...

—Sigue —le animó Cam.

—Me dijo que él era mi padre. Pero en otra ocasión me dijo que era otro, y otra vez que estaba muy borracha me contó que mi padre era un tipo llamado Keith Richards.

Cam no pudo resistirlo y soltó la carcajada.

—¡Qué barbaridad! ¿Ahora resulta que liga con los Rolling Stones?

—¿Con quién?

—Ya me ocuparé de tu educación musical más adelante.

—Yo no sé si Ray era mi padre —continuó Seth levantando la vista—. Ella es una mentirosa, o sea que no me creo nada de lo que dice, pero él me acogió. Sé que Ray le dio dinero, mucho dinero a mi madre. No sé si él me hubiera confesado que era mi padre. Decía que había cosas de las que teníamos que hablar, pero que tenía que resolver algunos asuntos antes. Sé que tú no quieres que fuese mi padre.

Cam cayó en la cuenta de que eso no ya no importaba.

—¿Tú querías que lo fuera? —preguntó.

—Era un hombre bueno —El chico lo dijo de una manera tan sencilla que Cam le pasó un brazo por los hombros. Y Seth se recostó contra él.

—Sí, sí lo era.

Todo había cambiado. Todo era diferente. Y ansiaba desesperadamente contárselo a ella. Cam era consciente de que su vida había dado un giro de ciento ochenta grados otra vez. Y de alguna forma había alcanzado exactamente el punto al que necesitaba llegar.

Lo único que faltaba era Anna.

Decidió probar suerte y se acercó a su apartamento. Pensó que era sábado por la noche. Anna se incorporaba al trabajo el lunes por la mañana. Como era una mujer muy práctica, el domingo lo dedicaría a organizarse, a ordenar la colada y responder el correo. Ese tipo de cosas.

Si no la encontraba, por Dios que se quedaría sentado en el umbral de la puerta hasta que apareciera.

Pero cuando la joven respondió a su llamada con aquel aspecto tan fresco, tan alegre, le cogió desprevenido.

Anna, por su parte, había preparado el encuentro a lo largo de la semana. Sabía exactamente cómo manejarlo.

—Cam, qué sorpresa. Me encuentras de milagro.

—¿Cómo que de milagro? —repitió Cam tontamente.

—Sí, pero todavía tengo cinco minutos. ¿Quieres entrar?

—Bueno, yo..., ¿dónde demonios te has metido estos días?

Anna enarcó las cejas.

—¿Cómo dices?

—Te tomaste unas vacaciones inesperadamente.

—Yo no diría eso. Arreglé mis cosas en el trabajo, me puse en contacto con mis vecinos y me regaron las plantas mientras estuve fuera. No me raptaron los extraterrestres, sino que me tomé unos días libres para asuntos propios. ¿Quieres un café?

—No. —De acuerdo, pensó Cam. Pretende seguir actuando con frialdad. El también se sentía capaz de hacerlo—. Quiero hablar contigo.

—Qué bien, porque yo también quiero hablar contigo. ¿Qué tal está Seth?

—Está muy bien. En serio. Hemos allanado un poco el camino. Precisamente hoy...

—¿Qué te ha pasado en el brazo?

Con impaciencia, Cam miró los arañazos y raspaduras abiertos.

—Nada. No es nada. Escucha Anna...

—¿Por qué no te sientas? Me gustaría disculparme si estuve muy brusca contigo la semana pasada.

—¿Disculparte? —De acuerdo, pensó Cam, eso estaba mejor. Se sentó en el sofá deseando mostrarse compasivo—. ¿Por qué no lo olvidamos todo? Tengo mucho que contarte.

—Me gustaría dejar las cosas claras —dijo Anna y, sonriendo amablemente, se sentó enfrente—. Supongo que los dos teníamos situaciones complicadas y en gran medida ha sido culpa mía. Al establecer una relación contigo existía un cierto riesgo. Me sentí atraída por ti y no calculé con cuidado el alcance de los posibles problemas. Era de esperar que sucediera algo del tipo de las discusiones que tuvimos la semana pasada. Como

ambos nos tomamos muy a pecho el bien de Seth, y seguiremos haciéndolo, no me gustaría que actuáramos de forma rara.

—Está bien, entonces no lo haremos —contestó Cam. Intentó tomarla de la mano, pero ella hizo caso omiso del gesto y se limitó a darle unos golpecitos.

—Y ahora que ya hemos arreglado esto, me vas a perdonar. Lamento echarte pero tengo una cita.

—¿El qué?

—Una cita. —Anna miró el reloj de pulsera—. Dentro de poco, por cierto, y tengo que cambiarme.

Muy lentamente, Cam se puso de pie.

—¿Tienes una cita? ¿Esta noche? ¿Qué demonios se supone que significa eso?

—Lo que se supone generalmente —contestó pestañeando un par de veces como si estuviera confundida, y después su mirada se llenó de disculpas—. ¡Uy, lo siento! Creí que los dos teníamos claro que se había terminado el..., bueno, la parte personal de nuestra relación. Pensé que era evidente que no funcionaba para ninguno de los dos.

Cam sintió como si alguien le hubiera golpeado con un puño de acero en el pecho, destruyendo sus defensas.

—Mira, si todavía estás enfadada...

—¿Tú crees que parezco enfadada? —preguntó con frialdad.

—No —contestó mirándola fijamente y meneando la cabeza mientras sentía un rápido calambre y un vuelco en el estómago—. No, no lo pareces. Me estás rechazando.

—No te pongas tan teatral. Simplemente estamos finalizando una aventura que los dos emprendimos libremente sin promesas ni expectativas. Ha estado bien mientras duró, muy bien. No me gustaría que eso se estropease. Ahora en lo que concierne a nuestra relación profesional, ya te dije que haré cuanto esté en mi mano para defender la custodia permanente de Seth. Sin embargo, espero que de ahora en adelante seas más comunicativo en cuanto a la información. Me gustaría también consultar contigo o aconsejarte sobre cualquier aspecto de la custodia. Tú y tus hermanos estáis cumpliendo un maravilloso papel con respecto a Seth.

Cam esperó convencido de que faltaba algo más.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—No se me ocurre nada más, y voy mal de tiempo.

—Vas mal de tiempo. —Ella le había apuñalado en pleno corazón y no tenía tiempo—. Es una auténtica y maldita pena, porque yo no he terminado.

—Siento haber lastimado tu ego.

—En efecto, mi ego está herido. En este momento tengo otras muchas heridas. ¿Cómo coño puedes estar ahí de pie y no hacerme ni caso después de lo que hemos

compartido?

—Hemos tenido una magnífica relación sexual. No lo niego. El caso es que ya no la tendremos nunca más.

—¿Sexo? —La sujetó por el brazo, lo sacudió y tuvo la pequeña satisfacción de ver un destello de enfado en medio de la frialdad de sus ojos—. ¿Sólo ha sido eso para ti?

—Eso era para los dos. —No estaba sucediendo como ella había planeado. Había esperado que se enfadase y armase un escándalo. O bien que se hubiera sentido aliviado al ver que ella se apartaba primero y se hubiera alejado silbando. Pero no había imaginado que se enfrentase a ella así—. Vete de mi lado.

—¡Ni hablar! Me he vuelto medio loco esperando que volvieras. Has transformado mi vida de arriba abajo, y sería absurdo que tú te largues simplemente porque has terminado conmigo.

—Hemos terminado los dos. Ya no te quiero, y lo siento si he sido yo la primera en decirlo. Y ahora aparta tus manos de mí.

La soltó como si su piel le quemara las manos. Había notado un cierto deje en su voz, uno que le hizo sospechar.

—¿Qué te hace suponer que yo iba a decirte todo eso?

—No queremos las mismas cosas. No llegábamos a ninguna parte, y yo no voy a continuar ahí, a pesar de lo que pueda sentir por ti.

—¿Qué sientes por mí?

—¡Estoy cansada de ti! —dijo gritando—. Cansada de mí, de nosotros. Estoy cansada y harta de decirme que la diversión y los juegos son suficientes. Pues bien, no lo son. Ni de lejos, y quiero que te vayas.

Cam sintió que el miedo y la rabia que había experimentado se transformaban en placer.

—Estás enamorada de mí, ¿verdad?

Nunca había visto a una mujer pasar tan rápido de cocerse a fuego a lento a la ebullición. Y al verlo, se preguntó cómo había podido tardar tanto en darse cuenta de que la adoraba. Anna se dio la vuelta, tomó una lámpara y se la tiró.

Cam captó su intención y dio gracias por ser ágil en el momento en que la base de la lámpara silbaba junto a su cabeza antes de estrellarse contra la pared.

—Eres un arrogante, vanidoso y despiadado hijo de puta. —La joven tomó ahora un jarrón, uno nuevo que había comprado de vuelta a casa para consolarse y lo lanzó.

—¡Dios mío, Anna! —dijo mientras le recorría una simple y llana admiración al verse obligado a coger el jarrón antes de que se estrellara contra su cabeza—. Debes de estar loca por mí.

—Te desprecio. —Buscó frenéticamente algo más para tirar y agarró un frutero que estaba en la encimera.

Primero arrojó la fruta: las manzanas—. Te odio. — Luego, las peras—. Te detesto. —Después, los plátanos—. No puedo creer que te haya dejado tocarme alguna vez. —Entonces fue el frutero. Pero esta vez fue más lista y primero fingió arrojarlo y después lo lanzó hacia donde él se dirigió para esquivarlo.

La pieza de porcelana se estrelló justo encima de la oreja de Cam, que empezó a ver bailar estrellas ante sus ojos.

—Está bien. El juego ha terminado. —Se lanzó en picado sobre ella y la sujetó por la muñeca. Como ya tenía el cuerpo castigado, acusó los puñetazos y golpes de Anna, pero consiguió arrastrarla hasta el sofá y tumbarla—. Contrólate o me vas a matar.

—Quiero matarte —respondió ella apretando los dientes.

—Me hago a la idea perfectamente.

—Tú no te enteras de nada. —Se revolvió y consiguió que le invadiera una oleada confusa de risa y deseo. Cuando se dio cuenta, se apartó y le golpeó con fuerza.

—Maldita sea. Está bien. Se acabó. —Tiró de ella hacia arriba y se la cargó a la espalda—. ¿Todavía tienes hecha la maleta? Y dices que tienes una maldita cita ¡De eso nada! Que dices que hemos terminado. ¡Y una mierda! —La llevó hasta el dormitorio, vio la maleta encima de la cama y la agarró.

—¿Pero qué haces? Deja eso en el suelo. Suéltame.

—No pienso soltar ninguna de las dos cosas hasta que estemos en Vegas.

—¿Vegas? ¿Quieres decir Las Vegas? —preguntó mientras le aporreaba con ambos puños en la espalda—. No voy contigo a ninguna parte y mucho menos a Las Vegas.

—Es exactamente donde vamos. Es el lugar donde puedes casarte más rápido.

—¿Y cómo coño crees que vas a llevarme al avión gritando como una loca? Te meterán en la cárcel en menos de cinco minutos.

Cam acabó por utilizar su sentido común, ya que le estaba haciendo un daño considerable, la bajó delante de la puerta de entrada y la sostuvo por los brazos.

—Vamos a casarnos y se acabó.

—Puedes... —Anna sintió que le abandonaban las fuerzas y la cabeza le daba vueltas— ¿Casarnos? —Empezó a registrar la palabra—. Tú no quieres casarte.

—Créeme. He estado dándole vueltas a esa idea desde que me atizaste con el frutero. Y ahora te vas a comportar de forma razonable, ¿o tendré que sedarte?

—Por favor, deja que me vaya.

—Anna. —Puso su frente sobre la de ella—. No me pidas eso, porque no puedo vivir sin ti. Arriésgate, júégatela. Ven conmigo.

—Estás enfadado y herido —respondió ella con voz

temblorosa—. Y piensas que salir corriendo hacia Las Vegas para celebrar un alocado e instantáneo matrimonio en cinco minutos lo va a arreglar todo.

Cam cogió su rostro con las manos con gran suavidad. Anna tenía los ojos llenos de lágrimas y él se dio cuenta de que caería de rodillas si la joven dejaba que se derramasen.

—No puedes decirme que no me amas. No te creo.

—Sí que te quiero Cam, pero sobreviviré. Hay cosas que necesito. Tengo que ser honesta conmigo misma y admitirlo. Me has roto el corazón.

—Lo sé. —Cam presionó los labios contra la sien de Anna—. Sé que te lo he roto. He estado ciego, he sido un egoísta, he sido un estúpido. Y, ¡maldita sea!, tenía miedo. De mí, de ti, de todo lo que sucedía a mi alrededor. Lo he estropeado todo, y ahora tú no quieres darme otra oportunidad.

—No es cuestión de oportunidades. Se trata de ser lo suficientemente consciente como para saber que queremos cosas distintas.

—Hoy por fin me he dado cuenta de lo que yo quiero. Dime qué deseas tú.

—Quiero un hogar.

El tenía uno para ella.

—Quiero casarme.

¿Acaso él no se lo acababa de pedir?

—Quiero tener hijos.

—¿Cuántos?

Anna tenía los ojos secos y le dio un empujón.

—No es una broma.

—Yo no estoy bromeando. Estaba pensando en dos, con opción a tres. —Cam hizo una mueca al ver la mirada de profundo asombro en el rostro de ella—. Bien. Ahora eres tú la que está asustada porque empiezas a darte cuenta de que hablo en serio.

—Tú, tú pensabas volver a Roma, o donde fuera, en cuanto pudieras.

—Podemos ir los dos a Roma, o donde sea, en nuestra luna de miel. No vamos a llevarnos al chico. Por ahí no paso. De vez en cuando me gustaría participar en una competición o dos. Sólo para mantenerme en forma. Pero fundamentalmente me dedicaré al negocio de construcción de barcos. Por supuesto que puede fracasar. Entonces te encontrarás atrapada con un marido en casa al que no le gusta nada el trabajo del hogar.

Anna deseaba poder apretarse las sienes, pero no podía ya que él seguía sujetándola por los brazos.

—No puedo pensar.

—Está bien. Escucha. Cuando te fuiste dejaste un agujero en mi interior, Anna. No quería admitirlo, pero ahí estaba. Un gran agujero vacío.

Cam descansó su frente en la de la joven por un instante.

—¿Sabes lo que he hecho hoy? He trabajado en la construcción de un barco. Y me he sentido bien. Volví a casa, la única que he conocido en mi vida y me ha gustado. Hemos tenido una reunión de familia y nos hemos ocupado del asunto de la compañía de seguros; hemos decidido hacer lo correcto respecto a mi padre. Por cierto, que he estado hablando con él.

Anna no pudo dejar de mirarle fijamente aunque la cabeza le daba vueltas.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Con mi padre. He mantenido algunas conversaciones con él, concretamente tres, desde que murió. Se le ve bien.

Anna tenía el aliento congelado justo en la base de la garganta.

—Cam.

—Sí, sí —respondió con una rápida mueca—. Necesito asesoramiento psicológico. Podemos discutirlo más tarde, lo que no significa que lo deje de lado. Te estaba contando lo que he hecho hoy, ¿verdad?

Muy lentamente ella asintió.

—Sí.

—De acuerdo. Después de la reunión familiar, Phil hizo un agradable comentario, por lo que le pegué un puñetazo, y nos peleamos un rato. Eso también me gustó. Después charlé con Seth sobre lo que debería haber hablado hace tiempo con él, y escuché lo que debería haber escuchado hace tiempo también, y entonces nos sentamos un rato juntos. Me sentí a gusto, Anna, me sentí bien.

La joven curvó los labios.

—Me alegro.

—Hay más. Cuando estaba sentado comprendí que era allí donde quería estar, donde necesitaba estar. Sólo faltaba algo, y ese algo eras tú. Y por eso he venido a buscarte, para que vuelvas. —Cam presionó suavemente con sus labios la sien de la joven—. Para que vuelvas a

casa, Anna.

—Creo que necesito sentarme.

—No. Quiero que te tiemblen las piernas cuando te diga que te amo. ¿Estás preparada?

—¡Dios mío!

—Siempre tuve mucho cuidado de no decirle a ninguna mujer, excepto a mi madre, que la amaba. A ella tampoco se lo dije muy a menudo. Dame una oportunidad, Anna, y me oirás decírtelo tantas veces como puedas soportar.

Ella suspiró.

—No me voy a casar en Las Vegas.

—Diversión arruinada. —Cam vio que ella curvaba los labios antes de posar los suyos encima. Y aquel sabor aplacó todos sus dolores de cuerpo y alma—. ¡Cómo te he echado de menos! No te marches nunca más.

—El resultado ha sido que has entrado en razón. —Anna le rodeó estrechamente con sus brazos. Y se sintió a gusto, pensó con cierta frivolidad. Se sintió bien—. Cam, quiero escucharlo otra vez ahora mismo.

—Te amo. Me siento tan bien amándote. No puedo creer que haya perdido tanto tiempo.

—Han sido menos de tres meses —le recordó ella.

—Demasiado tiempo. Pero lo compensaremos.

—Quiero que me lleves a casa —murmuró ella— después.

Cam se apartó e inclinó la cabeza.

—¿Después de qué? —Entonces ella soltó una carcajada cuando él la levantó en sus brazos.

Cam se abrió paso a través de los restos de la pelea y dio una patada a un plátano maltrecho apartándolo.

—¿Sabes? No me imagino por qué he pensado siempre que el matrimonio era aburrido.

—El nuestro no lo será —respondió ella besando su magullada cabeza, que todavía sangraba un poco—. Te lo prometo.